



LAS LÁGRIMAS DE

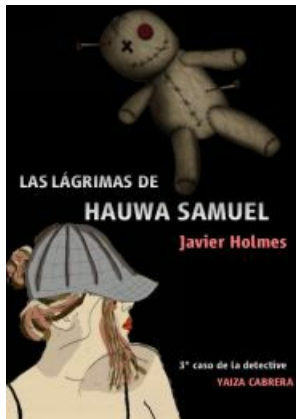
HAUWA SAMUEL

Javier Holmes



3º caso de la detective

YAIZA CABRERA



LAS LÁGRIMAS DE HAUWA SAMUEL: SINOPSIS

En un control rutinario, una patrulla de la Guardia Civil intercepta un camión y descubre en el interior de su remolque, ocultas, a veinte chicas subsaharianas. Todo se precipita en ese momento y el conductor cae abatido por una bala disparada por uno de los números de la patrulla.

Unos meses más tarde, Yaiza Cabrera tiene el encargo de investigar la muerte de Leocadio Huidobro, empresario dueño de la flota de camiones entre los que se encontraba el que se utilizó para el supuesto delito de trata de blancas. La autopsia ha dictaminado que se trató de muerte natural, pero una sustancia encontrada en el cuerpo del finado hace sospechar a los dos hijos que no fue tan natural.

En la lectura del testamento, los dos hermanos se encuentran con que su padre, antes de morir, había adoptado a una joven de veinte años y a un adolescente de nacionalidad nigeriana. Por tanto, la asignación esperada será mucho menor. A esto se suma que el abogado de la empresa recibirá una pequeña parte del legado.

Paralelamente, durante el curso de la investigación, una muchacha es secuestrada de su pueblo, al norte de Nigeria, sufriendo todo tipo de vejaciones hasta que es instalada en España para ejercer la prostitución. ¿Tienen alguna relación estos hechos con la investigación de Yaiza Cabrera? Esta no dudará en meter su nariz en los entresijos de la empresa ya que todo apunta a que alguien la ha descapitalizado poco antes del trágico suceso.

Jóvenes capturadas en su país para ejercer de esclavas sexuales y sometidas a un maltrato inhumano, personas sin escrúpulos que no dudan en traficar con seres humanos amparados por el poder de las mafias, empresarios desaprensivos a los que solo les interesa su lucro personal. Estos son los ingredientes de una novela que no dejará indiferente al lector, por su crudeza, pero también por la sagacidad de una detective irreverente y desenfadada que se enfrentará a su tercer caso.

NOVELA SOLO PARA ADULTOS

LAS LÁGRIMAS DE HAUWA SAMUEL

Tercer caso de la detective Yaiza Cabrera

Javier Holmes

Edición digital para su distribución exclusiva en Amazon

Febrero 2020

Prohibida su reproducción total o parcial.

Javier Holmes ©

No recomendada para menores de 18 años

Dedicatoria

La noche del 13 de abril del 2014, decenas de milicianos armados, en nombre del grupo extremista Boko Haram, irrumpieron en la pequeña ciudad de Chibok, en el noreste de Nigeria. Poco antes de las doce de la noche entraron en la escuela de secundaria de la localidad y perpetraron el mayor secuestro masivo de la banda fundamentalista: 276 alumnas fueron sustraídas a la fuerza y engrosaron la dramática lista de mujeres desaparecidas en ese país. El instituto había sido declarado mixto unos años antes, pero los alumnos varones solo asistían a las clases durante el día mientras que las alumnas debían pernoctar.

Unos días más tarde, el líder del grupo, Abubakar Shekau, reivindicó el secuestro en un vídeo donde amenazaba con venderlas en el mercado. Era su forma de protestar contra la educación occidental. El término Boko Haram, haciendo una traducción demasiado libre, se puede interpretar como que la educación occidental está prohibida. Es una secta religiosa de carácter fundamentalista islámico cuyo objetivo es establecer la Sharia en toda Nigeria, no solo en el norte de mayoría musulmana. La fundó en 2002 Mohammed Yusuf el cual fue asesinado en 2009 después de una detención por parte del ejército. Aun así, en el momento de la finalización de este libro el grupo sigue activo y continúa con su labor genocida contra las mujeres de su país. Sirva como ejemplo el secuestro de otras 110 adolescentes del instituto de Dapchi en febrero de 2008 que fueron liberadas un mes después excepto 5 de ellas que murieron.

De las 276 alumnas secuestradas en Chibok, más de cien siguen aún desaparecidas.

La novela que el lector está a punto de leer pretende ser solo eso, una novela detectivesca, peculiar, amena, con tintes negros además de eróticos y narrada en primera persona por una mujer detective, transgresora e irreverente. Una mujer que se considera dueña de sí misma, lo que no debiera ser algo que resultase excepcional. Se trata de la tercera aventura de Yaiza Cabrera, detective muy a su pesar ya que se vio envuelta en el asesinato del que era su ayudante en la empresa auditora de cuentas para la que trabajaba, allá por su primer gran caso. Durante la investigación para demostrar su inocencia, parece que le cogió el gusto a la profesión y aquí la tenemos, a punto de vivir su tercera aventura.

Espero que os guste: novela negra inspirada en los clásicos con una protagonista que de clásica no tiene nada. Pero el trasfondo de este libro es dramático. Por tanto, sirva esta dedicatoria para desear que ninguna mujer, ni en África ni en ninguna otra parte del mundo, sea objeto de los abusos de aquellos que ostentan el poder y lo ejercen cruelmente contra las mujeres, los niños o, sencillamente, contra todos aquellos que consideran más débiles o diferentes.

Hauwa Samuel es el nombre ficticio de una mujer ficticia que pudo vivir en Nigeria o en cualquier otro país donde la vida de una mujer no vale nada. Hauwa Samuel podías ser tú.

Javier Holmes

Personajes

HAUWA SAMUEL – Mujer procedente de Nigeria y víctima de trata de blancas.

LEOCADIO HUIDOBRO – Empresario fundador de LoLeHuSA, empresa de logística destinada al transporte de mercancías y propietario de una considerable flota de camiones.

ROBERTO HUIDOBRO – Hijo mayor de Leocadio Huidobro.

CRÍSPULO HUIDOBRO – Hermano menor del anterior.

MARTINA CHAMORRO – Esposa de Roberto Huidobro.

DOROTEA CHAMORRO – Esposa de Crispulo y hermana gemela de Martina.

BELÉN ESTEBAN – Joven insospechadamente legataria de una parte de la herencia de Leocadio.

TRINIDAD ESTEBAN – Madre de Belén Esteban.

DOMINIC – Joven de color y, al igual que Belén, legatario insospechado de parte de la herencia.

MARCIAL RUIPÉREZ – Contable de LoLeHuSA, o director financiero, como se gusta llamar él mismo.

ERIK IVANOV – Encargado en el almacén de logística del transporte de los camiones.

SOLOMON – Mozo en la nave de logística de Villaverde propiedad de LoLeHuSA.

TOTO – Mozo también en la nave de logística de Villaverde.

KUMÉ – Miembro de una ONG para la ayuda de personas inmigrantes.

EUSTAQUIO VILLAPALOS – Empresario y principal competidor de LoLeHuSA.

LEONORA VALENCIA – Socia y amante de Eustaquio.

HENRY – Hermano mayor de Hauwa Samuel.

DORIS – Hermana mayor de Hauwa Samuel.

IGOR – Detective privado de origen ruso.

MIGUEL AGÚNDEZ – Policía retirado.

RODOLFO ALMENDRO – Abogado de la familia Huidobro.

BARTOLOMÉ LOPETEGUI – Médico personal del fallecido Leocadio Huidobro.

WENCESLAO PASCUAL – Médico del Instituto Anatómico Forense en Madrid.

DOCTOR GUTIÉRREZ – Colega de Wenceslao Pascual.

MARÍA PASCUAL – Hija de Wenceslao Pascual.

YAIZA CABRERA – Detective protagonista de esta aventura. Joven que ronda la treintena, de personalidad transgresora y carácter extremadamente fuerte que combina sus tareas detectivescas con su otra pasión en la que pone tanto empeño o más: el femdom o dominación femenina.

LUIS BÁRCENAS – Inspector del Cuerpo Superior de Policía de Madrid y amigo de Yaiza.

MELITÓN – Sargento ayudante de Luis Bárcenas además de sumiso y paciente amante de Yaiza

JAVIER HOLMES – Detective Privado, mentor de Yaiza y amigo de esta. Javier Holmes es también protagonista de cuatro aventuras publicadas en Amazon. La colaboración de este con su colega Yaiza Cabrera es, sin duda alguna, hecha con el consentimiento de su autor que tiene el honor de escribir con el mismo nombre que el detective: Javier Holmes.

MARISOL ROMERALES – Detective y socia de Javier Holmes además de musa de este.

Capítulo 0 – febrero de 2018

El cabo Serrano miró al cielo e intuyó que era cuestión de minutos que las nubes de color plomo que tenía sobre su cabeza descargasen toda su furia sobre ellos. Había distribuido a sus tres guardias de forma estratégica para hacer más efectivo el control rutinario en una de las salidas de la A6, a la altura de Las Rozas de Madrid y a escasos metros de la incorporación con la M50.

Si no hubiera sido por el contratiempo que suponía la amenaza de tormenta, el día probablemente hubiera transcurrido de forma sencilla. Quizá con tan solo alguna pequeña refriega con los camioneros que se resistiesen a ser apartados en la vía de servicio, lo cual no dejaba de ser sinónimo de tranquilidad. Los domingos, durante la mañana, los camiones no podían circular por la autopista y eran desviados para no entorpecer el tráfico de turismos. Muchos conductores lo sabían y aceptaban las órdenes de la Guardia Civil con una sonrisa de resignación. Otros, los menos, protestaban y se encaraban con los agentes esgrimiendo unos argumentos que eran archiconocidos por todos los agentes que habitualmente prestaban ese servicio.

Eran las diez de la mañana y la última hora había transcurrido con normalidad. Lo habitual en ese tipo de servicios: un par de multas a dos conductores de turismos por no circular con el cinturón de seguridad y una advertencia a otro automovilista que circulaba con el teléfono móvil pegado a la oreja, aunque este tuvo el tino de pedir disculpas a la vez que desplegaba su cara más humilde, lo que le valió continuar su ruta con una amonestación en lugar de con una multa.

Pero la lluvia amenazaba con estropearles la calma de la jornada. Esas nubes parecían acecharles esperando el momento oportuno para aguar la mañana a los agentes de la Guardia Civil encargados del control de carreteras. El cabo Leopoldo Serrano miró al cielo, suspiró resignado y ordenó sacar los ponchos impermeables y las señales luminosas en previsión de lo que parecía inminente. El agente más antiguo y con el que mantenía una estrecha relación, incluso más allá de lo profesional, Miguel Soria, probó suerte en su nombre y en el de sus compañeros:

—Mi cabo, que digo yo que esas putas nubes nos miran con malos ojos. ¿Por qué no llamas a ver si nos libran de esta? Si lo consigues yo invito a chocolate con porras, que me sé de un bar en Majadahonda que lo bordan.

—¿Y desde cuándo cuatro gotas te asustan? La edad te está amariconando —le reprendió su superior.

—Joder Leo, que lo que esas nubes grises tienen en su panza son más que cuatro gotas. Es el puto Diluvio Universal en persona lo que se nos viene encima.

—Deja de lloriquear como una nena y detén a ese Volvo antes de que se nos cuele en la autopista —espetó el cabo señalando con el dedo al camión de gran tonelaje que se aproximaba sin mostrar intención alguna de detenerse.

Y así continuaron la jornada durante las dos horas siguientes: soportando toda la furia que la naturaleza les quiso regalar en forma de aguacero, de truenos, rayos y de desapacible viento, mientras apartaban los escasos camiones que pretendían incorporarse a la arteria que les sacaba de Madrid en dirección a La Coruña. Los dos agentes más nuevos y menos curtidos estaban en el Ford esperando las indicaciones de su cabo para hacer el relevo.

El reloj de Miguel Soria marcaba la doce en punto de la mañana cuando los dos potentes focos de un Mercedes Atego de dieciséis toneladas avanzaban hacia ellos. Con el indicador luminoso, el agente Soria ordenó al conductor detenerse a escasos metros de él y lo primero que hizo, después

de darle los buenos días, fue advertirle de que circulaba a más velocidad de la permitida.

Era solo una impresión. En ausencia de la medición de un dispositivo homologado, lo único que podía hacer era advertirle de que rebasaba la velocidad permitida, pero nunca sancionarle ya que la multa no aguantaría un recurso. El cabo Serrano observaba el trabajo de su compañero a unos metros de distancia, a modo de escolta de acuerdo con el procedimiento habitual, sin escuchar las palabras que intercambiaba con el conductor del camión. La luz de un rayo los alertó del trueno que se sucedió escasos segundos después. Fue atronador e hizo que la mirada del cabo se desviase unos segundos del camión. Cuando quiso recuperar el contacto visual venciendo el deslumbramiento de los dos potentes focos del vehículo, observó que el motor se había parado y su compañero estaba solicitando papeles al camionero, lo que le obligó a acercarse para interesarse sobre el motivo por el que Miguel estuviera pidiendo la documentación al conductor del vehículo pesado.

—¿Qué es lo que pasa? —le requirió lo suficientemente bajo como para no ser escuchando por el conductor.

—¡Ni puta idea mi cabo!, pero lo veo nervioso —susurró el veterano agente—. Habrás notado que venía a más velocidad de lo que la proximidad de la rotonda requería y cuando lo he parado para advertirle de que no podía incorporarse a la autovía, le ha temblado la boca y se ha mostrado incapaz de hablar. No sé, pero no me ha gustado. ¡Que se joda!

—Más nos estamos jodiendo nosotros con este puto aguacero, pero haz tu trabajo —replicó el cabo.

Con el permiso de circulación y el carné de conducir en la mano, el guardia Miguel se dirigió hacia el coche donde sus dos compañeros se guarecían del temporal que, lejos de amainar, parecía recrearse con la desgracia de los pobres mortales que más abajo no tenían otra opción más que sufrirlo

—¡Ya os vale a los dos de tocaros los “güevos”! Comprueba esto Agu y dime si hay algo en nuestra base de datos y tú, Sergio, sal y danos apoyo que vas a echar raíces en el culo de tan pegado como lo tienes al asiento.

Un nuevo rayo y un nuevo trueno, este más atronador que el anterior, les mostró de nuevo el terrible poder de la naturaleza. A pesar de que era una hora en la que no debería faltar la luz, con el aguacero parecía que la noche se hubiera agarrado al día negándose a soltarlo. El cabo Serrano se acercó al camionero mientras veía a sus dos compañeros aproximarse, quería comprobar si el hombre del camión le daba tan mala espina como parecía haberle dado a su adlátere.

—Serán solo un par de minutos. Ha de tener paciencia. ¿Hacia dónde se dirige?

—A Palencia. Llevo repuestos de coches para la Renault y me están esperando. Necesitan las piezas para garantizar que la cadena de fabricación no se interrumpe por falta de stock —titubeó notablemente nervioso el conductor.

Los dos agentes se situaron al lado de su cabo, lo que no hizo sino aumentar el nerviosismo del camionero.

—¿Cómo se llama? —preguntó el que estaba al mando.

—Avelino, lo pone en el carné que tienen delante de sus ojos —siguió mostrando titubeo el conductor, aunque no ocultó por ello su malestar.

El cabo, lejos de mostrarse contrariado por la ironía recibida, le miró detenidamente, como con parsimonia. Era una estrategia clara para evidenciar la autoridad. El chófer aparentaba unos cuarenta años y los brazos mostraban una complexión bastante musculosa cumpliendo el tópico atribuido a los de su profesión. Sus ojos parecían vidriosos e irritados, lo que bien podría ser

consecuencia de conducir durante horas con la escasa luz de la jornada. O también podría ser porque la presencia de la Guardia Civil le incomodaba. De ser esto último, no estaría de más saber el motivo, pensó el cabo.

—Lo veo algo atorado. ¿Qué le pasa?

—¡Qué me va a pasar! Que diluvia, que tengo prisa por entregar la mercancía y que ustedes parece que no tienen otra cosa que hacer aparte de fastidiarme. Me quedan aún doscientos cincuenta kilómetros para llegar y con esta lluvia tardaré más de cuatro horas en hacerlo — consiguió encadenar las palabras el conductor del Mercedes a pesar de que el labio superior le seguía temblando con cada fonema que expelía.

—Le quedan más de cuatro horas, hasta dentro de dos no podrá entrar en la autopista. Es domingo, así que ármese de paciencia —le espetó secamente el guardia Miguel Soria.

El agente Agu, de origen nigeriano aunque nacido en un pueblo de Almería y con un color de piel más negro que el carbón, se acercó a sus compañeros y les indicó que todo estaba en regla. Leopoldo Serrano tomó la documentación y se la entregó al conductor.

—¿Avelino qué? —le preguntó más por provocación que por interés. No le gustaba aquel tipo.

—¿Qué significa esa pregunta? —respondió el conductor del camión sin conseguir reprimir el tic en su labio.

—Su apellido. Y las preguntas las hacemos nosotros. ¡Un poco de respeto a la Guardia Civil! —respondió de manera autoritaria el cabo al que parecía estársele agotando la paciencia con ese individuo.

—Martín, Avelino Martín, tal y como refleja el permiso que ustedes acaban de leer —replicó el conductor que ya no conseguía contener el desbocado tic en su labio ni disimular el sudor que le cubría todo su rostro.

El cabo Serrano giró la cabeza y vio a su compañero nigeriano y a Miguel caminar con sus ponchos amarillos reflectantes alrededor del camión. De pronto, se sorprendió con el ruido del motor del Mercedes que había sido arrancado por su conductor sin haber obtenido permiso para ello.

—¿Le he dicho acaso que arranque el motor del camión? ¿Tanta prisa tiene?

—Ya se lo he dicho agente, me esperan para entregar la mercancía en la fábrica —pareció darse cuenta de que no iba por buen camino y continuó más humilde—. Aparcaré en el arcén y descansaré hasta que se pueda entrar en la autopista. Pero comprendan mi nerviosismo. Si no entrego a tiempo las piezas perderé la bonificación y, créanme, un camionero gana menos que un Guardia Civil.

—Cabo, agente no, ¡cabo! Y me importa una mierda lo que gane un camionero, apague el motor y no lo vuelva a arrancar hasta que yo le diga. ¿Está claro?

La mirada del chófer le delataba, estaba tan nervioso que no era capaz de mantener las manos sujetas al volante ni durante unos segundos.

—Se lo repito, ¿está claro? —insistió el de mayor rango ante el silencio del conductor del camión.

No era la primera vez que el cabo se enfrentaba a conductores que, una vez que eran increpados por realizar alguna acción indebida, mostraban un nerviosismo incapaz de controlar. Pero había algo en aquel tipo que no acababa de convencerle. No solo a él, estaba seguro de que a Miguel, su compañero, le pasaba lo mismo. No en vano estaba haciendo algo que en ausencia de indicios que así lo requirieran nunca solía hacer: estaba reconociendo el perímetro del vehículo con un celo inusual en él.

Un rayo debió caer muy cerca de donde estaban a juzgar por el estruendo del trueno. Las nubes inmisericordes seguían descargando y lo hacían con tal intensidad que al cabo le costó vislumbrar la mirada de preocupación de los dos compañeros que habían reconocido el exterior del camión. La visibilidad era escasa y la cortina de agua que lo separaba de los agentes apenas le permitía ver con claridad los rostros de estos. Estaba seguro de que no habían encontrado nada anormal ya que de haberlo hecho todo se habría precipitado, pero el sexto sentido que acompaña a todos los agentes y que tantas veces resulta ser su mejor aliado, parecía alertarlo de que algo no iba bien.

—¡Baje!, baje del camión y abra las puertas del remolque. Queremos ver la mercancía —se decidió el superior a cargo de la patrulla.

El conductor pareció dudar unos segundos hasta que abrió la puerta de la cabina y, apoyando el pie derecho en el estribo, puso los pies en el suelo y se encaró con el cabo Serrano.

—¿Eso es lo que hacen ustedes? ¿Jodernos?, para eso les pagamos con los impuestos que nos roba el Gobierno, para que ustedes en vez de ayudarnos nos jodan —gritó el chófer sin preocuparle que la lluvia estuviera calando su jersey de lana—. Deberían estar por ahí cazando delincuentes y no fastidiando a un pobre trabajador que se gana la vida con el sudor de su frente.

Se trataba de la misma cantinela de siempre, requeteconocida por los agentes encargados del tráfico.

El guardia Miguel se interpuso entre el conductor y su cabo y le ordenó tajante mediante un berrido capaz de competir en volumen con los truenos de la tormenta:

—¡Que abra, leches! O le detengo ahora mismo por desacato y las piezas para la Renault se quedan aquí hasta que San Juan baje el dedo.

El tono de la instrucción no admitía réplica. Así lo debió entender Avelino Martín ya que se dirigió cabizbajo a la parte trasera del vehículo mientras el agente Agu y su compañero permanecían a unos metros presenciando en alerta la escena.

Cuando las puertas se abrieron, el guardia Miguel Soria, sin esperar permiso del conductor del camión, accedió al interior. El cabo Serrano le alumbraba con la luz de una potente linterna y los otros dos guardias permanecían expectantes sin quitar la vista de encima al chófer.

—Todo parece en orden. Está lleno de canjilones metálicos, son de tipo abierto y llevan tornillería y lo que parecen pequeños repuestos de coche. Va a ser verdad lo que dice este tío, que lleva esta mercancía a la factoría de la Renault —se escuchó desde el interior del remolque las reverberantes palabras del guardia.

—¡Joder!, así que ahora la Guardia Civil se dirige a nosotros en esos términos. ¡Ese tío me ha dicho!, qué sepan que los voy a denunciar. Cuando el viejo se fue, a ustedes se les acabó lo de ser dioses, ahora están al servicio de los ciudadanos y no al revés —se quejó el conductor que demostró tener el sentido del oído bastante desarrollado.

Estas últimas palabras las profirió tremendamente exaltado mientras señalaba con el dedo al cabo Serrano. Eso hizo que uno de los guardias diera dos zancadas para interponerse entre su cabo y el conductor mientras que el otro, el guardia civil nigeriano, posase su mano en el arma reglamentaria. La proximidad de su piel oscura con la culata de la HK alemana de nueve milímetros le dio tranquilidad. No se trataba de un gesto que evidenciara la intención de que fuera a extraer de forma inminente su Heckler & Koch semiautomática, pero normalmente posar la mano en el arma reglamentaria era el efecto más disuasorio que un agente podía hacer cuando la situación lo requería.

En este caso sí fue lo suficientemente disuasorio como para que el conductor bajase el dedo amenazador y masculase un tímido:

—Disculpas agente. Como ya les he dicho estoy nervioso. Tengo prisa por llegar a Palencia.

—¡Cabo!, diríjase a él como cabo —se escuchó desde dentro del camión la voz del guardia Soria.

Un enorme tráiler de cabina de color amarillo pasó a un metro del control escabulléndose hasta la autopista.

—Se nos están escapando Miguel. Baja del remolque y que siga su camino —ordenó el cabo Serrano a su compañero que aún permanecía en el interior del remolque resguardado de las lacerantes gotas que caían velozmente desde el cielo.

Pero este no avanzó hasta la salida.

—¡Vamos leches! Que tú estarás bien ahí dentro, pero nosotros aquí nos estamos empapando. ¡Maldito aguacero!

El interpelado miró a ambos lados en el interior del remolque y dio un pequeño salto aparentemente inocente. Pero no era tan inocente. Todos lo pudieron escuchar. Dio otro salto, sonaba a hueco. Un sonido a hueco multiplicado tantas veces como el caprichoso eco dentro del tráiler quiso.

—¿Pero qué coño estás haciendo Miguel? —le recriminó el superior.

—Aún no lo sé —se mostró dubitativo el agente dentro del remolque.

Este se movió dos pasos y saltó de nuevo.

—¿Qué hay bajo esas planchas que hacen de suelo? —preguntó el cabo dirigiéndose al conductor. Parecía haber entendido la intención de su compañero con los saltos dados.

No hubo respuesta.

—¡Que qué hay ahí debajo! O acaso es usted sordo —gritó de nuevo al chófer, esta vez más alto.

—Nada —contestó este con un tímido gesto aparentando desconcierto.

El guardia Miguel cogió una palanqueta que estaba fijada junto a un grupo de pequeñas herramientas en una de las paredes del interior del camión. Aprovechando los escasos tres metros cuadrados de la zona de acceso al remolque en la que no había canjilones apilados, hizo palanca y la plancha de aluminio cedió lo suficiente como para meter la mano y levantar el suelo doblando el metal. No pareció importarle el deterioro que estaba causando a la estructura del interior del vehículo, seguía una corazonada.

La linterna enfocó el interior. No había duda.

El ruido de otro enorme camión, que chapoteó con sus ruedas a un metro del control, indicó que se les había metido otro vehículo pesado en la autopista.

El grito del cabo Serrano, que no tenía certeza aún de lo que su compañero había visto pero lo intuía, apenas se oyó ya que coincidió con otro trueno. Se llevó su mano al arma reglamentaria sin llegar a extraerla y le gritó al conductor de nuevo:

—¡Dese la vuelta! Las manos arriba y apoyadas sobre el remolque. ¡No se mueva!

Agu se acercó con su linterna y vio cómo su compañero seguía peleando contra la chapa de metal tratando de levantar el falso suelo para permitir que entrase oxígeno a esas personas cuyos ojos temerosos le miraban desde su posición de hacinamiento. El agente nigeriano enfocó y, ladeando la cabeza para que su vista llegara hasta el fondo del cubículo que hacía las veces de prisión, los contó. Había veinte pares de ojos blanquecinos que contrastaban con la negrura de su piel. Ojos de mujeres muy jóvenes, casi niñas, que le miraban sin saber qué hacer o qué decir. Caras cansadas, ojos tristes y sin lágrimas, ojos secos. Las reconoció de inmediato, eran adolescentes de su misma etnia, tumbadas todas ellas en el zulo que suponía el falso suelo del

remolque y que apenas les dejaba treinta centímetros de altura.

Miguel levantó la cabeza y vio la expresión de su compañero.

—Guardia Agu —dijo refiriéndose al nigeriano —llama pidiendo refuerzos, que vengan ambulancias y bomberos. ¡Largo ya! ¡Corre, joder!

El agente de color no se movió. No podía. Sus ojos húmedos eran fiel reflejo de lo que su corazón sentía en ese momento.

—¡Ya! Agu. Llama de una puta vez —le volvió a gritar su compañero, más veterano en lidiar situaciones difíciles, sin apenas reparar en las lágrimas que resbalaban por la cara del guardia de color.

El agente se giró y avanzó hasta el Ford sobre cuyo techo seguían las luces estroboscópicas azules tiñendo de color las gotas de agua a su alrededor, cogió la radio y solicitó ayuda. Miró al camión y contempló con horror que seguía habiendo personas de su mismo color de piel que estaban a merced de la carroña que no dudaba en comprar sus cuerpos para que estos sirvieran a sus intereses.

Vio a sus dos compañeros esforzándose por abrir aún más el suelo y los escuchó como hablaban en inglés tratando de tranquilizar a esas pobres chicas que ahora estarían probablemente más asustadas que antes, mientras habían permanecido ocultas sin saber su destino. Su superior vigilaba al chófer que seguía con los brazos en alto y no paraba de preguntar a sus dos compañeros por el estado de las personas que estaban hacinadas en el subsuelo del remolque. Todo transcurría a una velocidad de vértigo: los gritos de los guardias, las luces de las linternas, otro camión que pasó a su lado burlando la prohibición de acceso a la autopista, las frías e incansables gotas de lluvia. Viento. Más gritos.

—¿Están todas vivas?, ¡joder, decidme que sí! —suplicó el cabo.

La lluvia seguía siendo inmisericorde, otro camión pasó a escasa distancia del control y de nuevo se coló en la autopista. Y otro trueno, otro maldito trueno que dejó un silencio aterrador.

El tiempo parecía estar jugando una mala pasada a la patrulla. Era como si la realidad transcurriera, fotograma a fotograma, a cámara lenta. Los movimientos anteriores, transcurridos de forma veloz y agitada, habían dado paso de repente a la indefinición, a la inactividad. Como una película detenida al pulsar el botón de *pause*. Pero esa inactividad, esa espera hasta que llegasen refuerzos y las ambulancias, estaba a punto de cambiar de forma dramática. Algo hacía barruntar una desgracia inminente, quizá la densidad del silencio, quizá los nervios a flor de piel de esos cuerpos que seguían siendo azotados por la lluvia o quizá las lágrimas de un hombre que no podía apartar la mirada de unas mujeres que sufrían por ser culpables de un maldito delito: ser de su mismo color de piel.

El conductor se giró, sin bajar las manos, y le gritó al cabo que no sabía nada de esas personas. Le juró por su mujer y por sus hijos que desconocía lo que llevaba en el remolque y le suplicó que le creyese. El cabo le replicó que se diera la vuelta, pero el chófer apenas parecía escuchar, bajó las manos tratando de implorar un perdón que a los guardias no competía y dio un paso hasta el guardia de mayor rango, probablemente para hacerse escuchar entre el replicar de las gotas de agua salpicando el asfalto.

Y ese error fue fatal.

Sonó otro trueno, demoledor, pero este no había sido precedido de un rayo como los anteriores. Este trueno había sido motivado por el disparo de la HK que sostenía en sus manos el guardia nigeriano Agu y de cuyo cañón salía un humo mitigado por las gotas de fría lluvia. Un cañón que acababa de expeler una bala de nueve milímetros que ahora estaba alojada en el

corazón del chófer que yacía sobre el suelo, junto a la rueda doble trasera del remolque. El cuerpo del conductor mostraba una creciente mancha roja en su pecho que trataba de ser borrada por el agua de la lluvia, la cual no parecía querer interrumpir su castigo a pesar de la tragedia de la que había sido testigo.

Una bala minúscula, tan solo de diecinueve milímetros de longitud y ocho gramos de peso, pero que había sido suficiente para poner fin a la vida de un ser humano.

—¡Ahora sí que la hemos jodido! —murmuró para sus adentros el cabo.

Capítulo 1 – Seis meses después

El sonido procedente del ordenador portátil me alertó de la llegada de un mensaje. Pacía frente a la pantalla de este, totalmente amodorrada y con un vaso de bourbon al lado del teclado que, aunque estaba vacío, antes había sido generoso. El cerco del borde así lo evidenciaba. De ahí la modorra.

Había resuelto mi segundo caso hacía unos días y aunque apenas me había reportado ingresos económicos, me encontraba disfrutando de unos días de asueto con intención de recuperarme de los espléndidos bofetones que había recibido durante el transcurso de la investigación. No es que me hubiese vuelto de repente perezosa, eso no, pero sentía que necesitaba descansar antes de enfrentarme a un nuevo caso. Eso suponiendo que lo hubiera, porque la cartera de clientes seguía sin nadar en el mar de la abundancia.

Pensé que el correo electrónico causante de mi sobresalto estaría remitido por alguno de esos incautos que me llevaban asediando toda la tarde amparados bajo la etiqueta de hombres sumisos dispuestos a entregarse a los más crueles caprichos de una Dama. Había descubierto unos días atrás una página web especializada en la dominación femenina. Los lectores que hayan seguido alguna de mis dos aventurillas anteriores sabrán de mis gustos por ese género tan denostado por la mayoría y tan alabado por aquellos que ya lo han probado y disfrutado. Y sabrán que, a pesar de tener yo una mascota “oficial” y además empleado como policía con grado de sargento, no dudo en acudir al mercado en busca de hombres que se dejen hacer y estén dispuestos a colmar mis instintos, los más bajos y los otros, que una cuando se pone no tiene fin. El día anterior había quedado con uno de esos que se hacen llamar sumisos y que dicen babear cuando una mujer les da una orden. Pero la experiencia me dejó vacía, resultó ser un flojo en todos los aspectos. Y es que lo que más me enerva es enfrentarme, y por supuesto vencer, a un rival que no se doblegue a la primera. Los debiluchos se los dejo a otras.

Para eso mi sargento Melitón es único. Fuerte a la vez que dócil, generoso cuando le tengo arrodillado frente a mí y vigoroso cuando me subo sobre él para ejercer de amazona. Le conocí durante mi primer gran caso en el que yo era la principal sospechosa de un crimen con tintes un tanto morbosos y desde entonces mantenemos una relación de amistad y sexo sano, de ese que no comienza a ser aburrido a partir de la segunda entrega. En eso el sexo a menudo se asemeja a los libros que se venden en los quioscos por fascículos: el primero siempre llega cargado de regalos y con una envoltura exótica que estás deseando retirar. Cuando llevas tres a tus espaldas, resultan infumables y lo conveniente es cambiar de título para evitar el hastío.

Decidí abrir el correo y dar una oportunidad al remitente y si no resultaba ser de mi agrado llamaría a mi policía para que se entregase a su juego favorito que coincidía con el mío: darme placer sin esperar nada a cambio.

Pero no, no era ningún incauto en busca de una *dómina* que le doblegase. Era mi amigo, el detective Javier Holmes. El correo lo había titulado de la mejor forma posible para que yo no tuviera opción de rehuir su lectura. Escueto y conciso: “Te necesito”.

Que un detective tan afamado como él, que tan buen hacer había demostrado ayudándome en mis dos grandes casos como detective privado, requiriese de mi ayuda, provocó en mis hormonas una revolución. Vamos, que el ego se me subió a la cabeza de golpe, un subidón como dirían los de la generación que me sucede. Me serví otro bourbon igual de generoso que su predecesor y me dispuse a leer el cuerpo del correo electrónico.

“Hola Yaiza, ya sabes que no soy un buque viejo y oxidado a pesar de llevar en el dique seco una buena temporada. Si no hubiera sido por ti que me permitiste colaborar contigo, aún seguiría varado a la espera del desguace. Pero ahora debo esfumarme durante unos días y necesito de tu ayuda. El caso es que Marisol ha vuelto a la agencia de detectives y lejos de enfrascarnos con el nuevo encargo que ya deberíamos estar investigando, hemos decidido coger unos billetes a Tailandia, mitad Bangkok y mitad playas del sur, en Phuket. Vamos a desaparecer de la escena detectivesca durante tres semanas. Eso si volvemos.”

La Marisol a la que se refería mi amigo había sido su musa y socia en la agencia de detectives. Imprescindible en el plano profesional durante la resolución de sus casos y más imprescindible aún para su corazón. Hasta que él la cagó, como suelen hacer la mayoría de los hombres cuando están enamorados y son correspondidos. Ella se fue y él se hundió. La última vez que lo vi en su despacho, hace de ello unos días, allá en un cuarto piso de un viejo edificio donde el arquitecto parecía haber olvidado proyectar el ascensor, ella había decidido acudir a su encuentro. También recuerdo que me habló de que ese mismo día había quedado con un cliente. Me dio en la nariz que ese correo algo tenía que ver con ese cliente.

Así que seguí leyendo.

“Hace unos días vino a verme Roberto Huidobro. Su padre había fallecido unas semanas antes. En vida regentaba una flota de camiones dedicada al abastecimiento de mercancías a grandes almacenes que cuenta con una planta reguladora de almacenaje situada en un polígono de Villaverde. Unos meses antes, un camión de su propiedad fue interceptado por la Guardia Civil en un control rutinario para desviar el tráfico de camiones pesados. El caso es que descubrieron que el camión transportaba una veintena de mujeres, casi niñas, subsaharianas. Si bien hay secreto de sumario, todo apunta a que estamos ante un asunto de trata de blancas y que su destino sería un bar de carretera en las cercanías de cualquier gran ciudad después de que fueran debidamente “adiestradas”. En fin, un horror. El conductor del camión murió como consecuencia de un tiro de los propios guardias que lo interceptaron. Los agentes declararon que el chófer hizo un movimiento sospechoso y que se vieron obligados a abatirle. El caso es que este no portaba arma y el agente que disparó, casualmente un hombre de color y de la misma nacionalidad que las mujeres encontradas, está suspendido y a la espera de un juicio que, es bastante probable, acabe con su carrera.

El padre del cliente que me vino a ver y que te recuerdo era el propietario de la empresa, declaró no saber nada y, aunque fue investigado, parece ser que no hubo cargos firmes contra él. Aun así, el negocio se resintió y comenzaron a tener fuertes pérdidas y abandono de clientes de forma masiva. Todo ello desembocó en la muerte de Leocadio Huidobro por infarto. O eso se pensó hasta que la autopsia reveló la presencia de un potente glucósido extraído de la adelfa, esa planta tan común en nuestros jardines a pesar de que su venta está prohibida en España desde 2004, la oleandrina.”

Recordé que Holmes me había hablado de todo esto que estaba leyendo, hacía de ello una semana, cuando me disponía a abandonar su despacho mientras él esperaba al cliente al que se estaba refiriendo en su correo electrónico.

“El hijo mayor, Roberto Huidobro, me ha contratado para que acompañe a la familia durante la lectura del testamento. El abogado de su padre les ha convocado en la finca de un pueblo de Salamanca, de propiedad familiar. Aunque los resultados de la empresa han sido francamente malos en los últimos meses, se espera una herencia que, entre dinero y bienes inmuebles, no baje de los cincuenta millones de euros. A la lectura acudiré, además de mi cliente (ahora el tuyo),

Críspulo Huidobro que es su hermano menor, las cónyuges de ambos, Martina y Dorotea, una mujer joven que mi cliente afirma no conocer y un joven de color al que tampoco nadie de la familia conoce.

Así que deja de vagar y toma nota de la dirección para estar allí mañana a las nueve de la mañana. El caso es tuyo salvo que no te atrevas, cosa que entendería.

Te enviaré saludos desde Tailandia. Pórtate bien o, mejor dicho, no te portes bien, pero resuelve el caso. Eso sí, si sabes. Abur.”

¡Qué cabrón, pensé! Encima me provoca. Me podía haber llamado, pero no, me envía un mensaje para ponerme difícil la réplica.

Eché un trago a mi néctar de Kentucky y cuando este estaba atravesando mi garganta escuché otro sonido procedente del ordenador. ¿Otro caso?, pensé. Pero no, era un idiota que decía que le gustaría que le abofetease y que nada deseaba más en la vida que postrarse ante mis pies. Anoté su correo electrónico para cuando llegasen momentos mejores y junto con el último trago del vaso traté de deglutir la información que en forma de encerrona me acababa de obsequiar mi colega Javier Holmes. Maldije su sombra por haber interrumpido mis días de asueto.

Anexado al correo figuraba a modo de invitación un archivo con las coordenadas de la finca donde se celebraría la apertura del testamento. Firmaba el documento un tal Rodolfo Almendro, abogado de maneras pomposas a juzgar por el membrete que acompañaba a su rúbrica. La fecha era para el día siguiente a las nueve de la mañana.

¡Qué cabrón Holmes!, volví a mencionarle en mi interior con el mismo cariñoso apelativo, ¡me avisa con tiempo!

Para asegurarme de que no había surgido algún imprevisto que hubiera modificado la cita que tenía ante mí, en la pantalla del ordenador, tomé nota del número de teléfono del tal Rodolfo y decidí llamarle al que debía ser su número de móvil ya que la hora que era de la tarde apuntaba a que estábamos fuera del horario comercial y es posible que el bufete estuviera vacío.

Al segundo tono, una voz ronca a pesar de que evidenciaba que su propietario no pasaría de los treinta, me turbó con un seco:

—¿Quién es?

—Supongo que hablo con el señor Almendro —decidí obsequiarle con el título concedora de que eso siempre es del gusto de los picapleitos con relumbrón.

—Usted sabrá, me ha llamado a mi número particular —continuó la voz ronca, en este caso tirando además a hosca.

—Pues verá abogado, no sé si al teléfono que llamo es particular o no. La verdad es que me da igual. Lo cierto es que usted lo ha puesto en la firma de una invitación para una apertura de testamento que presuntamente se ha de realizar mañana y por eso le llamo.

—Ya, entonces tú eres Yaiza Cabrera. Nos llamó el detective al que contrató mi cliente para avisarnos de que se producía una delegación a tu favor —prosiguió con el rimbombante lenguaje que suele acompañar a los de su ralea. Siempre he pensado que el argot específico, o jerga, es un mecanismo de protección que acostumbra a usar ciertos profesionales para hacer un ejercicio de ostentación ante quienes pertenecen a otra profesión.

—Bien guapo, confírmame que no hay variación en la agenda y te dejo, porque a juzgar por el tonito de tu voz te he debido interrumpir mientras hacías algo importante —continué yo con el tuteo ya que el leguleyo lo había iniciado.

—Mira, te voy a ser franco. En primer lugar, no creo que sea necesaria la presencia de un detective y, en segundo lugar...

—Para, para —le interrumpí —¿Es acaso decisión tuya que vaya o no vaya un detective al acto?

—No, por supuesto, son el señor Huidobro y su hermano, el también señor Huidobro, los que así lo han decidido...

—Pues entonces estate calladito y deja de emitir opiniones que nadie te ha pedido. Ahora continúa con lo que ibas a decir respecto a lo del segundo lugar —volví a cortarle dejándole entrever que no se encontraba frente a una mujer de carácter apocado.

—¿En segundo lugar? ¡Ah sí!, te diré, si es que no me vuelves a interrumpir, que tampoco estoy de acuerdo con el hecho de que el detective al que contrató mi cliente deje este asunto en manos, digamos tan inexpertas.

Con la mano que me quedaba libre me eché otro dedo, o quizá algo más, de bourbon en el vaso. La ocasión lo requería. Iba a necesitar energía adicional para contestar a ese tipejo.

—¿Inexperta has dicho? —preferí asegurarme de que había escuchado bien antes de explayarme.

—Eso tengo entendido —aclaró osado.

—Supongo que la etiqueta de inexperta me la has puesto por ser mujer o quizá por ser joven. Mira, no te voy a llamar idiota por respeto a que representas a mi cliente, que por cierto es el mismo que el tuyo, pero deberías hacerte mirar esa misoginia que te aprisiona las neuronas. Ambos hemos sido contratados por la misma persona, así que tú vas a hacer tu trabajo y yo el mío, y si tienes alguna estupidez más que se te ocurra, te la guardas. ¿Vale rey?

El silencio que sucedió a mis palabras y el tono del abogado cuando inició de nuevo la conversación, me dio a entender que había logrado mi propósito de colocar al picapleitos en el lugar que le correspondía. Me confirmó que no había habido variación en la hora y con un poco más de cortesía de la que había exhibido cuando iniciamos la charla, se despidió.

Pensé en el abogado, estaba harta de lidiar con tipos que aún no se habían dado cuenta de que el papel de la mujer ahora era otro diferente al que desgraciadamente fue en otro tiempo. Tipos que no dudan en exhibir el plumaje de su cola de pavo real ante cualquier fémica sin venir a cuento. Yo soy detective, al igual que Holmes, el que habían contratado inicialmente los Huidobro. Y también soy mujer, lo que me diferencia solo en una cosa de los duros de la profesión como Marlowe, Mike Hammer o Sam Spade. Solo en una cosa, nada más. Ellos son hombres, tipos duros con los tópicos propios de su sexo y los de su profesión de sabueso. Y yo no soy hombre, pero he decidido adoptar los mismos tópicos que ellos. Así que me gusta beber, soy malhablada cuando entiendo que la situación lo requiere, me gusta el sexo fácil y me gusta ser dura con los que no me respetan. ¿Es eso un delito?

Me acabé el bourbon en su tercera versión de la tarde y me toqué los carrillos. Los tenía abrasando y a buen seguro colorados. Tenía que liberar la ira que había ido acumulando segundo a segundo durante la conversación con ese picapleitos. Y se me ocurría una buena forma de hacerlo, así que abrí el contacto que tenía anotado y comencé a escribir:

“¿Así que deseas que te abofeteen? Pues resulta que vas a tener suerte, hoy me siento generosa. ¿Dónde quedamos?”

Capítulo 2

La finca a la que estaba a punto de acceder estaba a menos de dos horas de Madrid y el trayecto lo había recorrido en un precioso Audi blanco que había alquilado a la salud de mi nuevo cliente al que esperaba conocer en breve. Creo que una detective de prestigio, como lo que yo soñaba con ser algún día, tiene que cuidar de los detalles. Por eso, además del A5 de ciento cuarenta caballos que iba a costear la familia Huidobro, me había enfundado en mi mejor y más corto traje de falda con los zapatos de más alto tacón del armario. No presumo de tener un cuerpo diez, pero sé que cuando me pongo el uniforme adecuado, más de una mirada masculina se posa en mi trasero cuando me giro. ¡Y eso me gusta a rabiar!

Durante el trayecto evoqué el recuerdo de la noche anterior. La mascota que me había contactado resultó ser de las que quedan pocas: educado y caballero, entregado sin paliativos a mis deseos y con una capacidad de aguante bastante por encima de lo razonable. Aguante tanto en encajar las humillaciones que le propiné aderezadas con algún notable cachete y aguante cuando tuvo que justificar su hombría. Normalmente no suelo repetir con sumisos, sobre todo por respeto a mi policía Melitón, que es el sumiso principal, pero en el caso de la noche anterior seguro que haría una excepción.

Dejé la A50 que continuaba hasta Peñaranda de Bracamonte y tomé un camino que intuía era de uso exclusivo para acceder a la propiedad de los Huidobro. Era completamente recto, pedregoso y polvoriento. A lo lejos, a algo más de un kilómetro, la ausencia de curvas permitía avistar una gran casona de color blanco que destacaba sobre otras pegadas a ella de menor tamaño. Ese era mi destino según me indicaba el navegador del coche alquilado, con el que me tuve que pegar nada más sacarlo de la agencia de alquiler, durante media hora, hasta que conseguí introducir las coordenadas. El anterior usuario que lo había alquilado debió ser un ruso o algo parecido a juzgar por la tipología de los caracteres de texto del navegador. Hubiera sido un detalle digno de agradecer que la empresa que me lo había alquilado hubiera revisado el coche y restablecido el navegador al idioma de Cervantes que, como todo el mundo sabe, es el universal comúnmente aceptado en todos los rincones del mundo.

A ambos lados de la casa se divisaba una valla que parecía evitar que se pudieran escapar lo que me parecían toros de lidia que campaban a su antojo en el pedregal. Porque eso era lo que me parecían esas tierras baldías, un pedregal de secano sin una puñetera sombra en la que protegerse del sol castellano. Así estaban los toros, famélicos. Cuando llegué, aparqué casi frente a la entrada principal y salí del coche. Acto seguido sentí el picotazo de un cínife que parecía estar esperándome para nutrirse con mi sangre, más novedosa seguramente que la de los habitantes habituales de la finca. Ese fue el prelude de mi investigación, el pinchazo de un díptero que me dejaría un magnífico habón en mi piel durante unos días y que no era otra cosa más que el aviso premonitorio de lo que se me venía encima. Tendría que haberme dado la vuelta en ese momento y regresar a la modesta comodidad que me proporcionaba mi vivienda de alquiler. Pero no lo hice, me conformé con matar al bicho, autor de mi desazón, de un manotazo.

Dos mujeres que estaban charlando en el porche de la casa bajaron las escaleras de granito en dirección a mí. Eran como dos gotas de agua, rellenitas, con el culo ancho y caído, el cuello estrecho y un escote que dejaba entrever las arrugas propias de la edad. Sé que estaba siendo cruel con ellas, pero el malestar que me había provocado el mosquito tenía que canalizarlo en forma de mala leche. Según se dirigían hacia mí bajando las escaleras, tratando de no tropezar con

sus sandalias de tacón más alto del que sabían manejar, observé que exhibían una sonrisa fingida de esas que cuando me la dedican la bilis se me revuelve. Aparentaban unos cincuenta bien corridos y ambas llevaban unas gafas de sol totalmente opacas que me impedían ver el color de sus ojos. Lo que no podían negar, además de visitar al mismo sastre, era que ambas compartían también peluquero. El mismo que les había colocado un penacho sobre la nuca que bien podría haber pasado por un moño postizo. Sí, lo sé, continuaba proyectando mi mala leche contra esas dos mujeres.

No es que fuera necesaria una licencia de detective para adivinar que se trataba de dos hermanas gemelas. Llevaban un vestido floreado, de verano, que no conseguía ocultar sus caderas exageradas y ambas lucían sobre sus cabezas un pequeño sombrero que rozaba lo ridículo y que no conseguía escamotear a la vista de los presentes el moño, por llamarlo de alguna manera que se entienda. Desde luego el peluquero se había ensañado con ellas a base de bien.

Se presentaron como Martina y Dorotea Chamorro, hermanas gemelas y esposas de los propietarios de la casa, Roberto y Crispulo Huidobro. Eso si es que el legado pendiente de abrir les fuera favorable como aclararon ambas de forma oportuna.

—¿A qué es original?, dos hermanas gemelas casadas con dos hermanos —tonteó una de las dos, la que se había presentado como Martina.

—Pero no se vaya a pensar, ellos nos diferencian —mejoró la tontería la otra.

—O eso se creen ellos —remató de nuevo la primera entre risas de las dos.

No pude ocultar mi mirada de perplejidad.

—Creo cariño que hemos logrado escandalizar a esta señorita —replicó una.

Si supierais, pensé.

—No se vaya a pensar lo que no es —cacareó la otra.

—Son ustedes muy simpáticas —mentí—. Debo entrar, creo que me esperan. ¿Ustedes no entran? —dije mirando el reloj y comprobando que me había retrasado unos minutos.

—No nos deja el abogado hija, dice que solo pueden estar presentes los posibles beneficiarios del testamento, además de la señorita detective que ha contratado mi Huidobro.

—Bueno, y también mi Crispulo la ha contratado —añadió su hermana—. Es usted la detective ¿no es así?

—Brillante, ha estado brillante. Se ha dado cuenta de mi profesión a la primera, la felicito —me mofé harta de tanta conversación insulsa.

Las dejé de nuevo entre risas lamentando su simpleza, que bien podría ser deliberada, y caminé hasta la entrada. Observé que todo el frontal del edificio estaba salpicado de adelfas de flores blancas y rosas. Las había casi con desmesura, debía ser la planta preferida del jardinero o su obsesión. Ascendí los seis escalones que llevaban hasta la puerta de tamaño catedralicio de la casona a la que accedí sin nadie que me acompañase. Tuve suerte y en una habitación que hacía las veces de *hall*, sentados en un sofá y en el sillón aledaño, me encontré a una mujer algo más joven que yo, o sea de unos veinte años, y a un joven de color. Ambos me miraban con ojos de sorpresa y cara de aburrimiento. Estaban sentados como si tuvieran miedo a desgastar la tapicería, de medio lado, con las manos sobre las piernas y con una cara que evidenciaba no tener muy claro lo que estaban haciendo allí. Les pasaba lo que a mí.

—¿Voy bien para la reunión del testamento?

Los dos asintieron sin abrir la boca.

—¿Y serían tan amables de indicarme el camino?

Los dos miraron en la misma dirección, hacia una puerta de madera lo suficientemente noble y

labrada como para aventurar que, tras ella, se encontraría la sala principal de la casa.

Caminé y antes de girar el picaporte me volví hacia la extraña pareja y dejé que mi curiosidad saliera a flote. ¡Para que reprimirla!

—¿Me considerarían descarada si les pregunto quiénes son?

La joven se puso en pie y comprobé que no destacaba por su estatura, lo cual me hacía mirarla al mismo nivel a pesar de llevar yo dos prominentes y sonoros zancos con forma de tacones. Llevaba un bonito y ajustado pantalón vaquero adornado con tachuelas plateadas y una blusa anudada dejando a la vista el piercing de su ombligo. Me ofreció su mano desprovista de anillos y se presentó.

—Belén Esteban, para servirla señora. Usted debe ser la detective.

Asentí y miré al joven de color invitándole a que hiciese lo propio. Pero no fue así.

—Él es Dominic, apenas habla castellano. Es de Nigeria y nos hemos conocido hace unos minutos. Estamos esperando para pasar, aunque no sé si nos van a dejar. Creo que nuestra presencia no es bienvenida en esta casa —aclaró la mujer dejando caer la mirada.

—¡Leches! ¿y eso? —pregunté temiéndome no haber entendido bien.

Antes de que esta pudiera contestar, la robusta puerta se abrió y de ella salió un engominado sujeto con camisa blanca, traje y corbata negros y mirada a juego con el atuendo: sombría. Más parecía el uniforme para un funeral que para una testamentaria.

—¿Yaiza Cabrera supongo? —se interesó.

Por su voz supe que estaba frente al letrado con el que había hablado por teléfono el día anterior.

—¿Rodolfo? —pregunté, aunque de forma innecesaria pues ya conocía la respuesta.

—Te estamos esperando, pasa —se hizo a un lado mostrando una caballerosidad que no me esperaba después de la conversación del día anterior.

Decir que el salón en el que me encontraba era espectacular hubiera sido una injusta mentira, era mucho más que eso. Parecía la sala principal de un castillo medieval con paredes cubiertas de tapices con fondo predominantemente granate y de candelabros de forja. A mi derecha se situaba una mesa robusta de madera mate pero noble y alrededor de ella una docena de sillas del mismo color repujadas con cuero negro. Frente a la chimenea y sobre una considerable alfombra, había cuatro sillones enriquecidos con tela aterciopelada y sobre ellos descansaban dos individuos que bien podrían ser mis clientes.

Al unísono se levantaron cada uno con una copa redonda, de las de brandy, en la mano. El que parecía mayor tomó la palabra dirigiéndose a mí.

—Bienvenida señorita Cabrera. Su colega Holmes nos ha hablado muy bien de usted. Y de él nos han hablado muy bien desde fuentes policiales. Debe ser todo un personaje.

—Conclusión, estamos en buenas manos —apostilló el que tendría que ser su hermano pequeño.

El abogado Almendro se encargó de las presentaciones y comenzó por el que debía ser el hermano mayor, un individuo de unos sesenta años, del que se podría decir que poseía un porte magnífico por altura y envergadura. Coronaba su cabeza una mata frondosa de pelo negro como el azabache, consecuencia probablemente de un buen tinte ya que esa negrura parecía incompatible con la edad aparentada. Este me estrechó la mano y se acercó babeante con intención de plasmarme sus morros sobre mi delicada mejilla. Rehuí con un gesto que resultó suficiente para él y para su hermano que me fue presentado a continuación.

Críspulo era más achaparrado que su consanguíneo, aunque no le faltaba altura. Su cuello era

prácticamente inexistente y embutía su diminuta cabeza sobre los hombros como si esta tratase infructuosamente de salir. Si bien la testa estaba totalmente lisa, sin ningún rastro de cuero cabelludo, de las sienas le salían dos enormes patillas que le daban un cierto aspecto de bandido andaluz que me evocó al actor Álvaro de Luna cuando acompañaba a Curro Jiménez durante sus correrías televisivas. Los dos vestían pulcramente y, aunque no llevaban traje, su ropa informal evidenciaba cierto poderío económico.

Apenas acabadas las presentaciones, la puerta se abrió e irrumpió un enjuto individuo con un traje azul de mil rayas. Sus ojos saltones amenazaban con escaparse de las negras antiparras que debían permitir al sujeto ver algo, aunque lo dudaba a juzgar por la cara de despiste del individuo. Nos miró y se excusó.

—Discúlpeme por favor, me he dormido —dijo tartamudeando sin darme a entender si su defecto en la pronunciación era consecuencia de los nervios o de algún problema mayor. ¡Menuda excusa ha puesto! Pensé.

—Yaiza, te presento a Marcial Ruipérez, contable de la empresa —se encargó de anunciar el atento leguleyo Almendro.

—Director Financiero de LoLeHuSA si no te importa, querido Rodolfo —matizó el interpelado manteniendo el ligero tartamudeo inicial, lo cual me indujo a pensar que era contrahecho de nacimiento y, además, tartamudo.

—Muy sensible nuestro querido contable —persistió el abogado con su, aparentemente, deliberada ofensa. Me dio en la nariz que esos dos no eran precisamente amigos.

—Y tú muy... en fin —croó el de los números, lo que permitió ratificarme en mi impresión anterior: que la relación de ambos no pasaba por su mejor momento.

—Creo que nos deberíamos sentar y debatir un asunto importante —terció el hermano mayor de los Huidobro apaciguando la refriega—, probablemente afuera hayan visto a dos personajillos que yo he conocido hoy mismo. El motivo de que estén aquí es que nuestro abogado dice que son legatarios de la herencia, según reza en el documento que le ha confiado el notario depositario del testamento. Pero tanto mi hermano como yo nos negamos a aceptar esta situación tan inusual y tan lesiva para nuestros intereses. Queremos que se abra el testamento sin estar ellos presentes y después ya veremos.

—Pero Roberto, ya te he dicho que en el testamento figura, de forma expresa, que se os leerá a todos los beneficiarios a la vez. Y ellos lo son —aclaró Rodolfo Almendro—. Lo pone aquí —añadió mientras señalaba el sobre marrón que sostenía en su mano derecha.

—¡Como leches van a ser legatarios de los bienes de nuestro padre si no sabemos quién coño son! —se despachó el hermano menor malhumorado.

—Y el hombre este del traje azul ¿sí es beneficiario del testamento?, lo digo porque está aquí —pregunté ingenua señalando al contable, lo que me supuso una mirada de este cargada de ira.

—No, por Dios. Usted señorita, junto al abogado y al contable, son las tres excepciones de personas que estarán aquí sin ser legatarios —aclaró Roberto.

El picapleitos que parecía llevar la voz cantante carraspeó.

—Eso podría no ser del todo cierto, pero no adelantemos acontecimientos —terció enigmático provocando caras de extrañeza en los dos hermanos.

—¿Qué insinúas? —requirió Crispulo.

Ante la demora en contestar del interpelado, decidí salir en su encuentro y buscar un aliado que más tarde me pudiera venir bien.

—Creo que eso es lo que nos desvelarán en breve, cuando todos nos sentemos. Y no estaría de

más que mostraran una dosis de humildad y permitiesen que las dos personas que están en el vestíbulo entren cuanto antes. Así nos enteraremos de cuál es su papel en todo esto, porque he deducido de sus palabras que ninguno de ustedes conoce a la mujer y al joven de color.

Su silencio me animó a seguir.

—Y otra cosa de la que deberemos hablar en algún momento, es sobre lo que esperan de mí, ¿para qué me han contratado? Pero vamos, no tengan prisa, cobro por día trabajado. Por lo que sé, su padre murió aparentemente de un infarto, aunque más tarde la autopsia demostró que pudo tratarse de un envenenamiento. Supongo que la policía estará haciendo su trabajo y, por tanto, no veo la necesidad de que ustedes gasten su dinero en pagar mi nómina y los gastos de la investigación. Además, si no me equivoco, la herencia comenzó a verse mermada una vez que ocurrió aquel suceso con las muchachas emigrantes que transportaba uno de los camiones de su padre hace unos meses. O sea que es probable que no anden muy sobrados a pesar de la herencia.

—No corra detective —aclaró el hermano mayor—. La herencia puede que no sea todo lo abultada que debiera ser, aun así, lo que haya es nuestro, de mi hermano y mío. De nadie más. Y en algún momento tendremos que aclarar quién mató a nuestro padre y quién, antes, saqueó las arcas de la empresa. Creo que a la policía no le ha de venir mal una pequeña ayudita. Resumiendo, para eso está usted aquí, para encontrar nuestro dinero y para aclarar lo que le sucedió a nuestro padre.

Me había quedado claro.

El apergaminado contable, o director financiero, fue el primero en sentarse en torno a la mesa y depositar sobre ella el amasijo de carpetas sujetas con gomas que portaba entre sus manos. Yo hice lo propio provocando que los dos hermanos también tomaran asiento y pidieran al abogado que mandara pasar a la mujer y al joven que estaban esperando afuera.

Lo hicieron, pero precedidos de las dos hermanas gemelas que debían estar esperando la ocasión para colarse en una fiesta a la que no estaban invitadas. Nadie tuvo los redaños suficientes como para increparlas para que saliesen, así que tomaron asiento. Por fin estábamos al completo, ocupando nueve de las doce sillas. Miré de izquierda a derecha observando los rostros, todos expectantes, algunos desconcertados, otros furiosos. A mi lado se sentaba Crispulo Huidobro el cual, a modo de tic, no paraba de mesarse ora las patillas, ora la brillante calva. A su lado estaba su hermano, más altivo y cuyo rostro, unos grados más elevado, demostraba quién era el hermano mayor. Seguidamente estaban las dos gemelas. Me fijé que ambas llevaban sujeto el anacrónico gorrito con un alfiler decorado con una mariposa dorada. Y las dos portaban una sonrisa triunfal mostrándose ufanas por estar furtivamente en ese comité en el que se habían colado, literalmente hablando.

Frente a mí estaba el picapleitos cual director de orquesta frente a los músicos. Le miré detenidamente y descubrí algo en él que no me dejaba indiferente. Podría ser su mirada interesante, aunque solemne, que conjugaba a la perfección con su traje de luto. O podrían ser también sus labios excesivamente carnosos para ser llevados por un hombre, o sus anchos hombros. El caso es que ese hombre había conseguido atraer mi atención.

Por supuesto que nada que ver con el sujeto que tenía a su lado, el del traje azul. En su rostro apenas posé mi vista unos segundos, los justos para confirmar que se trataba de un ratón de esos que roen los números hasta que no queda de ellos ni los huesos. No descartaba que el finado Leocadio Huidobro hubiera rescatado al contable de entre la pléyade de inspectores que Hacienda acumula para adentrarse en las cuentas de los pobres contribuyentes. Pinta de ello tenía.

Seguí mirando hacia la derecha y salté las tres sillas libres hasta dar con un adolescente que apenas debía rebasar los dieciocho años, con su tez muy negra y los ojos muy blancos. Miraba con

miedo a todo, a nosotros, a las paredes y a las carpetas que sobre la mesa había dejado el contable. En cambio, la mujer que estaba a su lado parecía más calmada. Era extremadamente guapa y su melena morena ayudaba a enmarcar un rostro simétrico y con rasgos perfectamente delimitados. Poseía una belleza natural a la que no le hacía falta nada que la ensalzase.

Rompió mi abstracción la ronca voz del letrado que había asumido el papel de maestro de ceremonias.

—Creo que esta va a ser una mañana de sorpresas, en especial para vosotros Roberto y Cris. Sorpresas que no van a ser agradables, me temo. Pero antes de empezar me veo obligado a leer lo que vuestro padre, el de los cuatro, ha escrito.

—¿Qué has dicho? —vociferó el hermano menor.

—¿Te has metido una raya antes de venir abogado? —machacó el otro hermano.

—Una raya no, se ha debido meter toda la línea continua de la autopista, de aquí a Cádiz —apostilló Crispulo.

Yo miré boquiabierto el rostro de todos los presentes sin entender nada o, mejor dicho, comenzando a entender lo que hacían allí esa misteriosa y guapa mujer y el joven Dominic.

—Dejadme que prosiga, por favor, lo entenderéis todo...

—Más te vale que lo hagas porque estás a punto de dejar de ser el abogado de la empresa y de la familia —amenazó el mayor de los hermanos.

Capítulo 3 – marzo de 2017. Estado de Jigawa (Nigeria) a orillas del río Komadugu Yobe.

Las tres famélicas cabras, blancas y lanudas, estaban intranquilas dentro de la cerca de madera. No paraban de balar y apenas mostraban interés por el escaso forraje que tenían ante sus hocicos, algo extraño en ellas. Es probable que barruntasen una tormenta, pensó Doris mirando hacia arriba, aunque nada en el cielo hacía presagiar un cambio en la meteorología. A sus dieciséis años, a punto de los diecisiete, era la que de forma inevitable se debía de hacer cargo de los cuidados de la casa y de la familia compuesta por sus dos hermanos además de ella. Con la pequeña, Hauwa Samuel, apenas podía contar ya que prometió a su madre, antes de que esta muriese, que su hermana iría a la escuela de la iglesia católica. Y con el mediano, Henry, a pesar de tener ya dieciséis años recién cumplidos tampoco podía contar. Nunca estaba en la casa cuando se le necesitaba y nunca daba explicaciones de dónde había estado cuando se lo preguntaba. Si estuviera su padre...

El padre de Doris había desaparecido dos años antes y por más que buscaron todos los vecinos del lugar no se encontró rastro de él. Es posible que su cuerpo hubiera sido pasto de las fieras y carroñeros y sus restos descansaran en cualquier punto de la sabana. Aunque su esposa no se escondió al poner en alto su firme sospecha de que había puesto rumbo a Europa abandonando a su familia a su suerte. El legado que este dejó a su esposa y madre de los tres pequeños fue dramático: el terrible VIH el cual acabó con su vida un año después. Debía haberlo contraído bastante tiempo antes, pero nunca se hizo prueba alguna a pesar de las habituales campañas de detección que médicos y enfermeros europeos hacían en sus rutas itinerantes por el continente. Un continente en el que Dios puso toda la belleza que pudo cuando lo tejió, pero que luego se olvidó de él y lo abandonó a su suerte para beneficio de unos pocos.

Doris había oído que ese terrible virus no pasaba de ser una enfermedad crónica sin apenas repercusiones para la vida normal de los pacientes en aquellos países donde existía tratamiento. Por desgracia para su madre no fue así y se marchó dejando tres huérfanos perdidos en una tierra rica para el cultivo, pero estéril por la falta de agua.

Un pastor anciano, junto a su hijo, pasó ayudándose de un cayado probablemente improvisado con una rama de acacia. Lo vio a unos cien metros conduciendo una recua de bueyes por el camino que, viniendo de la población más cercana a la vivienda de Doris, llevaba hasta uno de los brazos del río Komadugu Yobe donde una poza daba agua apenas suficiente para las necesidades de la población cercana. El ganado no parecía tener prisa a pesar de que caminaba hacia el agua del río. A falta de reloj, era el ritual cotidiano que marcaba el inicio del día para su hermana ya que su propia mañana comenzaba una hora antes. Doris, todos los días, dedicaba unos minutos abstraída en contemplar las más de veinte reses que con sus astas cuneiformes apuntando hacia arriba levantaban una nube de polvo que llegaba hasta su ventana.

Despertó a Hauwa y le ofreció el único vaso de leche que había conseguido de las tres cabras, era hora de prepararse para ir a la escuela. Esa mañana no había leche para que pudiera tomar el desayuno junto a su hermana, así que la engañó diciendo que no pudo esperar más y ya se había tomado su ración. No intentó levantar a su hermano ya que normalmente era un esfuerzo inútil y seguiría durmiendo hasta que alguno de sus compinches del poblado le viniese a buscar para ir a zascandilear por ahí.

Mientras Hauwa se desperezaba, Doris se miró en el único espejo que tenían en la casa, en la habitación que fue de su madre y que ahora era la de ella, y se vio hermosa. Tenía dos grandes ojos de color azabache y una nariz simétrica que le encantaba a su madre estrujar. ¡Cómo la echaba de menos! Se mesó con sus manos el pelo y se sonrió a sí misma. Le gustaba su pelo negro ensortijado y agradecía que su religión no le prohibiese llevarlo descubierto. Alcanzaba ya el metro setenta centímetros y le había dicho el médico que una vez a la semana venía al pueblo a visitar a sus escasos habitantes, que aún le quedaba por crecer unos centímetros más.

Le hubiera gustado ir también a la escuela junto a su hermana, pero no era posible. Alguien tenía que atender a las cabras y cuidar de las pocas verduras que la tierra les daba y que ayudaban al sustento familiar. Se conformaba con asistir regularmente al oficio religioso y tomar prestado alguno de los libros que el cura le ofrecía para no olvidar el conocimiento de las letras. Tenía preparado sobre su cama para devolverle el último que le había prestado. Uno de un autor americano que hablaba sobre un adolescente, Holden Cauldfield, al que le habían expulsado de todos los colegios y huyó del último en el que estaba interno. A Doris le había gustado la irreverencia que mostraba aquel joven. Pero ella no podía huir como hizo Holden. No por lo menos mientras Hauwa la necesitara. Se miró de nuevo y recordó que el cura le había subrayado una frase del libro y le dijo que cuando se lo devolviera le tenía que explicar lo que significaba: “La vida es una partida y hay que vivirla de acuerdo con las reglas del juego”. Aún tenía tiempo para meditar sobre ello antes de entregarle el libro al padre.

—Vas a desgastar el espejo hermana —escuchó decir a sus espaldas en la lengua en la que habitualmente se comunicaban que era el inglés. En su familia y en el pueblo se hablaba el yoruba, aunque todos entendían el inglés y las dos hermanas habían acordado usarlo para comunicarse entre ellas. Así, cuando su sueño de vivir en otro mundo se cumpliera, no tendrían problemas con el idioma.

—Mírate tú también Hauwa, estás preciosa y ya te estás haciendo una mujercita. ¿Te has tomado la leche?

Su hermana pequeña era, si acaso, la versión mejorada de Doris. Su cara era risueña y a ello ayudaban los dos enormes ojos que ocupaban una buena parte de ella. Eran unos ojos brillantes y cargados de alegría.

—Claro Doris, no he dejado nada. ¿Qué les pasa a las cabras que están tan inquietas?

—No lo sé, la verdad. ¿Oyes a las aves?

Ambas salieron y comprobaron que, efectivamente, algo no parecía estar como debiera. Como si la paz de la sabana se estuviera a punto de turbar. Cientos de aves de distinta especie revoloteaban sobre las copas de los árboles sin posarse sobre sus ramas como era lo habitual a esa hora tan temprana. Se barruntaba que algo estaba a punto de suceder.

—¿Y si me quedo y te hago compañía? Podíamos ir a por agua, a los pimientos no les vendría mal.

—Hermanita, prepárate para ir a la escuela y deja de buscar excusas —trató la hermana mayor de quitar importancia a la impresión que las embargaba a ambas.

Dos mujeres mayores, procedentes del río, caminaban hasta la aldea cargadas con sendas cántaras. Eran vecinas y, al igual que el pastor y su hijo, marcaban el inicio del ritual diario de las dos jóvenes. Las dos mujeres todas las mañanas caminaban los más de cinco kilómetros que las separaba del agua del río y debían volver cargadas sobre su espalda con un peso de más de

cuarenta kilos mientras sus maridos se ocupaban de... esa era una buena pregunta, saber de qué se ocupaban sus maridos. Doris rio de forma amarga con su pensamiento.

Un remolino de aves levantó el vuelo alborotadamente a una distancia de unos centenares de metros, sobre los escasos árboles que bordeaban el camino que llegaba desde Baiomari. Esa era la población grande más cercana a pesar de estar a unos quince kilómetros. Aparte de las casas aisladas que aprovechaban el camino desde el pueblo hasta el río para fijar sus raíces cerca de su linde, la mayoría de los vecinos se concentraban en una pequeña aldea, a unos cinco kilómetros del lugar donde vivía Doris por un lado y a diez por el otro de la ciudad de Baiomari. En esa aldea sin nombre, a menos de una hora andando, era el lugar donde se situaba la iglesia que hacía las veces de escuela.

No tardó en aparecer por el camino que daba a la casa un coche desvencijado seguido de un camión con unos hombres que vestían como soldados, pero que no parecían serlo. La estrategia pactada de antemano en caso de que algún día se produjera esa situación estaba ensayada. Hauwa, a una señal de su hermana, corrió hacia dentro de la casa y se escondió en una oquedad preparada a tal efecto bajo su propia cama y oculta con una madera del mismo color que el suelo.

Los hombres detuvieron los dos vehículos frente a la casa y se dirigieron a Doris en hausa, otra de las lenguas habladas en el país, pero desconocida para ella. Estaba nerviosa y las lágrimas brotaban por sus ojos sin control intuyendo que algo malo iba a pasar. Henry al escuchar el frenado de los vehículos asomó su rostro por la puerta justo a tiempo de que uno de los falsos soldados le asestara un golpe con la culata de su fusil haciéndolo caer al suelo, hacia atrás, y dejándole la cara ensangrentada.

—¿Dónde está tu hiyab? —preguntó a Doris en inglés el mismo hombre que había golpeado a su hermano. Con ello se refería al velo que, de acuerdo a la religión musulmana, debía cubrir la cabeza de la mujer a partir de su pubertad.

La falta de entendimiento sobre lo que estaba sucediendo, los nervios y el terror le impidieron contestar.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó el hombre de nuevo.

Los nervios y el terror fueron mayores cuando pensó en su hermana. Tampoco pudo contestar.

A los dos los subieron al camión y los sentaron junto a otros jóvenes vecinos del pueblo. No había nadie allí dentro que llegara a la veintena.

Doris vio con horror como dos hombres con machetes manchados de sangre entraban en la casa y rezó al Dios en el que le habían enseñado a creer para que no encontraran a su hermana pequeña. No pidió para ella ni para su hermano Henry, pidió para Hauwa. Al cabo de un par de minutos supo que el dios misericordioso en el que creía había escuchado su plegaria ya que los hombres salieron de la casa solos y dieron instrucciones de que el convoy continuase su sangriento viaje. El plan había funcionado y la pequeña Hauwa debería estar acurrucada en su pequeño zulo. ¿Qué sería de ella a partir de ese momento?

Según se iban acercando al centro del pueblo, Doris pudo ver el reguero de muerte y horror que esos hombres habían ido dejando a su paso. Entendió el motivo de que dentro del camión no hubiera más que jóvenes, el resto estaban todos degollados y sus cuerpos sembraban el camino de forma atroz.

Les mandaron entrar en la iglesia. Afuera, aparcados frente a la entrada, había más camiones. En la puerta habían dejado el cuerpo del cura sobre un charco de espesa sangre para

que todos los que entraran lo pudieran ver. Lo habían desmembrado. Miró a su hermano y comprobó que sus ojos tenían la misma mirada de terror que los de ella.

Los sentaron en los bancos de la iglesia junto a otros. Una mujer más joven que Doris lloraba con desesperación: “Han matado a mi padre, le han cortado la cabeza, le han dicho que era un maldito cristiano”. Sobre el altar apareció un hombre gordo y sudoroso con un fusil en la mano que se dirigió a ellos en la misma lengua que Doris no era capaz de entender. Afortunadamente, el que parecía el lugarteniente, tradujo chapuceramente parte del mensaje al inglés. Así pudieron saber que venían a liberarles de las mentiras del cristianismo y desde ese momento se acababa de implantar la Sharia o ley islámica. Desgraciadamente, continuó traduciendo el ayudante del que parecía el mandamás, las mujeres ya estáis contaminadas y no servís. Los hombres tendréis oportunidad de redimiros con el fusil en la mano ofreciendo vuestra sangre si fuera necesario. Solo así os podréis salvar.

Doris miró a su alrededor y contó unas veinte mujeres y ocho hombres. Ninguno llegaría a los dieciocho años. Todos asustados y temblorosos. Alguno con sus ropas manchadas de sangre. El hombre continuó hablando de la Yihad y de cómo la cultura occidental había corrompido la esencia de los jóvenes, pero Doris ya no era capaz de entender aquella arenga. Sentía una presión en sus sienes que le impedía seguir escuchando y colocó sus manos sobre los ojos como si con ello la dramática realidad pudiera ser negada. Poco después vio que todos se levantaban y salían hacia los camiones. Vio como a su hermano lo metían en un vehículo, separado de ella, junto a los otros siete varones. Estuvo sentada dentro del camión, al lado de las otras mujeres, mucho tiempo, hasta que los hombres que la habían capturado metieron todos los cuerpos inertes y sanguinolentos en el interior de la iglesia. Después prendieron fuego al edificio de madera y las llamas no tardaron en ascender hasta la torre. El olor de la carne humana quemada inundó el aire y se desmayó.

Cuando quiso recobrar el conocimiento estaba aún en el interior del mismo camión, este se había detenido en un lugar desconocido para Doris, era de noche y no había demasiada luz. Les ordenaron bajar a todas las chicas y alinearse. Eran muchas, todas con rostros desencajados por el miedo, con lágrimas en los ojos y sin saber cuál iba a ser su destino. Los gritos de esos hombres resultaban estremecedores en el silencio de la noche. Voces que no entendía y que llegaban de un lado y de otro sin concierto. Estaba aturdida. El hombre que se había dirigido a ellas en inglés se paseó desafiante antes todas las chicas, contemplando el botín.

—En poco tiempo llegarán más, así que partiréis al amanecer. Ahora vais a descansar, las que podáis hacerlo —y rio de forma estruendosa ante lo que para él parecía un chiste.

Señaló a tres y dio instrucciones a sus hombres. Dos de ellos llevaron a empujones a las tres jóvenes a lo que parecían los barracones de los soldados o lo que fueran esos hombres. Luego miró a Doris y dio de nuevo instrucciones que sirvieron para que también a empujones la llevasen a una barraca que tenía pinta de corral donde en una estancia sin ventanas la encerraron. Tan solo había un camastro harapiento en el cual no se atrevió a sentarse del asco que sintió al contemplarlo e inevitablemente olerlo. A pesar de la ausencia de ventanas y a pesar de que la puerta estaba cerrada, los muros de adobe no fueron suficientes para impedir que escuchase los gritos que se seguían sucediendo en el exterior.

Transcurrido un tiempo que a la joven le pareció eterno, los gritos cesaron y la puerta se abrió y vio como entraba el hombre que les había hablado en inglés.

—¿Por qué estoy aquí? —se atrevió valientemente a preguntar.

—Eres muy curiosa. ¿De verdad no lo sabes?

La muchacha negó con la cabeza.

—Porque eres bella, la más hermosa de todas las que estaban ahí afuera. Has tenido suerte. Tu belleza te ha salvado —sonrió mientras clavó sobre la joven su lasciva mirada.

Doris bajó la cabeza en señal de sumisión y calló.

—¡Levanta el rostro! Quiero verte.

—Si soy la más bella, ¿por qué no es tu jefe el que está aquí? —se atrevió la mujer.

—Le gustan otras cosas —dijo entre risas—. Quizá tu hermano o cualquiera de los otros chavales que hemos capturado y que formarán en unos días parte de nuestro ejército, sepan en este momento de lo que hablo.

La chica tardó unos segundos en asimilar el sentido de lo que estaba escuchando.

—¿Qué va a ser de ellas? De las tres chicas que habéis metido en la cabaña más grande. ¿Y qué va a ser del resto, de las otras?

—¿Preguntas por ellas y no por ti? —dijo entre risas el hombre que mediría casi dos metros, con una negra, desaliñada y poblada barba y el cual despedía un fétido olor por su boca que le llegaba a Doris con cada una de sus carcajadas—. Yo te diré lo que va a ser de ellas. Las primeras que han entrado en los camastros de los soldados, esas servirán de trofeo para todos ellos. Alimento para su espíritu. Si alguna sobrevive a la mañana, les abrirán el vientre. No porque no queramos mujeres embarazadas, que ese será el destino de todas vosotras, sino para que aprendáis con su sufrimiento y sepáis lo que os espera si no obedecéis. Así que tú has tenido suerte, deberías agradecerme. Esas tres os servirán de ejemplo a todas vosotras, habéis abrazado la fe equivocada y vais a pagar por ello.

Doris se echó las manos a la cara y sollozó. No entendía cómo era posible tanta maldad reunida en un solo hombre.

—¿Yo sobreviviré a la mañana?

—Es probable. Si es así, partirás con el resto hacia tierras donde podrás comprobar como tratan a las que son como vosotras. ¡Basura! Eso es lo que seréis.

—¿Por qué hacéis esto?

—Por dinero, que inocente eres niña. Por la venta de mujeres jóvenes nos pagan lo suficiente como para que podamos financiar estas armas que nos permiten conquistar lo que nunca debió dejar de ser nuestro. Pero por la mercancía estropeada no nos pagan nada, así que o colaboras y haces lo que te digo o te machaco la cara y luego te mando con las tres que están con toda la tropa. ¿Lo has entendido? Así que se acabó la charla.

El hombre se bajó los pantalones y dejó al aire su enorme miembro colgando, miró a Doris con lujuria y preguntó:

—¿Vas a colaborar o tendré que estropear la mercancía?

Doris se sentó sobre el colchón y apoyó la cabeza sobre la ennegrecida almohada. Lo que en ese momento menos le importaba era la suciedad del camastro.

Capítulo 4 – agosto de 2018

El abogado Rodolfo Almendro comenzó su exposición aclarando a todos los presentes que él estaba delante cuando el fallecido ordenó la nueva redacción del testamento ante el notario. Fue unos días antes de su muerte. Miró a todos los reunidos en torno a la mesa y extrajo una hoja de papel de una carpeta y mostrándola continuó:

—Esta es la carta que vuestro padre ordenó que se acompañara al testamento, si bien no está escrita por él mismo, sí está firmada. Lo pueden comprobar si así lo desean. Al notario ante el que se redactó, le dio instrucciones claras para que delegara en mi persona la lectura tanto de esta carta como del testamento. Y eso es lo que voy a hacer ahora mismo con el permiso de todos los presentes.

—¿De tus palabras se puede deducir que él intuía su inminente muerte? —apunté.

—No entiendo esa pregunta señorita detective, yo no he deducido eso. No creo que se haga testamento solo cuando se está ante la negra parca —me corrigió Crispulo Huidobro.

—Digamos que me ha parecido extraño que su padre redacte un testamento, o corrija el anterior si es que había otro, unos días antes de su muerte. Y también resulta extraño que previo a su asesinato hubiera dejado instrucciones claras para que se celebrara este acto tan misterioso, porque no me negarán que lo es —aclaré el motivo de mi pregunta anterior.

—Si esperan todos a escuchar lo que tengo que decir, quizá resulte entonces menos misterioso —apuntó con sensatez el leguleyo—. Paso a leer, de manera textual, la carta de Leocadio Huidobro, el padre de ustedes cuatro.

Los dos hermanos Huidobro se miraron entre sí aparentemente extrañados y acto seguido miraron, sin poder ocultar su desprecio, a la mujer desconocida y al joven Dominic.

“Queridos hijos, he hecho cosas en la vida de las que una persona bienintencionada no debería sentirse orgullosa. Supongo que resulta normal que cuando la muerte amenaza con su guadaña, surjan los remordimientos y la necesidad de redención.

He llegado a poseer un pequeño imperio y en mi ansia de hacerlo crecer incurri en malas compañías que abusaron de mi buena conciencia. O quizá de mi ignorancia. El caso es que siendo yo el responsable último de la empresa que ahora se va a repartir, junto al resto de mis bienes, otros han cometido actos deleznable utilizando como soporte los recursos de la compañía. Como ya sabéis de lo que hablo, no seré pródigo en detalles.

Cuando conocí el daño, traté de enmendarlo reconciliándome con mi conciencia. Belén, la joven que debería estar presente cuando se lea esta carta, es hija mía. Confieso ante vosotros que, en vida de vuestra madre, que en paz esté, tuve un desliz amoroso con una mujer que en aquellos tiempos se dedicaba a la prostitución. De lujo, pero prostitución al fin y al cabo. El idilio se mantuvo en el tiempo, quizá más de dos años, sin decaer ni un ápice el entusiasmo inicial. Fue tal la pasión y el cariño que nos tuvimos que le ayudé a retirarse de su oficio y le di una hija. No fue un accidente, fue deliberado, así que mi deseo es que la acojáis como la hermana vuestra que es. La pasión desapareció como suele ser lo habitual, aunque no el cariño que sentía por esa mujer, así que seguí ayudándole tanto a ella como a su hija. Ella es vuestra hermana Belén. Cerca del fin, en el último trecho de mi vida, he decidido hacer justicia y reconocerla como hija legítima mía. Junto a esta carta debería estar la documentación que lo prueba.”

El abogado debió considerar, no falto de razón, que era necesario un respiro para que todos tratáramos de asumir la información que acabábamos de recibir.

—¿Qué documentación es esa a la que se refiere la misiva? —requerí.

Sin mediar palabra, el abogado puso ante mis ojos, a modo de respuesta, una copia de la partida de nacimiento donde se hacía constar de quién era hija esa joven y un documento anexo que daba fe del reconocimiento como padre por parte de Leocadio Huidobro. No admitía duda.

Roberto se levantó y encarándose con la mujer que ya había dejado de ser misteriosa le preguntó indolentemente:

—¿Tú lo sabías? ¿Conocías quién era tu padre?

Ella asintió incapaz de sostener la mirada.

—¿Lo sabías y te has presentado aquí como una extraña? —continuó el mayor de los Huidobro—. ¡Joder! Tengo una hermana y me entero ahora, después de muerto mi padre. ¡Esto es inaudito!

—Le conocí cuando yo tenía dieciocho años, o sea hace dos. Mi madre nunca quiso hablarme de quién era mi padre. Fue un shock para mí en ese momento. Desde entonces le he visto con regularidad.

No me pasó desapercibido el hecho de que el fallecido no había mostrado interés por su hija solo los días anteriores a su muerte, sino que su supuesto arrepentimiento venía de lejos.

—¿Mi padre y tu madre seguían siendo, ummmm, amantes? —quiso saber Crispulo más sosegado que su hermano.

—No, creo que se apreciaban mutuamente, pero no vi en ellos más que muestras de afecto.

—Lo que nos faltaba, la hija de una puta se lleva parte de la herencia y supongo que el negrito también, ¿no es así Rodolfo? —fue el hermano mayor el que lanzó tan ofensivas palabras que se me clavaron como jabalinas.

No me tengo por un adalid de la causa de los débiles, pero de siempre los machitos que no dudan en herir a aquellos que pueden, aunque solo sea a través de la palabra, me han caído fatal. Así que me puse en pie y estando a su lado como estaba, le grité lo más alto que pude casi con mi boca pegada a su oreja:

—Señor Huidobro, o Roberto o como desee que le llame. Me da exactamente igual que sea mi cliente, pero no creo que debamos tolerar chorradas de ese tipo. Yo por lo menos no las tolero, si me quieren echar me echan, pero no vuelva a decir eso porque seré yo la que me largue y si lo hago, no lo dude, antes le habré propinado un puntapié de los que duelen. Mire mi zapato y hágase a la idea —y ya más tranquila continué—. Si su padre engañó a su madre, no creo que sea culpa de esta joven. Probablemente su padre cometiera un error teniendo una hija con otra mujer, pero viendo la educación que le dejó a usted a juzgar por lo que acabamos de escuchar, cometió más errores, no solo ese.

Pensé que con esas palabras había finalizado mi trabajo en esa casa y que en breve me pondrían de patitas en la calle, pero no fue así.

—Mis disculpas señorita —dijo dirigiéndose a Belén—, me he dejado llevar por la emoción. Lo siento. Hágase cargo de la situación. Esto me desborda.

Su hermano le miraba sin saber qué decir, así que el abogado continuó con la lectura de la carta, la cual, como era fácil de intuir, guardaba una nueva sorpresa:

“Dominic también es hijo mío, aunque este sea adoptado y no natural. Tiene dieciséis años y es de Nigeria. Del mismo país que las mujeres que liberaron los guardiaciviles y que eran transportadas en mi camión como si se tratara de ganado. Lo elegí al azar en un centro de acogida a modo de penitencia. Salvé una vida a cambio de las que destruí sin saberlo, poniendo los recursos de mi empresa a merced de estas mafias.

En estos últimos meses he tratado de salvar la empresa buscando la colaboración de Eustaquio

Villapalos, el propietario de Logística Española – LESA – y competidor nuestro. Pero de poco ha servido, nuestros clientes nos han ido abandonando poco a poco. En estos momentos el valor de la compañía apenas supera una parte en libros contables de lo que tuvo hasta no hace tanto. Lo que sumado a la hacienda en la que deberéis estar ahora, algún bien inmueble que nos queda y unos fondos de reserva, la herencia que os dejo supera los treinta millones de euros. Supongo que será suficiente para que podáis vivir sin preocupaciones el resto de vuestra vida. De ello, Rodolfo se quedará con el diez por ciento como fiel colaborador y amigo que ha sido durante toda mi vida, y el resto se repartirá entre los cuatro a partes iguales con la salvedad de que la asignación de Dominic se la gestionará mi abogado hasta que este tenga veintiún años de edad, velando así por su futuro.

Espero que Dios y vosotros seáis capaces de perdonarme.”

“*Cerca del fin, en el último trecho de mi vida...*”. Pensé que si esa carta no era una despedida yo era una monjita de clausura... Pero me lo callé.

De los ojos del abogado resbalaban unas cuantas lágrimas. Nunca había visto llorar a un picapleitos, de hecho, de todos es conocido que son seres con los mismos sentimientos que una roca. Parece ser que estaba equivocada. Ese hombre me caía bien. Bueno, antes de entrar en la reunión no me caía bien, pero recientemente había mejorado mi impresión sobre él.

Me levanté y me excusé con la disculpa de que necesitaba estirar las piernas. Lo cierto es que no me apetecía escuchar la lectura pormenorizada del testamento una vez que ya conocía su contenido. Además, necesitaba pensar unos instantes y asimilar lo que posiblemente fuera a ser mi siguiente caso, si es que aún no había perdido mi condición de detective contratada como consecuencia de mi reciente enfrentamiento con los Huidobro.

Las dos hermanas Chamorro debieron tener necesidad también de estirar las piernas y salieron tras de mí con la clara intención de darme palique. Por lo menos iba a aprovecharme de esa situación.

—Todavía no las distingo, así que no voy a saber dirigirme a vosotras por vuestro nombre de pila —dije con clara intención de iniciar una charla que esperaba que me fuera productiva.

—No te preocupes Yaiza —habíamos comenzado a confraternizar y era el mejor contexto para sacar de ellas toda la información que pudiese —ya te dijimos que nuestros esposos tampoco lo hacen y no pasa nada.

Otra vez no, ¡por Dios!

—¿Y qué pensáis de lo que ha pasado allí dentro? —sondeé.

—Aún no lo sabes, pero puesto que vas a investigar todo lo que nos rodea, te vamos a contar algo que no te esperas —dijo una entre risas.

—¡Vaya!, supongo que hoy es mi día de suerte —exclamé.

—Aquí donde nos ves, con pinta de bobaliconas, somos millonarias —seguían con las risas estúpidas, pero esta vez me resultaron menos estúpidas. Comenzaba a sospechar que esas dos representaban a la perfección un rol con el que se sentían cómodas, pero que no eran tan tontas como me habían hecho ver—, nuestro padre nos dejó suficiente dinero en propiedades y en valores mobiliarios como para no tener que preocuparnos en esta vida ni en las otras siguientes veinte que pudiéramos vivir.

—Tenemos un administrador que hasta ahora parece eficiente gestionando nuestro patrimonio y nosotras nos dedicamos a vivir la vida loca y le dejamos hacer.

—¡La vida loca! —remachó la otra.

—Pero no se crea, tenemos separación de bienes. Nuestros maridos no ven ni un euro de

nuestro patrimonio si nosotras no queremos. Eso sí, les permitimos llevar un nivel de vida mejor del que llevarían si solo dispusieran de esa cochambrosa empresa de camiones.

—Por eso detective, nos da exactamente igual que la fortuna del padre se reparta entre cuatro o entre dos. Digamos que no estamos necesitadas.

—Lo mismo nos da esa herencia. No estamos necesitadas de dinero ni de nada —siguieron las risitas, esta vez con tinte pícaro.

Yo miraba incrédula de un lado a otro a cada una mientras ellas se repartían el diálogo.

—Aunque eso sí, resulta emocionante tener una nueva cuñada y un cuñado. ¡Qué excitante!, ¿no crees Martina? Y además de color.

Al escuchar el nombre por el que una se dirigía a la otra, por fin conseguí saber quién era una y quién la otra. ¡Menudo par de cotorras!

—Nosotras por nuestra parte seguiremos disfrutando de nuestra fortuna con nuestros mariditos, hasta que nos cansemos —dijo a la que se había referido su hermana como Martina.

—¿Comparten entre ambas los bienes que heredaron? —pregunté tratando de aprovechar el hueco en la conversación que me dejaron.

—Somos una sola persona en dos cuerpos diferentes, compartimos todo. Nuestro patrimonio, nuestros maridos, nuestros amantes. Todo.

La conversación me estaba levantando dolor de cabeza, así que decidí dar un giro.

—No conozco aún los detalles de la investigación por la muerte de su suegro. ¿Me ponen al día?

Una sonrisa se dibujó en los rostros de las dos. Apostaría el cheque que recibiría por la resolución del caso a que de golpe se habían sentido importantes.

—Lo mataron. No hay duda —dijo la que creo que era Martina.

—¡Uy, quita!, se mató él solito. Estoy segura —enmendó la hermana—. Desde que encontraron a las chicas en el camión y murió el conductor de un tiro que le dio el Guardia Civil, uno que además era negro y del mismo país que las chicas que tenían secuestradas, pues todo empezó a ir mal.

—La policía intervino papeles, registró la nave de Villaverde y también esta hacienda. Creo, por lo que me dijo Cris, que están a punto de cerrar el caso dejando como único culpable al chófer muerto.

¡Qué fácil!, pensé. La culpa para el fiambre.

—Los policías creen que se trató de una acción a título particular del camionero de la empresa de nuestro suegro, al que le contrató alguna de las mafias esas que traen a las chicas del África Subsahariana. Lo que no sabremos nunca es cuánto tiempo llevaban haciéndolo —explicó ufana Dorotea—. Porque no creo que fuera la primera vez. Menuda casualidad de ser así.

—Registraron el resto de los camiones de la flota de la empresa y encontraron en más remolques un doble fondo de chapa de aluminio como en el que estaban las chicas. Pero parece ser que el modelo de contenedor es así de serie. No encontraron rastros de que allí hubieran viajado personas con anterioridad —informó Martina.

—Total, que el suegro era inocente. Porque claro, estamos en un Estado de Derecho donde si un juez no dice otra cosa, se es inocente —sentenció Dorotea exhibiendo sus vastos conocimientos de derecho.

—Pero esa investigación hizo que la cartera de clientes de la empresa volase. Los grandes supermercados huyeron de la empresa y buscaron otros transportistas para sus mercaderías. No querían que sus marcas se vieran asociadas con una sociedad que estaba siendo investigada por

trata de blancas.

—Y en ese momento el pobre Leocadio embarrancó. Le cambió la salud y el ánimo. Pasó a ser otro. Buscó una alianza con otro empresario amigo suyo y...

—Bueno, amigo en ese momento, que hasta entonces eran rivales feroces y casi no se hablaban —aclaró Martina.

—Es cierto. Pero todo fue peor con su ayuda y a partir de ese momento la empresa rodó sin freno hasta la quiebra. ¡Uy!, rodó, qué bien me ha quedado para tratarse de una empresa de camiones.

Ya no podía con el dolor de cabeza. Desde luego que como testigos no tenían precio ya que lo soltaban todo, pero eran inaguantables.

—¿Saben qué tipo de alianza hicieron? —quise saber. Me resultaba extraño, por muy delicada que fuera la salud de la firma, el hecho de que Leocadio hubiera optado por un pacto con su principal competidor.

—No hija, nosotros de los temas de la empresa, nada de nada —concluyó Dorotea. Pensé que para no saber nada de nada de la empresa, no habían escatimado comentarios sobre lo sucedido.

—Vale, y ya la última pregunta: ¿quién encontró a su suegro muerto? Tengo que entrevistarme con él. Me gustaría conocer más detalles, como por ejemplo la posición en que se encontraba su cadáver o si había signos de violencia. En fin, todos esos pormenores que llaman los entendidos la escena de un crimen, si es que se trató de un crimen —pregunté.

Una voz a mi espalda me hizo saber que el acto de lectura del testamento ya se había acabado.

—Entiendo detective que deba investigar, pero, si no le importa, los detalles se los daré yo —aclaró con voz grave el hermano mayor de los Huidobro—. Pase de nuevo al salón y allí nos pregunta lo que desee. Martina, cuñada, si nos disculpáis.

Me agarró descaradamente del brazo y me introdujo al salón, el mismo lugar del que salían Belén y Dominic. Supuse que los habían despachado al igual que Roberto acababa de hacer con su esposa y su cuñada.

Antes de que se fueran anoté sus datos de contacto y me despedí de ellos dos.

—Y bien ¿qué le ha parecido este circo? —me preguntó el hermano pequeño sin preámbulos.

—Pues inesperado —acerté a decir, aunque me sentí torpe por la parquedad de mi respuesta.

—Bueno, inesperado no para todos —chinchó el hermano mayor mirando al abogado de la compañía.

—Ya te lo he dicho Roberto, hice la promesa a tu padre de no decir nada hasta este momento —se defendió el leguleyo.

—¡Y una mierda!, nuestro padre lleva muerto semanas. Y tú te has callado. Eso sí, estás bien recompensado. Mi padre ha sabido pagar la lealtad de su perro fiel —siguió atacando el mayor de los Huidobro.

—Estaba tratando de saber, cuando me ha interrumpido, como murió su padre. ¿Me ayudan? —dije tratando de desviar el asunto de la conversación que amenazaba con acabar en una agria discusión.

—Fui yo quien encontró el cadáver de Leocadio, detective —explicó con sus palabras atascadas Marcial Ruipérez embutido en su ridículo traje azul—. Entré en el despacho a primera hora de la tarde, aproximadamente a las cuatro y me lo encontré sentado en su silla y con la cabeza caída sobre la mesa. No le aprecié pulso y avisé inmediatamente al 112. Estaba muerto, sin duda alguna. Esa imagen nunca se podrá borrar de mi memoria. No aprecié signos de que allí hubiera ocurrido otra cosa que la plácida muerte de mi jefe. Si es que una muerte puede llegar a

calificarse así. Con la postura que tenía su cuerpo, su cara era lo suficientemente visible como para ver que el gesto de su cara era de placidez, por eso es por lo que me atrevo a aventurar que se trató de una muerte dulce.

—Todo parecía indicar que se trató de un infarto —continuó Crispulo—. De hecho, los resultados preliminares de la autopsia apuntaron en esa dirección. Más tarde, cuando enviaron el informe del laboratorio con la sangre analizada, nos dijeron que habían detectado en la sangre una sustancia que se extrae de una planta vulgar que se encuentra en la mayoría de los jardines. La adelfa. El caso es que administrada en dosis adecuadas puede incrementar el riesgo de infarto sin provocarlo de manera directa y fulminante.

—O sea que no murió de un infarto, le asesinaron —sugerí.

—Sí, ¡murió de un infarto leches!, no sé qué coño hacían esas sustancias extrañas dentro del cuerpo de nuestro padre, pero me niego a pensar que alguien le haya matado —se exaltó Crispulo como si con el exabrupto quisiese quitarse él mismo la idea de su cabeza.

—Aún no sabemos con certeza si murió de un infarto, si se intentó suicidar tomando ese tóxico o alguien le trató de envenenar lentamente —complementó el mayor más calmado—. Por eso la hemos llamado, bueno a usted no, al otro detective. Pero en cualquier caso es usted la que está aquí y la que debe dar respuesta a estas preguntas.

Menudo lío el que se traían con sus divagaciones.

—¿Y la policía qué dice? —pregunté.

—Nada —respondió el abogado—. Creemos que van a dictaminar muerte natural por parada cardiorrespiratoria con presencia circunstancial de sustancias exógenas y tóxicas. Así van a cerrar el caso. Para eso la hemos contratado detective. Porque no nos lo tragamos. Mucho me temo que la policía ha optado por el camino más fácil.

—¿Y estás de acuerdo abogado en que yo investigue? Recuerdo nuestra primera conversación telefónica y no parecías muy contento con mi llamada —le recordé dejándole en evidencia.

—Es mi voluntad Yaiza, y la de mi hermano —salió al paso el mayor de los Huidobro—, es evidente que aquí ha habido irregularidades que precisan de una explicación y lo que piense el abogado no le debería importar. Queremos saber lo que ha pasado con mi padre, lo que ha pasado con su empresa y queremos saber el motivo que ha impulsado a mi padre a dejarnos tanto a Cris como a mí tan solo poco más del veinte por ciento de su patrimonio. Estará de acuerdo conmigo que hay más de un cabo del que tirar.

—Ya le ha oído, creo que poco más se podría añadir—. Cuando acabó de decir esas palabras, el abogado me entregó un cheque de diez mil euros como adelanto. Pude apreciar en él un gesto en su cara que le delataba. No creo que le agradase que fuera a meter mis narices en los asuntos de los Huidobro. Se estaba conteniendo en decir lo que a buen seguro estaría pensando: que mejor me podía ir a mi casa y dejarles en paz para que solucionase él los asuntos de la familia. Pero no iba a ser así.

—Javier Holmes, el detective al que inicialmente habíamos contratado y al que ya conocíamos de investigaciones anteriores, siempre menores y relacionadas con asuntos de infidelidad conyugal, nos dijo que los temas económicos y el resto los tratásemos con usted directamente —apuntó Crispulo.

No me pasó inadvertido el hecho de que mi amigo Javier hubiera tratado con ellos asuntos de infidelidades. Tampoco era de extrañar con lo que me habían contado las dos hermanas Chamorro. Habría que indagar más adelante sobre cuáles fueron las conclusiones de esa investigación.

—Y de la salud de la empresa, ¿qué me dice contable? —cambié de tercio.

—Soy el director financiero de LoLeHuSA señorita, no el contable. La salud de la empresa es delicada. Los clientes desaparecieron y el fondo de comercio se fue por el retrete. Leocadio a partir de ahí tomó decisiones trascendentales y que más tarde se mostraron erráticas. Pero claro, es fácil decirlo a posteriori. Firmamos un acuerdo de colaboración con LESA que nos costó mucho dinero. Pretendíamos operar con nuestros camiones bajo el paraguas de su marca para que los clientes no asociasen el servicio que les dábamos con el suceso de las chicas de color. Pero eso no funcionó. El capital salía de la empresa a mares. La situación era insostenible. En poco tiempo hubiéramos entrado en quiebra técnica.

Decidí que ahí tenía otra vía de investigación. No parecía lógico que un rival acudiera al rescate del náufrago poniendo en riesgo su propia empresa si se daba el caso de que la prensa los relacionara con LoLeHuSA. Coloqué al señor Villapalos, el dueño de LESA, en mi diana.

—¿Ustedes dos participaban en los negocios de la empresa? —me dirigí a los dos hermanos.

—Sí, yo sí. Pero en labores comerciales y no ejecutivas. Era, soy, el director comercial —aclaró Roberto—. Mi padre era un poco, como decir, desconfiado para los negocios. Lo quería llevar todo él y no llegó a confiar en sus hijos.

—Yo prácticamente estaba apartado de la empresa y me dedico a la ganadería. Esos toros que usted ha visto ahí afuera algún día nos harán ricos —explicó Crispulo.

—¿Algún día? —quise saber.

—¡Bah!, despierta Cris, esos bichos no valen para nada. No los quieren en ninguna plaza. Estamos arruinados —le espetó su hermano visiblemente pesimista.

—¿No es buena ganadería? —intercedí.

—¡Unos putos cabestros!, eso es lo que son esos toros —se excedió el hermano mayor.

Su hermano le miró y no logró ocultar la ira que proyectaban sus ojos.

—Y ya, para finalizar, les tengo que hacer una pregunta obligada: ¿Sospechan de alguien? —continué con mis pesquisas redirigiendo una conversación que apuntaba acabar mal.

—Cómo vamos a sospechar de alguien si aún no sabemos si mi padre murió por causas naturales o no —respondió tan rápido como un resorte el hermano menor.

—Hasta este momento, de Eustaquio Villapalos. Creo que se ha llevado el dinero aprovechándose de la debilidad de nuestro padre —expresó Roberto poniendo cara de esfuerzo, como si esa sesuda reflexión le hubiera salido de los entresijos.

—¿Y a partir de este momento? —pregunté.

—Parece extraño que hayan aparecido dos nuevos hijos, legatarios de la escasa herencia de mi padre —matizó el mayor—. No lo sé, estoy confundido.

—Bien, creo que ya tengo material suficiente para comenzar a trabajar. Es momento de irme —dije levantándome—. Solo un apunte más. Ha dicho que sospechan de su competidor ya que se aprovechó de la debilidad de su padre. No me encaja esa debilidad de la que usted habla con el perfil de un hombre triunfador y creador de una gran empresa. Además de desconfiado y apostaría que algo autoritario, ¿era débil su padre?

—Desde que ocurrió el incidente con las mujeres de color que fueron encontradas en uno de nuestros camiones, nuestro padre se volvió vulnerable —contestó Roberto—. Hasta ese momento no.

—Perdone la crudeza de mi observación, pero eso que llama mujeres de color en uno de sus camiones, el diccionario lo denomina trata de blancas y es uno de los delitos más execrables que puede existir. No sé si estará de acuerdo, pero es que me gusta llamar a las cosas por su nombre —hice notar.

Estaba ya atravesando el umbral de la puerta del salón cuando me llegó la voz del picapleitos:

—Una pregunta señorita, ¿cuentas con medios suficientes para desarrollar esta investigación? Espero que esto no te venga grande—. En ese momento, haciendo esa pregunta tan insidiosa, perdió casi todos los puntos que había ganado durante la mañana.

—Te sorprendería saber cuántos. No me subestimes abogado, te irá mejor —evité con el farol cuantificarlos.

Los dos hermanos y el contable se quedaron en el salón y Rodolfo tuvo la deferencia de acompañarme hasta el coche. Supongo que con ese gesto de caballerosidad pretendía enmendar la pregunta que acababa de hacerme en la que ponía en duda mi capacidad como detective. Antes de introducirme en él, me tomó la mano y la besó como si de un Don Juan se tratase. Un pequeño escalofrío me recorrió todo el brazo.

—Tienes algo especial, ¿lo sabes verdad? —me aduló.

—No te hagas ilusiones majo, no me liaría con un abogado ni muerta. Podría perder, no solo la virginidad, también la cartera.

—Una mujer virgen, ¡son mi especialidad! —siguió la broma el picapleitos.

—¡Y además fantasma! —le reproché.

Cerré bruscamente la puerta del coche y me disponía a irme cuando se me ocurrió otra pregunta:

—Eh, leguleyo, ¿tenía el muerto médico de familia contratado?

—¿Leguleyo?, mis encantos no deben estar en alza para que te refieras a mi honorable profesión en esos términos. Sí, tenía un médico personal. Bartolomé Lopetegui. Lo encontrarás en un consultorio particular que tiene muy cerca de la nave de la empresa, en Villaverde.

Se me abría otra nueva línea de investigación. No parecía que me fuera a aburrir en los próximos días.

Capítulo 5

Bartolomé Lopetegui – Medicina General, era lo que figuraba en la placa de color blanco con una cruz azul fijada en el portal de la calle Platino en Villaverde Bajo, donde el galeno al que pretendía visitar debía ejercer su profesión.

Nada más salir de la finca de Salamanca, había solicitado una cita con carácter de urgencia por una fingida gripe veraniega, aprovechando el “manos libres” del flamante Audi alquilado que mi cliente me estaba sufragando. Tuve que insistir varias veces sobre la gravedad de mi estado para que me *colaran* dado el gran número de pacientes que tenía el doctor para ese día. La asistente de bata blanca que estaba en el mostrador me miró evidenciando que no le estaba pareciendo lo suficientemente griposa como haber pedido una consulta de urgencia alterando con ello la agenda del día

—Es que se trata de una gripe *escamoteable* —bromeé con la mujer que mantuvo su mirada de pocos amigos.

Pasados menos de cinco minutos, vi salir de la puerta de la consulta a una mujer visiblemente aquejada del mal del embarazo, toqué madera. Aproveché para entrar, sin esperar autorización previa, ayudándome con unas rápidas zancadas para no dar tiempo a la de la bata blanca a impedírmelo. Justo en el último momento, cuando estaba a punto de franquear la puerta de la consulta, volví la cabeza y observé como la verruga del tamaño de un céntimo que esa mujer tenía bajo la nariz se le había enrojecido al verme entrar sin su permiso. ¡Así te explote!, pensé.

El doctor rondaría los cincuenta y tenía cara de lo que era, un doctor: serio, canoso, con bigote blanco, gafas estrechas y una sonrisa de esas que hacen temblar al paciente. Recordé ese dicho popular tan cargado de razón: “suegra, abogado y doctor, cuanto más lejos, mejor”.

—Y bien, hábleme de esa gripe. ¿Tiene fiebre?, ¿dolor de garganta?, ¿de abdomen? Bien, siéntese en la camilla y abra la boca —me soltó la retahíla acostumbrada sin apenas darme opción a réplica.

—Bueno, fiebre no mucha. Apenas nada —contesté de manera tibia valorando cómo atajar la situación en la que me encontraba. Probablemente estaba a unos instantes de ser expulsada a patadas de la consulta.

—¿Dolor de espalda? ¿Mareos? Cuáles son sus síntomas señorita —prosiguió su discurso prefabricado—. En cualquier caso, descúbrase y siéntese en la camilla. La voy a auscultar.

Menuda manía la de los médicos de querer escuchar todo a través del estetoscopio.

—Verá doctor, yo lo que quería es hablar con usted. No es gripe lo que tengo.

—Ah, o sea que se trata de algo que le dio vergüenza decir por teléfono y por ese motivo ha fingido una gripe para obtener una cita. Lo entiendo, no se preocupe. Sepa que todo lo que me cuente se queda entre estas cuatro paredes.

—Eso es, he fingido la gripe para conseguir la cita —me asombré ante su lucidez. Lo había entendido.

—Veamos entonces, ¿una bacteria en su zona íntima por ejemplo? Seguro que tiene escozores al miccionar, ¿estoy en lo cierto?

Retiré lo que acababa de pensar sobre su lucidez.

—No, es otra cosa, veré...

—Ah, déjeme que lo adivine, problemas con sus relaciones. Es muy común hoy día. ¿Sabe? El estrés nos está haciendo mucho daño. Y no crea, los ordenadores tampoco ayudan. Ya no hay

preliminares, los jóvenes se conocen a través de las redes esas, quedan y ¡zasca! Claro, luego las cosas no salen bien y es que falta acercamiento personal. Mire, hágame caso, lo importante es el juego y no el resultado. En una palabra, hay que dejarse llevar. Aunque claro, hay ocasiones en las que existe alguna cuestión patológica que es necesario diagnosticar y tratar. Vamos a ver, cuénteme y estoy seguro de que podré ayudarla.

Ese hombre me empezó a parecer un imbécil de tomo y lomo.

—¡Que no leches!, quiero hablar con usted con relación a un paciente que tuvo, Leocadio Huidobro —no me quedó otro remedio que espetárselo de esa manera tan brusca. No vi otra forma de que cerrara la boca.

Su semblante mutó y de esa sonrisa habitual en los médicos que hace temblar a los pacientes, pasó a esa mirada que asesina por sí sola, sin necesidad de arma.

—Si la estoy entendiendo bien, ha mentido para obtener la cita. Ha obligado a mi asistente a cambiarle de hora a otro paciente para interrogarme —concluyó el galeno.

Lo había pillado. A lo mejor iba a resultar que no era tan imbécil.

—Claro, eso ya se lo he dicho nada más llegar. Que no tengo gripe, lo que pasa es que no me ha dejado hablar.

—En ese caso, le ruego que se marche. No estoy de humor para bromas. Ha de saber que mi tiempo vale dinero.

—Escuche, le pagaré la consulta. A usted le debería dar lo mismo diagnosticarme una amigdalitis que contestarme a unas preguntas. Es su tiempo y se lo voy a pagar —para ser más exactos, quién se lo iba a pagar era mi cliente.

—Yo no hablo de mis pacientes, ¿es usted abogada? Pues si es así debería saber que no puedo decirle nada. ¡Fuera de mi consulta!

—Por favor, soy detective privado —le mostré mi carné que, aunque dudaba de que sirviera para algo, consideraba que era mi obligación hacerlo—. Me ha contratado su familia para ayudar a la policía a esclarecer lo que le ha ocurrido. Necesito su ayuda, por favor. Serán solo dos preguntas.

—¿Qué va a esclarecer lo que le ha ocurrido a Leocadio? Usted es una inconsciente. Murió, tuvo un infarto. No esclarezca nada señorita, ya lo hizo el forense. ¡Será posible el atrevimiento de la mocosa! ¡Váyase!

Hice como que no le había oído, por su bien.

—Un momento, escúcheme por favor. Había una sustancia tóxica en su cuerpo. Hábleme de ella —casi le imploré.

—No son toxinas, son glucósidos de origen vegetal. Tiene uso farmacológico, aunque escaso por sus efectos secundarios, y se aplica para casos de insuficiencia cardíaca. Y antes de que lo pregunte, ¡no!, yo no le receté ningún medicamento que contuviera ese principio. ¿Se lo digo más claro? Me preguntó por ello la policía y les dije lo mismo que le digo ahora a usted. Mi paciente estaba recientemente diagnosticado de un problema de insuficiencia, para un lego significa que el corazón no bombea sangre oxigenada suficiente. Leocadio estaba cansado, se fatigaba mucho, sobre todo después de lo que ocurrió con uno de sus conductores. Le hice pruebas y yo mismo se lo diagnosticué. No puedo precisar si se trataba de una cardiopatía isquémica porque no quiso hacerse más pruebas.

—¿Cardiopatía isquémica? —pregunté ignorante.

—Una arteria coronaria parcialmente obstruida —me contestó con desprecio ante mi desconocimiento en temas médicos.

—¿Y no le dio algún tratamiento?

—Antes de recetarle un anticoagulante de por vida quise hacerle otro tipo de exploraciones más específicas, ya que, dependiendo de su resultado, podría ser recomendable la cirugía. Fue inútil, se negó. Pero padecía una insuficiencia severa. Fíjese si era severa que lo mató.

El doctor abrió la puerta y dirigiéndose a su asistente berreó:

—Matilde, prepare una factura a esta señorita en concepto de revisión general para detectar una gripe que se resistía a ser encontrada. Serán trescientos euros. No hay IVA señorita, operación exenta de impuestos indirectos, ya ve que el fisco a veces es generoso.

Le quedaba el nombre que ni pintado: Matilde, ¡la de la verruga!

Cerró la puerta de nuevo y dirigiéndose a mí me espetó:

—¿Desea algo más?

—No, pero estaba pensando que, si alguien conocía su dolencia, pudo administrarle esa toxina de la adelfa para provocarle el infarto. Alguien a quién le pudiera interesar su muerte ¿Es eso posible?

—La molécula es mortal salvo que se administre en casos muy concretos y bajo riguroso control médico. Una dosis superior a la adecuada de oleandrina, que es fácil de obtener, dicho sea de paso, mataría a cualquiera aunque no tuviera ninguna patología. Pero no comparto su teoría señorita, hay venenos más efectivos y conocidos en el mercado. En cualquier caso, la autopsia concluyó que el paciente murió de un infarto. Y punto, ¡no hay más que hablar!

—Hombre, que voy a pagar trescientos euros, déjeme seguir un poco más con mi razonamiento. Si alguien quisiera asesinar a Leocadio, sabiendo que padecía una dolencia cardiaca, le suministra de manera furtiva la sustancia mortal y cuando la autopsia detecte la presencia de esta, todo el mundo pensará que la tomaba por prescripción médica y por tanto no se trataría de un asesinato sino de una muerte natural. O, como mucho, de un desafortunado error médico ¿Qué le parece?

—¡Que es usted idiota!

Segunda vez que le perdonaba la vida a ese miserable que no dudaba en tentar a su suerte.

—Vaya, muchas gracias por el cumplido. Es usted todo un caballero —hice un esfuerzo sobrehumano por controlarme y no patearle allí mismo, en su consulta—. Recuérdeme que le incluya entre mis amistades íntimas y le invite a mi fiesta de cumpleaños.

—Le he dicho que esa sustancia tiene escaso uso médico como tal por su toxicidad elevada. Yo no se la receté y dudo que acudiese a otro médico y él se la recetase.

—¿Y cómo sabe que no fue a otro médico? No tiene certeza de ello, o eso supongo —insistí.

—No me escucha. Le acabo de decir que le diagnosticué un mal que acojonaría a cualquiera. Y se negó a hacerse más pruebas. ¿Cree que una persona que no quiere que le explore su médico habitual, busca la opinión de otro facultativo? ¡Pues no! Huye de los médicos como de la peste —sentenció.

—¿Y cómo llegó la oleandrina al cuerpo de Leocadio? —seguí presionando.

—¡Y yo qué sé!, me está cansando detective. Déjelo ya. Murió por parada cardiorrespiratoria. No lo de más vueltas.

—Claro, todo el mundo muere por parada cardiorrespiratoria —no me iba a rendir—. Estaba pensando que quién mejor que un médico, su propio médico, para conociendo la situación delicada del paciente, suministrarle la sustancia que provocó su muerte para luego hacer ver que murió de un infarto.

La cara del doctor Lopetegui comenzó a ponerse colorada llegando por momentos incluso a

adquirir tonalidades moradas. Consideré que era adecuado salir de la consulta sin hacer más preguntas y pagar la factura que, después de lo ocurrido, me parecía hasta justa.

—¡Es usted una insolente! En mis muchos años de carrera nunca me había topado con una... — le escuché decir a la vez que yo cerraba la puerta al salir.

De camino a casa en el auto blanco al que ya me empezaba a acostumbrar, reflexioné sobre mi teoría de que el médico le hubiera suministrado la oleandrina a Leocadio. No parecía ganar nada con la muerte de su paciente. Otra cosa es que se la hubiera facilitado a petición del propio empresario para que este se suicidase. De la lectura de la carta que acompañaba al testamento, resultaba fácil deducir que tenía remordimientos y a juzgar por la adopción de Dominic y el reconocimiento de Belén Esteban como hija natural, todo podría indicar que preparó su muerte de forma organizada para reconciliarse con San Pedro con ciertas garantías.

Sí, la hipótesis del suicidio subía enteros.

Aunque también, puesta a hacer conjeturas, el hijo mayor seguro que sabría de la dolencia cardíaca del padre. Y motivos tenía para desear su muerte, quizá uno de los más sólidos: adelantar la herencia y evitar así que su padre siguiera dilapidando la empresa tomando malas decisiones como parece que era el caso. Además, no parecía improbable que tuviera cierta inquina hacia su padre, el cual estaba postergando la decisión que le debería hacer tomar las riendas de la empresa.

Tenía que poner todo en común con mi policía favorito. Le tenía demasiado abandonado. Así que le llamé. Era esa hora en la que el sol comienza a rendirse y el deseo a despertarse, por tanto, no me resultó difícil atraerle a mi tela de araña con la promesa de una galletita.

Melitón produce en mí ese efecto, le veo y no puedo evitar recorrer con mi vista su cuerpo sin dejarme ninguno de sus rincones olvidado. Desde que es sargento, promoción que le llegó con la resolución de mi primer caso y la detención de un asesino en serie, no viste de uniforme. Aun así, su forma de vestir me sigue resultando sugerente. Esa tarde llevaba un vaquero ajustado sobre sus muslos sin ocultar ni un ápice de su musculatura. Al tratarse de un día de calor, la camisa estaba desabrochada más botones de lo que marcaban los estándares al uso, dejando al descubierto unos pectorales que no tardarían en ser míos. Era alto, fuerte y guapo. Además, inteligente y dócil ¿se puede pedir más en un hombre? Claro que sí, y de eso también había.

—No te hagas ilusiones madero, que lo de hoy es de trabajo —fue mi saludo inicial cuando le tuve frente a mí en el salón de mi casa.

—Ya, eso dices siempre y luego no te puedes contener.

—¿Cómo? ¿Has venido respondón? —le reprendí.

Aunque en nuestra relación procuro no ser pródiga en exhibir símbolos de amor y afecto tradicionales, esa vez sí le di un abrazo y un beso en los labios con tanta efusividad que lo dejé descolocado. Sencillamente me apetecía.

—Pues viendo cómo me recibes, creo que es cierto que se trata de trabajo. Algo me vas a pedir.

Puse dos bourbon sobre la mesa, el mío sin hielo y el de mi sargento con una piedra y disparé.

—Tengo un cliente. Te acordarás de unas jóvenes nigerianas que aparecieron en los bajos del contenedor de un camión hace unos seis meses.

—Sí, lo recuerdo, murió el chófer del camión. El guardia está suspendido hasta juicio. Mala cosa, no me gustaría estar en su pellejo.

—¿No fue en defensa propia?

—No, el conductor no llevaba armas. No digo que no se mereciese lo que le pasó, porque

traficar con personas es de los delitos más ruines que se me pueden ocurrir. Pero un guardia civil no puede tener el gatillo fácil. Se comenta que al ver a las chicas escondidas se puso nervioso. Era nigeriano, al igual que ellas y eso probablemente le afectó.

—Buena memoria. El caso es que el dueño de la empresa de camiones ha fallecido hace poco. Creo que tus compañeros no fueron capaces de encontrar indicios de que el propietario estuviera implicado en la red de trata de blancas y no llegó a estar imputado. La empresa a partir de ese momento fue a peor perdiendo buena parte de sus clientes. En un intento de salvarla, el dueño, Leocadio Huidobro, llegó a un acuerdo con otro empresario del ramo, un tal Eustaquio Villapalos, te sonará ya que es una persona influyente y muy dada a salir en periódicos junto al político que en cada momento le interese. Aun así, los resultados no mejoraron y la empresa parecía estar abocada a la quiebra. Hasta que un día Leocadio fue encontrado muerto en su despacho por su contable.

—También recuerdo eso, hace pocas semanas que ha sucedido. Pero salvo que mi memoria me traicione, creo que se trató de muerte natural. O sea que no sé qué pintas en todo esto Yaiza, aunque mucho me temo que me lo vas a contar y a partir de ese momento de una forma o de otra acabaré pringado. ¿Me equivoco?

Como ya sé de las debilidades de Melitón, había elegido para la ocasión una de las faldas más cortas de mi ropero, negra como casi todas las que llevo, unas medias también negras poco tupidas y unos tacones de aguja rojos que destacaban con el conjunto oscuro y que conseguían atrapar como moscas a la miel a las pupilas de los varones. Una sencilla camiseta un poco transparente y generosamente escotada completaba el atuendo. Vamos, que estaba vestida con mis mejores galas de cazadora. Por supuesto mis labios estaban pintados de rojo y mi melena negra alborotada como la de un león. Mejor dicho, como una leona que acechaba a su presa.

Aprendí muy de joven, cuando aún me consideraba un coquito, que no hay mujer que si se sabe sacar partido no lo consiga. Desde aquel momento mi vida cambió y comencé a ser Yaiza Cabrera, la que soy ahora y a la que tanto me gusta mirar en el espejo cuando la veo.

—El dictamen inicial es que se trató de un infarto, parada cardiorrespiratoria —le aclaré—. Pero la autopsia reveló la presencia de un glucósido, creo que se dice así, que se extrae de la Adelfa y que resulta mortal a partir de dosis relativamente pequeñas. Pero como el finado padecía de insuficiencia cardiaca, los investigadores han debido considerar que se trataba de un tratamiento médico y han dado por buena la versión del patólogo forense de que la causa de la muerte fue por infarto. Caso cerrado. Sois en la policía más diligentes cerrando casos que investigándolos. Porque el médico que supuestamente le recetó ese fármaco aún no ha sido encontrado y es probable que no se haga, porque parece que nadie se lo recetó.

—Mucho me temo que por tu parte no está cerrado —acertó Melitón con su temor— y supongo que tampoco lo está para quién te ha contratado.

—Los hijos, Roberto y Crispulo Huidobro son mis clientes. Bueno han contratado a Holmes, pero ya sabes que Marisol ha vuelto al despacho con el detective y los dos se han ido de viaje por Asia para celebrarlo.

—Y te han largado a ti la investigación, ya veo.

—Asistí a la lectura del testamento en una finca familiar y resulta que aparecieron dos hijos más, por supuesto inesperados, o eso me han hecho ver los dos Huidobro. Una joven que ha resultado ser hija de una antigua amante de Leocadio y un adolescente nigeriano. A ambos los adoptó después del incidente con el camión, como si quisiera congraciarse con su conciencia de cara a lo que ya sabía que era inminente, su muerte.

—O sea que sospechas que su muerte fue planificada por él. ¿Un suicidio? ¿Hay nota?
Negué con la cabeza.

—Ya, y crees que sin nota no hay suicidio —observó avisado.

Mientras charlaba con Melitón, sentada como estaba en el sillón, movía de forma sensual mis zapatos rojos provocando que los ojos de mi interlocutor bailasen constantemente de abajo a arriba en un intento infructuoso por su parte de sujetarlos a la altura de los míos. Un recurso femenino que, aunque manido, siempre daba resultado. Me gustaba esa situación, le tenía a mi merced.

—Esta mañana he visitado a su doctor, no le había recetado ningún medicamento que tuviera por principio activo la oleandrina. O sea que, o se lo tomó él solito para redimir sus pecados, o alguien se encargó de redimírselos por él. Porque no parece lógico que teniendo un médico habitual acuda a sus espaldas a otro. Además, este me ha dicho que era reticente a hacerse pruebas, o sea que descarto la visita a otro facultativo. Por tanto, la hipótesis de un accidente tomando una dosis mayor de medicación la descarto. O se suicidó o le mataron.

—O murió de un infarto como dice la autopsia.

—¡Venga ya!

—Vale, y la sagaz detective ya tiene al sospechoso y el móvil perfectamente identificados. Sorpréndeme con tu capacidad deductiva.

Crucé las piernas emulando a la Stone en Instinto Básico y probé a sorprenderle.

—Uno de los hermanos, el mayor, trabajaba con funciones solamente comerciales en la empresa de camiones, LoLeHuSA. Bueno, es más que una empresa de camiones. Tienen una nave que sirve de almacén regulador de la mercancía en un polígono de Villaverde y tiene dos o tres almacenes más pequeños, uno de ellos en Algeciras. Además, cuenta con una finca en un pueblo de Salamanca con toros de ganadería. Resulta que el hermano no tenía poderes ejecutivos. O sea que es un segundón a pesar de ser el primogénito. Y el otro estaba apartado de la empresa y gestiona la finca de Salamanca. Ambos tenían motivos para matar a su padre ya que veían como las decisiones que venía tomando en solitario iban a destruir la empresa y con ello su futuro, pues los dos viven del patrimonio de su padre.

—Espera Miss Marple, no tan deprisa, ¿por qué un empresario de éxito que lleva años dirigiendo su imperio, comienza a tomar decisiones ruinosas para la empresa?

—Buena pregunta sargento. No parece muy creíble que, de repente, desaparezcan en el patriarca sus dotes empresariales que tan buenos resultados le habían dado hasta el momento. No descartemos además que los hijos se pudieran haber enterado de las dos adopciones de su padre, lo cual menguaba su herencia. Pero esto es una hipótesis cogida con alfileres, porque me da en la nariz que se enteraron de que tenían dos nuevos hermanos en el momento de la lectura del testamento. Aunque podrían ser buenos actores, no sé.

—Ya tenemos dos sospechosos, los hijos, ¿hay más?

—Sus dos esposas son gemelas. Parece ser que tuvieron contacto con Javier Holmes hace unos meses por cuestiones de infidelidad; ya sabes, las dudas en los matrimonios que cuando eres pobre te las comes, pero si eres rico contratas a un detective. Son millonarias y dueñas de su propia fortuna que no está en ganancias. Creo que van por libre y se dedican a vivir la vida o por lo menos lo pregonan a los cuatro vientos. No tengo móvil para ellas, aunque son dos personajes lo suficientemente peculiares como para dedicarlas un rato de investigación.

Noté como Melitón cambiaba de posición, algo le estaba incomodando y yo creía saber el motivo. Intuía que no estaba prestando demasiada atención a lo que le estaba contando. Así que

moví de nuevo mis pies para atraer más su atención hacia mis piernas. No quise mirarle su paquete para no delatar mi estrategia, pero estaba segura de que tenía a mi policía a punto de caramelo y con el arma reglamentaria en perfecto estado de revista.

Pero tendría que esperar un rato más. Una forma de tortura que no se le hubiera ocurrido ni al mismísimo Vlad Tepes, el sujeto en quien se inspiró Bram Stoker para crear a su mítico conde.

—La joven legataria es hija de una prostituta a la que Leocadio sacó de la calle hace muchos años, cuando aún vivía su esposa. Creo que le ha estado ayudando desde que nació. Pudiera haber despecho por parte de su examante o por parte de su propia hija, o quizá la necesidad de adelantar la muerte del padre antes de que se pudiera arrepentir de la decisión tomada de incluirla como heredera. No sé. Pero desde luego que tanto ella como su madre, antigua amante de Leocadio, son a priori sospechosas. Lo del jovencito de color es una incógnita para mí. Posiblemente como se deducía de la carta del empresario, fue su penitencia y lo eligió de forma aleatoria. De ser así, en este caso la ruleta rusa de la vida en vez de darle una bala en la sien le ha obsequiado con una herencia que a buen seguro cambiará su vida.

—¿Y el médico?

—Es mi favorito. Conocía la dolencia de Leocadio, conocía los efectos de la oleandrina y sabía que, aunque se detectase en la autopsia, nadie dudaría de que se trataba de un medicamento. Un tratamiento que él se ha cuidado de no prescribir. Pero lamentablemente no tengo móvil para él.

—¿Era mucha la cantidad de esa cosa que detectaron en el cuerpo del empresario? —preguntó el sargento.

—No, no suficiente para matarle. Por eso la autopsia concluye que la muerte fue por causas naturales. Quedan flecos y personas a las que ver: el empresario con el que colaboró en los últimos días, tengo que saber más de él. El contable ya que es quién más puede saber de los tejemanejes para salvar la empresa cuando todo empezó a ir mal. Además, fue el que le encontró muerto. También al abogado de la familia, el cual ha sido legatario de un diez por ciento de la herencia y curiosamente es el albacea de Dominic, el joven nigeriano, hasta los veintiún años de edad.

Melitón había apurado su copa, que era más que generosa y el alcohol parecía haberle desinhibido lo suficiente como para espetarme sin previo aviso:

—Me estás poniendo a mil. Te deseo Yaiza.

Reí, lo estaba esperando.

—Qué sutileza la tuya. Llevas un buen rato sin enterarte de lo que te he hablado. Si te tuvieras que examinar, te iban a dar calabazas. Quítate la ropa sargento, de pie y despacito, como a mí me gusta.

Disfruté viendo como descubría poco a poco su robusto torso dejando ante mi vista esos abdominales que me volvían loca, me recreé en su paquete abultado cuando cayeron sus pantalones y me volví loca cuando se desprendió de la última prenda. Lo que tenía ante mí dejaba el Magnum 45 de Harry el Sucio a la altura del betún. ¡Y era toda para mí!

—Arrodíllate y quítame los zapatos, necesito un masaje. Primero con las manos, luego con los labios. ¿Y sabes dónde más tarde van a terminar esos labios? —le pregunté mientras mis manos comenzaban a acariciar la cara interna de los muslos para indicar la dirección que tenían que seguir sus besos. Aunque no le hacía falta, se sabía el camino de memoria.

* * *

Melitón no se quedó a dormir. Le vi salir de la habitación, extenuado y con ganas de aprovechar las escasas cinco horas de sueño que le quedaban hasta la jornada del día siguiente. Había cumplido las expectativas exigentes de Yaiza Cabrera, como era habitual en él.

Y como era habitual en mí, cada vez que nos despedíamos y comenzaba a echarle de menos instantes después, luchaba contra mis sentimientos cada vez más confusos. Mi libertad, la que tanto me había costado conseguir luchando contra las cadenas del sexismo, no la quería comprometer uniendo mi destino a otra persona. Necesitaba sentir que era yo la que decidía cada día lo que iba a hacer, lo que comería o quién iba a ocupar mi cama. Sabía que eso que llaman amor no es eterno y también sabía que el ser humano no es monógamo de forma natural. Por eso cada vez que Melitón abandonaba mi cama, tenía que luchar contra ese sentimiento para que no me dejara vencer por él y llegar a convertirme con el tiempo en una víctima más de la rutina.

Había conseguido un compromiso de él para obtener una cita con su superior, el inspector Bárcenas que tanto me había ayudado en mis dos casos anteriores y que tan buen vínculo mantenía con Javier Holmes. Del inspector tenía que sacar información y también tenía que conseguir apoyo. Ese caso prometía exigir un esfuerzo y unos medios de los que yo carecía. Aunque eso no lo reconocería nunca más que dentro de mi propia cabeza.

Tras unas horas de sueño, con la mañana, me duché, desayuné la última magdalena de la despensa untada en mantequilla con un café, e inicié el milagro diario que iba a transformar la anodina mujer que yo me sentía por dentro todas las mañanas en la diva que me gustaba ser. Un milagro que no me llevaba menos de media hora ante el espejo. Me puse mis vaqueros más desgastados que finalizaban antes de llegar al tobillo el cual adorné con una cadencia, me calcé unos ruidosos tacones para que todo el mundo supiera que Yaiza caminaba cerca y me dispuse a salir.

Con la puerta del portal que daba a la calle aún entreabierto y sin llegar a poner el pie afuera, vi a un sujeto al que pocos centímetros le faltarían para los dos metros, rubio y con rasgos característicos de los países del este de Europa, que me miraba con cara burlona. Portaba en la mano un bulto. Vi como levantaba el brazo como si de un *pitcher* se tratara y lanzó el paquete contra la ventana de mi dormitorio en un ejercicio de puntería considerable. Acto seguido me volvió a mirar con la misma cara burlona y sin mostrar importancia por lo que había hecho se fue caminando con paso calmo, como si no hubiera matado una mosca a pesar de que había destrozado el cristal de mi ventana.

Decidí que no tenía mucho sentido ir tras él, salvo que me quisiera llevar un bofetón de tamaño XXL, así que subí de nuevo a mi vivienda para evaluar los daños y averiguar el contenido de ese extraño envío.

El incidente se había saldado simplemente con el cristal de la ventana hecho añicos. Antes de llamar al seguro para que enviase un operario, mi curiosidad me hizo abrir el envoltorio que había sobre mi cama. El proyectil no era otra cosa que un ladrillo envuelto en papel de regalo, muy vistoso eso sí, y con una nota: “No te metas en esto”.

Capítulo 6 - marzo de 2017. Estado de Jigawa (Nigeria) a orillas del río Komadugu Yobe.

Doris se despertó a pesar de que aún no había amanecido. En cualquier caso, eso ella aún no lo sabía ya que la habitación hedionda donde se escuchaban esos terribles ronquidos tan cercanos no tenía ventanas. Miró a la bestia que yacía a su lado y sintió unas terribles arcadas que pudo contener tan solo por la ausencia de comida en su estómago.

Estaba desnuda, tumbada sobre el colchón putrefacto que tanto asco le dio la primera vez que lo vio y le dolía la cabeza, aunque desgraciadamente para ella no lo suficiente como para no recordar. Aún podía sentir el dolor del momento de la violación. Era virgen, algo inusual a su edad, quizá consecuencia de su educación católica o quizá porque había estado guardando ese momento para alguien especial. Fue terriblemente doloroso, pero lo que más le dolió fue la impotencia, sentirse vulnerable ante un monstruo carente de sentimientos que le había quitado algo que solo le pertenecía a ella.

Recordó sus gritos desgarradores retumbando entre las cuatro paredes de la pequeña habitación y recordó los gemidos de esa bestia que parecía disfrutar con su dolor y que se crecía con cada uno de sus desesperados quejidos. Afortunadamente duró poco, el hombre rápidamente se vino abajo, pero fue tiempo suficiente como para manchar el colchón con un considerable cerco de sangre mezclada con semen y tiempo suficiente para dejar un dolor en el cuerpo de Doris que probablemente nunca se le iría. Seguía doliendo, por dentro y por fuera. Y lloró. Se sentía débil y se sentía cómplice. Pero en el fondo sabía que no lo era, no tenía forma de haber evitado lo que le habían hecho, ella no era culpable de lo que había ocurrido. Sabía que no tuvo opción, si no llega a colaborar su suerte hubiera sido peor. Pero en su interior le abrumada la idea de que no había hecho todo lo posible por frenar a ese animal.

Recordó cómo después de que la bestia se hubiera desfogado, se levantó y abrió satisfecho una botella que escondía bajo el catre. La destapó y echó dos enormes tragos, después eructó satisfecho. Se la dio a Doris, pero esta la rechazó.

—¡Bebe!—gritó.

Así que bebió. Era la primera vez que lo hacía y aquello sabía a rayos. Bebió más y tosió.

—¡Que bebas, zorra! ¿Lo has pasado bien? Seguro que sí, así que ahora hay que celebrarlo —le espetó la bestia.

Doris no pudo contestar, no podía hablar. Solo llorar. Así que bebió hasta que el maldito monstruo le quitó la botella. El alcohol le dejó la garganta destrozada, una garganta ya maltrecha por el esfuerzo a que había estado sometida de tanto gritar.

—No te bebas todo. Al final todas sois iguales, unas putas viciosas —berreó—. No digas a nadie que tengo una botella. Está prohibido beber. Pero tú no dirás nada ¿verdad?

Doris negó con la cabeza. Y lloró. Se sentía sucia, humillada y dolorida.

Recordó de la noche anterior como la bestia, después de beber otro trago más, se abalanzó sobre su cuerpo y comenzó a morderle los pechos. Era como si el brebaje le hubiera aportado energía adicional. Por un momento creyó que le arrancaría los pezones, el dolor resultó terrible. Cuando creyó que el infierno iba a empezar de nuevo, la Providencia se puso de su lado y el hombre cayó dormido sobre ella. Con esfuerzo consiguió apartarle y Doris, a partir de ese momento, pudo llorar a gusto, en soledad. Pensó en su hermana Hauwa y pidió a Dios que nunca tuviera que pasar por lo que ella había pasado.

No quería recordar nada de la pasada noche, pero recordaba. Afortunadamente consiguió

dormir. El alcohol al final pudo al dolor físico y al otro. Y consiguió dormir a pesar de los ronquidos babeantes del monstruo que yacía a su lado ajeno al dolor que había infringido a una persona cuyo único delito era ser joven, guapa y haber nacido en una tierra donde los débiles siempre llevan las de perder y, generalmente, ese papel lo asumían las mujeres.

Miró a su alrededor, se quería morir. Quizá encontrase algo con lo que poner fin a su vida en esa ratonera. Si al final iba a morir, como parecía probable, no quería hacerlo con más sufrimiento. No estaba dispuesta a soportar de nuevo sobre ella el peso de ese animal.

La puerta se abrió sin aviso y un hombre gritó algo que ella no entendió. El que dormitaba a su lado se levantó. Resultaba más nauseabundo aún que la noche anterior. Le apestaba el aliento y apestaba todo él.

—¡Vístete zorra! Te vas. Te has librado de otro polvo, aunque seguro que de eso no te va a faltar durante el viaje.

Doris se levantó. Tenía la entrepierna magullada, sucia de sangre y de los restos ya secos de aquel hombre. En los pechos también tenía marcas y los tenía tremendamente doloridos. Volvió a llorar.

Las pusieron en fila al lado del mismo camión que las había llevado hasta allí. Casi todas tenían marcas en su cuerpo y todas, sin excepción, lloraban. Doris miró a su izquierda y vio con horror la sangre seca que tenía en las piernas la chica que tenía a su lado. Llegaron tres hombres, arrastraban tres cuerpos inertes y sanguinolentos. Eran los cuerpos de tres de sus compañeras, las tres que habían sido elegidas para ir a los barracones. O lo debían ser porque sus rostros estaban irreconocibles. Tiraron sus restos desnudos ante la fila de las chicas y el hombre que había destrozado la vida de Doris, el único que parecía hablar inglés, les gritó a todas ellas:

—Portaros bien y no deis problemas. De lo contrario, esto es lo que os pasará. ¿Lo entendéis?

Ninguna contestó. El terror se había apoderado de sus mentes.

—Mirad a estas chicas o lo que queda de ellas. ¡Que las miréis! —gritó mientras cogía con sus dos manazas la cara de una de ellas obligándola a mirar lo que hace horas fueron adolescentes cargadas de ilusión y de esperanza—. Y ahora contestad ¿queréis acabar así?

Una de las chicas cayó de rodillas al suelo sollozando e incapaz de mirar los cuerpos de sus compañeras. Quizá una de ellas había sido su amiga, su vecina o quizá su hermana. Uno de los hombres que las vigilaban se aproximó a ella y la golpeó con su bota en la cabeza tirándola contra el suelo. Se llevó las manos a la cara gritando. Doris hizo ademán de acudir en su auxilio, pero la feroz mirada de otro de los hombres la disuadió de hacerlo.

De una de las cabañas salió sonriente el que el día anterior pareció ser el jefe de todos los hombres. Detrás de él salieron dos de los chicos que habían capturado junto a ellas. Doris vio sus rostros, también lloraban. Su destino final sería otro, pero esa noche esos dos chicos habían compartido el mismo infierno que las chicas.

Las subieron al camión y, allí dentro, todas rompieron a llorar desesperadamente. Nada volvería a ser lo mismo para las diecisiete chicas que compartirían ese espacio inmundo y que se dirigían hasta su cruel destino final. Un destino que, hasta el momento, era desconocido para ellas pero que en el negro libro de sus vidas ya estaba escrito con tinta roja.

El viaje duró varios días durante los cuales fueron tratadas mucho peor de lo que un ganadero hubiera tratado a sus reses. Permanecían más de quince horas diarias ininterrumpidas dentro del camión, circulando por caminos y carreteras en mal estado, lo que

implicaba constantes saltos y bruscos movimientos laterales. El interior olía peor que una cuadra ya que no había paradas para que hicieran sus necesidades. Más de una vomitó la escasa comida que ingerían cuando se detenían al final de la jornada, porque durante el trayecto no había comida ni agua. Los descansos eran durante la noche, en camastros improvisados y siempre vigiladas. Eran dos los hombres que las custodiaban más los dos conductores. Ninguno hablaba inglés, tan solo uno yoruba. No existía más comunicación entre ellas y sus captores que la comida que les tiraban con desprecio, el cubo de agua en el que todas tenían que beber como si fueran perros y la compañía nocturna de alguno de los cuatro hombres que cada noche no dudaban en violar cada uno a la chica que más les apeteciera.

Doris, en más de un momento llegó a creer que no llegaría al final del trayecto, fuera este cual fuere. Sabía que seguían el curso de un río que, a medida que avanzaban, se hacía más caudaloso, por lo que probablemente se dirigían hacia el mar. Pero apenas tenía eso importancia para ella. Tenía hambre y sed constantemente, le dolía el pecho y tenía la vagina destrozada. Cada vez que la vejiga no podía contener más la orina e inevitablemente la tenía que soltar, el escozor era terrible. No podía estar segura, pero a juzgar por el color de las heridas de los desgarros infringidos en la primera de las noches de aquella pesadilla, debía tener todas sus partes íntimas con infección. Unas heridas que no llegaban a cicatrizar ya que, para su desgracia, todas y cada una de las noches que duró el viaje tuvo la compañía de alguno de los hombres que las custodiaban.

Una tarde el camión se detuvo antes de la hora habitual en que solía detenerse para la parada diaria. Todas bajaron frente a lo que parecía un acantilado que había puesto fin al sendero por el que circulaban. Habían llegado al mar. Uno de los hombres las gritó que le siguiesen y las dirigió hacia un estrecho sendero que hacía las veces de pronunciada escalera natural que llevaba hasta el nivel del mar. Cuando llegaron vieron ante ellas un pequeño puerto. Ninguna sabía dónde estaban, Doris preguntó y no recibió respuesta. De las diecisiete chicas que habían emprendido el viaje solo habían llegado doce, cinco habían sido ejecutadas al entender los soldados que estaban a punto de morir y no aguantarían el resto del viaje. A todas las vio morir ya que los que las custodiaban querían que las supervivientes contemplasen lo que les esperaba si no continuaban el camino con fuerzas. Habían muerto a machetazos.

Aún no había oscurecido y había un barco solamente en el muelle. No era muy grande, pero para las chicas, que nunca habían visto el mar, resultaba inmenso. Era de madera, muy curvado en la proa y se le notaba muy viejo a juzgar por los trozos astillados que tenía a lo largo de él. Llevaba redes y los dos marineros que lo iban a gobernar parecían pescadores. Las obligaron a subir en fila atravesando una pasarela metálica y les indicaron que bajaran por una trampilla en la que se veían tres escalones que llevaban a un zulo lóbrego bajo cubierta. El que hablaba yoruba se dirigió a ellas:

—Pasaréis unos días ahí dentro. Os vamos a dejar algo de comida y agua, procurar dosificarlo si queréis llegar vivas. No deis problemas porque los dos hombres que os van a acompañar durante el viaje tienen instrucciones claras: la qué de problemas, al agua. Tened esperanza porque allí donde vais os espera el paraíso. Queríais recibir una cultura religiosa infiel y habéis rehusado conocer la verdad, así que allí estaréis, donde queríais estar. Ya os arrepentiréis.

Y la puerta se cerró y se hizo una oscuridad solo rota por las escasas rendijas que hacían funciones de respiradero. El calor resultaba insoportable y parecía difícil mantenerse vivo allí dentro.

Doris contó cuatro lunas hasta que la puerta del minúsculo escondrijo en el que estaban se abrió de nuevo. Había habido comida y bebida de sobra, sus captores habían sido generosos. Al parecer los traficantes de esclavos no querían que hubiera más muertes y con ellas más pérdida de dinero. Salir del zulo fue un alivio. Durante las cuatro jornadas, las doce chicas hubieron de hacer sus necesidades dentro, dormir unas pegadas a otras sin espacio apenas para todas y escuchar los continuos sollozos de aquellas a las que aún les quedaban lágrimas dentro de su cuerpo. Porque las lágrimas son limitadas, una vez que se llora lo suficiente como para agotarlas, ya no salen más. Afortunadamente ninguna había sucumbido y, aunque maltrechas, habían conseguido llegar vivas, pero ¿a dónde?

Unos hombres, con color de piel diferente aun sin ser blancos, dijeron en inglés que todavía estaban en África, pero que en cuestión de horas llegarían a España donde les esperaba la felicidad. Doris no entendía por qué esos hombres, que tanto daño les habían hecho, iban a estar interesados por su felicidad.

Sin apenas tiempo para estirar las piernas, que estaban doloridas de tantos días de inactividad, les mandaron subir a una barca también de madera, pero mucho más pequeña que la anterior. Allí se juntaron con otro grupo que había llegado antes que ellas. Doris se sintió afortunada ya que este viaje lo harían sin estar escondidas y podría respirar la brisa cálida del mar. Se apiñaron en la barca y a los pocos minutos pusieron rumbo a un horizonte que perdía progresivamente la luz y que comenzaba a esconder el sol por el lado izquierdo. Un nuevo rumbo, también desconocido para ellas pero que quizá fuera el último y con él finalizase la pesadilla.

Doris consiguió intercambiar en yoruba algunas palabras con la chica sentada a su lado que era de otro grupo que se había incorporado al suyo. Era de una ciudad del sur de Nigeria, en el estado de Edo, que se llama Benin City. La joven le contó que aquella ciudad era un completo infierno y que la captura de chicas es habitual allí ante la pasividad de los que tienen la responsabilidad de garantizar la seguridad de todos los habitantes.

El mar esa noche estuvo más tranquilo que de costumbre, sin apenas oleaje y la luna iluminó a las mujeres en la barca que era guiada por un solo hombre. Él era el único que llevaba chaleco salvavidas. Esa noche ninguna patrullera apareció y en unas horas, antes del amanecer, llegaron a una playa donde les esperaban unas furgonetas. La suerte parecía haberse puesto de su lado. Les dieron de comer y de beber en su nuevo destino y de nuevo partieron hasta llegar a una nave aparentemente abandonada donde había un camión. No debía estar ese lugar lejos del mar porque el trayecto apenas había durado veinte minutos y aún se podía respirar el salitre mezclado con el aire.

Pero poco pararon en ese lugar, que parecía un mercado a juzgar por el olor, por los restos de fruta y por las cajas almacenadas en las inmediaciones. Dieron a todas indicaciones sobre cómo colocarse dentro del camión, recostadas en el suelo en un espacio angosto y continuaron de nuevo hasta otro lugar. Doris se fijó en sus compañeras, apenas tenían fuerzas y apenas tenían ganas de vivir. Aun así, el instinto natural de supervivencia les hacía no cerrar los ojos, porque de ser así, podría ser para no volverlos a abrir.

Pasaron unas horas y llegaron a otro lugar, les ordenaron de nuevo bajar. Parecía una nave industrial, se colocaron en fila y las distribuyeron de dos en dos, subieron en grupos a distintos coches en los asientos de atrás, con dos hombres sentados en los asientos de adelante y partieron cada una al que sería su destino, ese ya sí, definitivo.

El destino de Doris fue a pocos kilómetros del lugar donde había subido al coche, un piso en

un barrio del sur de Madrid. El trayecto se le hizo amable en comparación con los anteriores. Iba sentada contemplando las luces de una ciudad enorme que parecía no tener cielo. Dudó por unos instantes si realmente aquello sería el paraíso aunque en su corazón no había lugar para la esperanza. Quizá nunca lo hubiese ya.

Subieron a las dos chicas al piso y a Doris la metieron en una habitación con otra mujer a la que no conocía de nada. Podría no ser nigeriana, iba bien vestida y parecía bien alimentada. No hablaba con ella, tan solo la miraba y lo hacía con pena. Poco después entraron tres hombres de color, bien vestidos. Uno llevaba muchos anillos y una cadena de oro. Miró a Doris y en un perfecto inglés le dijo:

—A partir de ahora eres mía. Te he comprado y me perteneces. He pagado por ti y no te vas a librar de mí hasta que no haya recuperado lo que me debes por haberte traído. Sesenta mil euros, eso es lo que me debes. Ese es el precio de tu viaje. Probablemente no sepas lo que es un euro, pero te diré que tu deuda es grande y la debes pagar. Cuando lo hagas podrás irte y hacer lo que quieras. Serás libre. Mientras tanto harás lo que yo te diga. ¿Lo entiendes?

Doris había aprendido a asentir ante todo lo que le decían, aunque apenas entendiese algo de lo que ese individuo con cara de ser un hombre peligroso le estuviera diciendo.

—Esta chica será tu compañera de habitación y tu jefa. Te enseñará todo lo que tienes que saber para ganar dinero en esta ciudad. Esta misma noche vendrá un médico a reconocerte, él te ayudará a curarte. Si haces todo lo que te decimos vivirás muchos años. Comerás todos los días y vestirás bien. Pero nunca lo olvides, ahora eres mía. Me perteneces.

Doris miraba a ese hombre y asentía, pero no entendía nada de lo que estaba pasando. No comprendía qué querían que hiciese para devolverle lo que él decía que ella le debía. No había pedido ir hasta allí, por tanto, no sabía por qué tenía que pagar por ello. ¿Y de dónde iba a sacar dinero para pagar su deuda?

—Es probable que estés embarazada, casi todas venís ya embarazadas. Si todavía no lo estás, lo estarás. Pero no temas, tendrás a tu bebé, lo cuidarás los primeros días para que aprendas a quererlo y luego te lo cuidaremos nosotros mientras vas a trabajar. Y trabajarás bien, porque el bienestar de tu bebé dependerá de ello. Si te portas bien durante la noche, por el día verás a tu pequeño. ¿Lo entiendes? Y si no trabajas bien, lo cocinaremos y nos lo comeremos, ¿esto también lo entiendes?

Doris asintió, pero seguía sin entender. No quería tener un bebé, era joven.

—Esta noche descansarás. Mañana tu compañera te enseñará lo que debes saber. Y en unos minutos el médico vendrá a curarte las heridas.

La ingenuidad de Doris le hizo pensar que las heridas a las que se refería ese hombre eran las que ya tenía, pero no iba a ser así. Iba a tardar poco en saber que las heridas a las que se había referido ese hombre, ese monstruo, eran otras que aún no tenía pero que en breve sí iba a tener.

—Estos dos amigos que me acompañan se van a quedar un rato contigo para enseñarte lo que te pasaría si no nos haces caso. ¿Lo entiendes?

Doris empezó a entender. Tantas veces se lo había preguntado el hombre que parecía ser el jefe, que al final lo había entendido. Sobre todo, cuando vio a la compañera de habitación encogerse sobre su cama, entrecruzando los brazos en torno a las piernas y escondiendo la cabeza entre ellos. Permanecía apoyada en la pared sabedora del dramático espectáculo que estaba obligada a presenciar cada vez que venía una nueva, a modo de recordatorio, para que no olvidase lo que le podría ocurrir a ella misma si no obedecía.

No había salido el hombre, su dueño, de la habitación, cuando ya se escuchaban los golpes que Doris había empezado a recibir y que seguiría recibiendo hasta que el doctor llegó media hora más tarde, justo en el momento en que los dos sádicos salían de la habitación frotándose las doloridas manos y con la misma sonrisa en la cara que tendrían si hubieran asistido a una fiesta.

El supuesto doctor, que no era tal, le miró las marcas de los golpes que acababa de recibir. Vio que no lloraba y pensó que era una mujer fuerte. Le dio un vaso de agua con un analgésico y dijo en un español que Doris no podía entender:

—Tómame esto, te ayudará a dormir. No te preocupes, esos dos que se acaban de ir saben hacer su trabajo y no te quedarán marcas. En unos días habrán desaparecido. Ahora abre las piernas, quiero ver los destrozos que traes, eso me preocupa más. Todas venís igual. Y luego yo tengo que hacer milagros para cuidaros vuestra herramienta de trabajo —rio con su broma, la misma que siempre hacía en esas visitas.

Doris no hizo nada porque no había entendido nada. El supuesto médico puso la mano en sus rodillas con intención de que esta abriera las piernas, pero ella reaccionó dándole una patada al pensar que se trataba de una nueva violación.

—Déjame reconocerte, si no te curo es probable que la infección que seguro traerás te mate.

La chica de la habitación dijo algo a Doris y esta abrió las piernas tímidamente recelando aún. El hombre retiró la ropa interior de la mujer y no pudo reprimir un gesto de asco mezclado con horror. Apartó la vista como si quisiese recuperar el aliento, sacó un pañuelo que se colocó en la nariz para mitigar el mal olor y volvió a mirar, giró dos veces en sentido negativo su cabeza y resopló. Cogió el agua oxigenada y vertió un chorro en la entrepierna de Doris, esta gritó y la otra mujer de la habitación se apresuró a sujetarle las manos mientras la hablaba. El doctor siguió con los antisépticos durante un buen rato y cuando pareció concluir, le dio un paquete a la otra mujer:

—Son antibióticos, muy fuertes, que tome uno al día.

Y se marchó con la satisfacción del deber cumplido. Probablemente esa noche dormiría plácidamente sabiendo que había ayudado a otra de esas chicas que traían los que le pagaban. Pensó que él no era culpable de nada. No se dedicaba a traerlas contra su voluntad, ni las sometía. Tampoco era el culpable de sus heridas. Tan solo las ayudaba para que estas sanasen. Sí, en el fondo se consideraba un buen tipo.

La mujer se recostó al lado de Doris y habló en su lengua:

—Me puedes llamar Deborah. Tenemos que ser amigas. Te vendrá bien.

Y así, recostadas juntas, se quedaron dormidas.

Pasaban dos horas de la medianoche y la puerta del dormitorio se abrió. Deborah ya sabía el motivo. Doris no.

Entró una mujer de color. Era muy guapa y llevaba la cabeza cubierta con un velo de color morado. Deborah sabía cuál era su obligación y susurró al oído de Doris lo que le habían enseñado que tenía que decir cada vez que llegaba una nueva:

—Ahora escúchame bien, es importante lo que voy a contarte. Esta mujer que está aquí viene a sellar el pacto que has hecho con el hombre que generosamente te ha traído hasta aquí. Ella es una madame y ha pasado por lo que tú has pasado, por eso sabe lo que hace. Es el ritual. Va a invocar a los Loa, los espíritus mayores, para que un espíritu menor te posea. No te preocupes, no te dolerá. Esta mujer sabe lo que hace, ha aprendido de una bruja que sabe cómo invocar a los espíritus. Es de tu país y tiene mucho poder porque puede hablar con ellos. No te

hará daño, créeme. Te dará de beber algo que te hará toser y te dará un corazón crudo que deberás comer. Pero no temas que es de un pollo que habrá matado antes de venir. Sé que da un poco de asco, pero si no lo miras antes de comerlo es más fácil. Luego te arrancará algo tuyo, tranquila suele ser pelo de tu pubis, aunque a lo mejor, tal y como tienes esa zona, quizá te corte un trozo de uña. Lo meterá en una cajita con tu nombre escrito. Así quedará sellado el pacto que acabas de hacer con el que será tu amo hasta que devuelvas lo que le debes. Una vez que finalice el ritual, tu vida estará en una caja que es de su propiedad. Tu vida y la de los seres que más quieres, a los que les caerá la mayor de las desgracias si no cumples tu parte del trato. Es importante que aprendas esto. No es solo tu vida la que pertenece a tu nuevo dueño, es la de tus seres más queridos que recibirán el castigo de los espíritus mayores si no obedeces. Así que haz todo lo que esta mujer te diga.

Doris asintió, pensó en Hauwa y decidió que no quería que le pasase nada.

La mujer del velo azul que había permanecido a la espera mientras Deborah tranquilizaba a la recién llegada, abrió su bolso, extrajo de él una caja de cartón vulgar y corriente, un paquete con sangre aún fresca y un bibelot de trapo. Tomó este último entre sus manos y lo levantó por encima de su cabeza. Miró hacia el techo de la habitación y comenzó a canturrear a sus antepasados para invocarlos...

Capítulo 7 – agosto de 2018

El espejo de mi dormitorio se mostró por segunda vez generoso conmigo en esa misma mañana; la vez anterior fue instantes antes de que el desconocido me hubiera hecho añicos la ventana de un ladrillazo. Con el disgusto tuve que abrir de nuevo el armario y buscar algo con lo que recomponerme ya que lo que llevaba puesto antes del suceso no pegaba con mi nuevo estado de ánimo. La imagen que volví a ver en él, de una treintañera de melena azabache, labios carnosos, bajita, pero de pecho y caderas resultonas, me gustó. Me había puesto para ir a ver al inspector Bárcenas unas sandalias de hebilla con un sonoro tacón que me elevaba diez centímetros, nada escandaloso, pero sí con la suficiente altura como para hacer mis rollizas piernas más estilizadas.

Comprobé que en mi bolso estaba el spray de pimienta que tanto me había ayudado en mis casos anteriores y lo vi al lado de un juguete que me había comprado unos días atrás: unos nudillos de acero que no estaba muy segura de saber usarlos. Siempre he pensado que cuando un hombre te incomoda y traspasa la línea roja, una buena patada con un poco de puntería es el mejor tranquilizante. No obstante, había que modernizarse.

Tomé el regalo que me había dejado el rubio desconocido esa misma mañana cuando pretendía salir de casa y me dispuse a devolver el coche alquilado. Me despedí de él lanzándole un beso imaginario y un “hasta pronto”, y con algo de pena cogí el metro en dirección a la avenida del Dr. Federico Rubio y Galí, sede de la Jefatura Superior de Policía de Madrid.

Luis Bárcenas es un inspector barrigudo, bonachón y un poco *tocapelotas*, por lo menos conmigo. Podría decirse que se tira un aire al superintendente de los dos detectives celeberrimos creados por Ibáñez, pero en versión más oronda. Le perdono todo porque desde que dejé mi poco brillante carrera como economista en una auditora para investigar el asesinato del que era mi ayudante, ha sido uno de mis valedores más apreciados. Y bien podía haberme encerrado en aquel momento ya que yo era la principal sospechosa: el cuerpo de mi colaborador había aparecido en mi despacho, desnudo sobre un charco de sangre y con un vibrador en su esfínter. ¡Y el *dildo* era mío! Como además fui yo la que descubrí el cuerpo, considero que hice bien en salir corriendo para demostrar mi inocencia por mi cuenta en lugar de quedarme junto al cadáver esperando a la policía para explicarles que yo no había tenido nada que ver con esa muerte. De no haber sido así, lo mismo en este momento estaba en la cárcel de Soto del Real codeándome con algún político ilustre de los que abundarán en el patio. Así comencé mi carrera como detective. Si algún curioso quisiera abundar más, poco esfuerzo le habría de costar encontrar por ahí más detalles del primer gran caso de Yaiza Cabrera. Pero eso ahora no toca.

—Yaiza, a mis brazos —se mostró contento el inspector.

—No sé si esa barriga me lo va a permitir, pero lo voy a intentar —bromeé con lo que sé que más le duele.

—Así que Holmes, tu mentor, está en Tailandia con Marisol.

—No es mi mentor, es tu amigo, aquel que cuando tu esposa le contrató para que obtuviera prueba de tus infidelidades no vio nada. ¡Qué hábil fue el detective!, se ganó un amigo para toda la vida.

—Vaya, has venido con la espada desenvainada. Voy a tener que bajarte esos humos. Melitón ya me ha puesto al día sobre el caso que te traes entre manos. ¡Ah!, por cierto. Yo no era infiel,

¿qué hay de la presunción de inocencia? Si no hay pruebas no hay culpable.

Entró Melitón y le di un beso en la boca procurando que fuera lo suficientemente sensual como para ponerle colorado y provocar la carcajada de su superior.

—Os traigo un regalo que me hicieron esta mañana —entré en materia—. Una roca rubia de dos metros de altura, probablemente del este de Europa, estaba esperándome en la puerta de mi casa. No me hizo nada, me miró y lanzó con una puntería exquisita este ladrillo con su envoltorio y esta nota a través de la ventana de mi dormitorio. Ya veis la de admiradores que es capaz de atraer un cuerpo bonito.

El sargento tomó la nota preocupado y se la pasó a su inspector.

—¿Y qué quieres de nosotros Yaiza? Porque no me engañas, tú solo vienes si necesitas algo y mucho me temo que no se trata de presentar una denuncia por los destrozos que ese ladrillo te haya provocado —atacó Luis.

—Mira que llegas a ser desagradable. Pasaba por aquí y me dije, voy a ver a mi mejor amante y a su jefe. Una visita de cortesía.

—¿Mi mejor amante? ¿Es que hay más? —me preguntó el inocente Melitón.

—Ya sabes cariño que todavía no nos hemos jurado amor eterno. Cuando lo hagamos ya veré si me dedico a eso que llaman la monogamia. Ya ves, aquí el inspector no lo ha conseguido aún a pesar de sus años de matrimonio.

—Mi paciencia se está agotando, estoy ocupado. O me dices que es lo que quieres o te largas y nos dejas trabajar —dijo el inspector dando signos de que su irritación comenzaba a ser real.

—Información Luis, quiero información. Y de dos cosas distintas que pueden no ser tan distintas. Ya veremos. Por un lado, saber el resultado de la investigación del incidente con el camión que transportaba a las veinte nigerianas adolescentes y en el que murió el camionero. Por otro lado, quiero saber qué conclusiones ha sacado la policía sobre la muerte de Leocadio Huidobro, el dueño de LoLeHuSA, propietario de la flota de camiones al que pertenecía el vehículo al que me acabo de referir.

—A ver si lo he entendido bien. La niña viene aquí porque necesita información. Tiene un caso que le queda grande, porque es de primera división y ella es de tercera, y en lugar de investigar, de salir a la calle a patear asfalto, no, se pone sus taconcitos y dice, voy a ver a mis amiguitos los policías que me lo resuelvan. ¿Voy bien? —se despachó el inspector.

—Hombre jefe ... —trató de mediar Melitón, pero su superior le cortó en seco.

—Ni hombre, ni gaitas. ¡Eres policía coño! Compórtate como tal, que te tiene abobado.

Viendo que la cosa se ponía mal y, para ser sincera, me habían afectado las palabras del que suponía mi amigo, preferí darme la vuelta y ocultar la rabia que tenía dentro de mí.

—Vuelve Yaiza, disculpa, ya sabes como soy —escuché detrás de mí.

Me paré sin saber si continuar mi camino hacia la salida o volverme, aun a riesgo de que vieran mis ojos a punto de soltar alguna lagrimilla de rabia.

—Venga, siéntate y te contamos lo poco que sabemos de esto.

Si en el fondo no era mal chico, policía y cascarrabias, pero hay defectos peores en el mundo.

—Luis, es probable que tú seas un policía experimentado y bregado y yo solo sea una detective que ha resuelto, quizá con suerte y con algo de ayuda vuestra, un par de casos. Pero yo hago mi trabajo y creo que se merece el mismo respeto que el tuyo o el de Melitón.

—Que sí mujer, que sí —templó gaitas el inspector.

—Y si no me quieres ayudar, no me ayudes, no tienes por qué hacerlo, pero no me vuelvas a ridiculizar porque en el fondo lo único que estás haciendo es evidenciar que eres un machista que

considera que una mujer joven no puede jugar en la primera división —me despaché a gusto.

—Ya estamos con esos temas, es que todas venís con el mismo cuento —trató de defenderse el inspector utilizando un plural genérico que no venía a colación.

—¿Y si lo dejamos y contamos a Yaiza lo que habíamos hablado previamente nosotros sobre qué la íbamos a contar? —terció el sargento.

Luis le echó una mirada asesina. Y yo lo pillé a la primera.

—O sea que ya os habíais documentado y sabíais lo que me ibais a decir, pero has preferido ponerme en ridículo antes. ¿Es el precio que tenía que pagar por tu ayuda? Me ratifico, eres un misógino y, además, tienes un complejo de tamaño que hace que te tengas que mostrar en todo momento superior ante los demás.

—¿Un complejo de tamaño has dicho? —el inspector estaba a punto de explotar. Tenía los puños cerrados y los labios contraídos. Es probable que me hubiera pasado—. ¿A qué tamaño te refieres?

Un carraspeo de Melitón me hizo no continuar por esa senda y sirvió para apaciguar los humos de su superior. Vi como este abría una carpeta que había sobre la mesa.

—En fin, pelillos a la mar. Voy al grano —graznó como si con ello quisiera demostrar que su malestar no se había pasado—. Nosotros no llevamos el asunto de las mujeres nigerianas que encontró la Guardia Civil. Lo llevó personalmente el comisario del grupo de “Trata de Seres Humanos del Cuerpo Nacional de Policía” que es así como se llama ahora al departamento. El asunto se agravó porque la muerte del conductor se produjo como consecuencia del disparo de uno de los guardias, que era de color y nigeriano también. Es probable que le pudiese la rabia de lo que estaba sucediendo allí. El caso es que el camionero iba desarmado y el nigeriano está suspendido a la espera de que concluya la instrucción y probablemente haya juicio. La familia del chófer, por supuesto, ha puesto una demanda que ha sido admitida a trámite. Pinta mal para el chaval. Yo de él iría aprendiendo otro oficio.

—O sea que hay secreto de sumario y no me vais a decir nada, ¿es eso no? —tanteé.

—Te podemos decir que se ha investigado la posible implicación en lo de la trata de blancas por parte de la empresa de camiones, de su dueño y de los trabajadores de allí, pero no hemos encontrado nada. Así que, en ausencia de evidencias, la conclusión es que el camionero actuó a espaldas de la empresa propietaria de la flota y cabe suponer que las mafias se pusieron en contacto con él y obró por libre —aclaró el sargento.

—¿Tú te lo crees? —pregunté—. O sea que, según vuestra inefable opinión como policías, es posible que un empleado se dedique a trasladar a mujeres regularmente desde Algeciras hasta Madrid, y nadie de su empresa se entere de nada. A ver si va a ser la policía la que no se entera de nada.

—No sabemos si lo hacía regularmente, de forma esporádica o fue la primera vez que ese conductor participaba en ese tipo de operaciones —me corrigió el sargento.

—Resulta posible que las mafias que se dedican a esto contactaran con el conductor y este actuara de forma aislada. Pero a mí también me da en la nariz que no ha sido así. El problema es demostrarlo —se pronunció Luis—. Creo que deberías darte una vuelta por la nave que tienen en Villaverde. Yo no he estado, pero los que sí lo han hecho dicen que se trata de una empresa con una fauna peculiar dentro de la plantilla. En fin, que allí trabajan algunos especímenes de lo más variopinto, lo que hace más inverosímil que el camionero fuera por libre. Quizá los debieras conocer. No obstante, los del grupo que lo investigaron no encontraron nada. Y ya sabes eso del estado de derecho, lo de la presunción de inocencia y todas esas patrañas.

—¿Y qué hay de la muerte del propietario? Eso es lo segundo sobre lo que quería información.

—Eso es más fácil, murió sin ayuda de nadie. El forense cree que la oleandrina que se encontró en su cuerpo es consecuencia del tratamiento que tomaba para la insuficiencia cardiaca —aportó Melitón.

—Pero su médico dice que él no se lo recetó —repliqué.

—Hay muchos médicos en Madrid. El forense concluyó que la cantidad que Leocadio tenía en su cuerpo no era mortal. Y es la opinión de quién debe opinar, del que sabe. O sea que murió de un infarto —apostilló el inspector.

—La edad te está reblandeciendo el cerebro —le atacó—. Y decidme el motivo por el que en las semanas anteriores a su muerte adoptase a un emigrante subsahariano, reconociese a la hija que tenía desde hace veinte años y redactase una carta dirigida a su familia con un claro tufo a despedida. Quería congraciarse con su conciencia y eso se hace cuando se sabe que uno la va a palmar.

—Hombre Yaiza, los católicos se redimen de sus pecados todos los días, no solo cuando saben que se van a morir, ¿no crees? —bromeó Luis.

Ninguneé su chanza.

—Pero si es como dices, si él sabía que iba a morir, eso solo podía ser porque pensaba en suicidarse —se dirigió a mí el sargento.

—O sabía que alguien estaba detrás de él y pensó que tenía la batalla perdida. Además, su empresa iba mal y probablemente haya irregularidades. Tantas malas decisiones acumuladas cuando la empresa había ido siempre bien y con una gestión brillante, resulta extraño —seguí con mi análisis.

—Cabe suponer que en el momento en que se supo que uno de sus camiones estaba implicado con la trata de blancas hubo repercusiones comerciales y muchos clientes salieron corriendo —reflexionó Melitón.

—De acuerdo, pero un empresario de éxito debería haber sido capaz de levantar esa situación. Máxime cuando sale indemne de la investigación. ¿Por qué no pregonó a los cuatro vientos su inocencia para atraer de nuevo a los clientes? Eh, decidme por qué —seguí aventurando—. Sospecho que no dedicó mucho empeño en reflotar la empresa, pero desconozco el motivo.

—Un suicidio encajaría perfectamente con tu análisis Yaiza. Piénsalo: la empresa va mal, su conciencia se encuentra dañada por el suceso de las chicas subsaharianas, incluso podemos suponer que él tuvo algo que ver, y se dedica durante semanas a enmendar sus errores, se toma esa sustancia de la adelfa y fallece de un infarto —teorizó el sargento. —¿A qué es perfecto?

—No hay nota. Casi todos los suicidas dejan nota —repliqué.

—Eso no es una máxima, además, dejó una carta que había que leer junto al testamento. Ahí tienes tu nota de suicidio —continuó el sargento. Pero yo ya no tenía ganas de seguir con la diatriba. Ya tenía lo que quería.

—Os dejo con vuestro trabajo. Luis, te agradezco la información, aunque te hayas mostrado demasiado grosero conmigo. No te lo tendré en cuenta. Gracias Melitón, te recompensaré cuando surja la ocasión.

—Ve con cuidado detective —se despidió el inspector aguantándose las risas que le había provocado mi último comentario.

Caminé junto al dulce replicar de mis tacones hasta el metro de Francos Rodríguez. Comenzaba a tener hambre, el frugal desayuno ya se había evaporado y mi estómago mandaba señales inequívocas para reclamar mi atención. No es que sea una paranoica, pero tenía la

impresión de que llevaba pisándome los talones a un enano con traje verde pistacho a pesar del calor que hacía. Volví la cabeza de golpe y sin tratar de disimularlo el hombre de poco más de metro y medio me sonrió. O se trataba de un acosador en cuyo caso le iba a despachar en cuestión de segundos de un buen soplamocos, o ese microbio me estaba siguiendo por alguna razón que no tardaría en averiguar.

Continuó avanzando hasta llegar a mí y extendió su mano tratando de obsequiarme con una sonrisa más propia de una rana que de una persona.

—Tienes cinco segundos para decirme por qué me llevas siguiendo desde que he salido de la Jefatura de Policía o te suelto un guantazo aquí mismo y luego vas a tu mamá y se lo cuentas.

—Una mujer brava, da gusto ver que todavía quedan de esas —siguió con su sonrisa.

—Te quedan tres segundos —dije a la vez que abría el bolso en busca del bote de espray que tantos milagros había hecho.

—Para, no saques lo que creo que vas a sacar. Te lo explicaré.

Me pareció un hombre con intuición.

—Soy policía retirado y trabajo como responsable de seguridad para un empresario. Es posible que ya hayas oído hablar de él puesto que estás trabajando en el caso de la muerte de Leocadio. Mi jefe es Eustaquio Villapalos. ¿Te suena?

—No sé por qué me tenía que sonar. Y te voy a dar un consejo, la próxima vez que pretendas seguir a alguien de incógnito, no vayas con un traje tan poco discreto, sobre todo si es verano —escuché un borborigmo en mi interior que me resultó familiar. Las tuberías bramaban reclamando mi atención—. Oye, si quieres seguir hablando vas a tener que acompañarme a la cafetería más cercana. Tengo hambre y no voy a consentir que mis tripas sigan quejándose por escucharte a ti. Así que tienes dos opciones, o me sigues y me sueltas la perorata que pretendes soltarme mientras me tomo un desayuno que por supuesto tú vas a pagar, o te largas con viento fresco —le espeté y seguí caminando sin esperar su respuesta.

Como era de esperar el individuo continuó a mi lado caminando como si se tratase de mi sombra, pero en versión verde.

—Mi nombre es Miguel Agúndez, trabajé como subinspector en Ávila hasta mi retiro. Ahora trabajo como autónomo, por temas de seguridad social y mantener una pensión digna dentro de unos años, ya sabes, y quiero poner en común lo que sé contigo.

—¿Quieres decirme lo que sabes o quieres saber lo que yo sé? Venga, que no soy nueva.

Nos sentamos en una mesa y pedí un bocadillo de jamón con aceite de oliva y un bourbon.

—Curioso maridaje y más a estas horas tan tempranas —exclamó el policía jubilado.

—¿Lo dices por el jamón y el aceite de oliva?

Carraspeó.

—Oye bandararra, como y bebo lo que me da la gana. Lo del bocadillo es porque tengo hambre y lo del bourbon es para poder aguantarte y creo que con uno no voy a tener ni para empezar. Así que di lo que has venido a decir o cállate la boca y déjame comer tranquila.

Estaba siendo deliberadamente desagradable con el individuo porque estaba segura de que tenía algo que decirme y aún no lo había dicho. Había que tener paciencia, pero no se lo iba a poner fácil.

La puerta del bar se abrió y entró un sujeto de la misma altura que el que tenía frente a mí, pero este con rasgos diferentes. Era rubio, de mandíbula pronunciada y una envergadura que no correspondía a su tamaño. Parecía recién salido de una foto de anuncios de gimnasios, pero en talla reducida. Nos miró, se dirigió hacia nuestra mesa y se sentó.

—¿Es que han abierto la puerta del circo y se han escapado los enanitos? —lancé mi pulla.

—Este es Igor, detective privado que colabora conmigo —salió al paso Miguel Agúndez.

—Encantado de conocerte colega —dijo con acento marcadamente del este recreándose excesivamente en la letra r.

—¿Qué te hace pensar que tú y yo somos colegas? ¿No te parece demasiado presuntuoso por tu parte? —provoqué.

—Ten cuidado Igor, tiene carácter —le previno a su compañero el policía retirado.

—¿Vais a decirme que hacéis aquí en algún momento? Porque en cuanto dé cuenta de este bocadillo y el bourbon, me largo y os dejo solos con la cuenta para que hagáis manitas.

—¿Manitas? —preguntó el rubio.

Su compañero le miró condescendiente y continuó.

—Nos ha mandado venir la señorita Leonora Valencia, es la socia de Eustaquio. Creo que te caería bien. Tiene la misma mala leche que tú —dijo Miguel Agúndez.

—Pues mejor para ella. Si normalmente trata con imbéciles, lo mejor es tener mala leche.

—No seas tan incisiva detective. Tenemos el mismo encargo, nosotros de Leonora y tú de los hijos de Leocadio. Queremos saber quién mató al socio de nuestro jefe —al final expuso sus cartas el antiguo policía.

—Estáis errados, digo errados sin hache, no os vayáis a molestar. Leocadio murió de un infarto —los animé con mi evasiva para que continuaran hablando.

—No fue así. Alguien le ayudó a morir. Nosotros pensamos eso y tu cliente, quién te paga, también lo debe pensar pues te ha contratado. No nos subestimes detective, seguro que tú ya lo sospechas.

Era el policía retirado el que llevaba la voz cantante, intuí que el del este era el matón por si las cosas se ponían difíciles. Habían sobrestimado mi capacidad enviando al guardaespaldas.

—La policía dice que murió de un infarto, la autopsia dice que murió de un infarto y su médico dice que murió de un infarto. Así que digo yo, pues moriría de un infarto —seguí con mis evasivas.

—Nosotros sabemos algo que tú no sabes. Te lo vamos a contar, pero recuerda, quid pro quo, yo te digo, tú me dices.

El expolicía acabó de hablar y se quedó esperando mi respuesta afirmativa.

—¿Te has aprendido el latinajo mientras venías para impresionarme? Desembucha y me lo pienso —le solté.

—Te gusta jugar sobre seguro —croó el batracio del traje verde.

—Solo cuando no me fio del tipo que tengo delante.

El tal Igor miraba de un lado a otro como si estuviera en un partido de tenis y a juzgar por su semblante no se estaba enterando de nada. No parecía destacar el individuo por su inteligencia. Al final el policía jubilado se decidió.

—Cuando el propietario de LoLeHuSA acudió a mi jefe, no era un acuerdo comercial lo que quería. Esa es la versión oficial, la que se ha vertido y la que se puede escuchar en los mentideros. Pero lo que Leocadio Huidobro deseaba era liquidar la empresa sacando todo el capital que fuera posible de ella. Habla con el contable y él te dirá, porque seguro que estaba pringado. No se buscó que sus camiones operaran bajo nuestra firma a cambio de un canon. No. Lo que Leocadio pretendía era descapitalizar la empresa y que no pareciera que se trataba de algo deliberado. ¿A que esa no te la esperabas?

No lo confesé en alto, pero ciertamente no me lo esperaba.

—¿Y que ganaba vuestro jefe? —pregunté.

—Lo mismo que tú o que yo, ¿qué va a ganar?, pues dinero. LESA se llevaría un tanto por ciento de todo el dinero que se consiguiera de la descapitalización de LoLeHuSA. ¿Qué induce a un empresario a querer sacar todo el dinero de su empresa perdiendo con ello una parte importante de todo lo acumulado durante media vida? Encuentra la respuesta a esa pregunta y encontrarás la dirección que te llevará a su asesino.

—Y claro, vosotros todavía no sabéis quién es ese asesino.

Negó con la cabeza. Debo reconocer que el expolicía había conseguido atraer todo mi interés, esa información había dado un inesperado vuelco al caso.

—¿Y si fuisteis vosotros los que le matasteis para libraros de un socio incómodo? Me explico, vuestro jefe se lleva el porcentaje que le corresponde del saqueo. Cuando la vaca se queda sin leche, llegan las desavenencias. Leocadio se enfrenta a Eustaquio Villapalos, ¿y la solución cuál es? Darle matarile —conjeturé.

La puerta de la cafetería se abrió de nuevo y en el local entró una mujer atractiva, muy rubia y alta, elegante y con una falda larga abierta hasta los muslos para dejar ver unas piernas perfectamente torneadas rematadas con unos botines marrones de tacón. Los tres nos la quedamos mirando cómo se dirigía hacia la mesa en la que estábamos.

—¿Puedo sentarme? He recibido un mensaje de que te podía encontrar aquí y no me he podido resistir a la tentación —dijo sin presentarse.

—Hace escasos minutos les decía a sus colaboradores que se debía haber abierto la puerta del circo. Lo mantengo, pero no sé si usted es la trapecista porque enana no es. La señorita Valencia ¿me equivoco? —aventuré tratando de impresionar a los presentes con mi sagacidad, lo reconozco.

—Es usted muy perspicaz, ¿nos tuteamos? —preguntó con una voz meliflua.

Como no respondí, extrajo de su bolso un papel y lo puso sobre la mesa.

—Ya sé que tienes un cliente y que te ha encargado lo mismo que te vamos a encargar nosotros. Queremos saber lo que le pasó a Leocadio. Ahí tienes un cheque por diez mil, cuando me des la respuesta tendrás otro por noventa mil más. De mi cara te olvidas y tratarás con estos dos —dijo mirándolos con desdén.

Me quedé sin palabras, ¡cien mil euros!

—¿Has visto tanta pasta junta alguna vez en tu vida? —debió sentir el sabueso de verde la necesidad de hacerse notar delante de su ama.

Decliné contestarle.

—Por mí de acuerdo —no iba a dejar irse tan jugoso ofrecimiento—. Pero quiero hacerte una pregunta. Si ya tienes a dos detectives en nómina, ¿para qué gastar cien mil pavos?

—Cuando el dinero no es problema, cuántos más perros detrás de la liebre, más probabilidades de cazarla. ¿No crees detective?

—Para mí que no es esa la razón de que me quieras contratar. Te voy a decir lo que pienso: tienes a dos inútiles detrás de algo que es muy importante para ti y para tu jefe o socio. Y como hasta ahora los avances de estos dos pardillos son nulos, los envías tras de mí para ver si arrojo algo de luz en sus oscuros y apagados cerebros. Y como acicate me pones cien mil pavos en mis narices. ¿Pues sabes que te digo? Que los acepto, pero no voy a trabajar con estos, te reportaré directamente a ti. ¿Hay trato?

El expolicía se levantó, se le veían las intenciones así que me preparé para lo peor. Ese hombre estaba a punto de cometer un error. Se encaró a mí y me gritó.

—Pero a ti que mosca te ha picado niñata de mierda.

Como vi que la situación podía ir a más, decidí atajarla y solo se me ocurría una forma de hacerlo. Me levanté yo también y a la vez que lo hacía, aproveché la inercia del movimiento al levantarme con esos tacones de diez centímetros y le solté un bofetón en toda la cara que sonó lo suficiente como para que volvieran la cara todos los clientes del bar. Tenía que jugar rápido y no darle tiempo a reaccionar. Probablemente el que fue policía aún conservase su buen hacer en una pelea. Así que, aprovechando su desconcierto, le clavé el tacón derecho en un pie y lo hice con saña dejando caer todo mi peso, que no es moco de pavo. Cuando levantó el pie para llevárselo a la mano, en un claro acto instintivo motivado por el dolor que debía estar sufriendo, le sacudí un rodillazo en el muslo de la única pierna que le sostenía. La estrategia estaba clara: se fue irremisiblemente al suelo entre gritos de dolor.

Ya estaba preparada para lo que se me venía encima, así que extraje mi bote de espray a tiempo de ponérselo a escasos centímetros de la cara del compinche rubio que parecía dispuesto a abalanzarse sobre mí. Los clientes seguían mirando incrédulos. Probablemente más de uno estuviera considerando que se trataba de la filmación de una película o algo así, porque la escenita no desmerecía. Pero no, era real. Me había llamado niñata y eso no se hace.

La mujer se levantó, me sonrió y me dijo:

—Me gustas. Hay trato —y volviéndose a sus dos chuchos les ordenó—: nos vamos.

Se fueron con la colita entre las piernas y sin pagar la cuenta, pero respiré hondo al verlos salir. Uno iba cojeando agarrado por el otro. Y el otro me echó una mirada que supuse que me quería decir que ya nos veríamos en otro momento. Debería vigilar mi espalda en previsión de que el rencor les hiciese a esos dos querer jugarme una mala pasada.

Cuando todos se fueron, pedí otro bourbon y llamé a Roberto, mi cliente.

—Ya era hora de saber algo. ¿Hay avances? —preguntó a modo de saludo.

—Pocos, pero haberlos los hay. ¿Sería posible que su padre hubiera querido descapitalizar la empresa de forma deliberada?

—Sí —fue su escueta respuesta. Me sorprendió el derroche de sinceridad.

—¿Lo sospechaba? —seguí.

—Sí —respondió de nuevo conciso y enigmático.

Al cabo de unos segundos de silencio, decidió añadir algo más.

—Yaiza, creo firmemente que a mi padre le mataron, no murió de un infarto, y alguien se ha aprovechado del dinero de la empresa.

—¿Una extorsión? —pregunté.

—Sí, es posible. Eso creo.

—¿De cuánto hablamos?

—De más de cincuenta millones. No estoy seguro ya que como le he dicho, yo no trabajaba en tareas ejecutivas en la empresa. Pero mi estimación de lo que ha desaparecido supera esa cifra. Una suma lo suficientemente jugosa como para matar ¿no cree?

—¿Y por qué no me puso al tanto de sus sospechas cuando hablamos?

—Supongo que me parece tan descabellada la idea que no quise contaminar su investigación con prejuicios —confesó.

¡Y una mierda!, pensé. Ya me enteraría a su debido tiempo del motivo de que esa posibilidad, que daba al caso un nuevo enfoque, me hubiera venido sugerida de alguien que no era mi cliente.

—Roberto, quiero ver la empresa, quiero verle a usted y quiero que esté presente el contable. Mañana debo ver al forense que firmó la autopsia y a la madre de su nueva hermana. ¿Le viene

bien pasado mañana?

—La espero. Tenga cuidado.

Miré el cheque. Era diez mil euros más rica, pero algo en mi interior me decía que los problemas estaban por llegar y que para conseguir los noventa mil que faltaban, iba a sudar. Nadie da cien mil euros, así como así.

Dejé de mirar el cheque con el que me estaba empezando a encariñar y decidí tomarme la tarde libre y darme una vuelta por las tiendecitas del centro de Madrid.

Capítulo 8

El instituto anatómico forense de Madrid está en la Ciudad Universitaria. Antes de salir de casa había llamado para conseguir una cita con el doctor Wenceslao Pascual que es quién firmó la autopsia hecha al padre de mi cliente. No me habían hecho caso con mi petición, así que calzada con mis Dolce&Gabbana de tacón medio y portando mi bolso Calvin Klein, comprados ambos el día anterior en la calle Serrano a cuenta del cheque recibido de manera imprevista, me dispuse a coger el metro hasta Ciudad Universitaria y probar fortuna para ver si cazaba al forense.

El edificio no destacaba por su belleza, nada más dejar al lado la facultad de enfermería vi un bloque de cuatro alturas sobre el que a menor escala y por encima de un voladizo sobresalía la quinta. Observe una entrada grande a ras del suelo y dos equidistantes a ambos lados a las que se accedía a través de una escalerilla. Opté por la puerta principal, que para eso me había dejado una pasta el día anterior en las tiendas de Serrano.

Pregunté por el doctor a una conserje o lo que fuera, debidamente uniformada, que estaba en la entrada del centro. Me señaló con una desabrida indicación con la mano la dirección del despacho del médico forense que estaba en la segunda planta. Allí encontré una sala donde figuraba su nombre, llamé, no me contestó ninguna voz así que entré. No había nadie, por tanto, salí y decidí esperar sentada sin saber el tiempo que faltaba para que llegase el inquilino que lo habitaba. Pasada media hora sin tener noticias de él, me dirigí a la sala de autopsias siguiendo las indicaciones de un rótulo colgado en la pared y que me enviaba de nuevo a la planta baja. No estaba siendo una mala forma de perder el tiempo.

Divisé el cartel que indicaba el lugar al que yo pretendía llegar y, de camino, vi una salita donde había máquinas de café y cuatro hombres ya entrados en años con bata blanca que hablaban animadamente. Pensé que no debían ser médicos ya que no llevaban colgado del cuello el fonendo característico de la profesión, mas al recordar en qué tipo de instituto estaba, me percaté de mi error ya que sus “clientes” no debían estar muy necesitados de que les auscultasen.

—Disculpen, pregunto por el doctor Pascual —debí interrumpir una charla amena, pues todos ellos volvieron su cabeza hacia mí visiblemente contrariados como preguntándose quién había sido el simple mortal que había tenido la osadía de irrumpir en su santuario.

—¿Y quién pregunta por él? —me respondió uno de los cuatro, el que más blanco tenía el pelo.

—Pues una persona que desea verle —respondí.

—¿Conocéis al doctor Pascual? —preguntó irónicamente el del pelo blanco a los otros tres. Todos rieron de forma discreta mientras negaban con la cabeza.

—Yo no creo haber visto a ningún doctor Pascual por aquí —contestó otro de los presentes, el que tenía unas gafas de considerable grosor.

—Hombre que no le hayas visto tú, con esos vidrios que gastas, tampoco me dice nada — decidí seguir con la juerga que se estaban dando a mi costa.

Ahora eran los otros tres los que reían y de forma más abierta que la vez anterior. Esos chicos parecían tener sentido del humor.

—¿Y para que desea ver a ese señor que no conocemos señorita? —continuó el interrogatorio el del pelo blanco que parecía el más chistoso.

—Pues digamos que estoy embarazada y ese cabrón es el padre. Lo malo es que no recuerdo su cara puesto que esa noche habíamos tomado unas copitas de más y ya se sabe... Vengo a darle la noticia de que son mellizos.

Esta vez fueron otros tres los que rieron. Uno no. Era el de la espalda curvada y cara de mala leche. Ya tenía localizado a quién había ido a buscar.

—Eso no es posible, de ser así la recordaría, apenas bebo alcohol —dijo el que no reía revelando su identidad. La suerte me había sonreído.

—Eso es porque no ha estado con muchas. Conozco a amigos que de tantos líos que se traen entre manos no recuerdan ni una mínima parte de los rostros que han pasado por su cama —nada, ya entrados en jarana decidí seguir.

Al coro de tres solo le faltaba tocar las palmas de la risa que se traían.

—Creo que no tiene gracia —dijo el que no reía al resto.

—Encantado de conocerle doctor Pascual —tenía que entrar en materia una vez que tenía certeza de que el que no se reía era el supuesto padre de los supuestos mellizos—. ¿Me podría dedicar unos minutos? Es para ver cómo resolvemos lo del embarazo.

Me cogió del brazo y me llevó apresurado hasta su despacho, en la segunda planta, entre pitos de sus tres colegas.

Ya sentada frente a él, le abordé directamente y esta vez lo hice con la verdad y nada más que la verdad.

—Mi nombre es Yaiza Cabrera, soy detective privado y me ha contratado el hijo de Leocadio Huidobro para investigar la muerte de su padre. Sé que usted ha firmado la autopsia y quería su impresión sobre la forma en que la sustancia esa que se extrae de la adelfa pudo llegar al cuerpo del finado.

El forense abandonó su cara de mala leche y puso la de sorpresa, aunque esta duró poco.

—Tiene usted la jeta de cemento señorita. ¿Y a qué ha venido el teatro que ha montado ahí abajo? ¿No era más sencillo haberlo preguntado abiertamente?

—Quería romper el hielo, solo eso. La verdad es que no le conocía y simplemente preguntaba por el doctor sin saber que se encontraba en ese grupo. Aun así, decidí seguirles la broma. Parecían tan entusiasmados de que una joven les hubiera interrumpido su aburrida charla sobre cadáveres, que no quise estropearles la diversión.

—O sea que es usted divertida —ahora la cara y expresión que puso fue la de seductor. Una vez que había calado a ese tipo, las cosas serían más fáciles. Sus maneras comenzaban a delatarle. Probablemente se tratase de uno de esos médicos acostumbrados a tratar con jovencitas, probablemente alumnas de la facultad en prácticas, con fines poco didácticos.

—Solo soy divertida si mi interlocutor lo merece ¿usted lo merece doctor? He de reconocer que las batas blancas no me son indiferentes.

—¿Y que gano yo si le doy mi impresión sobre la muerte de ese hombre que dice usted y cuyo nombre no recuerdo?

—Hagamos un trato. Usted me cuenta lo que quiero saber y yo le daré su minuto de gloria: pasearé agarrada del brazo a su lado, ante sus tres colegas y cuando lleguemos a su lado le estamparé un beso en la boca que les dejará boquiabiertos. Así tendrán algo de qué hablar durante una temporada.

—Pero si hace eso ¡se pensarán que es verdad lo de los mellizos!

—Pues mejor para usted. Una estrella más en su currículum.

El hombre rio. Resultaba simpático, aunque no me fiaría.

—Hagamos un trato, yo cojo la ficha de esa necropsia a la que se ha referido, le cuento lo que sé y usted me da el beso, si es posible sin que haya nadie delante y luego nos vamos a tomar una copa.

Había que seguirle la corriente, por eso no le dije lo que estaba pensando: que la copa se la podía tomar con su madre, sin poner ningún apelativo delante que la pobre no tendría culpa de haber tenido un hijo así.

—Pero solo una copa. Acepto.

Sonrió ufano, encendió el ordenador y en menos de un minuto me resumió sus conclusiones y lo hizo en un lenguaje asequible para una profana como era yo en temas de medicina.

—Detective, el paciente falleció porque el corazón le dejó de funcionar. Simple y llanamente. La presencia de la oleandrina, porque supongo que es eso lo que la ha traído hasta aquí, no creo que guarde relación con su muerte. Y tampoco creo que la presencia de esta sustancia se justifique por un tratamiento contra la insuficiencia cardíaca. El escaso uso farmacológico que tiene se circunscribe a la hidropesía, malaria y algunas venéreas. Por supuesto también como cardiotónico contra la insuficiencia cardíaca, pero sospecho que no era el caso.

—¿Y qué efectos produce sobre el cuerpo en cantidades elevadas?

—Pues los de una intoxicación digitalica: mareos, vómitos, bloqueo cardíaco y alteraciones del sistema nervioso central.

—¿Se podrían confundir esos síntomas con los de un infarto? Lo digo porque me parece mucha casualidad que el paciente fallezca por parada cardiorrespiratoria, se detecte en su cuerpo una sustancia mortal que tenga esos síntomas y usted no le vea relación y constate que su muerte fue por causas naturales —apunté.

Pareció dolerle mi atrevimiento. Ciertamente estaba poniendo en duda su trabajo así que me preparé para recibir una mala contestación.

—Quizá eso sea porque yo he estudiado medicina y usted no tenga ni puta idea de lo que habla ¿no le parece?

—Me parece poco amable su respuesta, sobre todo viniendo de un hombre que más tarde me va a llevar a tomar una copa y a buen seguro tratará de seducirme.

—¿Y voy por buen camino?

—Medite la última respuesta y contéstese a sí mismo. Venga, le doy otra oportunidad. ¿Cómo llegó la oleandrina al cuerpo del paciente? Bueno, supongo que a los suyos no se les llama pacientes, no sé.

Y ahora sí que se vengó por mi atrevimiento.

—Usted lo ha querido detective —comenzó y yo me preparé para lo peor—. La intoxicación digitalica, asociada a un tratamiento crónico con esta sustancia, es un motivo habitual de visita a los servicios de urgencias. Como las cantidades suministradas son pequeñas, raras veces se presenta un cuadro clínico complicado. Otra cosa es cuando se produce una intoxicación aguda por un suicidio en grado de tentativa. Ahí el caso es otro y los síntomas pueden ser destructivos. Las manifestaciones clínicas son inespecíficas predominando las digestivas, como náuseas, vómitos, diarreas y dolor abdominal. También circulatorios como mareos o síncope. Es posible un cuadro de bradiarritmias, taquiarritmias e hiperpotasemia que conduzcan a la parada cardíaca de manera fulminante. Si el paciente llega vivo, en casos extremos la respuesta a una monitorización electrocardiográfica suele ser positiva. A partir de ahí hay que normalizar las concentraciones de potasio y magnesio. Y para el bloqueo: atropina o lidocaína. Aunque en situaciones de riesgo vital pueden ser necesarios anticuerpos antidigital. ¿Me sigue?

Asentí poco convencida y el forense sonrió ufano por el castigo a que me había sometido. Me puse en la piel de los pobres alumnos que tuvieran que soportar esa perorata en forma de clase siendo ese tipo el profesor y sentí un escalofrío de terror.

—Después de todo este rollo, el mensaje que le debe quedar claro es que a pesar de que altas dosis de esta sustancia pueden ser letales, lo habitual es que los pacientes por intoxicación por sobredosis de tratamiento lleguen vivos al hospital. En un caso de suicidio no, pero le aseguro que la cantidad encontrada en el cuerpo de Leocadio no era tan alta. ¿Mejor ahora?

Nadie mejor que yo sabía lo arrepentida que estaba de haberle preguntado. Como me quedé sin palabras, entre otras cosas porque le había mentado cuando asentí ya que no había entendido nada, el doctor concluyó.

—Detective. Ese hombre murió como consecuencia de que tenía una arteria totalmente obstruida y el corazón no bombeaba suficiente sangre oxigenada. No lo dé más vueltas. Desconozco si alguien le recetó algún fármaco que tuviera ese glucósido, si fue así, desde luego fue de forma desafortunada. Ese hombre solo tenía una forma de curarse, mediante cirugía.

—¿No le cabe duda?

—Ninguna. Y ahora ese beso —se levantó desafiante.

—Doctor, en mi carrera, que no fue medicina, tuve un profesor que nos recitaba reiteradamente una cita de un colega suyo: “Duda siempre de ti mismo, hasta que los datos no dejen lugar a dudas”.

Wenceslao rio con ganas, le tenía ante mí a punto de transgredir la distancia de seguridad recomendada.

—Esa cita no es de un colega mío. Se le atribuye a Louis Pasteur, pero no era médico sino químico y microbiólogo. ¿El beso? Y vaya decidiendo donde prefiere la copa.

—Solo una cosa más antes del... beso —le atajé—. Valore esta posibilidad: el paciente es diagnosticado y su médico le dice que debe hacerse pruebas. Incluso le menciona que, en función del resultado de estas, la solución puede que sea quirúrgica. El paciente, que rehúye de los médicos como de la peste, declina hacerse pruebas y se autoreceta un tratamiento a base de la sustancia que extrae de las adelfas, que las tiene a cientos en su finca de Salamanca. Pongamos que se había documentado previamente. Y un día se le va la mano y...

—Yo solo soy forense Yaiza —me interrumpió—, tú eres la detective.

En ese momento se acercó un milímetro más, levanté mi mano y le sacudí un bofetón con tal fuerza que fue incapaz de volver la cara a su posición inicial hasta transcurridos unos segundos. Los suficientes como para que yo me hubiera largado de allí sin dejar de pensar como un médico puede sentenciar sin asomo de duda. Eso solo podía ser por dos razones, o ese médico era un egocéntrico pedante y creía que la verdad absoluta estaba siempre de su lado, o era un mentiroso y me estaba ocultando algo. Me inclinaba por pensar esto último por lo poco que tardó en encontrar el expediente de Leocadio y la serenidad, que me pareció fingida, con la que lo leyó. Ese hombre conocía el expediente de Leocadio Huidobro en el momento que se lo nombré. Y estoy segura de que fingió no recordarlo, ¿por qué? Me daba en la nariz que ese médico estaba minimizando el impacto de la sustancia que se había encontrado en el cuerpo del muerto. No me gustaba ese forense. Y tampoco me gustaba esa vocación de repartir soplamocos que me había entrado recientemente. Aunque me divertía.

Según caminaba en dirección a la boca de metro, medité sobre la última cuestión que le había planteado al forense. Me parecía plausible lo de la automedicación para eludir así hacerse las pruebas médicas. Pero eso no casaba con que Leocadio supiera que iba a morir como así me daba la impresión de que era. No, no murió de forma casual, o se suicidó o le mataron.

Me bajé en la parada de Alonso Cano en dirección a la calle Santa Engracia. Eran las dos de la tarde y consideré que era alta la probabilidad de encontrar a Belén Esteban y a su madre en su

pisito a punto de sentarse en la mesa. Mi instinto me dice que suele ser mejor una visita inesperada que descoloca a la persona a la que se desea interrogar. Una llamada previa les da tiempo a preparar lo que deben o no decir.

Llamé al portero automático y comprobé que la suerte me había sonreído. Me contestó una voz de mujer que no me pareció la de Belén, con otro poco de suerte sería la de su madre.

—Del censo municipal, ¿me abre por favor? —esa nunca fallaba.

La mujer que me abrió la puerta se podría definir, si solo dispusiera de un calificativo para hacerlo, como de espléndida. Tenía el pelo rubio con un moño recogido hacia arriba e iba sin apenas maquillaje, o si lo llevaba era lo suficientemente discreto como para no apreciarse y ser invisible incluso hasta para una experta en maquillaje como era yo. El caso es que esa mujer, que por edad sí podría ser la madre de Belén, no tenía ni una sola arruga en la piel de su cara. Ciertamente es que las marcas de la edad habían dejado una mella relativa en su rostro, pero aún seguía conservando una belleza que ya quisiéramos las más jóvenes.

Llevaba puesto un vestido azul turquesa corto y con tirantes que se ajustaba a las caderas permitiendo que luciera un talle que rozaba la perfección. Lo que se veía por debajo tampoco desentonaba. Sus piernas eran simétricas, bronceadas y cómo si hubieran sido torneadas por un profesional. Remataban en unas sandalias de medio tacón del mismo color que el vestido.

—Hija, deja de mirarme así, que en vez de venir a hacerme preguntas para el censo voy a pensar que me quieres llevar a la cama, ¡y podría ser tu madre! —expresó resuelta la mujer con una sonrisa abierta.

—Pues no entraba dentro de mis planes iniciales, pero viendo el género ...—decidí ganarme su amistad con un piropo.

La debí descolocar porque no pudo ocultar su debate interior para esclarecer si yo iba en serio o no. A pesar de que tenía curiosidad por la decisión final, decidí no esperar su respuesta.

—Pregunto por Belén Esteban, sé que ronda los veinte y no sé si es usted —seguí adulándola.

—Uy que mona, pero no, es mi hija. No está ahora guapa.

—¿Es usted su madre?

—Trinidad Esteban. Sí, su madre.

—Ah, tiene su hija el mismo apellido de usted. ¿Madre soltera?

—¿Es ese el formulario de preguntas que tiene que hacer señorita? —pregunto la rubia evidenciando desconfianza. Era el momento de decir la verdad.

—¿Puedo pasar?

—Su identificación.

Esa mujer no era una ingenua.

—No soy del censo, pero antes de que me cierre la puerta, escúcheme un instante. Soy detective privado e investigo la muerte de Leocadio, el padre de su hija. Estuve en la lectura del testamento y allí conocí a Belén. Creo que usted me podría ayudar a conocer un poco más al difunto. No necesito más.

—Belencita me dijo que había una detective, Yaiza Cabrera, ¿es así?

—Para servir a Dios y a usted —se me había pegado la misma frase pedante que tantas veces le había escuchado decir a mi amigo Javier Holmes.

—Su identificación.

Esta vez sí se la pude enseñar.

—Y supongo que la han contratado los dos hermanos para encontrar lo que sea con el fin de que deje a mi hija sin herencia, ¿me equivoco?

—Se equivoca —aclaré concisa.

—¿Café?, ¿vermú? —ofreció sin parecer muy convencida con mi respuesta.

—Un bourbon estaría bien, gracias.

—Desde luego no se anda por las ramas. ¿Le viene bien Jean Beam?

—Claro. Sin hielo por favor.

—Usted es de las mías.

—¿Nos tuteamos? —le pedí.

Sirvió dos vasos en nada cicateros y comprendí que era mi turno.

—Sé que se trata de un tema personal, probablemente doloroso, pero me gustaría saber cómo se conocieron y cuál ha sido el comportamiento de Leocadio con usted, perdón, contigo y con tu hija.

—Te lo contaré. Pero antes dime quién te ha contratado y con qué objetivo. No quiero ayudarte para luego descubrir que tu encargo consiste en desacreditar a Belencita para quitarle la herencia. Es tan suya como de ellos dos —dijo la mujer, supuse que refiriéndose a los dos hermanos Huidobro—. ¡Ah, y una cosa!, no me mientas que tengo un sexto sentido metido aquí —dijo señalando a su nariz.

—Me ha contratado Roberto directamente —no serviría de mucho contar que el encargo realmente se lo habían hecho a Holmes—, aunque supongo que mis clientes son los dos hermanos. Y el encargo es claro: descubrir si su padre murió realmente de un infarto o le mataron. Para eso tengo que reconstruir su pasado reciente y parte del otro. Necesito saber qué ha pasado con su empresa en los últimos meses, tengo que averiguar todo lo que pueda sobre el suceso en el que murió uno de sus camioneros cuando encontró la guardia civil unas muchachas de Nigeria ocultas en el camión, tengo que saber el motivo por el que adoptó a Dominic y quiero reconstruir su historia de amor para saber la relación que tenía con usted y con su hija. ¿Cree que he sido sincera?

—Das el pego, monina. ¿Sospechas de mí? Perdona que sea tan directa.

—No, en absoluto —volví a ser concisa.

—¿Sabes que yo era una puta cuando conocí a Leo?

—Vaya, se puede decir con otras palabras.

—No me digas que eres de esas que no llama a las cosas por su nombre. Un negro es un negro, un marica un marica y una puta es una puta. Las palabras no hacen daño hija, el daño lo hace la intención con la que se dicen las palabras. No olvides esto.

—Visto así —me resigné.

—Yo trabajaba en un club en una zona a las afueras de Madrid. Digamos que era de las guapillas y estaba bien valorada. La mayoría de las que estábamos allí no teníamos chulo, el club nos garantizaba la seguridad. El dueño se quedaba con un tanto por cada vez que usábamos la habitación y nos daba otro tanto por cada copa que nos invitaban. No vayas a creer que el amo del garito era un santo, que va. Mientras cumplieras no tenías problemas, pero si un día no ibas a trabajar sin decir nada comenzaban las amenazas. Sé de una que se dedicaba a quedar con los clientes que captaba en el club para llevarlos luego a su casa. Un día apareció en un portal con una paliza que le dejó tres costillas rotas y la cara llena de cortes. La chica no recordaba quién le hizo eso. Ya ves lo que es la memoria.

—¡Cabrones! —exclamé.

—Eran las reglas de juego y todas las conocíamos. Si las respetabas te iba bien. Yo, en aquella época, me levantaba al mes el equivalente a cinco mil euros de ahora. Por supuesto que libres de

impuestos. Eso sí, había que trabajar duro, desde las cinco de la tarde hasta las cinco de la mañana, doce horas al día los siete días de la semana. El descanso mensual eran los cuatro días que la naturaleza necesitaba para regenerar los óvulos. Ni uno más.

—Y allí conociste a Leocadio.

—Él estaba casado. Era guapísimo y muy atento. Nada que ver con la mayoría del ganado que allí recalaba a diario. Vino una vez y repitió. Al mes me dijo que estaba enamorado de mí. Como comprenderás eso me lo habían dicho muchos antes. Eres joven, pero ya sabrás que un hombre cuando está excitado es capaz de ofrecerte la luna, y cuando su ímpeto explota en forma de eyaculación, se le olvidan todas las promesas. Como se dice por ahí, igual que las cerillas, una vez que les explota la cabeza, ya no valen para nada. En eso son distintos a nosotras.

No me pareció ser yo la más indicada para opinar sobre los roles de los hombres y las mujeres, así que decidí callar y dejar que siguiese hablando.

—A los dos meses me empezó a hacer regalos, al principio cosas de poco valor, colonias y bagatelas. Hasta que un día se presentó con una cadena de oro y una medalla con la alegoría de la Santa Trinidad. “El significado de tu nombre inmortalizado en oro, ¿te gusta?”, me dijo. Lloré y comencé a pensar que lo de ese hombre iba en serio. Al poco tiempo me pidió quedar un día en su casa, bueno en una casa de su propiedad. No podía y así se lo hice saber, no quería acabar como mi compañera, con tres costillas rotas. No sé qué hizo ni con quién habló, pero dejé de trabajar los domingos y los comencé a pasar con él. Llevaba comida, comíamos, bebíamos y hacíamos el amor. No era como con el resto, con él sentía. No sé si me entiendes hija.

Me tuve que dar la vuelta para secarme un par de lagrimillas que se escapaban sin mi permiso. Menuda detective dura estaba yo hecha.

—Al año me regaló este apartamento que ves, que no está nada mal, y me dijo que dejase el trabajo, que me asignaría una renta. Y así fue como entré a trabajar para LoLeHuSA. Cobraba un sueldo, pero sin ir a la oficina. Le pedí un hijo y me dio una hija que no ha reconocido hasta ahora pero que nunca desatendió. Estuvo viniendo regularmente hasta que la niña cumplió los tres años. Ahí el amor se quebró. No me preguntes el motivo ya que no lo sé.

—Sí, soy joven, pero aun así sé que el amor siempre se quiebra.

—El nuestro no es que se quebrase, es que murió de un patatús. Es probable que conociese a otra, pero nunca supe la razón. Decidió que no quería que la niña le reconociera a él como un padre y dejó de venir. Nos empezamos a ver de cuando en cuando, una vez al mes como mucho y siempre cuando la niña no estaba delante. Algunas veces me echaba un polvo y me hacía sentir igual de puta que antes de conocerle. Y así hasta ahora.

Esa mujer no tenía pelos en la lengua.

—¿No hubo un cambio de actitud en los últimos meses? —pregunté.

—Sí, si lo hubo. Cuando sucedió eso de las chicas que encontraron en uno de sus camiones, comenzó a venir más. Poco antes me había dicho que quería conocer a Belén, que solo sabía cómo era por fotos. Pasó de venir una vez al mes, o menos en los últimos años, a hacerlo una vez a la semana. Y fue cuando me dijo que iba a reconocer a la niña. Supe que algo iba mal, pero había aprendido a no meterme en su vida, así que recogí la noticia con alegría por mi pequeña y esperé que eso llegase a ser así. El día antes de morir vino a verme, no estaba Belén, me hizo el amor durante toda la tarde, para mí que se había tomado una de esas pastillitas azules porque aquello no era normal. Y me dijo adiós.

—¿Siempre se despedía con un adiós? —quise saber.

—No, fue la primera vez. Cuando leí que había muerto, me di cuenta de que el día anterior Leo

sabía que algo le iba a ocurrir. A mí no me quita nadie que se suicidó.

Se levantó y sirvió una nueva ronda. Nos la bebimos en silencio mirándonos sin decir nada. Estaba casi todo dicho, yo ya tenía aquello que necesitaba para continuar mi investigación.

—¿Belén dónde está? —pregunté por romper el incómodo silencio.

—Cursa tercer año del grado de Derecho, no quiero que sea como su madre.

—Si yo fuera Belén, estaría muy orgullosa de tener una madre así —se me escapó.

Trinidad se volvió hacia mí y me abrazó con fuerza dejándome mi hombro desnudo completamente mojado. Nos separamos y me miró fijamente.

—¿De verdad que te parezco guapa? —me sorprendió con la pregunta.

—Divina.

—Antes, cuando me dijiste ese piropo... no sé, ¿te gustan las mujeres?

Me quedé pensando sin saber qué decir, momento que aprovechó para acercarse suavemente y besarme. Fue un beso tierno, sin lujuria, pero cálido como si estuviera necesitado de amor. No lo rechacé y permanecimos con nuestras bocas pegadas unos segundos que bien pudieron ser minutos u horas. Cuando reaccioné me separé y me levanté, no podía seguir con eso, aunque no me estuviera precisamente desagradando. Sencillamente no podía ser, así que me levanté.

Ella, digna como lo que era, toda una señora, también se incorporó y no dijo nada. No apreció ni un somero reproche hacia mí en su cara.

—¿Sabe el idiota de Roberto que has venido? —rompió el incómodo silencio.

—No, no cuento como investigo, le daré los resultados finales cuando los tenga. ¿Le conoces?

—No. Por lo que me contaba Leo, debe ser un auténtico cerril para los negocios. Por eso le tenía apartado. Llevaba años queriendo tomar las riendas de la empresa y convenció a su padre para que mandara a su hermano pequeño lo más lejos del negocio posible. Pero mira, le ha salido rana.

En el umbral de la puerta nos miramos. Esa mujer tenía algo que hechizaba.

—Quizá cuando todo esto acabe —le dije.

—Quizá es una bonita palabra. Tan bonita como mentirosa —replicó con amargura.

Me despedí de esa mujer sin haber encauzado mi investigación y sin haber reducido el círculo de sospechosos. Ahora me parecía más probable la teoría del suicidio, sobre todo por la forma en la que el día anterior Leocadio se había despedido de Trinidad. Parece que sabía que ese sería su último día.

Claro, eso pensando que esa mujer me hubiera dicho la verdad. No parecía mal móvil para el asesinato el dinero. Trinidad sabía que su examante había reconocido a Belén como hija y, además, le dice que la ha incluido en el testamento. Y ella, como buena madre que es, después de una tarde de sexo decide darle matarile por si se arrepiente. Y lo hace suministrándole la sustancia que previamente ha obtenido de una adelfa y que le mata al día siguiente. Porque es probable que ella conociera el problema de corazón de Leocadio y también los efectos que esa sustancia podría provocar en un cuerpo como el de él. El forense me habló de síntomas como bloqueo cardíaco y alteraciones nerviosas. Consecuencias letales probablemente, aunque poco entendí de lo que ese fulano me dijo.

Tampoco me había pasado desapercibido, de la conversación con esa mujer, la opinión que el empresario tenía de su hijo y como este había tratado de apartar al hermano menor del negocio. Celos familiares por llevar las riendas de la empresa, otro estupendo móvil para el crimen dentro de la literatura negra.

Cuando llegué a casa tenía una sorpresa esperándome en la puerta en forma de policía retirado.

—Qué aburrida debe ser la vida del jubilado —le espeté de forma brusca a modo de saludo. Me incomodaba su presencia—. ¿Qué tal llevas lo del pie?

—Lo salvaré. ¿Puedo pasar?, me gustaría charlar.

—¿Es que no te da vergüenza perseguir a mujeres que podrían ser tu hija?

—No te molestaré, lo prometo.

—Espera —le pedí.

Saqué el espray y lo sostuve visiblemente en la mano.

—Cinco minutos, ni uno más. Y si te acercas más de lo debido vació el bote en tu jeta —le dije mostrándoselo.

—¿Qué te ha contado la puta? —me preguntó con descaro.

—¿Te refieres a tu madre?, no la he visto —me molestó la forma en la que se había dirigido a Trinidad. Recordé sus palabras de que el daño no está en la palabra en sí misma, sino en la intención con la que se dice.

—¡Vale! Si no quieres contar nada no lo cuentes. Pero recuerda que mi jefa te ha dado un cheque para que investigues. ¡Tú lo has querido!

Volví la cabeza y me encontré a su secuaz detrás de mí. Deduje que el policía había dejado la puerta abierta de forma deliberada para que entrara Igor. El rubio se disponía a agarrarme del cuello. Y lo hizo. Pataleé, le mordí el brazo con todas mis fuerzas, grité a pesar de que me trataba de tapan la boca, pero todo ello resultaba inútil ante la fuerza de ese animal.

Me tiró sobre la cama y sin darme tiempo a reaccionar me sacudió una tremenda bofetada.

—Dinos que te ha dicho la puta. Quiero saber todo lo que has averiguado. Escucha niña, a Laura no le estafa nadie, ¿lo entiendes? Ella te ha pagado y tú cumples. ¿Qué sabes? —me preguntó con su español salpicado de graves erres.

—Vamos Igor, modera tus impulsos. No seas tan bruto. Yaiza, solo queremos asegurarnos de que estás en nuestro bando, nada más —dijo el expolicía fingiendo un tono conciliador.

Y digo fingiendo, porque de conciliador nada. Él mismo me sacudió en la cara, pero esta vez no fue un bofetón sino un puñetazo como Dios manda, de esos que duelen. No sé si a alguno de ustedes le han salpicado en alguna ocasión un puñetazo, uno de esos que habitualmente solo vemos a través de las pantallas de cine y pensamos que no existe más que en la ficción literaria y filmográfica. Les prometo que no es agradable. Sentí que en el interior de mi cráneo todo retumbaba, como si el cerebro se balancease dentro de mi cabeza golpeando con saña su interior.

—Esto por lo del pie, y ahora me vas a decir lo que sabes o te juro que te dejo la cara como un mapa —siguió con su tonito conciliador. Resultaba difícil no cogerle cariño.

Pintaba mal. Aun así, mantuve la boca cerrada, lo que me valió otro mamporro y de nuevo el balanceo, el golpeteo del cerebro en el interior de mi cabeza y un dolor agudo que bien se podría asemejar al que tendría si me hubiera pasado una apisonadora por encima. Y lo peor de todo es que no veía la forma de revertir la situación en la que me encontraba.

Me estaba recuperando del shock por el segundo puñetazo cuando escuché un golpe seco y vi caer al rubio junto a mí, de bruces. Miguel Agúndez miró sorprendido y a la vez ambos descubrimos a mi sargento con su pistola reglamentaria agarrada por el cañón del arma y con la culata a la vista, la misma culata con la que acababa de golpear la nuca del matón.

—¿Le has matado? —pregunté.

—No, no le he dado tan fuerte. Es solo una conmoción. En unos minutos se despertará, eso sí, con un dolor de cabeza que no tenía cuando se acostó —aclaró mi héroe.

Se giró encañonando con su arma al policía jubilado y me preguntó:

—¿Qué quieres que haga con él Yaiza?

—¡Cárgatelo! —contesté esperando que entendiese que no hablaba en serio.

—¿Seguro? —insistió.

—¡Que te lo cargues he dicho!

—Para compañero, que eres policía —pidió visiblemente nervioso.

—¿Y tú?, también lo eres y mira lo que has hecho. ¿Cuántos delitos has cometido? Allanamiento, coacción, intento de violación, agresión machista. Dime ¿cuál prefieres? Voy a llamar para que os vengan a buscar a los dos y tendrás que dar muchas explicaciones para evitar la cárcel.

—Un momento Melitón —pedí a mi sargento. Sabía que no ganaba nada con que se los llevaran detenidos. Es más, prefería tenerlos como aliados. Estaba segura de que lo único que pretendían era amedrentarme para que les dijera todo lo que sabía y de paso vengarse del mal rato que les había hecho pasar delante de su jefa.

—No pares de apuntarle —le pedí a Melitón.

Me acerqué al policía retirado, me coloqué a su altura, tomé su cara entre mis manos y le acaricié dulcemente las mejillas. Él me miraba desconcertado. Me acerqué lentamente hasta su cara, de forma sensual, como se suele hacer cuando estás a punto de besar con pasión, y sin que se lo esperase levanté mi rodilla bruscamente con tal mala suerte que esta fue a dar contra sus partes pudendas. Juro que nunca había puesto tanto empeño y tanta fuerza en un movimiento. Este había sido rápido, corto y preciso. Y el golpe resultó demoledor para el que lo había sufrido cumpliendo el objetivo que pretendía.

El hombre cayó al suelo entre gritos de dolor.

—Tranquilo, no ha sonado a cascado, creo que conservarás ambos —bromeé.

—Déjalo Yaiza, eso no puedes hacerlo —me indicó el sargento viéndome tan lanzada y probablemente temiéndose que siguiera con mi faena hasta acabar con ese individuo.

—Solo una pregunta —me agaché, le cogí la cara y le obligué a mirarme—. ¿Le mató tu jefe o su socia? Dime. Leocadio se da cuenta de que le están engañando y el dinero de la empresa va a parar a los bolsillos de tus jefes. Les amenaza con hacer justicia y le matan. ¿Quién de los dos fue? O quizá siguiendo sus instrucciones fuiste tú o el idiota ese que está dormido. Sí, eso suena más creíble.

Sin poder dejar de emitir sonidos lastimeros, lo negó.

—A nosotros nos contrata cuando nos necesita para lavar trapos sucios. El encargo que nos ha hecho es el mismo que a ti, saber quién ha matado a Leocadio. En su muerte hay algo sucio que mi jefe cree que le puede salpicar. No sabemos más.

En ese momento el rubio se comenzó a mover echándose su mano a la cabeza, en el punto donde había recibido el golpe.

—Ahora fuera los dos, déjales ir Melitón por favor. Estos hombres nunca han estado aquí, ¿no es verdad? —les pregunté.

—¿Estar? ¿Dónde? —se levantó a duras penas Miguel Agúndez ayudado por el hombro de su compañero, el cual también caminaba trastabillando. Ambos salieron por la puerta en peores condiciones de las que habían entrado.

—La fortuna me ha sonreído —reflexioné ante mi sargento.

—No ha sido la fortuna, ha sido mi preocupación. Con lo del mensaje en forma de ladrillazo puse a un agente vigilando tu casa. El turno de noche me tocaba a mí. Por eso estaba cerca cuando vi que entraba el rubio ese tan pequeño. Corrí y no llegué a tiempo de impedir que te sacudiera.

—Pudo haber sido peor si no hubieras llegado. Gracias.

—Esto no ha estado bien, la patada que le has dado no ha sido en defensa propia —apuntó desenfadado el policía.

—Pues a ti, cuando te sacudo no te quejas —le provoqué.

Me acerqué a él y le besé en la boca.

—Necesito que te quedes esta noche, que me abracés y que no te separes de mí en ningún momento.

Me estaba ablandando con la edad. Me acerqué de nuevo y le volví a besar con los mismos labios que habían recibido poco antes el beso de Trinidad.

Capítulo 9

Me despertó la voz de Melitón que parecía estar hablando por teléfono y, a juzgar por las palabras sueltas que conseguí cazarle, ya que estaba encerrado en el baño, me pareció que discutía por mí. Cuando dejé de oír su voz y a continuación escuché el ruido de la cisterna, cerré los ojos y fingí dormir. Se acostó a mi lado y noté como me abrazaba por la espalda. Me sentí afortunada de que estuviera a mi lado cuando lo necesitaba. Me gustaría corresponderle como se merecía, pero estaba tan segura de que no saldría bien que no dediqué más tiempo a la reflexión y me concentré en la agradable sensación que me producía el tacto de sus labios sobre mis hombros.

—Yaiza —me susurró al oído creyéndome en brazos de Morfeo—. He conseguido del inspector permiso para acompañarte a la nave de LoLeHuSA. No quiero que vayas sola.

Bostecé y me despecé fingiendo que me despertaba en ese momento.

—¿Y te ha dejado así, sin más? —me extrañó el derroche de buena voluntad del inspector.

—Sí, bueno, ya sabes cómo es Luis. Me ha insistido en que no voy de servicio, así que me ha obligado a cogerme uno de los días de permiso.

Le di un beso y le pedí que me trajese el desayuno a la cama. No quería que abandonase el hábito saludable de mimarme constantemente. Otra cosa es lo que se encontrase en el frigorífico que, o mucho me equivocaba, o serían telarañas.

Efectivamente transcurridos unos segundos se presentó de nuevo con las manos vacías, así que tuvimos que acudir a una cafetería.

Fuimos con el coche del sargento que, aunque pertenecía a la flota de la Jefatura, no tenía ningún distintivo que lo diferenciase de un coche particular. Dejamos la M45 para tomar la avenida de Andalucía y en un par de minutos nos encontrábamos en la colonia Marconi, uno de los polígonos de Madrid con mayor presencia de prostitución subsahariana a pesar de los esfuerzos que decía el ayuntamiento hacer para erradicarla de allí.

Era muy temprano, aun así, observamos a alguna meretriz que miraba con descaro a todos los coches que pasaban tratando de atraer la atención de los conductores más madrugadores. Posaban como si lo hicieran para un desfile de moda, pero en realidad lo hacían para una pléyade de crápulas sin escrúpulos que no dudaban en aprovecharse de su cuerpo por unas monedas. A varias, bastantes, las habían vestido con el mismo traje de faena que debió llevar Eva por aquel momento en el que todo empezó. El traje del resto no difería mucho.

—¿Cómo permitís esto sargento? —le atacó.

—La prostitución en España no está regulada por ninguna ley en concreto Yaiza. Los gobiernos que se han ido sucediendo han sido muy cobardes en este aspecto. Por tanto, es difícil detener a una mujer por ejercer la prostitución. Los municipales, dependiendo de cada municipio, las sancionan a ellas y a sus clientes cuando se ejerce en la calle, pero siempre utilizando eufemismos como el escándalo público y no la prostitución en sí misma. Sí existe legislación para el caso de las menores, cuando hay drogas de por medio o para el caso del proxenetismo. Pero mira Yaiza, sinceramente, prohibir la prostitución es como poner puertas al campo. Hay que trabajar en la educación de los jóvenes y perseguir el proxenetismo con muchos más medios de los que disponemos ahora. A veces me da la impresión de que a los políticos este tema solo les importa cuando hay un fotógrafo en las inmediaciones.

—Pero esas mujeres son víctimas Melitón. Me gustaría saber la vida que hay detrás de cada una de ellas, ¡cuántos sueños arrojados por la alcantarilla! Probablemente muchas hayan venido

engañadas, otras traídas a la fuerza. No creo que ninguna de las que esté aquí lo haga de forma voluntaria.

—Estoy seguro de que no.

Al doblar por la calle de la Resina vimos un cartel con el nombre de la empresa a la que nos dirigíamos. Desde la perspectiva que tenía, con unos cien metros de distancia, la nave me pareció la más grande del polígono. Constaba de un edificio de tres plantas al lado del cual estaba el almacén que bien podría tener un centenar de metros de longitud con unos diez muelles de carga. Solo vimos un camión operando en los muelles. Frente a la nave, y al otro lado de la calle, otro edificio mucho más pequeño también tenía el mismo rótulo, solo que debajo del nombre de la empresa ponía “Cocheras y Mantenimiento”.

Aparcamos y un guarda de seguridad me preguntó si era la detective a la que estaban esperando y nos acompañó al edificio de tres plantas indicándonos que subiéramos a la primera, que era en la que estaba el despacho del presidente.

—¿Es este ya su cargo? —le provoqué a mi cliente a modo de saludo.

—Según los estatutos de la compañía sí, en funciones hasta que el consejo elija un nuevo presidente.

—Un consejo en el que estarán sus dos nuevos hermanos supongo —decidí no darle tregua—. ¡Ah, y el abogado!

—Quién sabe, hay que repartir la herencia. ¿Y su amigo es...?

—Melitón, es mi ayudante. Todavía no tiene la licencia de detective y le ando enseñando el oficio. Es espabilado, no creo que tarde en aprender, aunque de momento anda algo perdido.

El sargento me miró con cara de sorpresa. Afortunadamente la cosa no pasó de ahí, aunque estaba segura de que en cuanto me pillase a solas no se callaría.

—Dígame una cosa señor Huidobro —decidió Melitón no resignarse al papel de aprendiz lego—, ¿cómo cree que se va a repartir la herencia? Porque los porcentajes de reparto están perfectamente establecidos en el testamento y, en ausencia de acuerdo, a cada uno le correspondería un porcentaje igual en la compañía, excepto el abogado que tendría solo el diez. Por tanto, para erigirse como presidente, necesita otros votos además del suyo.

—Usted lo ha dicho, en ausencia de acuerdo. Los porcentajes están claros, pero la asignación a cada cual del patrimonio de mi padre es lo que deberemos acordar. Aunque no creo que hayan venido aquí para conocer cuál será la futura composición del nuevo comité de dirección.

—No, queríamos charlar, pero antes nos gustaría ver la empresa. ¿Podría enseñarnos las instalaciones? —le pedí recordando que Luis Bárcenas había mencionado algo sobre la peculiar fauna que pululaba por aquí. Quería comprobar a lo que se había referido el inspector.

—Si lo considera necesario para su trabajo, pero yo no podré hacerlo, tengo una reunión en breve con una cadena de distribución. Pretendo firmar un contrato para ponerles a disposición un espacio a modo de almacén logístico aquí, en mis naves —se excusó.

—¿Un almacén logístico? —preguntó Melitón.

—Sí, nosotros les traemos la mercancía desde Algeciras o Sagunto en camiones, se la clasificamos y luego se distribuye a los puntos que nos digan manteniendo el nivel de stock que nos determinen. Un almacén regulador si así lo prefiere —nos ilustró.

—Qué interesante —mintió el sargento que hacía funciones de becario de detective.

—¿Su hermano no viene por estas oficinas? —le lancé una pequeña pulla.

—Crípulo está en el consejo, nuestro padre lo quiso así, pero tenemos un acuerdo tácito: él se dedica a esos bichos con cuernos y yo dirijo la empresa. Él no me molesta a mí y yo no le molesto

a él. Nos va bien así. Llamaré a alguien para que les enseñe todo esto.

—Si ese alguien pudiera ser Marcial Ruipérez, el contable, mejor —le pedí.

—No le llame eso que le molesta. Veré si no está ocupado.

Minutos después estábamos bajando en el ascensor desde la primera planta, donde estaba el despacho del presidente, en dirección al resto de instalaciones de LoLeHuSA. El contable llevaba el mismo traje azul con el que le conocí y mi impresión sobre él no mejoraba ni un ápice con respecto a la anterior ocasión en que le vi. No pareció mostrarse muy contrariado por la petición que le habíamos hecho a su jefe de que fuera él quién hiciera de cicerone.

Para comenzar decidió mostrarnos el edificio del otro lado de la calle donde se guardaban los camiones. Había unos diez estacionados y al fondo se encontraba lo que parecía un taller. Sin ser una experta, me dio la impresión, por la limpieza del lugar y lo colocado que estaba todo, que el nivel de actividad no era muy alto.

—Tenemos doce camiones de gran tonelaje y luego ocho más pequeños. También tenemos una división para el mantenimiento de la flota. Todos los vehículos siguen un escrupuloso programa de mantenimiento preventivo y, además, tenemos una furgoneta móvil para atender averías en el caso de que se produzcan. Pocas empresas tienen internalizado el servicio de mantenimiento porque dicen que no es rentable. Yo les demuestro que sí —aclaró visiblemente orgulloso.

—¿Y fue rentable sacar fondos de la empresa para transferírselos a LESA, sus competidores? —saqué la artillería pesada. Por supuesto que visitar las instalaciones tenía un interés menor para mí que el pillar a solas a ese individuo y exprimirle como a un limón.

—¿De qué me habla?, no la entiendo —se evadió. Su tartamudez se acentuó lo que me indujo a pensar que le había puesto nervioso. Iba por buen camino.

—Me entiende perfectamente. No hubo acuerdo comercial para operar bajo la marca de la competencia con sus camiones a cambio de un precio y así eludir la mala imagen que había adquirido la empresa. El escándalo como consecuencia de lo de las mujeres nigerianas les hizo daño, no lo dudo, pero el acuerdo al que llegaron fue otro. Tengo pruebas y la declaración de una persona que sabe de lo que habla y que desmiente esa teoría. Su jefe, lo que pretendía era liquidar la empresa y sacar todo el jugo que quedaba antes de lanzarla a la quiebra. Y eso no sería posible hacerlo sin su colaboración, tácita o activa. Porque como usted no se cansa de decir, no es solo un contable, es el director financiero.

—Está usted loca, ¡está desvariando! —siguió negando su papel en el juego.

—Yaiza, creo que este tema lo mejor es que lo trates con Roberto, el presidente —terció con acierto Melitón en un claro intento de asustar a nuestro interlocutor.

—No, escuche, eso que dice no es cierto, pero no creo que sea buena idea irle con el cuento al hijo. Eso no me traería más que problemas.

—No creo que el nuevo presidente sea tan tonto como para no darse cuenta en cuanto ojee los libros contables —observé.

—Si yo le contase —dijo el contable. Supuse que se estaba refiriendo a que sí consideraba lo suficientemente tonto a su nuevo jefe.

Le miré con detenimiento, estaba sudando. Había que apretarle un poco más.

—Creo que se debería quitar la chaqueta del traje. Hace calor. ¿O son los nervios? No me extraña, motivos para la preocupación no le faltan.

—¿Qué es lo que quieren? —comenzó a allanarse.

—La verdad. Queremos la verdad. Así que empiece.

Se quitó la chaqueta azul y utilizó su último cartucho antes de la derrota final.

—No creo que tengan a nadie que pueda aportar pruebas de que la empresa se ha descapitalizado de forma deliberada. Entre otras cosas porque no es verdad.

Melitón quiso demostrar que en lides detectivescas tampoco se quedaba atrás y cogió al contable por la corbata, azul también como el traje, y tiró de ella para que el nudo se apretase en torno al cogote de su propietario. El de los números se llevó las manos al cuello sobresaltado, no se lo esperaba ni yo tampoco.

—Escuche mequetrefe. El acuerdo para sacar el dinero se hizo entre dos empresas, la otra parte también nos ha contratado para esclarecer lo que ha ocurrido. O sea que tenemos por clientes a los propietarios de las dos empresas. ¿Sigue pensando que no tenemos pruebas de que Leocadio y Eustaquio Villapalos suscribieron un acuerdo para sacar todo lo que se pudiera sacar de LoLeHuSA? Desembuche o le estrangulo aquí mismo.

Dos operarios con mono, que estaban con la cabeza hundida en el motor de una furgoneta, miraron alertados por los gritos del sargento y uno con una llave inglesa y el otro con un martillo comenzaron a acercarse con cara de pocos amigos. Afortunadamente un gesto con la mano que les hizo Marcial Ruipérez les disuadió de llegar hasta nosotros y continuaron con su trabajo. Este se ajustó de nuevo el nudo de la corbata e hizo un esfuerzo por recomponerse.

—Si tienen ya toda la información, ¿para qué me necesitan?

—Para corroborar que todo es así y para conocer los detalles, así que empiece a desembuchar como le ha dicho mi ayudante o probablemente le aplicará la misma ley que aplicó Charles Lynch —le apremié.

Por la expresión de su cara, supe que se había rendido. Le dejé algo de tiempo para que recobrase la compostura y le animé a seguir de manera cariñosa, eso sí, a mi manera.

—Creo que tiene el nudo flojo, ¿se lo aprietas otro poco? —le pedí a Melitón.

El contable levantó las manos en señal de tregua y comenzó a soltar la lengua.

—Una mañana Leo entró en mi despacho. Éramos amigos desde hacía años y creo que era su hombre de confianza. Más que su abogado por supuesto y más que su hijo mayor, del otro ya ni hablo.

—Y a pesar de eso usted no aparece como legatario. Quizá sea porque ya se ha llevado lo suyo con el chanchullo —metí de nuevo el dedo en la llaga.

—Escuchen, esto que les voy a contar no debería salir de aquí. Me puedo meter en un lío.

El sargento le agarró de nuevo de la corbata y le volvió a destrozar el nudo de un apretón. Mi chico se estaba desmelenando, no le reconocía.

Esta vez, en lugar de recomponer el estado de la corbata, optó por quitársela en previsión de nuevos conatos de violencia por parte del sargento.

—Acababa de suceder unas semanas antes lo del camionero. Me dijo que la empresa no tenía nada que ver con el suceso y que él no sabía nada de eso. Le creí por dos razones, una porque era mi amigo y otra porque por mi mano pasan todos los números de la empresa y nunca ha habido entrada de dinero irregular en las cuentas. ¡Eso se lo juro! Estaba muy afectado. Me dijo que las cosas irían a peor. Es cierto que habíamos perdido algún cliente y las grandes cadenas habían bajado el volumen de trabajo, pero yo pensaba que no se trataba de algo irremediable. Además, Leocadio en ningún momento llegó a estar imputado, o investigado como se dice ahora. El caso es que no llegué a convencerle de que levantaríamos el negocio de nuevo sin necesidad de nada más que nuestro esfuerzo como siempre habíamos hecho.

—¿Cuál es su activo en este momento? —pregunté.

—En balance poco más de cien millones de los cuales veinte son fondos propios, esto es,

dinero de los accionistas. El resto es pasivo, o sea, deudas. El año pasado facturamos más de cuarenta millones de los cuales más de diez fueron a resultados. No es mala rentabilidad ¿no cree?

—¿Y cuáles fueron los datos en el balance anterior? —pregunté.

—Cien millones de los que de pasivo solo había treinta —informó el financiero.

O sea que no había andado muy desacertado el hermano mayor cuando me había dicho que sospechaba que de la empresa habían salido más de cincuenta millones en los últimos meses. Habían pasado de unos fondos propios de setenta millones a unos de veinte. Y solo en menos de un año, no estaba nada mal.

—Siga —le apremié con la esperanza de que dejara los tecnicismos aparte y continuara desvelando lo que había ocurrido con ese dinero.

—Me hizo una propuesta que no me gustó, pero como comprenderá no tenía que gustarme. Él era el jefe y yo...

—El contable —hurgué en su herida.

—Director financiero, pero eso creo que ya poco importa. Dudo mucho que el hijo mayor de Leocadio me quiera con él. Lo que pactaron mi jefe y Eustaquio Villapalos, bueno y su socia y amante Leonora...

—¿Ha dicho usted amante? —apuntó el sargento.

Marcial asintió con la cabeza.

—El trato fue el siguiente. Se firmó un acuerdo por el que LESA se quedaba con los contratos que teníamos con grandes clientes, traspasados de forma ordenada, pero el servicio se seguiría prestando con nuestros camiones. Se habló con los clientes y más o menos estuvieron de acuerdo; con eso se “salvaba la cara”. Esto es, ellos no se verían perjudicados por tratar con una empresa que se había visto implicada con el negocio de trata de blancas y mantenían las mismas condiciones contractuales. A cambio, a LESA le pagaríamos un canon por cada uno de los servicios que hacíamos con nuestros recursos bajo el paraguas de su marca. Como comprenderán se trataba de una idiotez inconsistente. No por la idea, que podría habernos ayudado a pasar el trance ya que existía una cláusula de retorno de los contratos al cabo de seis meses. La clave de este despropósito estaba en que el canon que nos facturaban era desproporcionado, tal es el caso que en menos de cuatro meses se sacó de la empresa el equivalente a más de la mitad de los fondos propios en balance. Más de treinta millones en concepto de cánones. Más otros veinte que nos facturaron por servicios que no creo que se llegaran a prestar como por ejemplo uso de sus instalaciones. Mire alrededor y vea nuestras naves, ¿cómo es posible que nos cobrasen por usar sus medios si a nosotros nos sobran?

—Escuche Marcial, yo antes de ser detective trabajé como auditora y sé que las cuentas de una empresa del tamaño de esta tienen que depositarse en un registro junto con un informe de auditoría emitido por un auditor independiente. Lo que nos cuenta difícilmente pasaría la prueba —apunté.

—Pero eso sería al cierre de este año —dijo el contable.

—O sea que Leocadio ya sabía que la empresa no iba a pasar de este ejercicio. Su estrategia, fuera la fuese, no contemplaba la posibilidad de supervivencia del negocio más allá de este año —reflexionó el sargento.

—Eso parece detective. Coincido con usted que sería imposible un informe de auditor sin salvedades.

—¿Y ese dinero dónde está? —le requerí.

—No sé en qué lugar está, supongo que en la contabilidad de LESA podrán encontrar la respuesta.

—Pero su jefe estaba de acuerdo con lo que se hacía, ¿no es así? —preguntó Melitón.

—Fue el instigador del acuerdo. En contra de mi opinión, eso sí —se defendió el contable.

—¿Y cuánto se llevó usted por esa operación? —quiso saber Melitón.

—Nada, con mi sueldo me daba por bien pagado.

—¿Seguro? —le dijo el sargento con cara de pocos amigos. El contable instintivamente se llevó las manos al cuello a tiempo de darse cuenta de que ya no llevaba la corbata puesta. Suspiró aliviado.

—Solo una pequeña comisión que quizá explique el motivo de que no haya sido necesario mencionarme en el testamento —aclaró.

Me imaginé lo pequeña que debió ser esa comisión para que el hombre que tenía frente a mí justificase que, a él, siendo amigo de su jefe como nos había dicho, no le dejase otro diez por ciento como sí había hecho con el abogado.

—¿Y cómo le va a explicar eso al presidente en funciones? —pregunté.

—Le diré lo mismo que les he dicho a ustedes, solo que me esforzaré un poco más en justificar que lo que se hizo se consideró que era una buena decisión. Pero creo que tengo los días contados en esta empresa.

—Pues nada, a disfrutar de esa pequeña comisión que se ha llevado y que, espero, sea suficiente hasta que encuentre un nuevo trabajo —ironizó el sargento.

El aludido bajó la vista y prefirió no atender la observación.

—¿Y dice usted que el abogado Rodolfo Almendro no estaba al corriente de este acuerdo? —seguí interrogando.

—No lo creo. ¿Seguimos con la visita? —solicitó Marcial evidenciando que no quería seguir manteniendo esa conversación.

Continuamos viendo las instalaciones y comenzamos por el almacén para la mercancía y luego las zonas de carga y descarga. Se me antojó una nave de tamaño desproporcionado que debía haber conocido tiempos mejores a juzgar por el dimensionamiento. En una pequeña oficina, toda ella delimitada por cristales, había tres hombres y mis ojos no pudieron apartar la vista de lo que veía. Mi sorpresa fue tan mayúscula que a Melitón no le pasó desapercibida. Pero él aún no sabía el motivo.

—¿Quiénes son los que están en esa oficina? —le pregunté al contable.

—El encargado de la flota de camiones y los otros dos, los de color, son los responsables del almacén. El primero es Erik, de origen ruso y es ingeniero de organización. Los otros dos no sé lo que son, pero mueven bien la mercancía. Creo que son de Senegal.

—¿Me quiere decir que Leocadio coloca el almacén en manos de dos senegaleses? —observó Melitón.

—No creo que vivamos una época en la que estén justificados ese tipo de comentarios detective —dijo el contable mirando al sargento—, ambos empezaron a conducir camiones con nosotros y poco a poco demostraron con creces su capacidad organizativa. Estamos contentos con ellos a pesar de ser senegaleses como usted dice.

Melitón bajó la vista asumiendo que había cometido un error considerable por la forma en la que había formulado su observación. Yo, que le conocía, sabía que no había habido mala intención en su comentario.

El hombre rubio salió de la oficina al vernos a través de los cristales y me miró sonriente. Medía casi dos metros.

—Hola Marcial, ¿necesitas algo? —dijo con marcado acento del este.

Yo permanecía inerte y sin saber cómo reaccionar.

—Son detectives, investigan la muerte del jefe. Estamos de paso, gracias Erik.

—¡No tan deprisa! —escupí antes de que el ruso se diera la vuelta.

El sargento y el contable me miraron extrañados. El otro no.

—Creo que este señor y yo nos conocemos —me decidí—, tuvo la deferencia de dejarme un obsequio la otra mañana. Me llegó por correo aéreo. No tuve tiempo de agradecerse, espero tener ocasión de hacerlo en algún momento.

Melitón comprendió que estaba frente al sujeto que había tirado el ladrillo contra mi ventana. Como no sabía cuál iba a ser su reacción le puse la mano en el brazo para tranquilizarle.

—No fue nada, un detalle sin importancia. Si llega el caso ya habrá más —ironizó el rubio.

Me estaba repateando su aire de suficiencia. Ese tío se sentía impune.

El contable nos miraba sin entender nada, o eso quise yo pensar, que era ajeno al regalito que había recibido de manos de ese mastodonte ruso.

—Siempre es una satisfacción ser objeto de la atención de un caballero, así que no dude que le daré motivos para que me envíe más regalos —le seguí el juego.

—Entonces creo que tendré que hacer acopio de recursos para hacerle llegar todas las atenciones que se merece.

—No se esfuerce, quizá nos adelantemos y sea yo la que le haga uno a usted. En cualquier caso, me gustaría tener una cita a solas, quizá nos entendamos —decidí no callarme la boca y sacar mi lado más chulesco.

—¿No le parezco mucho hombre para usted?

Volví a sujetar el brazo de Melitón que amenazaba con entrar en la conversación y a buen seguro que no lo haría de forma pacífica.

—Su cuerpo así lo indica, lamentablemente el resto creo que no —continué provocando.

—Solo hay una forma de saberlo señorita. Eso sí, preferiría un encuentro íntimo, sin su perrito guardián. Ya sabe que a los rusos no nos gustan mucho los maderos.

—¿Maderos? —preguntó sorprendido el contable.

Pensé: ¡Qué cabrón! Cómo se habrá enterado.

Observé que los dos senegaleses estaban en la puerta de la oficina escuchando todo lo que decíamos, pero sin ganas de meterse en la conversación.

Nos alejamos dejando la batalla dialéctica entre el ruso y yo en tablas, y subimos para ver de nuevo a Roberto. Su secretario nos dijo que había salido ya de la reunión así que entramos sin llamar a la puerta.

—¿Cómo se apellida esa mole de ciento veinte kilos de ruso que tiene abajo? —preguntó Melitón.

—¿Se refieren al capataz?, Erik Ivanov. Es muy bueno. Todos le dicen el capataz, pero realmente es el jefe de todo ahí abajo.

—¿Bueno en qué? —pedí aclaración.

—Pues no sé. A mí no me hace llegar ningún problema operativo, o sea que debe ser eficiente.

No me sirvió de mucho su explicación, llevaba poco ejerciendo el cargo y es probable que de los trapicheos que sus subalternos pudieran estar haciendo no supiera nada. Melitón salió del despacho con el teléfono en la mano.

—¿Y los senegaleses? —pregunté puesto que Roberto no había captado el sentido de mi pregunta.

—Solomon es el encargado del almacén y Toto su ayudante. Llevan varios años con nosotros,

son eficientes y son buena gente. Además, están muy comprometidos con la ayuda a los emigrantes subsaharianos, trabajan en una ONG que se dedica a dar apoyo a los hombres y mujeres que entran de manera ilegal. Es una pequeña asociación, de ámbito local, que sobre todo trabaja con las personas que ingresan en el Centro de Internamiento para Extranjeros que está en Aluche, en Madrid. Refugiados de Madrid se llama. Al frente de ella hay un hombre, Kumé, que viene mucho por aquí ya que mi padre le tenía asignado una cuota mensual. Supongo que mitad por filantropía y mitad por cuestiones fiscales y de imagen de empresa. Ya saben. Mi padre era una persona muy comprometida con los derechos de las personas, sobre todo de los más desfavorecidos. Por eso cuando pasó lo de las chicas nigerianas, se vio tan afectado. Era un buen hombre. Y yo pretendo mantener esa prebenda con la asociación.

—Un buen hombre que nunca le dejó coger las riendas de la empresa —disparé.

—¿Qué insinúa? —se mostró agraviado con la pregunta.

Afortunadamente entró el sargento y me evitó la contestación.

—¿Sabe que su encargado, el ruso, tiene antecedentes por tráfico de drogas? Pero lo grave es que con los delitos que acumula no ha llegado ni a pisar la cárcel ¿sabe por qué? Porque cuenta con la asistencia de uno de los abogados más caros de Madrid y probablemente alguna otra influencia que aún desconozco. Por cierto, su abogado es el mismo que ha defendido a buena parte de la carroña que mueve la prostitución por aquí.

Roberto se quedó mudo.

—¿Tanto le paga a su capataz señor Huidobro como para que pueda tener a un abogado prestigioso contratado? —dejé la pregunta en el aire y nos largamos.

De vuelta, ya en el coche, le pregunté a Melitón por su opinión.

—No sé qué pensar. Marcial nos ha revelado algo muy importante: Leocadio pretendía sacar todo el dinero de la empresa, ¿por qué? Para ceder a un chantaje o para llevárselo él directamente, no se me ocurre otra idea. ¿Y por qué le mataron si estaba cediendo al chantaje?

—Quizá se suicidase cansado de ceder ante quién le chantajeaba. Es probable que se diera cuenta de que eso no tenía fin y se rindió —apunté poco convencida de mi teoría.

—¿Vacía primero la empresa y luego se suicida? No me lo trago. De lo que no debemos tener dudas es de que la decisión de saquear la empresa vino de él, no sé si para llevarse el dinero a otro lugar o para pagar a un chantajista.

Pareció reflexionar un rato y apostilló:

—Las decisiones que tomó Leocadio Huidobro apestan.

—Pero Melitón, si el dinero era suyo. La empresa estaba a su nombre y era el único dueño. Solo tenía que haber vendido el negocio y obtener el dinero que necesitara para él o para pagar a quién fuese que le extorsionaba —aclaré a Melitón tratando de convencerle de lo absurdo de su teoría.

—Y lo del ruso no lo entiendo. Algo raro se cuece allí y en algo anda metido ese hombre para haberse tomado tantas molestias contigo. Voy a pedirle a Luis que te asignen vigilancia continuada en tu domicilio por las noches. Esa mala bestia va a ir a por ti, no lo dudes. No acabo de ver claro como tenía el padre de tu cliente contratado a un tipo de esa calaña como responsable del negocio. Me da la impresión de que el dueño de esto estaba pringado hasta las cejas.

—Parece que congenia bien con los dos senegaleses. Tenemos que investigarles a ellos y a la ONG con la que Leocadio colaboraba. Yo también creo que el empresario estaba metido en el asunto de la trata de blancas hasta el cuello y que utilizaba a la empresa como plataforma para sus tejemanejes. Por eso quizá nunca dejó a sus hijos meter las narices en la gestión del negocio.

Tengo que camelarme al abogado. Ese tiene que saber más de lo que parece —reflexioné.

—¿Camelarte al abogado?

—Es solo una expresión hombretón —apacigüé su repentino ataque de celos.

—Oye, una pregunta, ¿quién es ese Charles Lynch que has mencionado cuando tiraba de la corbata al contable?

—Lo leí en una novela de Estefanía —reí—. Yo era muy aficionada a las novelas del oeste cuando era niña. En ellas se menciona con frecuencia a la ley de Lynch cuando se va a ahorcar a alguien. No estoy muy segura, creo que fue un militar americano que durante la Guerra de la Independencia pasó por la horca a unos cuantos simpatizantes de los ingleses.

Melitón acudió a la jefatura y yo entré en mi casa. Rebusqué en todos los rincones del frigorífico y lo único apetecible que encontré fueron unas lonchas de mortadela que me despaché sin pan, ya que no tenía, y con una cerveza tostada de marca blanca de un supermercado cuyo nombre no diré. En poco me parecía a Javier Holmes en ese aspecto, él es un tragón incorregible y con un apetito insaciable que hace que sus pupilas se posen en cualquier establecimiento en el que haya un rótulo que ponga bar o tasca. ¡Y yo sin ser capaz de tener mi nevera abastecida!

Me cambié de ropa y opté por un atuendo mucho más atrevido ya que la persona a la que iba a ver, o mucho me equivocaba, o era de esos que no hacen ascos a unas buenas piernas como las mías, modestia aparte. Por eso había que enseñárselas.

LESA era una empresa similar a LoLeHuSA, de menor tamaño, pero con su nave industrial y su oficina comercial separadas. La primera en un polígono de Leganés y la otra en la calle Convenio, a pie de la estación de tráfico de mercancías de Abroñigal, al sur de la capital. A unos cien metros sobre un haz de vías se cargaban y descargaban vagones de tren con unos impresionantes puentes-grúa de color amarillo. Cientos de contenedores se apilaban a los lados de las vías.

No me había equivocado al prejuzgar al sujeto al que había ido a ver. Cincuenta años largos, alto y musculado, supongo que a base de horas de pádel y gimnasio, pelo engominado y echado hacia atrás, traje de sport y con una sonrisa de esas que un hombre solo pone cuando está frente a una mujer a la que pretende llevarse a la cama. Vamos, cómo sacado de un manual.

Le dejé que me diera dos besos y que se recreara en la operación de reconocimiento de mi cuerpo. Para eso me había puesto una minifalda elegida con esmero.

Consideré que no eran necesarios los prolegómenos ya que su socia le habría hablado de mí, así que entré a saco:

—No le voy a preguntar por el acuerdo que tenía con Leocadio porque ya me han dado sobrada información sobre él, pero sí quiero saber su impresión sobre el motivo que le pudo inducir a su principal competidor en el sector a llegar a ese acuerdo al que llegaron para vaciar la empresa de dinero. Porque, según tengo entendido, hasta la firma de ese acuerdo ustedes eran simplemente rivales, y ya se sabe que en la guerra y en los negocios...

—Es en el amor. En la guerra y en el amor todo vale —me rectificó.

—Ya, bueno, es que yo en eso del amor ando un poco pez —confesé.

—Eso convendría solucionarlo. ¿Nos tuteamos? —dijo con voz meliflua, supongo que distinta a la que solía utilizar cuando cerraba contratos con proveedores—. Sinceramente no sé qué perseguía, sé que incluso llegó a pedir créditos a largo plazo para atender las facturas que yo le giraba.

—¿Y ese dinero dónde está? —quise saber.

—El quince por cierto en mi cuenta, el resto en una empresa de Andorra que realiza servicios de asesoramiento. Ya ve que soy claro y no pretendo ocultar nada. Pero no se moleste, ya no existe

ni la cuenta ni el dinero. Lo he intentado, pero no hay rastro.

Pues sí que había sido franco.

—¿Lo sabe la policía?

—Lo saben el policía retirado al que he contratado y lo sabes tú a la que también he contratado. Quiero saber qué es lo que ha pasado, pero no quiero que la policía meta sus narices en este asunto. No me gusta la pasma.

Se me ocurrían un montón de motivos para que a ese empresario no le gustase la pasma, como así los había denominado, y ninguno era bueno.

—¿Crees que estaba planeando huir con el dinero? ¿Sabes si se sentía amenazado? —pregunté.

—Es posible que estuviera metido en algo sucio y hubiera gente que se la tenía jurada y estuviera planeando la huida, puede que no le diese tiempo a irse y se lo cargasen. Es también probable que alguien de su entorno personal, su hijo por ejemplo, se enterase de la jugada y decidiese cargárselo antes de que vaciase la empresa. No lo sé, si lo supiera no te hubiéramos contratado.

—¿Y por qué adoptar a un joven de color, del mismo país que las muchachas que encontró la guardia civil y reconocer a su hija como tal después de tanto tiempo?

—Eso he oído. Es posible que antes de irse quisiera dejar su conciencia limpia y los asuntos que le escocían arreglados. No lo sé, insisto que para eso estás tú, para que lo averigües. Leonora me ha dicho que tienes agallas y que tumbaste tú solita a nuestro detective.

—Digamos que no me gusta que me toquen las pelotas —le avisé por si pretendía él tocármelas en algún momento. No parecía estar enterado del episodio en mi casa que se saldó con el expolicía en el suelo con sus partes doloridas y a su escolta también en el suelo con un culatazo propinado por mi sargento. Mejor así.

—¿Crees que esa cuenta a la que enviabas el dinero de una empresa de Andorra pueda estar vinculada con las mafias que se ocupan de la trata de blancas? —seguí interrogándole.

—Puede que sí, o puede que fuera una cuenta a nombre del propio Leocadio para su beneficio, le cazaron y se lo cargaron.

—Si es así, ¿dónde está el dinero? Porque si la cuenta ya no existe es que alguien se ha llevado la pasta —reflexioné.

—Búscalo guapa, ese es tu trabajo. Me cuentas donde está el dinero, lo que le pasó a Leocadio, que no quiero que nadie me culpe a mí, y tú cobras cien mil euros.

Ese tipo me empezaba a dar arcadas con tanto calificativo cariñoso. Me estaba mordiendo la lengua y no estaba segura de cuánto tiempo más podría seguir sin decirle que me parecía un payaso misógino.

La puerta se abrió y entró la socia de Eustaquio. Se puso a su lado y colocó la mano en su hombro de forma tierna. Me miró y sonrió.

—¿Molesto cariño? —dijo al que era su socio y, si no me habían mentido, amante.

—Se me está ocurriendo una cosa —aproveché que tenía a los dos ante mí—. Pensemos que Leocadio desvía el dinero a una cuenta que él conoce, a nombre de una empresa ficticia en Andorra y que ustedes también conocen puesto que le envían allí el dinero contra unas facturas, digamos, generadas de manera artificial. Y un día deciden que ese dinero estaría mejor en sus manos. Aún no sé cómo, pero se hacen con él y Leocadio muere porque estorba. ¿Qué les parece?

—Te dije que parecía divertida —observó Leonora dirigiéndose a Eustaquio.

—Sí, un puntito de gracia tiene. Pero no parece que tenga la cabeza muy bien amueblada para ser detective. A lo mejor te has equivocado con la elección cariño —apuntó este.

—Yo creo que le debemos dar otra oportunidad.

Me estaban poniendo nerviosa y no iba a tardar en estallar. Si no lo hice en ese momento es porque tenía cien mil razones para no hacerlo, no por otra cosa.

La mujer puso ambas manos sobre el cuello del hombre y comenzó a masajearle los hombros a la vez que le daba besitos en el cuello. No daba crédito, se estaban poniendo melosos a pesar de estar yo delante.

—Se me ha ocurrido una idea, nos vamos los tres a casa, nos tomamos unas copas y debatimos sobre esto. Podríamos pasarlo bien y, quién sabe, lo mismo esclarecemos la verdad —sugirió Leonora poniendo voz de gata en celo.

—¡Y una mierda me voy a ir yo con vosotros! Me habéis contratado y voy a llegar al final cueste lo que cueste, pero no me fío ni un pelo. Y ahora, si me disculpáis —les espeté a la vez que me levantaba.

—Creo que nos has malinterpretado cielo —salió al paso el galán de pacotilla.

—Me queréis llevar a vuestra cama, no lo he malinterpretado. Y creedme, no os gustaría saber cómo les trato a mis amantes, así que mejor dejadlo porque podríais salir malparados. Tendréis noticias mías y preparad el cheque por los noventa mil restantes porque este caso lo resuelvo, ¡por mis ovarios que lo resuelvo!

Cuando salía escuché a la mujer decir:

—Detective, nosotros ganábamos mucho con Leocadio vivo, aún faltaba mucho dinero por sacar de las cuentas de su negocio, había hecho uso de una línea de crédito que tenía autorizada en los tiempos en que la empresa iba mejor y contra ese crédito se iban pagando las facturas que le girábamos. Y aún quedaba mucho por vaciar de la saca, de hecho, estaba gestionando una hipoteca sobre la nave. No ganábamos nada con su muerte, créanos. Somos los más perjudicados.

Volví la cabeza y vi como la mujer deslizaba la mano por dentro de la camisa de su socio y salí de allí lo más rápido que pude escuchando el eco del sonido de mis tacones mezclado con los jadeos del tal Eustaquio Villapalos.

Capítulo 10 – febrero de 2018. Estado de Jigawa (Nigeria) a orillas del río Komadugu Yobe.

Hauwa Samuel había aprendido a vivir sola. Después de que sus dos hermanos hubieran sido secuestrados, hacía ya de eso unos meses, seguía viviendo en la misma granja donde había vivido desde que nació, cuidando de las mismas cabras y gallinas y labrando una tierra seca que desde que era atendida por ella apenas le había dado un puñado de pimientos. Nada había vuelto a ser igual desde entonces y, en el silencio de la noche, lloraba todos los días la ausencia de su madre y de su hermana principalmente, aunque no había olvidado a Henry.

La granja constaba de una casa de madera en forma de ele a pie de un montículo que sobresalía de la tierra como si el interior de esta lo hubiera expulsado de forma abrupta por discoloro. Una cerca de madera en la parte trasera de la casa servía para que las cabras no se escapasen. Por la noche eran encerradas por su propio bien en un artesano cobertizo dentro de la cerca. Es verdad que a las fieras poco esfuerzo les supondría saltar la precaria valla y hacerse con sus presas, pero lo cierto es que surtía efecto y eran pocas las ocasiones en que uno de los animales faltaba durante el cotidiano conteo de por la mañana.

Era la estación seca y en esa zona eran muy frecuentes los vientos secos, con lo que en esos días resultaba probable alcanzar los cuarenta grados a la sombra.

Había otras dos granjas en las inmediaciones, pero estaban abandonadas, por lo que la presencia humana más cercana estaba en el pueblo. Antes de que sucediese lo de los hombres que se llevaron a Doris, en esas granjas también había vida, como en la de Hauwa. Pero sus habitantes fueron despedazados y si alguno no lo fue, huyó. El pueblo estaba a menos de cinco kilómetros andando y de camino a este se encontraba la iglesia. La lengua hablada en esa área era el yoruba, aunque la etnia yoruba fuera más predominante en el sur. De esa agrupación por motivos religiosos había nacido la aldea en la cual todos eran cristianos. Porque no se trataba de un pueblo como tal, sino de una agrupación de unas cincuenta viviendas todas ellas similares a la de Hauwa. Cuando necesitaban acudir al servicio médico o comprar algo diferente a las verduras o carne, como ropa, por ejemplo, había que caminar media mañana hasta llegar a Baiomari, a más de quince kilómetros. Afortunadamente todos los días había un mercado detrás de la iglesia en el que se podía adquirir lo básico para subsistir. Hauwa acudía todas las mañanas, aprovechando el viaje necesario para ir a la escuela, con una botella de leche, a veces llena y a veces no y un capazo con huevos que intercambiaba por fruta y verduras. Cuando necesitaba ropa o algo necesario para la casa, debía ir a Baiomari y siempre con un dinero que no tenía y que recibía prestado de familias que la ayudaban. Un dinero que nunca podía devolver.

Las clases las recibía en la iglesia, la misma iglesia de estructura básica donde fue asesinado el anterior cura de origen español. Bueno, la misma no, se levantó exactamente igual sobre las cenizas de la anterior. Ahora había otro sacerdote, era francés y Hauwa había hecho amistad con él a pesar de que apenas llevaba allí un par de meses. No le faltaría nada para los sesenta años y era bonachón con una panza enorme que no paraba de tocarse mientras daba clase o durante el oficio religioso semanal. Probablemente se trataba de uno de esos curas con vocación para los que hubo un momento en su vida en el que tuvo que elegir y optó, no por estar cerca de la curia, sino por estar cerca de los que lo necesitaban.

El pueblo fue tomado por el ejército después de que hombres pertenecientes al grupo extremista Boko Haram reivindicasen el secuestro de las menores y el asesinato de una decena

de hombres y mujeres, entre ellas tres niñas, unos meses antes. Esas fueron las cifras oficiales, las que el gobierno publicó y de las que se hizo eco la prensa extranjera. Pero muchos de los vecinos que presenciaron la carnicería, aquellos que se libraron de ella, juraron que los muertos ascendieron a cincuenta. Vinieron periodistas de todas las partes del mundo, vinieron médicos de organizaciones humanitarias y durante una temporada se prestó dedicación al pueblo y a los pocos habitantes que aún no habían decidido irse de esas inhóspitas e inseguras tierras. Pero pasados unos meses las cámaras de televisión se habían ido y con ellas los periodistas y las asociaciones de organización humanitaria. Y Hauwa estaba sola con sus cabras y con sus gallinas.

Y con el cura. Se llamaba Pierre y era un hombre afable con clara vocación para la enseñanza. Había conseguido reunir a una docena de niños de todo el pueblo y, en ausencia de profesor, compaginaba sus quehaceres como pastor de almas con la noble tarea de la enseñanza de los pequeños. También tenía un huerto cuyos frutos no dudaba en compartir con todos los que a él acudían cuando lo necesitaban. Hauwa era la mayor, el resto de las jóvenes de su edad fueron secuestradas en marzo del año anterior, entre las que se encontraba su hermana, y nadie había vuelto a oír hablar de ellas.

Y el resto de los jóvenes de su edad también fueron secuestrados en marzo, entre los que se encontraba su hermano. Henry, pasadas unas semanas desde que se lo llevaran, acudió una noche a la habitación de su hermana, en completo silencio y solo. El susto que le dio fue mayúsculo. Contó que había renunciado a la fe cristiana y convivía con más hombres en unos barracones en mitad de la sabana. Estaba aprendiendo a disparar y le habían dicho que le necesitaban para conquistar lo que habían perdido. Tampoco supo su hermano decirle nada más porque poco más entendía a pesar de las innumerables charlas que había recibido. Solo sabía que seguía vivo y que por ello tenía que dar gracias a Dios, aunque estaba confundido sobre a qué dios era al que tenía que agradecerse. Prometió a Hauwa que un día regresaría a por ella y se marcharían a Europa donde no había hambre y todos eran ricos nadando en la abundancia. Había oído, le dijo Henry, que había países donde en las tiendas había más comida de la que las personas podían comprar. ¡Será mentira!, eso no tiene sentido, le dijo su hermana.

Y tal y como llegó su hermano, de manera furtiva durante la noche, se fue sin volver a saber de él.

Ese día el cura había mostrado especial interés por ella a la salida de clase. La jornada lectiva duraba tres horas todos los días y aglutinaba niños de entre seis y doce años. Hauwa tenía quince y era la mayor de la clase. Quizá por ello Pierre le dedicaba todo el tiempo que podía, tanto para enseñarla lo que él sabía cómo para trasmitirle entusiasmo y esperanza. Y fe, claro está.

Gracias a él Hauwa había comenzado a soñar, algo que no hacía desde que su hermana se fue de su lado. Soñaba con ser médico y curar a los enfermos de Sida para que no muriesen como murió su madre. Aunque también soñaba con estudiar magisterio en París y volver al pueblo para enseñar a los niños de la zona. Pierre ya estaba mayor y no tardando se necesitaría un relevo.

La semana anterior habían partido hacia Francia dos monjas, también francesas, que habían venido con el cura para ayudarlo a instalarse y reconstruir la parroquia. Pero a pesar de que Pierre envió una carta para que las mantuviesen allí, no fue posible y se tuvieron que ir. Parece ser, según le dijeron, que eran más necesarias en un convento en un pueblo a las afueras

de París dedicado al culto de la oración y a la reconciliación con Dios. Hauwa había entablado amistad con las más joven de las dos, Elaine, que incluso le habló de la posibilidad de iniciarse como novicia en Francia. Pero Hauwa no se veía con el hábito y dedicando la vida a un Señor que había permitido que su madre muriese y a su hermana la hubieran secuestrado. Consideraba que un dios de verdad nunca hubiera abandonado a su suerte a su rebaño.

Otra de los motivos por los que ni tan siquiera se cuestionó la posibilidad de irse a París, fue Paul, un chico que tenía un año más que ella y con el que se había encontrado ya en dos ocasiones. Le había dicho que vivía escondido para que no le reclutasen para el ejército o le encontrasen los guerrilleros. Era fuerte, guapo y muy simpático. Se había dejado ver dos veces por la granja, pero se mostraba temeroso de que alguien viniera a por él. Por eso esa tarde, cuando cayera el sol, había quedado con él en el camino que llevaba al río bajo un árbol centenario. Este daba sombra a los pastores que llevaban el ganado a beber por la mañana y a multitud de animales durante la tarde. Pero a esas horas, durante la noche, el árbol sería para ellos dos. Hauwa estaba dispuesta a entregarle aquello que había preservado desde que se sintió mujer y que aún conservaba. Dos encuentros habían sido suficientes para que su corazón latiese de forma más acelerada cuando pensaba en el cuerpo de Paul. Él despertaba algo en su interior que hasta ahora había sido desconocido para ella y le gustaba.

Le había hablado de sus sueños, de ser médico o profesora y él le había contado los suyos, quería ser marino y dejar la sabana para adentrarse en la inmensidad del océano y conocer otros mundos diferentes. Quería subirse en un carguero y conocer grandes ciudades y personas diferentes.

Hacia dos días de su último encuentro y Hauwa todavía podía sentir en sus labios el beso que Paul le había estampado cuando se despedían. Después del beso, se citaron en el árbol del río, como así le llamaban en el pueblo. Se tocó sus labios y soñó de nuevo. ¡Qué bonito es soñar! Pensó.

Cuando salió de clase decidió dar una vuelta por el pueblo. No tenía nada que hacer allí pero tampoco lo tenía que hacer en casa. A los animales ya los había dado de comer por la mañana y a los pimientos les daba lo mismo lo que les hiciese, nunca crecían. Así que acompañó a Jeremías, un tullido al que le faltaba una pierna y para caminar se debía ayudar de unas artesanías muletas de madera forradas con piel de oveja. Era de los pocos que a pesar de haber sentido en su carne el acero de los machetes del grupo terrorista, aún podía vivir para contarlo. A Hauwa le caía bien. Ese día Jeremías apenas había vendido la mitad de su mercancía, sobre todo verdura, así que ofreció a Hauwa obsequiarla con una berenjena si le ayudaba llevando la caja hasta su casa, en el pueblo. Durante el camino ella se atrevió a hablarle de Paul. El hombre, a pesar de sus cincuenta años vividos íntegramente en ese lugar, no le conocía. Por más señas que Hauwa le dio, Jeremías no consiguió ubicar de qué familia provenía el chaval, algo que, aunque le pareció extraño, no le dio mayor importancia.

A Jeremías también se le habían llevado una hija en marzo del año anterior y aún conservaba su ropa guardada pensando que un día regresaría junto a él. Aun así, le ofreció a Hauwa que, junto a la berenjena más grande de la caja, cogiese el guelé, que es como llaman en yoruba al paño africano que sirve de tocado para el pelo a las mujeres. Se lo había comprado para su hija unos días antes de que se la llevasen. Cuando Hauwa vio la tela, blanca con flores rojas y verdes, se imaginó con él recogiendo el pelo para la cita con Paul y volvió a soñar.

Capítulo 11 – agosto de 2018

¿Por qué el maldito teléfono siempre acostumbra a sonar cuando una está dormida con el sueño más profundo? Nunca suelo recordar los sueños que he vivido, o soñado, durante la noche. Mi memoria no da para tanto salvo que este sea interrumpido en su momento más intenso. Hacía escasos segundos, antes de que el maldito teléfono sonase, mientras abrazaba a Morfeo, me encontraba en una sala oscura sentada en un trono de madera dorada y tapizado con terciopelo rojo. Este se elevaba del suelo unos centímetros ya que estaba situado sobre un pedestal y me permitía ver a toda una pléyade de varones doblegados ante mí mostrando sumisión. Todos eran guapos, musculosos, jóvenes y dóciles. ¡Ah! Y además estaban depilados. Lucían un collar de cuero negro a juego con la única prenda que llevaban puesta y que dejó a la imaginación de quién me escuche o lea. Gateaban a mi alrededor observándome, mejor dicho, admirándome. Cuando alguno osaba acercarse a mis botas yo, inmisericorde, le estampaba una patada donde pillase para que sirviera de castigo ejemplar para él y para el resto. No estaba allí para ser amada sino para ser adorada. Ellos lo sabían y exhibían su sumisión como pavos reales con el plumaje de su cola. Sabían que yo, al final de la jornada elegiría al macho, o los machos, que esa noche me colmarían de placer cual abeja reina rodeada de zánganos.

Pero mientras llegaba ese momento disfrutaba viendo cómo se esforzaban por agradarme. Correteaban a mi alrededor como perrillos deseando entretener a su ama y yo, mientras, me deleitaba con sus cuerpos esculpidos por un maestro artesano de la antigua Grecia.

Puñetero teléfono, estaba a punto de elegir a los machos que tendrían la dicha de darme placer y entre ellos había uno que se llamaba Melitón. Pero no pude comunicárselo, el feliz sueño había llegado a su fin.

Seguro que algún freudiano no dudaría en diagnosticarme un complejo de los grandes si le contase mis sueños. Y no digo nada si, además, le contase las fantasías que tengo cuando no estoy en los brazos de Morfeo, que a veces son peores que cuando duermo. Así que mejor me los guardaré para mí misma y continuaré con el caso que me ocupa.

Desde la cama, sin incorporarme, miré el reloj y comprobé que faltaban cinco minutos para las siete de la mañana. Contemplé la pantalla del teléfono móvil y no reconocí el número de teléfono que figuraba en ella, el cual tenía dígitos para dar y tomar. Pulsé la tecla de color verde y me dispuse a soltar la retahíla de improperios que en ese momento estaban deseando salir por mi boca. Quién llamase a buen seguro que era ajeno al daño que me había causado cargándose mi fantasía onírica y tendría que pagar por ello.

Pero no pude, era Javier Holmes desde Phuket, en Tailandia.

—¿Cómo está la detective de moda?

—Dormida, ¿sabes qué coño hora es?

—Allí no sé, no he echado cuentas. Ya sabes eso del desfase horario.

—Pues es pronto, condenadamente pronto. Así que vuelve con Marisol, le das unos cariñitos y me dejas que siga durmiendo, que he dejado un asunto a medio hacer.

—¿A medio hacer? Vale, no pregunto. ¿Sabes ya como murió el padre de nuestro cliente?

—Tengo media docena de sospechosos, incluso él mismo.

—¿Suicidio? —preguntó Holmes sorprendido.

—No lo descarto —confesé—. Aunque no estoy segura de nada.

—Diez contra uno a que no. No se suicidó —se atrevió Holmes.

—No, ¡qué va! No apuesto, pero... ¿y tú que leches sabrás si estás a un montón de kilómetros de aquí? Oye, ¿cómo te las apañas con los desayunos?, tu costumbre de tomarte tres churros al día irá de culo.

Le escuché reír a través del auricular.

—Aquí, para el desayuno, en la leche se untan los tallarines.

—Javier, cuéntame de qué conocías al hijo mayor de Leocadio —corté las bromas de cortesía.

—A él muy poco, conocía a su esposa y a su cuñada. Las dos son idénticas y disfrutaban pareciéndolo.

—Me lo vas a decir a mí —me quejé.

—Me contrataron para que encontrase pruebas de la infidelidad de los dos hermanos. En aquel momento no supe por qué lo hacían; eran mujeres con mucho dinero, separación de bienes y sin ninguna dependencia de sus esposos. Si tenían dudas se podían largar sin más. Además, confieso que creo que no estaban enamoradas de ellos, más bien los utilizaban como pasatiempo. Cuando me interesé por el motivo del encargo, me contestaron que no querían que las hicieran lo que hizo el padre de ellos, que mantuvo un idilio con una mujer con la que llegó a tener una hija.

—¡Para!, o sea que ellas sabían de la existencia de Belén y en cambio ni Roberto ni su hermano conocían este hecho, o por lo menos han fingido no conocerlo —apunté sorprendida por la noticia.

—Así es. Martina y Dorotea recuerdo que se llamaban, bastante peculiares. Y libertinas. El caso es que querían investigar si sus esposos les eran infieles, pero ellas no dudaban en exhibir su propia infidelidad para lo cual me facilitaron todo lujo de detalles que, por cierto, no me interesaban. En fin, la mente humana es indescifrable.

—¿Estás seguro de que sabían de la existencia de la hija de Leocadio? —insistí. Me parecía importante.

—Sí, pesada. Te voy a colgar que esta llamada va a ser carísima.

—Pues no haber llamado. Da un beso o lo que se te antoje a Marisol.

—Otro para el sargento. Te dejo para que acabes eso que has dicho haber dejado a medias.

¡Tarde!, pensé.

—Espera, solo por curiosidad, ¿les eran infieles?

—¿No sabes aquello del secreto profesional? —y colgó entre risas.

Me levanté, total ya no iba a dormir más, y cogí la libreta donde tenía mis notas sobre el caso. Había aprendido a mantener un directorio de todas las personas que se relacionaban con los casos que investigaba. Así que no me costó acceder al teléfono de Martina, la esposa del hijo mayor.

—¿La he despertado? Soy Yaiza la detective.

—No, estoy desayunando, tengo clases de tenis con mi hermana dentro de una hora. No veas, tenemos un profesor que es la bomba.

—¿Juega bien al tenis? —me interesé.

—Pues si te digo la verdad, aún no lo sabemos. Pero es la bomba.

No lo dudaba. Por lo visto seguían con la costumbre de mostrar descaradamente sus infidelidades. O por lo menos sus deseos de infidelidad que no tenía por qué ser lo mismo.

—No la entretendré, me ha dicho el detective al que contrataron su hermana y usted, que ya conocían la existencia de la hija de Leocadio ¿es eso cierto?

—Claro, ya lo sabíamos. Por eso le contratamos a él, para que nos asegurase que ni Roberto ni Cris nos hacían eso a nosotras.

—Quiero la verdad: Roberto, su marido, ¿conocía esa noticia? —insistí.

—Roberto no es mi marido. Soy Doro.

Miré la pantalla de mi móvil. No me había equivocado.

—Creí que este era el teléfono de la casa de Martina.

—Y lo es, pero cambiamos los papeles cuando nos apetece. La vida es muy aburrida si no se juega. ¿Tú no juegas Yaiza? —me preguntó Dorotea. Preferí no asustarla, así que la dejé seguir—. Pero respondiendo a la pregunta, ni Cris ni Roberto sabían nada. Nosotras no se lo dijimos. No era de nuestra incumbencia. Además, hija, hay cosas en la vida que es mejor guardarse para mejor ocasión.

Apagué el teléfono, era hora de desayunar y como la leche que había en el frigo llevaba abierta más de una semana, decidí tirarla por el retrete evitando que el olor a ácido me revolviere el estómago y decidí darme el lujo de desayunar en el bar. Había cobrado por duplicado por investigar la muerte de Leocadio.

Opté por unos vaqueros ajustados de tela elástica, de esos que se pegan formando una segunda piel y una camiseta escotada de tirantes con un emblema que decía “DIME ALGO SI TE ATREVES” con el dibujo de una mano que tenía cuatro dedos bajados y el quinto, por diferencia, levantado. Rematé la faena con unos botines altos que, aunque no pegaban muy bien con la época estival, me resultaban cómodos a la vez que me daban cierto aire de seguridad al caminar.

La conversación con Holmes me hizo pedir, casi de forma instintiva, una ración de churros para mojarlos en el café. Mientras lo hacía me entró un mensaje en el móvil. Esa mañana estaba siendo productiva, el abogado Rodolfo Almendro quería verme. Le dije dónde estaba, pero insistió en invitarme a comer a su casa. La excusa es que así podríamos hablar con mayor discreción. ¡Le estaba viendo venir!

La dirección que me dio fue en la calle Quintana, casi esquina con Princesa. No parecía mal lugar para vivir. Eran las dos cuando pulsé el timbre de la puerta con una botella de vino blanco de Terras Gauda que me había recomendado el camarero del bar que me había encontrado de camino y en el que, ya de paso, me había tomado un Martini con una tapa de calamares para aplacar los nervios que la cita me ocasionaba. No le rechacé cuando me propuso vernos y la excusa oficial con la que me traté de autoconvencer fue que él se era una pieza clave en la investigación y figuraba en la lista de personas pendientes de interrogar. Pero había otra excusa menos oficial, me apetecía comer con él.

Vestía informal e intuí, por cómo me miraba y cómo me sonreía, que iba a tratar de hacer algo más que comer y hablar del caso. Por eso antes de entrar en su casa había reconocido el interior de mi bolso y me aseguré de que en su inventario se encontraba mi kit de supervivencia: tanto el spray de pimienta como los nudillos de acero aún sin estrenar estaban en su sitio. Las cosas podían ir bien, según lo previsto, o se podían torcer en cualquier momento y convenía estar preparada.

—¿Comenzamos por el aperitivo?

Me ofreció, haciendo gala de un buen oficio como anfitrión, una bandeja con canapés variados que no tenían mala pinta: paté, salmón con bolas negras que podrían ser un sucedáneo de caviar aunque me inclinaba por pensar que no, y otros de algo amarillo y pringoso que fueron por los que empecé.

No quería que mis caderas se resintieran de tanto exceso, así que al octavo paré. El abogado me miraba sonriendo. Me daba la impresión de que babeaba. Ya veríamos.

—Creo que es el momento de saber el motivo por el que me has traído hasta aquí —le requerí dejándole que me diera un repaso de forma descarada mientras me sentaba en el sillón de su salón

y cruzaba una pierna sobre la otra.

Yo también aproveché para hacer otro tanto. El sujeto contaba unos cuarenta y se notaba que el deporte y la vida sana le mantenían el cuerpo atractivo. Era elegante, pero con un punto de chulería que no me acababa de convencer. Ratificaba esa opinión el cruce de palabras que tuvimos en nuestra primera conversación por teléfono.

—Eres demasiado directa, todo requiere de preliminares.

—O sea que eres de esos que dan vueltas antes de cagar, como los perros.

Río ante mi expresión deliberadamente soez. Le estaba viendo venir así que decidí dejarle las cosas claras.

—Te lo voy a dejar claro para que no te hagas ilusiones. He venido a comer y a que me cuentes lo que me tengas que contar. A fin de cuentas, eres el abogado de mi cliente. Nada más, espero no tenértelo que repetir, porque entre mis virtudes no figura la paciencia.

Noté su rubor y percibí el esfuerzo que le estaba suponiendo sujetar sus instintos de machito y no largarme de su casa con cajas destempladas

—Vale, *touché*. Quería que me pusieras al día con los avances y por eso te he invitado. Juro que no hay otras intenciones —se mostró aparentemente vencido y para sellar su juramento se besó sus dedos índices cruzados.

—Mentiroso —le espeté—. Te voy a contar todo lo que sé, pero antes empiezo yo el interrogatorio. Me respondes de forma concisa, ¿vale?

—Estoy a tu disposición —afirmó.

—Eso quisieras. ¿Cuál era tu relación con Leocadio?

—Profesional, era su abogado y ahora lo soy de Roberto.

—¿Ya eres el abogado del hermano mayor?

—Aún no. Ya veremos —aclaró no muy seguro de sí mismo.

—¿Participas en la gestión de la empresa?

—Directamente no. Solo como asesor o preparación de contratos cuando así me lo piden —confesó—. Mi labor es más pasiva que otra cosa, hago lo que me encargan, bien gestiones o bien consultas. Pero no tengo una tarea concreta.

—¿Sospechas que en la empresa se puedan estar haciendo cosas ilegales? Me refiero sobre todo a colaborar con las mafias de trata de blancas.

—¡Para, Yaiza!, de eso ya se encargó la policía y no se encontraron conexiones entre ese asunto tan feo y la empresa ni tampoco con Leocadio —se defendió el abogado.

—Entonces explícame el papel que juega allí un ruso con antecedentes y dos senegaleses vinculados con una ONG que da apoyo a emigrantes.

—Ya te he dicho que no participo en la gestión de la empresa. No estoy al corriente de la vida de sus empleados.

—¿Redactaste tú el contrato que se hizo con LESA?

—Sí, un contrato sencillo por el que prestábamos el servicio de transporte bajo el paraguas de su marca a cambio de un precio.

—¿Y qué opinas de ese acuerdo? —sondeé.

—Yo solo doy opiniones jurídicas. El acuerdo estaba bien redactado y salvaguardaba los intereses de la empresa. Se ajustaba a derecho. Si este tiene faltas de ortografía, inevitablemente me declaro culpable. Si el contrato no ha surtido el efecto pretendido, la reclamación la debes hacer en otra ventanilla.

—¡Y una mierda!, ese acuerdo era una tapadera. Lo sabes muy bien.

—Supongo que es fácil aseverar eso a posteriori cuando algo ha salido mal. Es fácil criticar o echar la culpa a lo que se ha hecho, pero había que hacer algo, la empresa se caía.

—¿Te ha confirmado Roberto en tu puesto?

—Aún no, me ha dicho que va a reunir el consejo y que probablemente prescindiera de mí. Si es así, no me faltará trabajo. Pero como soy accionista, algo tendré que decir.

—¿No se fía de ti? Hace un minuto te veía más seguro.

—Yo no he dicho eso. Un abogado debe ser de la entera confianza de su cliente. Por eso digo que está todo por ver.

—¿Sabes que la que no se fía de ti soy yo?

—Pues ya me dirás el motivo.

—Muy sencillo, intuyes que vas a dejar de representar a Roberto Huidobro y por extensión a LoLeHuSA, y me traes aquí para que te cuente lo que he averiguado. ¿Por qué?

—La razón es otra. ¿La quieres saber de verdad?

Me daba en la nariz que sabía lo que venía a continuación.

—¡Escupe!

—Porque me encantas, me gustaste desde el primer momento en que te vi en la finca donde se leyó el testamento. Soy divorciado y supongo que tú no tienes pareja estable. Por eso quería invitarte a comer, lo de la investigación ha sido una excusa —confesó.

No sabía si creerle o largarme de allí y dejarle con su comida preparada para que la degustasen entre su ego y él a partes iguales.

—¿Asesoraste a Leocadio en la adopción de Dominic? —continué a lo mío.

—No me lo pidió.

—¿Sabías tú lo de Trinidad?

—¡Por Dios, sí!, eso lo sabíamos todos. Y lo de que tenía una hija. Por qué no dejamos este estúpido interrogatorio y hablamos de cosas serias.

—Déjalo, no te gustaría —observé.

—¿Que no me gustaría qué?

—Como soy, mis gustos. No me conoces y ni te imaginas algunos de mis caprichos.

—Ponme a prueba —me retó.

Después de unos segundos de reflexión interna me decidí a poner las cartas boca arriba.

—¿Sabes lo que es la dominación femenina?

—Lo intuyo, aunque nunca la he sufrido en mis carnes.

—Mira, cuando una mujer prueba el sexo, digamos alternativo, ya no puede volver al convencional porque se le queda pequeño. Me gusta someter a un hombre, tenerlo a mis pies, verle desearme y totalmente entregado a mis caprichos. Me gusta tenerle desnudo ante mí, a mi merced, reírme de él, humillarle, y ver que, con cada palabra de desprecio hacia él, su miembro crece porque es lo que desea, ser sometido. Pero no te equivoques, no me gustan los flojos, me gustan los hombres de verdad, los que se olvidan de su placer y se entregan al mío y saben aguantar hasta verme colmada y todo ello sin pedir nada a cambio. Me gusta devorar a un hombre, pero no solo por fuera, me gusta devorar su alma hasta que sea todo mío. ¿Y sabes lo que hago cuando ya tengo todo de él?

—¿Te lo comes? —probó suerte el abogado.

—No, lo mando al mismo lugar del que vino. Así de simple.

Se produjo un silencio sepulcral que tuve que romper. Le había asustado.

—Así que olvídate de mí y búscate una mujer dócil que ceda a tus caprichos de machito y no te

compliques la vida conmigo.

Rodolfo se levantó visiblemente azarado, noté un bulto de tamaño considerable en su entrepierna e intuí que mi conversación no le había sido indiferente. Se puso frente a mí y se comenzó a quitar la camisa y los pantalones. Desde luego el bulto amenazaba con reventar el slip.

—Si me quieres, me tienes —me dijo.

Le miré de arriba abajo y a la cabeza me vino Melitón. Mi conciencia me estaba volviendo a jugar una mala pasada y eso no se lo iba a permitir.

Carpe Diem.

Me levanté, le cogí del pelo echándole la cara hacia atrás y con la otra mano le abofeteé. Miré hacia abajo y vi que aquello seguía creciendo. Iba por buen camino. Le di otras dos bofetadas y le dije:

—¡Arrodíllate mascota! Me vas a dar placer, si sabes. Pero antes no quiero verte con nada de ropa, ¡nada! No me gustan las sorpresas desagradables.

Al verle como su madre le había traído al mundo palpé la mercancía y comprobé que no había hecho mala compra. Se arrodilló y cometió un error que le costó un cachete.

—Por ahí no, empieza a besar por los pies y despacio, muy despacio, vas subiendo.

Me quité los zapatos, me quité las mallas y me senté en el sofá.

—No quiero que te dejes ni un solo milímetro de mi piel sin acariciar con tu lengua. Ninguno.

* * *

Eran las doce de la noche cuando salía de casa del abogado. Con dolor de cabeza, plenamente satisfecha y sin haber probado bocado de la comida con la excepción de los ocho canapés iniciales. Después de una sesión de sexo de casi dos horas, le había pedido al abogado un bourbon, no tanto por sed sino por acallar mi conciencia ya que la maldita seguía mortificándome. Afortunadamente para mí, el abogado era también un bebedor de talla considerable y nos despachamos la botella entera. De forma confusa recuerdo que me abracé a él para evitar que todo se moviera y nos debimos quedar dormidos hasta que el bourbon perdió efecto y mi conciencia me trajo de nuevo a Melitón a mi mente. En ese momento me desperté y me sentí mal.

Llegué a mi casa a las doce y media de la noche después de pagar doce euros al taxista por la carrera y, entre la oscuridad y el dolor de cabeza, no reparé en que dentro del Megane blanco que estaba aparcado en la acera de enfrente había un sujeto que se parecía a Erik el rubio, el encargado asalariado de LoLeHuSA. Cuando quise ser consciente de lo que pasaba, que fue justo en el momento de introducir la llave en el bombín de la puerta y dar el giro de noventa grados a esta. Sentí un fuerte empujón hacia adentro y cuando conseguí vencer la inercia y no caer en el suelo, una manaza de acero me levantó en vilo cogiéndome de los pelos y me propinó un puñetazo que, ese sí, me mando contra el parque.

Perdí el sentido apenas unos instantes y cuando lo recobré fui consciente del gran dolor que tenía en el lado derecho de mi rostro, que era precisamente con el que había aterrizado en la madera del suelo. Fui a levantarme por mi propio pie, pero no fue necesario. Otra vez las manazas se posaron en mi cuerpo, esta vez para alzarme en vilo asida desde la cintura. El gigante me colocó frente a él de nuevo, pero solo el tiempo justo para encajar otro puñetazo y volver al suelo. Me sentía una marioneta a merced de ese matón, sin posibilidad alguna de decidir mis movimientos.

La segunda vez no perdí el sentido. Pero lamentablemente di con el mismo lado de la cara en el suelo con lo que el dolor se multiplicó. Traté de incorporarme. Me coloqué a cuatro patas

dudando si levantarme o no ya que temía que mi sentido de equilibrio estuviera quebrado. En esa posición no le resultó difícil al encargado de la empresa de transporte darme una soberana patada en el vientre que me lanzó de bruces de nuevo al suelo quedando sobre este, boca abajo.

—Te avisé de que podría ser demasiado hombre para ti. Pero me desafiaste. Ahora vas a ver si soy lo suficiente hombre —escupió las palabras como si fueran tropezones.

—Sí para ti ser un hombre es patear a una mujer, es que eres más idiota de lo que parece —le repliqué a pesar de la precariedad de mi situación.

—¿Te parezco idiota? En mi país un idiota es aquel que está cobrando a base de bien y es incapaz de mantener la boca cerrada. Por tanto, yo no soy idiota, pero tú sí lo eres.

El matón se paseó alrededor de mí, supuse que estaría saboreando su fácil victoria. Ví sus botas de trabajo recorrer el perímetro de mi cuerpo, pero me faltaban fuerzas para levantar la cabeza y mirarle. Me faltaban fuerzas hasta para pensar, así que aturdida como estaba no opuse resistencia cuando me volteó en el suelo dejándome boca arriba. Se sentó a horcajadas sobre mí y ante mi pavor extrajo una navaja automática cuya hoja no bajaría ni un centímetro de los diez. Se había ocupado de dejarme los brazos pegados a las caderas cuando se sentó sobre mi vientre dolorido por la cox que me había sacudido, con lo que estaba totalmente inmovilizada. Me encontraba a merced de un matón del este de Europa que, probablemente, estuviera vinculado con la mafia de trata de blancas. La verdad es que no pintaba muy bien.

—Pensé que al ser tan hombre como dices, ibas a hacer uso de otra herramienta. Pero veo que no, que esa que tienes en la mano es la única que sabes utilizar con una mujer.

¡Bah!, me dije, si quisiera matarme ya lo habría hecho. Este lo único que quiere es amedrentarme para que asustada deje la investigación. Aunque por otro lado no era descartable que lo que quisiera fuera divertirse un poco antes de... Apagué en mi mente ese pensamiento.

—Mira la hoja. ¿Es brillante verdad?

Era brillante y terriblemente grande. Estaba sudando.

—¿Tienes miedo? —se rio.

Probablemente como consecuencia de la adrenalina que se estaba encargando de agitar la sangre en mi interior, comencé a sentirme más fuerte. No mucho, pero sí lo suficiente como para abrir la boca de nuevo.

—¿Qué coño quieres? —conseguí mascullar a pesar del dolor en la mandíbula.

—Que aprendas, eso es lo que quiero. Las mujeres aquí, en este país, parecéis tontas, no aprendéis. En la ciudad donde yo crecí se las enseña desde pequeñas a obedecer al hombre.

Si lo que quería era que aprendiese, es que no me pensaba matar. O, quizá, quisiera que aprendiese antes de... volví a tratar de apagar en mi mente ese pensamiento.

—Si ya sé. Es un buen método pedagógico el tuyo. ¿Y cómo las enseñáis, a ostias? —dije consciente de que no arreglaba mi situación.

—Has dado en el clavo. A partir de ahora sabrás más. Cada vez que te mires al espejo y veas la cicatriz que te voy a dejar, recordarás que meterse con los mayores trae malas consecuencias.

Por fin lo había dicho. No me iba a matar. Pero dejarme una cicatriz tampoco es que fuera de mi agrado. Eso sí, entre la cicatriz y una cuchillada en el abdomen, me quedaba con lo primero.

—¡Serás hijo de puta! —de nuevo pensé que diciendo eso en nada mejoraba mi situación.

No le debió gustar el improperio ya que con la mano que estaba libre me soltó otro puñetazo que me dejó al borde de la inconsciencia y de nuevo sin un ápice de fuerza. Afortunadamente ya estaba en el suelo con lo que me ahorré la caída.

—Escucha niñata, cuando te raje la cara y veas la sangre resbalar por tus mejillas

probablemente te desmayarás, así que te lo voy a decir ahora. Esto es un mensaje, no metas las narices en los lugares donde no debes. La policía ya investigó y no encontraron conexiones entre la empresa y las mafias que traen mujeres a Europa. Y si vuestra policía no encontró nada, es que no hay nada. ¿Lo entiendes? Porque esta vez lo único que va a pasar es que te voy a dejar un recuerdo para toda la vida, pero la próxima será peor. No habrá más vida, solo muerte.

—¡Qué poético!

En lugar de esa estupidez, quise haber dicho que me dejase, que no me marcara la cara, que en cuanto él se fuese lo primero que iba a hacer era llamar a los Huidobro y decirles que se metieran el caso por donde les cupiese. Y otro tanto haría con la socia de Eustaquio Villapalos. Eso sí, la tercera llamada sería para el maldito Holmes que me había metido en ese turbio asunto.

—¿Y si te digo que ya no voy a meter las narices más en vuestro negocio?

Él rio:

—¿Y a qué negocio te refieres niñaata?

—Nada, déjalo—, le iba a decir que al negocio que me estaba refiriendo era al de traer mujeres de países pobres, a la fuerza, para ser vendidas y utilizadas como esclavas. Pero mejor me callé.

—No hay negocio. ¿Es qué no has entendido nada?

Negué con la cabeza. Luego me di cuenta de que estaba respondiendo mal a la pregunta y asentí con la cabeza. Seguía sudando. Esperaba que no estuviese cambiando de opinión el ruso y que sustituyese la idea de la cicatriz por...

—¿Lo has entendido? ¿Vas a dejar de meter las narices donde no debes detective de pacotilla?
—me dio oportunidad de rectificar.

Esta vez sí asentí a la primera.

Acercó la navaja a mi mejilla y comencé a sentir la presión del filo en mi piel. Estaba a punto de acabarse mi carrera como diva. En ese momento, que estaba resultando eterno, pensé que quizá el rubio tenía razón. Si la policía había concluido que Leocadio no había tenido que ver con el negocio de trata de blancas, y también había concluido que había muerto de muerte natural, ¿quién era yo para cuestionármelo? Pero si eso fuera así, ¿qué hacía ese gigante encima de mí, machacándome la espalda contra el suelo y a punto de dejarme un recuerdo visible para toda mi vida? Me quedaba grande ese caso, yo no era una policía sino una aprendiz de detective como bien me acababa de recordar el ruso que tenía sobre mi vientre. Maldije el momento en que dejé la saludable tarea de auditar cuentas para meterme en ese fregado. Aunque claro, siendo auditora de cuentas, también apareció en mitad de un charco de sangre mi ayudante. A lo mejor no se trataba de la profesión, sino que yo atraía los problemas. Sí, es posible que el problema fuera yo.

Y hablando de policía, un estruendo me alertó de que alguien estaba entrando en la habitación gritando esa bendita palabra: ¡policía! Eran dos ángeles salvadores con uniforme que, encañonando a la mula que tenía sobre mí, le gritaron:

—Policía, suelte el arma o dispararemos.

Hacía años que no acudía a una celebración religiosa y, por tanto, apenas recordaba lo reconfortante que es escuchar las benditas palabras de salvación. Pero estaba segura de que era parecido a lo que yo acababa de sentir. En ese momento recordé que mi sargento me había amenazado con ponerme protección. ¡Aunque habían tardado en entrar los *jodidos*!

Esposaron a Erik sin dejar de apuntarle con el arma reglamentaria e hicieron bien porque, aun esposado, ese hombre era capaz de tumbar a los dos agentes sin despeinarse.

—Estábamos apostados frente a la ventana cuando vimos entrar a este hombre. Ha tenido

suerte —dijo uno de los dos policías.

—¿Suerte? ¡Y una mierda! Si estabais cerca y le habéis visto entrar ¿por qué habéis tardado tanto? Me ha molido a palos esta bestia.

—No ha corrido riesgo. Hemos estado vigilando en todo momento lo que ocurría y hemos intervenido cuando teníamos pruebas suficientes de la agresión.

—¿Seréis capullos? Ese matón me ha tenido más de diez minutos debajo de él, me ha llenado la cara de moretones y me decís que estabais acumulando pruebas. ¡No lo puedo creer!

Cuando Melitón llegó me encontró custodiada por los mismos dos agentes que me habían salvado la cara, nunca mejor dicho. Otros dos que habían llegado poco después se habían llevado esposado a Erik.

—Podéis iros, me encargo yo —les ordenó el sargento.

Una vez fuera, bajé la cabeza con vergüenza por muchas de las cosas que habían ocurrido recientemente

—Es impresión mía o tengo un *déjà vu*. La segunda noche que, en tu casa, te salvas por los pelos —me dijo—. Ordené que te vigilaran a raíz del incidente con el regalo en forma de ladrillo que te hicieron unos días atrás. Ha sido un acierto.

—De acierto nada ¿Sabes lo que han tardado en entrar?

—Me lo han contado. Parece ser que uno de ellos había ido a buscar un lugar donde comprar café. El otro estaba solo y cuando vio al ruso entrar llamó a su compañero. Según él, en todo momento estuvo vigilándote mientras esperaba al otro agente. Afortunadamente cuando te acercaron la navaja el compañero llegó. En cualquier caso, supongo que, aunque hubiera estado solo, no hubiera dejado que te hicieran daño —aclaró Melitón.

—¡Serán cabrones! A mí me han dicho que estaban esperando para tener pruebas suficientes y a ti te cuentan que uno se había escaqueado. ¡A por café! Así le entre cagalera con él.

—Vamos, te llevo al hospital —se ofreció el sargento.

—Pues algo de daño sí me han hecho, pero nada de hospitales —repliqué palpándome el lado de la cara con el que había aterrizado sobre el suelo.

—¿Por cierto, de dónde venías a esas horas? Me han dicho que acababas de llegar y que el rubio te estaba esperando ¿Investigando hasta las tantas? —me hizo la pregunta que no quería escuchar.

—Sí, investigando —mentí, aunque solo a medias.

—Pues ha debido ser por los bares —ironizó fingiendo que agudizaba el olfato enfocando su nariz hacia mí. Es probable que el olor a bourbon, que a buen seguro despedía, hubiera estropeado mi coartada. Aun así, preferí no abundar en mi mentira.

—Te pido que me abracés y no me hagas preguntas. Creo que ando cerca de algo gordo Melitón. Te necesito más que nunca.

Capítulo 12 —agosto de 2018. Alicante.

El bebé de Doris nació a los nueve meses de ser secuestrada y sacada de su país. Nueve meses justos después de que aquel salvaje la violara y la emborrachara después. O pudo ser nueve meses después de que todos aquellos salvajes la violasen de forma indiscriminada en los días siguientes a su secuestro.

Fue una niña y ya tenía casi nueve meses, la llamó Hauwa, como su tía. Esperaba que un día su hermana llegara a conocerla. No le habían dejado darle el pecho al bebé ya que decían que no era bueno para el negocio, así que estaba sentada en la cama de su habitación, con mucha paciencia, tratando de que se acabase el biberón. La niña era muy propensa a los gases, así que después vendría la interminable labor de procurar que los expulsara y todo ello teniendo en cuenta que eran casi las cinco y en menos de media hora le quitarían a la pequeña y tendría que comenzar a trabajar. Según le habían dicho, necesitaría más de diez años para saldar la deuda. A Doris no le salían las cuentas, pero tampoco es que tuviera otra alternativa.

Miró los ojos de la pequeña Hauwa y a través de ellos vio la recompensa al sufrimiento de los últimos meses. Fueron duros los primeros días desde que la mujer hechicera le hiciera el ritual; a partir de ese momento la vida y su alma ya no le pertenecían, tampoco a los miembros de su familia. Aunque de todo eso lo único que le preocupaba era su hermana, por ella haría lo que fuese, no podía consentir que le pasara algo por su culpa.

Deborah, su compañera de habitación durante la fase de aprendizaje, había sido su única amiga desde que llegó a ese país. ¿Qué sería de ella? Desde que salió de Madrid no había vuelto a tener noticias de su paradero. Una de las últimas chicas que había llegado al burdel de Alicante, donde Doris ejercía, contaba que estaba de madame en un hotel a las afueras de la capital.

Ella fue la encargada de enseñarle todo lo que tenía que saber durante dos semanas hasta que ya la consideraron preparada para ejercer el oficio más antiguo del mundo. Ella fue la única que le dio algo de cariño, aunque probablemente fuese solo por pena. Y también por miedo.

* * *

Hacia de ello un año y medio, cuando la hechicera las dejó solas y el dolor por la paliza que acababa de recibir le impidió conciliar el sueño. Esa noche, la abrazó y mesándole el pelo le cantó una canción de cuna muy popular en su país hasta que se quedó dormida.

Al día siguiente empezó el proceso de enseñanza:

—Doris, vas a trabajar con tu cuerpo. ¿En tu pueblo había prostitutas?

—No.

—Seguro que sí las hay, pero tú no lo sabes.

—Yo nunca las he visto.

—En todos los lugares hay prostitutas.

—En mi pueblo no.

—Pues aquí hay muchas, todas nosotras venimos a eso. Tú vas a ser una.

—No creo que sea capaz.

—Sí lo vas a ser, ya lo verás.

—Yo no quiero ser eso.

—No tienes opción. Te pondrás ropa para atraer a los hombres y cobrarás porque te hagan cosas. No vas a poder poner límites, así que prepárate para casi todo. Algunos llegan borrachos y sucios, otros son violentos, pero muchos, los más, se limitarán a hacerte lo que ellos quieren y luego se conformarán con preguntarte si te ha gustado. ¿Es irónico verdad?

—Mi primera vez fue cuando me sacaron de mi pueblo. Y no me gustó, me dolió. Y las siguientes también me ha dolido.

—Te dejará de doler, ya verás. Es cuestión de tiempo que te acostumbres.

—No quiero ser prostituta. Y no quiero acostumbrarme.

—No tienes opción.

Doris calló tratando de rumiar lo que escuchaba.

—Es importante que aprendas pronto, porque si atraes a menos hombres que las demás chicas, te darán una paliza. Yo no la conocí, pero se cuenta lo que le ocurrió a una chica de Somalia que no conseguía clientes, siempre estaba llorando y no era buena para el negocio. Después de varias palizas un día le cortaron los pezones de los pechos y se la llevaron a algún lugar donde nadie más la ha vuelto a ver.

—No quiero que me cuentes eso.

—Lo tienes que saber Doris. Yo te lo tengo que contar, para eso estoy aquí, para enseñarte. No sé si será verdad, pero ese rumor se oye y tengo órdenes de contártelo.

—Aprenderé.

—Te tengo que decir algo: durante los siguientes días, todas las noches vendrán los mismos dos hombres que te han pegado y te preguntarán. Hasta que aprendas, todas las noches te van a pegar, por eso es importante que aprendas rápido. Y si no aprendes pronto será a mí a la que me den la paliza. Aquí todo funciona así, o haces todo lo que te dicen, o te acuestas dolorida.

—¿Por qué nos hacen esto?

—Por dinero Doris, ellos ganan dinero con nosotras. Pero esto no dura siempre, les debemos lo que se han gastado en traernos, una vez que saldemos la deuda seremos libres.

—¿Libres para qué?

—No deberías hacerte esas preguntas. No es bueno.

—Y yo no debería estar aquí, tendría que estar con mi hermana. Le prometí a mi madre que cuidaría de ella.

—Debes descansar, mañana seguiremos.

—No quiero ser prostituta.

Efectivamente, tal como predijo Deborah, todas las noches venían dos hombres, no siempre eran los mismos y le hacían preguntas. Y siempre la acababan golpeando cuando alguna de las respuestas no era de su agrado. Afortunadamente los golpes eran cada vez menos duros y no la dejaban marcas. El médico también la visitó regularmente para curarle las heridas de su vagina. Doris llegó a pensar que era lo que más les importaba de ella o quizá lo único.

Después de dos semanas, una noche Deborah le dijo que ya casi estaba lista. Su proceso de aprendizaje había finalizado y sus heridas estaban lo suficientemente curadas como para que empezara a trabajar.

—La próxima semana te van a llevar a otro sitio, creo que a Alicante. Es una ciudad donde hay mar. Allí vas a ganar dinero para pagar tu deuda. No te preocupes, los primeros días serán duros, pero el tiempo te ayudará a olvidarte de tu pasado y centrarte en tu trabajo. Cuando antes lo asumas, mejor para ti. Hay muchos jefes aquí, en España, que dirigen el negocio de la prostitución. El nuestro opera en Madrid y también en la ciudad a la que tú vas a ir. Las chicas

a veces cambian o sea que no descartes que nuestros caminos se vuelvan a cruzar. Yo estuve trabajando en Alicante, donde te van a llevar. En invierno es mejor, notarás menos diferencia con respecto al clima de Nigeria, porque aquí hace mucho frío y ya te he dicho que tenemos que trabajar casi sin ropa. Muchas veces tenemos que hacer fogatas en los polígonos para no morir de frío.

—No sé si estoy preparada Deborah.

—Lo estás, no te preocupes. Tú haz todo lo que te dicen los sicarios del jefe y todo te irá bien. No les lleves nunca la contraria. Le debes sesenta mil euros y, hasta que no se lo pagues, la caja envuelta con tu nombre escrito que se llevó la hechicera la tendrá él. Le perteneces, tú y tu familia, no lo olvides o te podrían pasar cosas horribles a ti y a tu hermana.

—Me gustaría saber si está bien.

—Quién, ¿tu hermana?

—Sí.

—Lo estará. Hay algo que debes saber, el dinero que nosotras ganamos aquí no solo sirve para pagar lo que les hemos costado, también sirve para mejorar la vida en nuestro país. El dinero se lleva allí de una forma que no he acabado de entender. Me lo explicó una de las veteranas. Lo llaman la hawala y creo que consiste en una impresionante cadena de personas que hacen llegar el dinero en pequeñas cantidades sin dejar rastro para que no les pillen las autoridades europeas. Por aquí, la prensa se refiere a ellos como mulas humanas. Y con ese dinero se compran casas, se hacen escuelas y se crean negocios para que nuestros compatriotas vivan mejor. O sea que cada vez que trabajes piensa que ese dinero puede llegar a manos de tu hermana.

—Algún día, cuando pague mi deuda, iré a buscarla.

Esa noche, una mujer mayor a la que no había visto nunca entró en su habitación y le ordenó vestirse, subió en un coche donde un hombre conducía y se sentó al lado de otra chica de su misma edad a la que no conocía. Era muy guapa y con rasgos similares. El viaje duró unas cuatro horas hasta que las hicieron bajar.

El lugar donde las habían traído parecía un hotel lujoso con luces de neón. A pesar de que era de noche hacía mucho calor. Cerca de él, casi enfrente, había una carretera con mucho tráfico. El vehículo paró en la puerta de atrás y les ordenaron subir hasta una habitación en la última planta. Entraron en una estancia donde todo era muy suntuoso. Había una cama cuadrada de unas dimensiones que Doris nunca había llegado a imaginar con un almohadón rojo y sobre las sábanas pétalos de flores. A escasos metros de ella había una enorme piscina circular de la que salían burbujas. En el otro extremo de la cama, fijado a la pared, había una pantalla de televisión muy grande que emitía imágenes pornográficas. La luz era roja y tenue y sonaba de fondo una música suave y placentera que se entremezclaba con los gritos de las actrices. Sobre una pequeña mesita, en el centro de la habitación, dentro de una cesta con forma de corazón se encontraban unos bombones y una cubitera con una botella dentro.

Frente a la televisión y sentado en un sofá de fieltro rojo, un hombre fumaba una shisha cuyo vapor impregnaba de olor a manzana toda la estancia. La mujer mayor que las había acompañado cerró la puerta y las dejó solas con el desconocido. Las dos se quedaron cerca de la salida sin saber qué hacer, si quedarse donde estaban o avanzar. Poco después, la mujer que las había acompañado volvió con unas batas de seda transparente y se dirigió a ellas:

—Sin molestar a vuestro amo y en silencio, entrar en el baño, os ducháis y os quitáis ese olor a guarras que lleváis y os ponéis estas batas y estos zapatos. Nada más. Yo os estaré

esperando. Y dejad todo limpio ahí dentro, en el baño u os lo hago limpiar con la lengua.

Mientras tanto, el hombre seguía fumando de su pipa de agua, ajeno a las vicisitudes de las mujeres, contemplando el inexistente guion de la película pornográfica.

Cuando Doris y la otra joven hubieron acabado, la mujer mayor las roció con un perfume que sacó de su bolso y se acercó sin hacer ruido al sofá.

—Están listas, no las he maquillado, creo que te van a gustar —luego las miró a ambas y les dio indicaciones para que se colocaran frente al hombre. A Doris le costó andar los escasos metros que la separaban de él ya que los zapatos tenían un fino y alto tacón al que no estaba acostumbrada a pesar de que algo le había enseñado en Madrid Deborah.

El hombre era de piel oscura como ellas, pero de una etnia diferente que Doris no supo identificar. Vestía muy elegante y había en su mirada algo que emanaba respeto, o miedo. Las miró durante unos minutos sin decir nada, aspiró el vapor de su narguile y vociferó con voz ronca:

—Abriros la bata.

La mujer les hizo un gesto que daba a entender que se dieran prisa y ellas no se hicieron esperar.

—Esta mujer será vuestra madame, eso quiere decir que lo que ella os diga que hagáis, lo hacéis.

Las muchachas asintieron.

—Si no hacéis lo que ella que os diga que hagáis, ¿sabéis que os pasará? —continuó el desconocido.

Las dos chicas miraron con terror y, por supuesto, no supieron qué contestar. El hombre sacó de debajo de un cojín que había sobre el sofá una navaja fina y larga y se la mostró a las mujeres.

—Qué os abriré en canal con esto. ¡Os rajaré como a los cerdos! Sigue tú —dijo el hombre dirigiéndose a la mujer mayor.

—No lo sabéis, pero habéis tenido suerte —les dijo la madame—. No vais a estar en la calle pasando frío y aguantando a borrachos que os maltraten. Allí las palizas de los clientes son habituales, también las redadas de la policía. Y si preguntáis por ahí, os dirán lo que os hacen los policías cuando os encierran. Pero en cambio aquí estaréis mejor que en casa. Sois extremadamente jóvenes y guapas y por eso estaréis en este lujoso hotel. Aquí los clientes son importantes y muy exigentes. Algunos pueden llegar a pagar por estar con una de vosotras, o con las dos, según deseen, mil o dos mil euros. Por eso es importante que aprendáis como tratarlos. Ya os digo que son exigentes. Recordar esto que os voy a decir porque nunca más lo repetiré: haréis todo lo que os pidan vuestros clientes, todo, sin excepción. Todo es que, si os mandan tiraros por la ventana, os tiráis ¿queda claro?

Doris y la otra joven asintieron. El hombre, que había permanecido en silencio mientras la madame daba las instrucciones, se levantó y se encaró a las dos recién llegadas aún con la navaja en su mano.

—Repetid conmigo, haremos todo lo que nos pidan, incluso si es tirarnos por la puta ventana —las gritó.

Ambas callaron, el miedo les impedía hablar.

—¡Que lo repitáis! —insistió el hombre de color mostrándolas el filo de la navaja.

Y lo repitieron.

—Si en algún momento recibo una sola queja de un cliente porque no habéis hecho algo que

os han ordenado, o una sola queja de vuestra madame, os enviaré a la calle a follar con borrachos, pero antes os daré una paliza que no os reconoceréis cuando os miréis en el espejo.

El hombre volvió la cabeza y mirando a la mujer mayor la llamó por su nombre.

—Awa, dame los paquetes.

La mujer le entregó dos paquetitos uno de los cuales Doris reconoció al instante puesto que tenía su nombre escrito.

—Están en mi poder ¿sabéis lo que eso quiere decir? —preguntó el hombre.

Doris y su nueva compañera movieron la cabeza en sentido afirmativo.

—Probablemente habréis oído hablar de mí. Yo soy el que manda y esta mujer que está aquí será vuestra mammy. Ella pasó por lo mismo que vosotras y ahí la tenéis, es la que os va a dirigir. Y eso lo ha conseguido con entrega y esfuerzo. Pero sobre todo con obediencia. Cuéntales lo de la chica.

—Quizá hayáis oído una historia que circula por ahí de una de nuestras chicas que no estuvo a la altura y le cortaron los pechos —explicó la madame—. Pues es cierta y la persona que mando que se los cortasen fue nuestro jefe. Es muy bondadoso, pero también muy exigente. Quiero que miréis estas fotos y quiero que lo hagáis con detenimiento. Imaginaros que os lo hacen a una de vosotras.

La mammy se acercó a Doris, le atrapó uno de los pezones y se lo retorció hasta que esta gritó de dolor.

—¿Te gustaría que te los cortasen?

La chica no contestó, solo lloró.

—Te he hecho una pregunta, o es que estás sorda.

—No —consiguió articular la joven.

—Sécate esas lágrimas. Y retuércete el otro que los tienes blandos.

Las dos no pudieron evitar un sobresalto y un quejido de terror al contemplar la atrocidad reflejada en esas instantáneas que tenían entre sus manos. Eran dos fotos en las que se apreciaba a una joven con el pecho ensangrentado y una mirada de pena y horror en su rostro difícil de olvidar.

—Si una vez, una sola vez, vuestra mammy me transmite una queja de vosotras dos, podéis iros preparando. Vosotras y vuestras familias ¿Alguna duda? —preguntó el hombre.

Se levantó, se acercó a las chicas y comenzó a tocarles los pechos.

—Awa, avisa a ese cerdo de León, que venga. Estará abajo tomando una copa. Y que suban champagne Dom Pérignon Rosé y unas ostras. Le vuelven loco a ese cabrón. Esa mierda de cava que han dejado sobre la mesa no vale ni para que estas se limpien el coño.

Se volvió a las jóvenes.

—Este hombre que va a venir ahora es una persona muy influyente en esta ciudad, digamos que es de los que más manda y uno de los que nos podría hacer todo un poco más difícil, así que quiero que cuando salga de esta habitación sea el hombre más feliz del mundo. Y eso va a depender de vosotras. Ahora quiero que os quitéis las batas, pero no los zapatos de tacón, y os quiero en la cama a las dos montando una escenita que me convenza de que sois las mujeres más putas del mundo. ¡Ya!

Las dos chicas se quedaron mudas y sin saber qué hacer.

El hombre se acercó a la que acompañaba a Doris y le soltó una bofetada.

—¡A la cama!

* * *

Qué lejano parecía todo aquello. Después de un año y medio desde su llegada se había adaptado e, ironías de la vida, había llegado a considerar ese lugar su hogar.

Era duro, pero hubiera sido más duro de haberse quedado en Madrid y tener que ejercer en alguno de los polígonos. Eran las cinco, hora de entregar a su pequeña a la mammy y bajar las escaleras hasta el salón. Comenzaba su turno. Ciertamente le podría haber ido peor. Se hubiera sentido una mujer afortunada, a pesar de lo miserable que era su vida desde que la habían sacado de su pueblo, si no fuera por el sobre que tenía en su bolso. Un sobre en el que en su interior había un informe cuyo contenido no conseguía quitarse de la cabeza. Todo se había complicado.

No sabía que iba a ser de ella a partir de ese momento.

Capítulo 13 – agosto de 2018. Madrid

¿Pero es que otra vez iba a ser el maldito teléfono el que me despertase por la mañana?

Lo estampé contra el suelo, pero ni aun así se callaba. Ante la insistencia machacona de sus berridos, me levanté dejando a Melitón roncando como un alce en celo y apreté la tecla verde.

Era Miguel Agúndez, el policía retirado que trabajaba a las órdenes de Eustaquio Villapalos y su socia Leonora Valencia.

—¿Qué quieres? —le espeté de manera agria y cortante. Aún recordaba el último episodio con él y su compinche Igor.

—Hablar contigo detective.

—No me digas que te he dejado impotente de la patada que te di y pretendes pedirme una indemnización.

—Lo estoy estudiando, pero no.

—Pues ya me estás dando una explicación convincente que justifique el hecho de que me hayas llamado.

—Aunque tu prepotencia te impida reconocerlo, no eres la única que está investigando. Hay una chica en el Centro de Internamiento de Extranjeros de Aluche que dice que por allí pasó un hombre que se hacía llamar Leocadio y habló con ella. ¿Te interesa? Es una de las que encontraron en el camión de su propiedad. Yo no he hablado con la chica directamente, sino a través de otra mujer que ha compartido con ella habitación, o celda o lo que coño tengan en esos sitios. ¿Te vienes y hablamos con ella?

—¿Y por qué me ofreces participar en la investigación? —recelaba de él y no entendía ese derroche de buena voluntad después de nuestro último encontronazo.

—Creo que uniendo fuerzas nos irá mejor. ¿Te apuntas?

No me fiaba, pero la oferta era tentadora.

—Voy, pero dejas al neandertal en su casa, no quiero verlo cerca de mí.

—¿Te refieres a Igor?

—¿Conoces a más neardentales? En fin, a ese no me lo traigas y si tienes más, a ellos tampoco. En una hora en la puerta del centro —sentencié sin darle posibilidad de réplica.

—¿Sabes llegar?

—Soy detective —colgué.

Me iba a levantar, pero noté una sensación que de manera instantánea me hizo cambiar de opinión.

—¿Dónde vas? —escuché la voz de alguien que había aprovechado mi rato de conversación para adentrarse por debajo de las sábanas y parecía estar tocando música celestial por ahí abajo.

—Tú a ningún sitio. Yo, cuando acabes el trabajo que has empezado a hacer, iré a ver a alguien que puede decirnos algo sobre la adopción de Dominic.

* * *

Hasta la parada de metro de Aluche tuve tiempo de ojear en mi teléfono móvil lo que era un CIE. La información era confusa y difería bastante lo que se podía leer en los distintos medios de la prensa escrita, dependiendo del color político de los que ponían el dinero para la edición. Como suele ocurrir ante una determinada cuestión, al igual que con las monedas, había dos caras contrapuestas. Así que opté por dos artículos de dos diarios que yo tenía por independientes,

aunque sé que el término como tal no existe. Leí que este tipo de centros se creó con el fin de agrupar a los emigrantes que entraban de forma irregular y agilizar así las expulsiones. Parece ser que esta función no la estaban cumpliendo debido a su masificación que los había convertido en poco menos que cárceles. Mi asombro creció cuando llegué al punto donde el artículo decía que, a los dos meses de internamiento, el emigrante no devuelto tenía que ser puesto de nuevo en libertad con lo que se encontraba en la misma situación anterior. Según denuncias de algunas asociaciones, se habían detectado casos de devoluciones en cuestión de horas y sin intervención judicial, lo cual parecía transgredir la barrera de la legalidad además de vulnerar el Convenio Europeo de Derechos Humanos.

Del otro artículo que cayó en mis manos, a través de la pantalla del teléfono, apenas pude leer algo más que el título: “El Guantánamo español”. Así es como denominaban algunas asociaciones de derechos humanos al centro al que me dirigía por la precariedad en la que decían que se encontraban los internos. El caso es que me hubiera faltado leer alguna información de las autoridades para ver cómo justificaban el encarcelamiento de personas cuyo delito era huir de la miseria de su país, pero el convoy anunciaba la próxima estación: Aluche. Desde ella tuve que andar menos de medio kilómetro hasta llegar al punto de encuentro donde me había citado con el expolicía, en la misma puerta de acceso del centro.

No sé si en alguna de esa información oficial que no llegué a leer para completar las dos caras de una misma moneda, figuraría que los CIE no eran cárceles, pero lo que yo tenía antes mis ojos apuntaba maneras. El edificio estaba rodeado de un muro de unos cuatro metros todo él, como si se tratase de un castillo. El color amarillo arena ya de por sí le otorgaba una imagen bastante deplorable, pero al arquitecto que había proyectado los cubre rejas de las ventanas, en un azul añil, había que haberlo retenido dentro de su propio edificio como castigo por su mal gusto.

Aun así, me imaginé que lo peor estaría por llegar una vez dentro.

Ví a Agúndez bajo otro esperpento: tres cúpulas coronaban las tres puertas de entrada y estaban pintadas con rayas blancas y azules cual gorros de arlequín. Definitivamente si al arquitecto que había diseñado ese adefesio no lo habían encerrado es que las autoridades eran unas hermanitas de la caridad.

—¿Amigos? —le dije ofreciéndole la mano.

—Supongo que me lo gané a pulso, así que por mi parte no guardo rencor. Amigos —se excusó.

—Te lo ganaste, efectivamente. Creo que incluso me quedé corta, pero en fin, ¡pelillos a la mar! —no pensaba claudicar a pesar del tono sumiso de mi interlocutor.

—¿Pelillos a la mar dices? —pareció hacerle gracia mi desparpajo—. A que no sabes de dónde viene esa expresión.

La verdad que no tenía mucho interés en que me lo dijera, pero él sí parecía tenerlo en ilustrarme.

—Verás, Homero en la Iliada nos cuenta cómo los griegos y los troyanos sellaron la paz echando al viento los pelos de unos corderos que habían sacrificado para honrar a los dioses. Eso se hizo después de que ambos, los griegos y los troyanos, se reuniesen para honrar a Héctor, el hijo muerto del rey Príamo que...

—Oye, ¡déjalo ya! ¿Tenemos permiso para entrar? —tuve que cortarle.

—No es necesario, basta con acreditarse y decir a quién venimos a visitar.

—¿Cómo diste con ella?

—Así que ahora quieres aprender de los grandes —rio—. Preguntando por ahí.

Me guardé para mí lo que pensaba sobre lo de aprender de los grandes. Efectivamente yo había aprendido de uno, pero no era del que tenía delante sino de otro que ahora debía estar en una playa tailandesa después de haberme pasado a mí la patata caliente que tenía entre manos.

Supongo que, debido a la anterior profesión de Miguel, quizá haciendo uso de alguna de las amistades que inevitablemente tuvo que hacer en sus años de policía, nos permitieron antes de ver a la mujer visitar parte del centro. Había sido una petición mía, sentía curiosidad. Vimos una celda, por llamarla de alguna forma, con dos parejas de literas, o sea para cuatro internos, con estructura azul haciendo juego con los cubre rejas del exterior. Un detalle muy mono haber diseñado tanto el interior como el exterior de manera conjuntada. Supongo que las personas allí encerradas lo agradecerían. La habitación estaba limpia, quizá porque era la que solían enseñar a las visitas, o quizá era lo habitual. Lo cierto es que mi animadversión hacia lo que estaba contemplando me impedía ser objetiva.

Andando por uno de los pasillos, el que nos iba a llevar a la sala de visitas, vimos a través del enrejado lateral el patio que, a esas horas, estaba vacío. Nunca había estado en el interior de una cárcel, pero lo que estaba viendo en nada difería de la imagen que yo tenía de lo que debía ser una.

El funcionario que nos acompañaba nos franqueó el paso hasta una estancia que hacía funciones de sala de recreo con algunas máquinas de refrescos. Junto a las mesas, de estructura metálica pintadas del mismo azul maldito, se encontraban cuatro mujeres de color tumbadas en unas colchonetas. Evité mirarlas a los ojos, no podía. Casi todas las mesas estaban vacías. En una, al fondo, estaba sentada una joven que no aparentaba más de dieciséis años con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre la mesa. Me pareció guapísima. Levantó la vista al vernos y la mirada de tristeza se me clavó en lo más profundo de mi cuerpo.

—Ahí la tienen, Hauwa Samuel, si necesitan algo me llaman, andaré cerca —nos dijo el funcionario.

—¿Le ha dicho quiénes somos? —pregunté.

—No, solo le hemos dicho que tenía visita.

Nos acercamos. Ella no conocía el motivo de nuestra presencia allí, aun así, apenas mostró interés por nosotros. Tan solo pareció hacerlo por mis zapatos de tacón los cuales parecían tenerla fascinada. Quise encontrar en esos ojos brillantes a la vez que desgastados una brizna de esperanza o de ilusión o de algo, pero no lo conseguí. A fin de cuentas, se trataba de dos desconocidos que se le acercaban, como probablemente habrían hecho otros antes para poco más que, fingidamente, interesarse por ella. Tampoco aprecié miedo. Solo indiferencia y tristeza.

—Soy Miguel, esta es Yaiza. ¿Entiendes el español? —comenzó el expolicía.

—Poco. Si hablas despacio, entiendo —nos dijo sin mirarnos.

—Habla despacio. ¿Quieres un refresco? —intervine yo.

—No, yo hambre no. Yo bien.

—Hauwa, somos policías —mintió Miguel—, tú llegaste a España en los bajos de un camión y os encontró la guardia civil, ¿es así?

—Nos encontró policía. Nosotras tumbadas en camión. El conductor murió. Pero no sé más, ya dije, no quise venir. Me trajeron sin preguntar a mí.

—Lo sabemos —añadió mientras sacaba una foto de Leocadio en vida—. ¿Le conoces?

Miró la foto y asintió.

—¿Hablaste con él?

Volvió a asentir.

—¿Te dijo quién era?

Otra vez movió la cabeza en sentido afirmativo. No me lo estaba poniendo fácil.

—¿Te dijo quién era? —repetí de nuevo.

—Sí, dijo que camión que yo vine, suyo. Lo perdoné.

—¿Te dijo algo más? —preguntó Miguel.

—Sí, que él sacarme de cárcel.

—¿Nada más? —siguió preguntado mi acompañante.

Hauwa negó con la cabeza.

—El bueno pareció, pero olvidó de mí. No sacó de cárcel. Nunca saldré de cárcel.

—¿Le volviste a ver? —pregunté.

Volvió a negar con la cabeza.

—¿Cómo te tratan aquí? —quise saber.

—Bien, no hambre. No pegan, todo bien. Pero no sé futuro.

—Nadie sabemos nuestro futuro, pequeña —quiso mostrarse reflexivo el expolicía, aunque creo que lo que consiguió fue que ambas nos quedáramos mirándole como diciendo: ¿Será imbécil?

No sé por qué lo hice, pero la cogí de la mano y le dije que nos volveríamos a ver. Me hubiera gustado hacerle la promesa de que intentaría por todos los medios sacarla de allí y ayudarla a que volviera a su casa, pero no quería generarla falsas ilusiones.

—¿Volverás? —me preguntó mientras me disponía a soltarle la mano y poner fin a la visita.

—Sí, volveremos a vernos.

—Me gustaría tener unos zapatos como los tuyos.

Solo pude sonreír, mi garganta no me hubiera permitido más.

—¿Por qué crees que le diría que la iba a sacar de aquí y luego se esfumó? —pregunté al expolicía una vez fuera.

—Quizá porque era lo que pretendía hacer y luego no hizo, bien porque se arrepintió o bien porque no pudo. ¡Y yo qué sé! —me contestó aparentemente afectado por la visita. Yo también lo estaba. Esa muchacha no había pedido estar allí, ni tan siquiera había pedido estar en España. No era culpable de nada y, en cambio, estaba recluida en lo que eufemísticamente llamaban un centro de acogida.

—O quizá le mataron antes de hacerlo —añadí—. ¿Cuándo la vino a ver?

Agúndez se me quedó mirando y tomándome del brazo cambió la dirección en la que íbamos hasta la salida y nos dirigimos de nuevo al interior del centro. Llegamos a una oficina que él parecía conocer y se dirigió a una mujer a la que también parecía conocer. Supuse que por alguna de sus hazañas anteriores dentro del Cuerpo.

Cuando regresó me informó:

—La visita fue en abril. O sea que hace de ello cuatro meses. Si hubiera querido sacarla de allí tuvo tiempo de hacerlo. ¿Por qué no fue así? —reflexionó en voz alta el expolicía.

—Algo le debió hacer cambiar de opinión —también reflexioné yo en voz alta—. A Dominic lo adoptó semanas después. Quizá su intención inicial fuese sacar a la muchacha de este sitio mediante una adopción y luego algo se torció y para acallar su conciencia eligió a otra persona del centro.

—O alguien, quizá quien le extorsionaba, quien luego acabó con su vida, le impuso esa condición —expuso.

—Convendría aclarar los antecedentes del joven legatario de la herencia de Leocadio, ¿no

crees? Si se trató de una imposición, sabiendo más del joven, podríamos llegar a las personas que le chantajearon.

—Me encargo yo —se ofreció solícito el expolicia.

Sonó mi teléfono, era Melitón.

—¿Sabes que el forense que hizo la autopsia del padre de tu cliente ha pedido una excedencia laboral de un año y está ilocalizable? —me espetó sin preámbulos.

Tardé unos segundos en digerir la noticia.

—Me da en la nariz que ha desaparecido voluntariamente ante el temor de que se evidenciaran las irregularidades de su informe. No me gusta ese tipo Melitón. Deberíais esforzaros en encontrarle. Cuando le fui a ver y le pedí información de la autopsia que hizo, probablemente le metí el miedo en el cuerpo y por eso se ha largado.

—No va a ser difícil encontrarle si ha salido de Europa con el pasaporte. Otra cosa es que siga dentro de Europa. Lo pondremos en manos de la Interpol para saber si está alojado en algún hotel. Pero no me hago muchas ilusiones, son muchos los establecimientos que no atienden la obligación de identificar y registrar al cliente.

—Te voy a pedir una cosa, envíame por favor por correo electrónico la declaración que hizo Hauwa Samuel, una de las chicas que encontraron en el camión de Leocadio. Porque, supongo, que les tomaríais declaración a todas ¿no es cierto?, vosotros o alguien especializado.

—Supongo. Lo tengo que comprobar porque fue otro departamento distinto al nuestro el que lo tuvo que hacer.

—Y otra cosa Melitón, ¿nosotros podemos hacer algo para sacar a una persona que está dentro de un centro de internamiento para extranjeros? —le tenté.

—¿Sacarla dices? Supongo que no te refieres a ayudarla a fugarse.

—No bobo, de manera legal quiero decir.

—Pues no sé contestarte a esa pregunta. Supongo que si alguien se hace cargo de ella sí. Pero no estoy seguro. ¿En qué líos andas metida ahora Yaiza?

Colgué el teléfono y haciendo un ejercicio colaborativo puse al corriente a Agúndez de la desaparición del forense. Se lo había ganado.

—Otro frente —se quejó—. Espero que colabores conmigo como yo he colaborado contigo. Y hay algo muy importante que quiero transmitirte. Si llegamos a alguna conclusión y esta sale a la luz, el acuerdo comercial con LESA tiene que aflorar lo menos posible. No queremos que la imagen de nuestro cliente se vea dañada, ¿verdad? A fin de cuentas, los dos estamos comiendo del mismo plato.

La comparación me revolvió el estómago. Me imaginé sentados en una misma mesa, frente a un mismo cuenco de comida, ambos metiendo la cuchara de forma alternativa.

—¡Ay calla! —no pude reprimir una arcada—. ¿Y si lo que sale a la luz pringa directamente a nuestro cliente?

—Eso no puede ser —afirmó categórico.

Muy seguro le veía.

Me fui directa a casa, mi estado anímico después de la visita al CEI estaba por los suelos y necesitaba un Four Roses doble. Cuando llegué vi que Melitón me había enviado por email la declaración que esa chica había hecho horas después de ser encontrada en los bajos del remolque del camión. En el correo me decía que antes de dar al botón de envío la había leído y que en ella la chica describía como le habían sacado de su país. Me avisaba de que su lectura no sería fácil.

Me serví el néctar de Kentucky, me descalcé, me tumbé en el sofá y comencé a leer.

Capítulo 14 – febrero de 2018. Estado de Jigawa (Nigeria) a orillas del río Komadugu Yobe.

Declaración de Hauwa Samuel realizada ante la psicóloga Dra. Gálvez, de la policía especializada en la trata de seres humanos – IMPORTANTE: INFORME CONFIDENCIAL AL TRATARSE DE UNA MENOR DE EDAD.

Hauwa acudió a la cita en el árbol del río con Paul. Como intuía que sería una noche especial para ella, se había puesto la túnica de ceremonias de su hermana que a la vez fue de su madre. Era negra con tantas incrustaciones doradas que le hacía parecer más amarilla que negra. Llevaba su paño, el que le había regalado Jeremías, recogiendo el pelo pero sin taparlo. Antes de salir se había mirado al espejo de la habitación principal, donde ahora era ella la que dormía, decenas de veces antes de salir para la cita. Se había esforzado en parecer mayor de lo que era, no quería que él se pensara que era una mocosa. Frente a ese mismo espejo fue donde mantuvo la última conversación con su hermana aquella fatídica mañana en la que se la llevaron junto a Henry.

Cuando llegó al árbol, él ya estaba allí, había llegado antes. Estaba muy atractivo. Llevaba unos pantalones anchos arremangados hasta las rodillas con unas zapatillas de esparto. Su camisa de color beige estaba desabotonada completamente dejando al descubierto su torso lampiño. Oía bien. Era muy guapo. En el centro del mentón tenía un marcado hoyuelo que a punto estaba de ser tapado por los incipientes pelos que anunciaban la pubertad de su propietario. Sus ojos negros y redondos le daban un aire de simpatía que a Hauwa le cautivó desde la primera vez que le vio. Fue ese día, hacía de ello no tanto, que se presentó en la puerta de su casa para preguntar si le podía vender un vaso de leche de las cabras que estaban en la cerca. No tenía dinero con qué pagar, pero prometió con una sonrisa que él siempre atendía sus deudas.

Se trataba de la misma sonrisa que ahora tenía delante.

Se sentaron en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco cuyo grosor era suficiente para las dos espaldas y se dieron la mano. Hauwa miró el aro plateado en forma de pendiente que tenía el joven en su oreja y él volvió a hablar del mar, de los mundos que debía de haber al otro lado y de que sería un marinero tan importante que tendría su propio barco. Hauwa le escuchaba reprimiéndose las ganas que tenía de besarle. Le dijo que cuando fuese el capitán de un gran navío capaz de atravesar el océano, la llevaría con él para que vieran los dos juntos los mismos países y contemplaran como se ponía el sol desde la cubierta agarrados de la mano.

Paul sacó de su bolsillo un cigarrillo liado a mano que estaba arrugado.

—¿Te apetece?

—¿Qué es? —preguntó la joven.

—Es bueno, me lo han pasado unos amigos. Yo lo he fumado un par de veces y me hace reír. Podemos fumárnoslo y reírnos juntos.

—Yo no quiero reír, quiero hacer el amor.

Paul la miró fijamente a los ojos.

—Qué bonita eres. Me vuelves loco.

Y se besaron. Al principio lentamente, con ternura. Más tarde con pasión y un poco más tarde con frenesí.

—Es mi primera vez —le confesó la joven cuando este se había situado sobre ella.

—Tendré cuidado, tranquila.

—¿Para ti es también la primera vez?

—Sí —respondió el chico evitando su mirada.

Se amaron durante horas, el tiempo perdió sentido durante esa noche. La oscuridad y la luna fueron cómplices silenciosos de sus besos y caricias, de los gemidos de ambos que rompían el silencio de la sabana. Y cuando acabaron decidieron apoyarse de nuevo en el tronco del árbol, darse la mano y seguir soñando. Ella le dijo que cuando fuera profesora y volviera al pueblo se casarían. También se atrevió a decirle que no quería viajar en su barco durante toda la vida. Le dijo que no la interesaban otros lugares, que amaba donde vivía y quería ayudar a mejorar la vida de las personas a las que conocía. Por eso quería ser profesora, o médico, aún no lo tenía decidido.

Él evitó nuevamente su mirada de ojos negros y redondos.

Paul sacó de nuevo el cigarrillo arrugado, lo movió con sus dedos para hacerle recuperar su forma cilíndrica y lo encendió. Aspiró el humo perfumado y se lo ofreció a su amada. Ella miró indecisa y lo cogió. No quería defraudarle y pegó una calada que le hizo toser. Él se rio y eso la debió ofender tanto que tomó de nuevo el cigarrillo y siguió aspirando hasta que aprendió a no toser. En menos de un minuto se lo había fumado prácticamente entero, como si con ello pretendiese demostrarle que no era una mocosa.

Hauwa Samuel abrazó a Paul mientras notaba que la cabeza no le estaba funcionando bien. No le habían entrado ganas de reír como le había dicho su amigo. Se estaba mareando.

Se levantó, corrió con todas sus fuerzas para alejarse del chico y vomitó sobre unos matorrales. Se sentía ridícula, iba a pensar que era una niña. Volvió y trató de pedir perdón, pero no pudo, la boca apenas le respondía. Él la tomó en brazos y le dio un beso.

—Lo siento —dijo a modo de susurro, como si quisiera evitar ser escuchado.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó Hauwa que sí lo había escuchado.

Paul chifló. El sonido se escuchó en kilómetros. Pero no era necesario tanto alcance ya que quién acechaba no estaba a más de cincuenta metros. Un todo terreno desvencijado se acercó con luces moradas de baja intensidad. De él bajaron dos hombres de más de treinta años y de aspecto desarrapado, recostaron en los asientos de atrás a la joven y la taparon con una manta. Apenas ofreció resistencia, el cannabis la había dejado casi indefensa además de confusa.

—¿Qué hay de lo mío? —les gritó Paul.

Uno de los recién llegados sacó de su bolsillo un fajo de billetes y se lo entregó.

—¿Qué es esto? Pedí cien dólares.

—No hay dólares. Te pagamos veinte mil nairas.

—Eso no es lo acordado. Esto es poco más de cincuenta dólares —se quejó el muchacho que decía llamarse Paul—. Me estoy arriesgando, me han visto un par de veces con ella y probablemente le haya hablado a alguien, quizá a alguna amiga, de nuestra cita. ¿Qué ocurrirá cuando la echen en falta? Pensarán en mí, no en vosotros.

—Escucha, coge el dinero y vete. La próxima vez trataré de darte más y en dólares. Hoy no es posible —y volviendo a meter la mano en su bolsillo extrajo un cigarrillo liado a mano igual de arrugado que el que hacía escasos minutos Paul había extraído del bolsillo de su pantalón —. Toma, para que se te pase el disgusto. Una pregunta: ¿Follaba bien?

—¡Idos a la mierda! —les espetó.

Y se largaron.

Cuando Hauwa despertó estaba en una playa. Llevaba dormida tres días le dijeron. Le dolía todo el cuerpo, probablemente de la posición que había tenido dentro del coche. También le

dolía la cabeza por lo que sospechaba que algo le habían dado para que durmiera tanto tiempo.

—¿Qué hago aquí? —miró a su alrededor y vio otras cuatro chicas de su misma edad que aún dormían tumbadas en la arena. No había rastro de coches, tan solo huellas de neumáticos a su alrededor y dos hombres que eran desconocidos.

—Vas a ir a Europa —le dijo uno de ellos.

—Pero yo no quiero ir a Europa.

—Allí podrás estudiar para profesora. ¿No quieres ser profesora y ayudar a la gente de tu pueblo? Pues esta es tu ocasión —continuó el mismo.

—¿Habéis escuchado nuestra conversación? Nos habéis estado espionando, sois unos cerdos ¿Dónde está Paul? ¿Qué habéis hecho con él?, por favor, decidme que no le habéis hecho nada malo.

Los hombres rieron ante la ingenuidad de la joven.

Hauwa decidió que no quería estar allí y que tenía que escapar de aquella pesadilla; estaba aturdida así que echó a correr sin tener muy clara la dirección que tomar. Pero su sueño de libertad apenas duró unos segundos. De dos zancadas uno de los hombres le agarró del pelo y la tiró contra el suelo. Una vez allí le dio dos patadas y la levantó en volandas.

—Si vuelves a intentar escapar te mato.

—Bebe, tendrás sed —le dijo el otro hombre ofreciéndole una cantimplora metálica completamente abollada.

Y ella bebió con ganas hasta que casi vació el contenido a pesar de que el agua tenía un extraño sabor. Acabó de beber y vio unas luces tenues que se acercaban a la orilla desde el mar. Pero todo empezó a ser confuso de nuevo.

Cuando se despertó estaban llegando a otra playa. No sabía el tiempo que había estado durmiendo. Tenía de nuevo sed y le dolía la cabeza. Junto a ella estaban las mismas cuatro chicas que había visto dormidas. Ahora estaban despiertas.

—¿Dónde nos llevan? —preguntó.

Una de las cuatro chicas no paraba de llorar. Las otras tenían los ojos rojos. Ninguna contestó puesto que ninguna conocía la respuesta a esa pregunta.

La barca atracó a escasos metros de la orilla y uno de los hombres las gritó.

—¡Vamos!, no hay que perder tiempo. Abajo. Si llega la policía española nos matan como a perros a todos. Abajo.

Pero las cinco chicas nunca habían visto el mar y eran reticentes a bajarse de la barca sin estar en tierra firme. Por eso uno de los hombres las cogió una a una y las puso en el agua, a pocos metros de la orilla, donde apenas cubriría cincuenta centímetros.

—Caminad hasta la arena, no hay peligro.

Allí las estaban esperando otros hombres, blancos, que las llevaron andando hasta una carretera donde había más mujeres y un camión. Un camión enorme en el que les ordenaron meterse y colocarse tumbadas de forma que cupiesen todas. Fueron tapadas con mantas, les dieron agua y después pusieron unas chapas encima, dejándolas encerradas. Y ya no vieron más.

Pasaron horas. Hauwa estaba aturdida, como si estuviera en mitad de una pesadilla deseando despertar. El calor era terrible. El ruido del motor del camión la estaba ensordeciendo. Debía haber una tormenta porque se escuchaban acompasados con el ruido del motor el sonido de las gotas de agua. También oyó truenos. El miedo se había apoderado de su

cuerpo y apenas era capaz de moverse, aunque tampoco tenía espacio para hacerlo.

Pero esas horas, encerrada, a pesar del aturdimiento, del cansancio y de la sed, la sirvieron para pensar. Había sido una ingenua, inevitablemente Paul la había traicionado. “Lo siento”, le había dicho. Ahora era fácil darse cuenta de que su mirada no fue sincera y que lo único que buscó fue aprovecharse de ella para luego entregarla a sus captores. Pero en aquel momento no supo verlo y se entregó a los brazos de lo que consideraba una esperanza, un sueño. Desde que su hermana había desaparecido estaba más necesitada que nunca de algo de cariño y Paul parecía estar dispuesto a dárselo. Tenía un dolor que la corroía las entrañas y que superaba a la desesperación de haber sido arrancada de su hogar. El dolor de haber sido engañada por la persona en quien confiaba y a la que había deseado amar.

¿Quién cuidaría de sus cabras y de sus gallinas?

El vehículo se detuvo. Por fin habían llegado a donde quiera que fuese. El motor del camión dejó de emitir sonido con lo que la lluvia era más perceptible. Y los truenos también se oían. A Hauwa no le gustaban las tormentas. Le daban miedo. Pero en ese momento esa era la menor de sus preocupaciones. Ya se había dado cuenta de que eso no era un sueño y no sabía cuál sería su destino. Había oído a algunos vecinos de la aldea que las jóvenes eran vendidas para ser esclavas, otros decían que eran obligadas a prostituirse. A Hauwa no se le ocurría nada más atroz. ¿Estaría su hermana trabajando como prostituta? ¿Habría sido vendida como esclava?

El sonido de un trueno la sacó de su ensimismamiento.

Se empezaron a escuchar gritos y pasos dentro del camión, sobre ellas. La espera se hacía interminable. A ninguna se le ocurrió gritar, tenían miedo. Los minutos pasaban y seguían escuchándose pasos y ruido de voces al lado. Una rendija dejó entrar algo de luz. Era de una linterna que enfocó sus ojos deslumbrándolas. La luz se fue y, coincidiendo con el resplandor de un rayo, Hauwa alcanzó a ver unos ojos que la miraban desde fuera del camión con pena. Pertenecían al rostro de una persona de color, de su misma etnia, solo que este llevaba una gorra verde como si fuera de un uniforme. La mirada de aquel hombre era estremecedora, parecía querer romper a llorar en cualquier momento. Le gustó esa mirada.

Y al poco tiempo se escucharon más gritos y el sonido de otro trueno, pero este fue diferente a los anteriores. Había sonado como un disparo. A partir de ese momento dejó de escuchar el sonido de las gotas de lluvia. Y tuvo miedo, más miedo aún.

Capítulo 15 – agosto 2018

Me sequé las lágrimas y apagué el ordenador que contenía el informe con la declaración de Hauwa Samuel. La capacidad de las personas de hacer daño a otras personas resulta infinita y a pesar de haber visto ya mucha maldad en mi vida aun sin ser longeva, esta nunca dejaba de sorprenderme. No podía ni imaginarme lo terrible que tenía que resultar lo que le había ocurrido, a ella y a otras miles de mujeres, robadas a sus familias y robadas a ellas mismas para ser entregadas a grupos mafiosos sin escrúpulos que no dudarán en estrujarlas hasta que no quede una gota de su ser. ¡Malnacidos!, grité a pesar de estar sola y sin nadie que me pudiera escuchar.

Me preparé un café y busqué en un armario una caja de galletas con sabor a mantequilla que recordaba haber traído de mi último viaje a París, el que hice mientras investigaba mi segundo caso. La abrí, las olí y comprobando que, aunque estaban duras como piedras seguían siendo salubres, comencé a mojarlas en el café sin leche y a tomar lo que sería la comida del día. Con la primera ya me di cuenta de que la operación iba a ser complicada: llevaba flotando en el líquido de mi taza más de dos minutos, sin hundirse, y aún conservaba la firmeza del cemento. Así que la saqué, la tiré a la basura junto con el resto de las galletas y me tomé el café viudo y desconsolado.

Con la barriga llena, es un decir, me surgió la necesidad de un bourbon. Para mi desgracia la botella estaba vacía. No era el momento, pero debería ir al supermercado. Me senté en el sofá, puse los pies sobre la mesita situada frente a él y traté de rumiar la abundante e inconexa información que tenía sobre Leocadio Huidobro.

Mi intuición me indicaba que tenía que investigar el motivo por el que el empresario cambió su decisión inicial de hacerse cargo de Hauwa. Si lo que quería era redimirse de unos pecados cometidos de forma directa o indirecta, la penitencia más lógica sería compensar a una de las mujeres que iba dentro del camión de su propiedad. Así lo debió entender el dueño de la empresa puesto que esa fue su intención original. Pero algo le hizo cambiar de opinión. O alguien. Pero no tenía ni idea de qué o quién.

Como si de una inconsciente asociación de ideas se tratase, me levanté, encendí mi ordenador y buceé entre los procelosos mundos de internet para localizar la ONG que recibía el apoyo de la empresa de camiones. Tecleé las palabras Refugiados de Madrid y después de una docena de entradas apareció la que yo buscaba. No parecía que la asociación fuera muy pródiga en realizar acciones humanitarias a juzgar por la posición que ocupaba en el motor de búsqueda y por la escasez de contenido de su propia página.

Llamé al teléfono que figuraba en la web y concerté una cita para esa misma tarde. Me presenté por teléfono como la responsable de marketing de una cadena de supermercados que buscaba patrocinar asociaciones benéficas a cambio de algo de publicidad. Nunca se me había dado mal mentir y siempre he sido una firme defensora del dicho que, erróneamente atribuido a Nicolás Maquiavelo, dice que el fin justifica los medios.

Salí de casa con la firme intención de subsanar lo antes posible la ausencia de alcohol en mi casa, así que me metí en la primera cafetería que encontré y pedí una copa. En un pequeño mostrador había unas galletas que se parecían a las que yo acababa de tirar a la basura, solo que con mejor apariencia, y puse cara de mimosa para que el camarero me obsequiara con un par de ellas. Las mojé en el líquido ambarino y al llevármelas a la boca comprobé que estaban blandas, cosa que debiera ser lo normal pero a lo que yo no estaba acostumbrada. Di un trago al bourbon y me asaltó la segunda inconsciente asociación de ideas de la tarde. Sin pensarlo me encontré

llamando a Rodolfo Almendro

—Hola, ¿qué hace mi detective favorita? Te advierto que hasta hace unos días mi *prefe* era Jessica Fletcher, pero eso ha cambiado. Pensé que me llamarías antes —se explayó el abogado.

—Veo que te dejé mella, suelo tener ese efecto —bromeé.

—Bueno, mella no sé, pero alguna marca sí me has dejado. Y también un buen recuerdo. Supongo que no me llamas para repetir, porque sospecho que tú no eres de esas.

—A veces hago excepciones, contigo aún no sé si lo haré. Te llamo porque me apetecía saludarte y también porque tengo cita en unos minutos con la ONG con la que colaboraba Leocadio y no me disgustaría tenerte cerca, verte la cara y decidir si vas a ser una excepción o no. ¿Te apuntas? —le invité poniéndole un caramelito a su alcance.

—Sí, no me perdería la ocasión de repetir una cita contigo por nada del mundo. Llamo a Roberto y le digo que me retrasaré. Estamos revisando todos los contratos y acuerdos que tenemos y hasta que se ponga al día esto va a ser una locura.

—¿Crees que lo hará bien? —pregunté.

—No es su padre.

La respuesta no pudo ser más clara.

—Pues no es que su padre en la última etapa de su vida fuera una lumbrera —apostillé—. Vamos, lo digo por la incesante fuga de clientes y por los resultados económicos.

Quedé con el abogado en la puerta del colegio Arcángel Rafael, por lo que mi destino en transporte público fue la parada de metro de Campamento. Cuando me vio fue lo suficientemente prudente como para darme la mano sin osar acercarse para estampar sus morros en mi cara. Si pudiera borraría esa insalubre costumbre de la faz de la tierra. Sí, sé que con él ya había practicado alguna otra actividad que también podría clasificarse como insalubre, pero no es lo mismo.

—¿A qué se debe el interés por la ONG? —me preguntó. Caminábamos en dirección a la calle de Maqueda.

—Hay varias cosas que me rondan en la cabeza y todas ellas conducen a esa asociación. Me resulta demasiada casualidad que dos de los trabajadores de la empresa sean de esa organización y que Leocadio tuviese una asignación mensual atribuida a la ONG, la cual, por cierto, trabaja con los refugiados que están en el CIE. Y en ese centro está la muchacha a la que inicialmente quiso adoptar el empresario. Es posible que el tal Kumé nos aclare algo. Cuando te pregunté si habías colaborado para preparar los papeles de adopción de Dominic, me dijiste que no te lo había pedido. Parece extraño que, teniendo un abogado en plantilla, hombre de confianza además, no te pida consejo o asesoramiento legal en algo tan importante como la adopción de un menor.

—No lo hizo. No me pidió ayuda. Tan solo recuerdo una pregunta que en aquel momento me resultó un tanto extraña y que ahora, a tiro pasado, ya no me lo parece. Recuerdo que me preguntó que si un menor de edad, emigrante y sin papeles, fuese adoptado, podría automáticamente conseguir regularizar su situación en España.

—¡Ah! ¿Y es así?

—¿Y cómo quieres que yo sepa eso? Los abogados estamos especializados en alguna materia concreta y ese no es mi campo.

—Mi duda es si cuando te hizo esa pregunta, la persona que tenía en su mente era Hauwa o Dominic.

—Pues en eso no te puedo ayudar —confesó Rodolfo.

Llegamos al lugar donde la asociación tenía la sede que no era otra cosa que un piso

relativamente modesto en la segunda planta de un bloque de apariencia también modesta.

Dentro encontramos a tres hombres de color. Mi intención inicial fue excusarme por la burda mentira que había utilizado para obtener la entrevista, pero no fue necesario. El abogado parecía conocer a los tres y se encargó de hacer las presentaciones.

—Kumé es el responsable de la asociación. Y estos son Toto y Solomon. Ambos trabajan en LoLeHuSA dentro del almacén y son de Senegal.

A mí me presentó como la detective Yaiza Cabrera, dijo lo que investigaba y no aprecié demasiada sorpresa en los rostros de los presentes.

—Ya los conocí el día que visité las instalaciones. Recuerdo que con vosotros estaba Erik. Y digo estaba, porque si no me equivoco en este momento estará en prisión preventiva a la espera de juicio. ¿Sabíais algo de sus hazañas anteriores chicos? —les pregunté y, debo reconocerlo, pretendí con ello agitar el avispero.

—Nada, buen hombre —dijo el que respondía al nombre de Toto. Un joven muy alto y delgado de tez muy negra que se expresaba en un castellano bastante aceptable, aunque no perfecto.

—Y buen compañero —remató el que se llamaba Solomon, también alto, pero no tan delgado.

—Pues achacaré vuestra apreciación a la dificultad de expresaros en un idioma que no es el natal, porque calificar de buen hombre a alguien con antecedentes por tráfico de drogas no parece muy acertado. Y, si a eso sumamos que está detenido por agredir a una mujer con una navaja, vamos, que de buen hombre nada.

—Con nosotros bueno —remató el más delgado.

—Ya, pues estáis ante la mujer a la que intentó agredir. Así que permitirme que no esté de acuerdo con vosotros.

—Leocadio era un hombre muy comprometido con los derechos de las personas más desfavorecidas —terció Kumé. Este hablaba el español mucho mejor que sus dos compañeros y parecía tener un nivel cultural bastante más alto que el de sus adláteres.

—¿Lo dice porque les daba dinero todos los meses para su causa?

—Entre otras cosas —afirmó el de la asociación.

—Ya. Es normal alabar la mano que te da de comer. Por cierto, ¿cuál es su causa? —provoqué.

—Nuestra causa es ayudar a personas que han llegado a lo que creían su Edén y se dan cuenta que de paraíso nada, que se les mete en celdas a la espera de expulsarlos como a perros para devolverlos a la miseria de la que huyeron cuando dejaron su país. Algunos vuelven a su lugar de origen para morir allí porque para ellos no hay futuro. Mire señora, estos dos hombres que usted ve también fueron refugiados. Y fue Leocadio quién les ofreció trabajo como conductores. Luego los promocionó al comprobar su valía. Cuando encontraron a las muchachas en su camión creyó desfallecer. Eso le superó y, probablemente, fue lo que le acabó matando —agregó el responsable de la asociación.

—Una teoría muy sencilla y enternecedora, solo que no hay por donde agarrarla —me quejé.

—Si tiene una mejor... —me retó el responsable de la organización humanitaria.

—¿Conoce usted a Hauwa Samuel? —lo dije sobre todo para ver la expresión en su rostro. El abogado me miró con cara de no entender muy bien el motivo de la pregunta.

—Creo que es una de las mujeres que vino en el camión. Está en el CIE de Aluche.

—Está bien informado —asentí.

—Es mi trabajo señorita.

—¿Y a Dominic? El hijo de Leocadio, desde hace unas semanas —insistí.

—También.

—Me lo imaginaba —mis sospechas se empezaban a consolidar.

—¿Qué es lo que imaginaba? No entiendo su doble lenguaje —se quejó el de la asociación.

Y ahora es cuando me la iba a jugar.

—¿Recomendó a Leocadio la adopción de Dominic? —le espeté.

Kumé miró hacia abajo meditando la respuesta que iba a dar. Pero esta se resistía a salir por su boca, lo cual lo delataba. El abogado me observó y quise apreciar en él una pizca de asombro, aunque no estaba muy segura de ello.

—Sí —por fin contestó.

—¿Y por qué? —le apreté más las clavijas.

—Porque es mi hermano.

En mi rostro se dibujó una sonrisa de satisfacción. Le dejé seguir.

—Había entrado de manera ilegal en España y yo lo había acogido, pero no le podía ofrecer un trabajo, así que se encontraba en una situación complicada. Yo le pedí a Leocadio que regularizara su estado, que me ayudara. Ya he dicho que se trataba de un buen hombre y se portó muy bien conmigo.

—Sí, el empresario debió ser un buen hombre, solo que no creo que Hauwa Samuel, la joven que se quedó sin ese privilegio, piense lo mismo —opiné—. A esa chica le había hecho una promesa, la de que la sacaría de la cárcel en la que se encuentra. Pero gracias a su intervención, ella sigue encerrada y su hermano está fuera y ha heredado un buen pellizco. ¿O es usted el que se ha hecho con ese buen pellizco?

—A ver si lo comprendo —intervino el abogado—. Tú te enteraste de que tu jefe estaba a punto de adoptar a una de las mujeres que fueron transportadas en el camión y decidiste beneficiarte de ello. Supongo que pensaste: antes mi hermano que otro. Todo un ejemplo de filantropía y más viniendo de un activista.

—Dicho así parece que hice algo malo, pero creo que cualquiera, de estar en la misma situación, hubiera hecho lo mismo. Escuchen, me gustaría vivir en un mundo mejor, donde no hubiera pobreza ni nadie se viera obligado a dejar todo lo que posee y arriesgar su vida para ir a otro país en el que al final será maltratado. Me gustaría que no existieran los centros de internamiento, pero no es así. No puedo arreglar el mundo, me conformo con hacer pequeñas cosas para ayudar a las personas que me rodean. No soy el responsable de que esa joven esté donde está, solo traté de ayudar a mi hermano ¿es eso un delito? —confesó el de la ONG.

Consideré que no le faltaba razón, pero había algo que convenía matizar.

—No me cuadra —tercié—. A ver Kumé, usted se entera de que Leocadio va a hacerse cargo de una menor para tratar de compensar dentro de su conciencia el daño que ha hecho, directa o indirectamente, y le pide que no, que se haga cargo de su hermano menor en lugar de la chica. Hasta ahí lo entiendo, parece un comportamiento, aunque egoísta, lógico. Humano, si me lo permite, en aras de atribuir todo lo malo que hacemos a nuestra condición de mamíferos evolucionados. Pero no acabo de comprender que el empresario le conceda ese deseo, así sin más. No me lo trago. Explíqueme cuál era su poder sobre el señor Huidobro. ¡Y no me engañe!

Esto último lo dije levantando lo suficiente la voz como para que quedase patente mi enfado ante lo que parecía una mentira o, cuando menos, una verdad a medias.

Kumé miró a sus dos colegas en la ONG, apreció complicidad en esas miradas.

—Le he dicho la verdad señorita. Iba a adoptar a esa chica y yo le pedí que mejor ayudase a mi hermano. Se lo pedí y él me hizo ese favor. No hay más.

—No me está diciendo la verdad y hasta que no sepa el motivo no voy a parar. Quiero que

sepa que soy buena haciendo mi trabajo, así que tiene una última oportunidad para decirme que oscuro poder tenía sobre el fallecido Leocadio Huidobro —le solté casi a gritos.

—No tengo por qué decir más. He querido ayudarla porque ha venido a mi casa para hablar, pero no voy a consentir que me grite. Adiós detective. Debe irse.

—No sé qué se traen entre manos ustedes tres. Me parece que tenían cierta influencia sobre el empresario muerto y lo voy a descubrir. Puede ayudarme en la investigación y puede no hacerlo como veo que es lo que ha decidido. Pero así lo que consigue es darme la razón. Ahí dentro, en la empresa de camiones, había un complot para hacer algo delictivo, y mucho me temo que sé lo que es. Es cuestión de tiempo que consiga demostrarlo. Así que vayan con cuidado los tres no sea que la próxima vez que nos veamos sea en la sala de visitas de la prisión —les amenacé.

—Quizá Yaiza deberías medir tus palabras —intercedió Rodolfo viendo mi calentón y probablemente dándose cuenta de que algo se estaba cocinando dentro de esa oficina. Lamentablemente yo no lo vi a tiempo.

No sé en qué momento todo se complicó. Fue muy rápido. Kumé estaba sentado en lo que parecía su despacho dentro del piso que hacía las veces de sede de la asociación humanitaria, con su americana puesta a pesar del calor, dando la imagen de un ejecutivo progre. Los dos senegaleses estaban sentados sobre la mesa, uno a cada lado de ella como si estuvieran custodiando a su jefe y el abogado y yo estábamos sentados en sendas sillas frente a la mesa.

De repente, con las últimas palabras del abogado, uno de los dos hombres sentados sobre la mesa, el más delgado, se levantó de un brinco, sacó una navaja del bolsillo trasero de su vaquero y abriéndola con un instantáneo giro de muñeca me la colocó a escasos milímetros de mi cuello mientras con la otra mano me agarraba del pelo. Era la segunda vez que me colocaban una navaja cerca y esa situación me empezaba a tocar los ovarios.

—¡Eres una zorra! —me dijo en su castellano impuro.

Eso también me tocaba los ovarios.

También con una rapidez inusitada, el otro senegalés, el del sobrepeso, se levantó y se acercó desafiante al abogado. Le ganaba en altura y probablemente en fortaleza. Rodolfo lo sabía y permaneció inmóvil mirando tanto al que tenía enfrente como al que blandía la navaja cerca de mi cuello. Todo había dado un giro inesperado. Supuse que mi última perorata algo había tenido que ver. Evidentemente no les había gustado que les amenazase, pero lo más probable es que también hubiese metido el dedo en la llaga.

—Si me apartas un ratito la navaja te vas a enterar de lo zorra que soy —le espeté. No me gustaba que me faltaran el respeto y mucho menos con esa palabreja.

Kumé se levantó, parecía más sereno que sus compinches.

—Dejadlos que se vayan. No más problemas.

—¿No más problemas? —pregunté a pesar de tener el acero de una navaja a escasos milímetros de la aorta—. O sea que ya habéis tenido algún que otro problemilla.

—Esto lo podemos solucionar ahora mismo Kumé. No se va a enterar nadie. La rajo el cuello de un corte limpio y cavamos un agujero en cualquier pinar a las afueras. Un poquito de cal y es cuestión de poco tiempo para que no la reconozca ni su puñetera madre —dijo uno de los dos senegaleses, el que me tenía en vilo, con un español que se me antojó más fluido que el que le había escuchado hasta el momento.

Me puso los pelos de punta escuchar esa frase.

—¡Os he dicho que no más problemas joder! —gritó con autoridad. Todavía no tenía muy claro el papel de esos tres, pero resultaba fácil de adivinar que Kumé era el mandamás.

Los dos hombres le miraron dubitativos. De no hacerle caso no nos iba a ir nada bien. Pero la fortuna nos sonrió y la navaja poco a poco se alejó de mi cuello. Me palpé y no noté sangre por lo que emití un suspiro de alivio. De esa me había librado.

—¡Váyanse! —nos gritó Solomon.

—Y olvidar de nosotros, mejor para vosotros —apostilló Toto con su peculiar castellano.

Nos levantamos como alma que lleva el diablo. No era el momento de revancha, ya llegaría. Bajamos las escaleras sin mirar atrás y en un bar del mismo edificio, cuya puerta era contigua al portal del que acabábamos de salir, entramos.

—Dos bourbon —le pedí al camarero sin consultar al leguleyo que tenía al lado, el cual creí que lo necesitaba más que yo a juzgar por la tonalidad blanquecina de su cara.

—¿Para ti los dos? —bromeó a pesar de su evidente nerviosismo.

—Algo he dicho que ha conseguido dar en el clavo —reflexioné—. Dime la verdad, ¿nunca sospechaste que esos dos cocinaban algo a espaldas vuestras dentro de la nave del almacén?

—Yo no —contestó el picapleitos.

No me gustó la respuesta, no le creía y además estaba furiosa, como me suele ocurrir cuando siento el frío acero de un cuchillo en mi garganta.

—No me lo creo. Que ahí había una cuadrilla que se dedicaba a negocios paralelos no me cabe ninguna duda. Que el empresario estaba en el ajo, tampoco lo dudo. La duda que ahora me asalta es cuál era el papel en este asunto del resto de los que estabais allí. ¿Convidados de piedra al succulento festín? Resulta difícil de creer. La verdad, dime la verdad —le apabullé arrimándome a escasos metros de su cara—: ¿tuviste algún papel en esa trama?

Antes de que llegara a contestar, nuestros tres amigos pasaron por delante del escaparate del bar y se subieron a un Seat León tan lleno de golpes y con la pintura azul tan cascada que parecía sacado de un cuadro de Miró. Arrancaron el coche y salieron pitando. Lo que más nos sorprendió a ambos fue que cada uno de los tres arrastraba una maleta.

—Esos han puesto pies en polvorosa. ¿Has tomado nota de la matrícula? —dije.

—¿Yo?, tú eres la detective.

—Menuda ayuda la tuya —cargué contra él.

Yo tampoco la había retenido. No tenía la matrícula aunque dudaba que hubiese circulando por ahí muchos vehículos de esa marca y tan destartados como ese.

—No me has contestado cuando te he dicho que cual era tu papel en la empresa —insistí.

—Me duele tu duda.

—¡Déjate de monsergas! No es posible que dentro del almacén tuvierais a un ruso con antecedentes por tráfico de drogas que se ha dedicado a amenazarme y a punto estuvo de rajarme la cara y a dos senegaleses que a la primera de cambio me sacan una navaja. Esos tienen de conductores de camión y de encargados de almacén lo que yo de monja. Empiezo a no creerme que Leocadio fuera ajeno al tráfico de seres humanos. Lo que pasó hace unos meses no fue un hecho casual en el que el único implicado fuera el camionero —argumenté.

—Yaiza, yo no estoy implicado. No te voy a negar que tenía mis sospechas de que allí se hicieran otras cosas además de transportar, almacenar y distribuir mercancías. Pero yo nunca he participado en nada ilícito y debo decir que nadie me lo ha pedido —dijo aparentando sinceridad.

Como no le respondía, añadió:

—Y cuando se produjo lo de las muchachas nigerianas que encontraron dentro del camión de la empresa, mis sospechas fueron en aumento, no lo voy a negar.

—¿Fueron en aumento o llegó un momento en que no tuviste dudas de que trabajabas para una

mafia? —le sacudí en el hígado dialécticamente hablando, aunque de buena gana lo hubiera hecho de la otra manera también.

—Estaba seguro de que algo se traían entre manos ¿contenta? —reconoció.

—¿Y por qué no dejaste la empresa?

—Por dos razones: una porque nunca he hecho nada ilegal y, por tanto, mi conciencia estaba tranquila. Y dos, porque me pagaba Leocadio por un trabajo muy cómodo doscientos mil euros al año. Como comprenderás no se trata de una cantidad que se pueda ganar fácilmente con un esfuerzo no demasiado grande como era el caso.

—Por qué será que no me lo trago —le repliqué.

—Me da igual, sinceramente —contestó mirando al reloj—, me debo ir, tengo reunión con Roberto.

—¡Para!, no tan deprisa. Te pagaba doscientos mil pavos al año, pero te ha dejado un buen pico al morir. Dime por qué. Cuál es el motivo de que te hayas hecho rico si solo eras un empleado sin capacidad ejecutiva.

—El motivo por el que se acordó de mí en su testamento nunca lo sabremos, ni tú ni yo. Eso solo lo sabe él y no se lo podemos preguntar. Me debo ir —me dio esquinazo.

—¿Me llevas? Quiero hablar con mi cliente.

El camino en su Toyota fue tranquilo y silencioso. Por un lado yo dudaba de si le había agraviado con unas acusaciones excesivas. Él aparentaba tener el orgullo dañado, o sea que todo apuntaba a que acabábamos de estropear una bonita relación de amistad. Pero por otro lado me repugnaba la cínica actitud de alguien que no había tenido escrúpulos en recibir un sustancioso salario a sabiendas de que provenía de actividades ilícitas además de execrables, y mantenía su conciencia a salvo diciéndose que no había realizado ninguna actuación ilegal.

Ya en las oficinas, el abogado se fue a su cubículo dejándome sola sin una frase de despedida amable. Me encaminé al despacho del presidente y para mi asombro me encontré a Trinidad enfundada en un traje chaqueta de corte sofisticado y unos zapatos de tacón soberbios que hacían juego con el marrón ocre del traje. Llevaba una carpeta en la mano.

—¡Menuda sorpresa! —exclamé al verla.

—Ya, es que ahora trabajo aquí. Es mi primer día. Me ha contratado Roberto como directora financiera. Ha despedido a Marcial. Creo que había algunas irregularidades en las cuentas.

—¡Leches!, menudo puesto.

—Bueno, es que tengo influencia con una de las nuevas dueñas —ríe.

—Ummm, sospecho que aquí ha habido enchufe —continué con la broma.

—¡Eh!, para, que te equivocas. Cuando dejé mi anterior profesión y comencé a ser, digamos, una mantenida, aproveché mi tiempo para estudiar empresariales a distancia. No tengo experiencia, pero ya verás como soy capaz de hacer bien mi trabajo —me aclaró.

—¡Guauuu!, pues enhorabuena —dije sinceramente.

—¿Qué te trae por aquí?

—Quiero ver al jefe. ¿Sabes si está?

—¡Qué pena! Pensé que venías por lo de nuestra última conversación, aquella que finalizaste dejando una puerta abierta. ¿Lo recuerdas?

—No creas que tienes tan buena memoria. Recuerdo que dije: “quizá cuando todo esto acabe” —repliqué a la vez que le guiñaba un ojo—. Y que yo sepa aún no ha acabado.

—Entra, creo que ha quedado con el abogado, así que hasta que este llegue, será todo tuyo.

Llamé antes de entrar como se suele hacer siempre en las puertas en las que aparece un rótulo

en el que pone “presidente”.

—Así que ha pegado un golpe de efecto —dije a modo de saludo.

—¿Lo dice por Trini?

—Vaya familiaridad, Trini. La jugada ha sido buena. Se gana el favor de una de las nuevas socias contratando a su madre. El abogado, que no tardará en llegar, pondrá a su servicio sus votos y los de Dominic. Y su hermano seguirá cuidando vacas en la finca de Salamanca. Desde luego es usted un maestro del *management* —le espeté.

—Son toros de lidia, no son vacas. Y los negocios son los negocios —confesó.

—Venía a hablar, ¿tengo audiencia? —me senté sobre la mesa, crucé las piernas repantigándome como si estuviera en el sofá de mi casa y sin esperar respuesta proseguí—. Verá, tengo motivos para creer que su padre estaba pringado con el asunto de la trata de blancas. Supongo que Toto y Solomon, los dos senegaleses que organizaban el almacén, ya no van a volver por aquí. Hoy, uno de ellos, me ha puesto una navaja muy cerquita de mi cuello. El de la ONG que patrocinaba su padre, Kumé, creo que también estaba implicado y fue el inductor de la adopción de Dominic. Esto huele mal. La única parte buena es que se va a ahorrar la asignación mensual a la asociación de ayuda humanitaria. Ya puede irse buscando otra para sus labores filantrópicas. Aunque quizá usted aún no tenga la conciencia lo suficientemente sucia como para necesitar limpiarla a golpe de talonario, como creo que era el caso de su padre.

—Es cierto que todo está bastante mal —añadió para mi sorpresa—. Ojeando los papeles he encontrado una hipoteca por esta nave y los terrenos sobre los que se sustenta por veinte millones de euros. Esto se suma a los préstamos que en estos últimos meses pidió mi padre y al agotamiento de la póliza de crédito que ha sido exprimida como un cítrico. Estamos en la ruina, más cerca de la quiebra técnica que de otra cosa. ¿Pero sabe qué es lo peor?

—No, dígamelo —contesté interesada.

—Lo peor es que la hipoteca que se ha pedido el mes antes de la muerte de mi padre no estaba reflejada en los libros contables. Solo me caben dos opciones, o el contable es un chapucero de mucho cuidado, o ha sido colaborador necesario en la estafa.

—¿Cabe la posibilidad de que se trate de una acción de su padre en solitario y el financiero no la conociera? —pregunté.

—No lo creo. A Marcial no se le engañaba así como así.

—¿Por eso le ha despedido?

Asintió con la cabeza.

Llamaron a la puerta y entraron Trinidad y el abogado. Ambos con carpetas que debían contener papeles suficientes como para empapelar todo el almacén de LoLeHuSA. No les envidiaba.

—Yaiza, voy a levantar este negocio. Lo vamos a levantar. Esta empresa ya casi no vale nada, pero resurgiremos de nuestras cenizas —dijo Roberto ensalzando sus palabras como si se tratase de un mitin.

—Echo de menos a su hermano en este consejo, ¿tan ocupado anda ordeñando a esos bichos a los que cuida? —traté de provocar.

—No es un consejo, es una reunión de trabajo. Así que debe irse —parece que mi último chascarrillo no le había hecho demasiada gracia—. Y no olvide que aún quiero saber que le ocurrió a mi padre y saber dónde está el dinero que falta. Lo digo aquí, ante los miembros directivos de la empresa: si encuentra donde ha ido a parar el dinero y consigue que este retorne a la empresa, usted se quedará con el uno por ciento. Recuerde, el uno por ciento de lo que

recupere.

Mientras andaba hacia la parada de metro hice un cálculo mental de lo que suponía el uno por ciento de todo lo que había desaparecido y la verdad es que me entró un poco de vértigo. Iban a temblar las tiendas de la calle Serrano si lo conseguiese. Pero en ese momento me resultaba más probable que me nombraran mejor detective del año en Hollywood que conseguir un solo euro del que había desaparecido de la empresa.

Llamé a Melitón y le hice un breve resumen del día. Le aconsejé que buscara a los dos empleados de la empresa que, previsiblemente, se habían dado a la fuga con Kumé. También le dije que convendría localizar a Marcial Ruipérez. Ese hombre tenía que saber mucho más de lo que nos había dicho. Además, como estaría dolido por su despido, soltaría todo lo que tenía dentro sin necesidad de apretarle demasiado las tuercas.

—¿No te parece extraño que el hermano mayor no cuente en absoluto con el pequeño? —me preguntó el sargento al acabar yo con las peticiones.

—Mucho, tanto que no me gusta.

Capítulo 16

Salí de las instalaciones de LoLeHuSA en dirección a la parada de metro. Para ello necesariamente tenía que atravesar el aparcamiento privado de la empresa. En él, saliendo de un Mercedes de clase alta y línea deportiva, vi a Crispulo y a su esposa Dorotea Chamorro. Otra cosa es que efectivamente fuera ella y no su hermana. Desde luego que no iba a perder la ocasión de cotillear un poco con ellos dos y comprobar cómo había encajado el hermano menor el hecho de que en las oficinas, un poco más arriba de donde estábamos, se estuviera celebrando un consejo o reunión de trabajo o como lo quisieran llamar. A él estaban invitados su hermano mayor, el abogado y la madre de Belén Esteban, pero no él siendo también socio. Apostaría el cheque de mi próximo trabajo a que desconocía los últimos cambios que su hermano había hecho en la empresa. Estaba impaciente por ver su cara cuando se lo dijera. Porque no iba a tardar ni un segundo en decírselo.

—Hola señor Huidobro, llega tarde a la reunión —me dejé caer.

—No sabía que hubiera reunión, pero en cualquier caso ahora sí la habrá —se defendió el interpelado.

—Supongo que ya está al tanto de que su hermano ha despedido al contable por irregularidades en los libros y ha contratado como responsable de las finanzas a la madre de su hermana Belén —me recreé en la última frase.

Pero no hubo sorpresa en sus caras.

—Que mona eres Yaiza, me caíste bien desde el momento en que te vi en la finca de Salamanca ¿Lo recuerdas? Pues sí, Crispulo está al corriente de los cambios que se han producido, aunque todo está a punto de cambiar en la empresa, pero ellos aún no lo saben —dijo mirando en dirección a la ventana en la que estaban las oficinas, como si con ello quisiera dejar claro a quién se estaba refiriendo.

—Sabemos de las irregularidades de las que habla y sabemos lo de la hipoteca con la que no contábamos. Espero que usted se gane el sueldo y nos aclare dónde está ese dinero —remachó el hermano menor de los Huidobro las palabras de su mujer.

—Escucha pequeña —se excedió en la confianza la mujer de Crispulo—, mi hermana está de camino y venimos a hacer una propuesta a Roberto que no va a rechazar; ni él ni el abogado. Vamos a comprar la empresa. Lógicamente tenemos que ver los libros contables y se los llevaremos a un abogado de confianza para que los examine y realice tantas comprobaciones como desee, pero realmente estamos dispuestas a comprar la compañía a precio de ganga e inyectar dinero para reflotarla. Y tú, Yaiza, que eres muy curiosa como requiere tu profesión, te estarás preguntando ¿y por qué hacen esto esas dos locas? Pues la respuesta es muy sencilla: no somos dos locas ni somos dos mujeres florero a la sombra de nuestros esposos. Nos dedicamos a vivir la vida, es cierto, pero ahora además vamos a ser empresarias y aunque no tenemos mucha idea de dirigir un negocio, porque nunca nos ha hecho falta, sí colocaremos a un gestor que supervise lo que estos hagan —volvió a mirar en dirección a las oficinas.

No supe ni qué decir.

El marido tampoco parecía con ganas de decir mucho.

—Y respecto a lo de la ganadería ¿no piensan también en quedarse con ella? Lo digo porque ya puestos... —me apeteció la mofa.

—Lo dicho, que eres muy mona. Y muy graciosa. Me caes bien niña —me dijo a la vez que me

pellizcaba la mejilla desconociendo lo que odiaba que me hicieran eso.

—Te espero arriba cariño —se despidió el marido—. Y usted detective, investigue y encuentre pronto pistas que nos lleven al dinero y también a lo que le pasó a nuestro padre.

—¿Cuál de las dos cosas le interesa más? —sí, sé que me pasé.

Se fue dejándome con una de las dos gemelas, supuse que su esposa.

—¿Cómo crees que se ha tomado Crispulo que su mujer y su cuñada vayan a ser las nuevas dueñas de la empresa de su padre? —disparé.

—Bien hija, si es un cacho de pan, ya lo has visto. Es un blandito en todos los aspectos. Además, si es como me han contado y no tardaremos en comprobar, la empresa está en la ruina. O sea que les vamos a hacer un favor.

—¿Te lo ha contado Marcial Ruipérez? Me refiero a lo de la precaria situación de la empresa —probé.

—O sea que crees que el contable nos ha puesto al día de la situación de la empresa y por eso la vamos a adquirir. No hija. Además, no estás al tanto de las últimas noticias. Hace una media hora ha aparecido muerto en las inmediaciones de un cajero automático, parece que le han asaltado cuando iba a sacar dinero.

Me quedé muda.

—¿Media hora? ¿Y cómo lo sabes si acaba de ocurrir? —pregunté anonadada.

—Creo Yaiza que nos subestimás a mi hermana y a mí. Tenemos nuestros contactos y velamos por los negocios de la familia. Supongo que ya lo habrás escuchado cientos de veces, pero no hay que fiarse de las apariencias.

—Vaya, pues es verdad. Las había tomado por dos mujeres hedonistas a las que solo les interesaba la vida frívola. Evidentemente las he subestimado. Por cierto, ¿las dos teníais amistad con el contable?

—Ahora es cuando comienzas a sospechar que tenemos algo que ver en la descapitalización de la empresa y que contábamos con información suficiente para acudir en el momento justo con el dinero en la mano para hacernos cargo de ella. ¡Qué sagaz eres Yaiza! Me tengo que ir, me esperan.

—No me has contestado —protesté.

—Cualquier respuesta que te diese, no te la deberías creer. Pero te diré que si consideras que tenemos algo que ver con la muerte de mi suegro, te equivocas. Se dice que los detectives tienen muy desarrollado el olfato de tal forma que llegan a detectar al culpable tan solo con ese sentido. Acércate a mí, huéleme y dime si me crees culpable de la muerte de mi suegro.

—Mi olfato lo que me dice es que si hay un culpable, una culpable o unas culpables, caerán.

Llamé a Melitón.

—¿Sabes algo de la muerte de Marcial, el financiero de la empresa que ando investigando? —pregunté a bocajarro sin preámbulos.

—¿La muerte dices? Espera.

Al cabo de un par de minutos mi sargento recuperó la conversación telefónica.

—Supongo que debe tratarse de él, aunque no lo tengo confirmado. Ha habido un asalto a un hombre que por la edad puede ser él mientras extraía efectivo de un cajero. Creo que ha muerto.

—¿Dónde ha sido? —le apremié.

—No me digas que vas a ir para allí. Bueno, qué pregunta más estúpida acabo de hacer. Escucha, también voy yo. No te metas en líos hasta que yo llegue. Ha sido en la plaza de Anocibar. Te veo allí.

Colgué, eso estaba a diez minutos escasos de donde yo estaba, en la boca de metro de Pan Bendito. Así que salí pintando. ¿Cómo sabía, por muchos contactos que esa mujer tuviese, lo de la muerte tan reciente de Marcial Ruipérez? Cabía la posibilidad de que lo supiera porque había sido ella quien había encargado su muerte y me quisiera dar en los morros comunicándome su asesinato. No, me pareció demasiado rebuscado, tendría que buscar otra respuesta a esa pregunta.

La plaza estaba parcialmente acordonada. Me salté el cordón exhibiendo mi carné de detective privado y dije al policía que acudió a mi encuentro que trabajaba para el inspector Luis Bárcenas y el sargento Melitón. Como era previsible me largó con cajas destempladas. Así que tuve que esperar unos minutos hasta que llegó el sargento y me franqueó el paso. Poco había ya que ver, el juez había sido diligente y había autorizado que se llevaran el cadáver lo cual se estaba produciendo en esos instantes.

—Espérame aquí —me dijo Melitón.

Le vi que charlaba con unos y con otros y más tarde acudió de nuevo a mi lado.

—Todo apunta a que ha sacado dinero del cajero y le han machacado la cabeza. Probablemente opuso resistencia y le dieron con algo lo suficientemente contundente como para matarle en el acto. No hay testigos y ha volado la cartera. Parece que está claro.

Miré el lugar donde había estado el cuerpo hasta minutos antes que se había producido el levantamiento. Aún continuaba el charco de sangre oscura ya prácticamente coagulada. Nunca me acostumbraría a ello.

—¿Qué está claro dices? ¡Pero qué clase de policía eres! —le reprendí—. El individuo había sido despedido recientemente de su puesto. El nuevo presidente, el hijo del anterior, ha encontrado evidencias de que no hacía bien su trabajo, lo cual es sinónimo de que estaba pringado. La empresa está arruinada y parece que no todo constaba en los libros. Si se trataba de errores consecuencia de una mala práctica o eran irregularidades deliberadas siguiendo instrucciones de otros o de él mismo, no lo sé. Pero me parece tremendamente extraño que sea asesinado en este momento. Vamos, que no me lo trago. Ese que va frío camino de la morgue, estaba metido hasta el cuello y alguien lo ha silenciado. Diles a tus colegas, los que vayan a llevar esta investigación, que no ha sido un robo con asalto sin más. Que investiguen y ya verás como la víctima no ha sido elegida aleatoriamente.

—Pediremos la grabación de la cámara del banco, pero por la distancia desde donde yacía hasta el cajero, mucho me temo que está fuera del alcance de esta —aclaró Melitón.

—¡Han ido a por él! ¿No lo ves? Di a tus colegas que saquen todo lo que puedan de la escena. Esto no ha sido casual.

Era evidente que la presencia de la sangre me había alterado.

—Se lo diré. Ya va a oscurecer. ¿Me invitas a una copa en tu casa?

Si bien le había escuchado perfectamente, no estaba dispuesta a contestarle. Algo me rondaba en la cabeza. El forense que había practicado la autopsia había pedido una excedencia y se había esfumado. El contable que en buena lógica había tenido que seguir de cerca los tejemanajes de los últimos días de Leocadio, también se había esfumado. Aunque este no de manera tan voluntaria como el forense. O quizá tampoco el primero se hubiera ido de forma voluntaria.

—Me parece que a medida que voy escarbando en los entresijos de este caso, las personas que de una manera u otra han intervenido están desapareciendo de la escena.

—¿Estás pensando en el forense también? —apuntó con acierto mi sagaz sargento.

—Tengo una intuición. Otra de las personas que creo que ha participado en lo que le pasó a Leocadio fue su médico. Cuando le visité fingiendo una gripe para que me recibiera, negó en todo

momento haberle recetado algo que contuviera la sustancia extraña que fue encontrada en el cuerpo de Leocadio. Me dijo que le había diagnosticado una insuficiencia cardíaca y que había que hacerle pruebas. Parece ser que el paciente se negó.

—Podría haber acudido a otro médico y que este le recetara algún medicamento que tuviera la oleandrina —puntualizó el sargento.

—Sí, podría. Pero no debe tratarse de un fármaco al que la medicina moderna acuda con frecuencia por sus efectos secundarios. Además, si el paciente ya tenía un médico de confianza, ¿por qué ir a otro? Es más, su doctor le había recomendado pruebas, el hecho de no querer hacérselas da idea de que no deseaba continuar con exploraciones y tratamientos. No parece creíble que visitara otro doctor y se dejara medicar sin pruebas.

—Se pudo automedicar creyendo que con eso mejoraría su salud y evitar así acudir a hacerse pruebas.

—Podría ser, esa posibilidad ya la contemplé en su momento. Pero en cuanto hemos empezado a husmear por ahí hemos abierto la caja de Pandora. A las pruebas me remito —dije contemplando el charco de sangre—. Y todo esto no puede ser por un simple error de cálculo del empresario al que se le fue la mano y se mató accidentalmente. Aquí hay algo mucho más gordo.

—¿Qué insinúas?, no te sigo Yaiza.

—Qué vamos a ir a ver al galeno, eso insinúo —afirmé.

—¿Pero has visto la hora que es? Son más de las ocho y media de la tarde. Desde luego que no estará en la consulta. Te propongo una cosa, vamos a tu casa, nos tomamos una copa, jugamos a lo que juegan los adultos y mañana después de desayunar hablo con Luis para que me dé permiso y te acompañe.

—Has tenido mala suerte, a los juegos de adultos se juega cuando yo lo digo y en casa no hay nada para tomarse esa copita que ansías. Se acabó la botella y no he tenido tiempo de comprar otra. Así que toma eso como una señal del destino y ponte manos a la obra. Necesitamos saber cuál es el domicilio particular del médico. Bartolomé Lopetegui, apunta. Llama a alguien que esté de guardia y te pueda decir dónde vive.

—¿Una señal del destino? ¡Pero si no hay nadie más ateo que tú!

—Calla y llama —le atajé procurando que no me viera la sonrisa.

Poco tiempo después Melitón se acercaba a mí aún con el teléfono móvil en la mano.

—Vive cerca del lugar donde tiene el consultorio, en Orcasitas. Calle de Ichaso, al lado de la A-42. Está separado y vive solo. También tiene un dispensario en casa.

—Desde luego que cuando quieres eres de lo más eficiente —le premié.

—¿Te refieres al trabajo? —bromeó.

—Vamos, con algo de suerte le pillamos cenando. O eso espero, porque con esta racha de desapariciones que llevamos, lo mismo llegamos y ya está fiambre.

—¿Sabes que me la estoy jugando verdad Yaiza? Soy un policía y no puedo meter las narices donde no me hayan mandado mis superiores.

—Te recompensaré, no lo dudes —le prometí poniéndole morritos—. Además, dime que no te pone desobedecer las reglas de vez en cuando.

No se podría decir que el facultativo viviera en una de las zonas más acomodadas de Madrid. Aun así, el edificio en concreto donde supuestamente estaría cenando en ese momento el galeno no era de los peores de la manzana. Lo cual tampoco era decir mucho.

—Déjame a mí. Que tú eres capaz de gritar ¡policía!, y ahuyentas a todos los vecinos de la barriada—le dije a la vez que le retiraba el dedo del botón del portero automático antes de que lo

pulsase.

Llamé yo.

—¿Es el doctor? —pregunté cuando un sonido a través del micro me dio a entender que habían descolgado el telefonillo.

—¿Qué desea? —se escuchó la voz que ya conocía del doctor al otro lado.

—Me han dicho que puede ayudarme —le dije esperando que no me reconociera. No lo creía probable ya que esos cacharros distorsionan el timbre lo suficiente como para no reconocer una voz que no sea lo suficientemente familiar.

—¿Qué le pasa?

—Necesito algo —continué con la indefinición—, un amigo al que trata me ha dicho que es usted un buen médico.

—¿Qué amigo?

—No debería dar nombres. El caso es que necesito que me ayude. No puedo esperar —procuré poner voz que delatase ansiedad.

—Es que no sé qué es lo que le pasa y qué es lo que quiere.

—Por favor, lo necesito —fingí ansiedad.

—¿Qué es lo que necesita?

La conversación me estaba empezando a alterar.

—¡Necesito su ayuda leches!, ya se lo he dicho. Ábrame por favor.

Después de un rato de silencio que me hizo dudar del éxito de la estrategia, el médico comenzó a ceder.

—¿Su amigo le ha dicho que aquí no se fía? Supongo que trae dinero en efectivo.

—Espero que lo suficiente, ¡pero abra ya! —seguí fingiendo ansiedad.

Se escuchó el sonido de la puerta abrirse.

—¿Has hecho lo que creo? —preguntó Melitón.

—¿Y qué es lo que crees? —me mostré maliciosa.

—¡Que necesitas ayuda!, me has dejado atónito. ¿Cómo sabías que él respondería a esa solicitud y no te despacharía de malas maneras?

—Podría haber patinado, lo reconozco. Pero mira la zona en la que vive. Yo le conocía y no me parece que se trate de un galeno de esos de presencia intachable y actitud pulcra. Aunque esos quizá sean los peores. El caso es que consideré que un médico al que no le sobren los escrúpulos, en esta zona de Madrid, bien podría tener una cartera de clientes necesitados que le aporten un sobresueldo. De ahí el dispensario en su casa.

Antes de llegar a la puerta, me alboroté el pelo y deliberadamente me froté los ojos para que se me corriera el rímel. Lo mismo hice con el carmín de los labios.

—Espera fuera del ángulo de la mirilla.

Llamé y continué esperando que no me reconociera.

—¿Qué desea? —dijo el doctor abriendo la puerta lo justo para asomar su cabeza, el ángulo exacto que le permitía la cadenilla de seguridad.

En ese momento me di cuenta de que no sabía lo que le tenía que pedir y me atasqué. Estaba segura de que no iba a tardar en reconocermme a pesar de la mascarada. Así que hice lo que había visto que hacen en las películas de detectives. Me eché para atrás unos centímetros y cargué mi hombro contra la puerta. Esta, por supuesto, ni se inmutó. Tan solo sirvió para que el doctor se cayera al otro lado como evidenció el golpe que escuchamos.

Melitón salió en mi ayuda y cual caballero andante hizo lo mismo que yo había intentado hacer.

Pero esta vez con algo más de éxito y la puerta se abrió totalmente.

Mientras accedíamos le escuché al sargento susurrarme:

—¡Te mato! ¡Te juro que te mato!

Me agaché y ayudé a incorporarse al médico. Esperaba que estuviera solo porque lo que menos necesitábamos eran testigos del allanamiento que acabábamos de practicar.

—Escuche, no tema. No vamos a hacerle daño. De hecho, le pagaré los desperfectos de la puerta. Créame que no le vamos a hacer nada —traté de tranquilizarle mientras le ayudaba a levantar.

Melitón se adelantó y le vi que aceleradamente comenzó a reconocer las habitaciones, supongo que en previsión de que hubiera alguien más. Pero más tarde me daría cuenta de que era otra cosa lo que estaba buscando. Nuestra salvaguarda para no acabar denunciados.

—Creo que te reconozco. Eres la detective que fingió una gripe. Te vas a caer con todo el equipo guapa. Si me vas a matar hazlo ya, porque voy a llamar a la pasma.

Por supuesto que me cuidé mucho de decirle que ya había un policía en su casa. Era lo que le hubiera faltado a Melitón para pasar a engrosar la abultada lista de desempleados.

—¿Y tu amigo? ¿Dónde está? —corrió en su busca.

—Espere, tenemos que hablar, solo quiero más información de Leocadio Huidobro. Por favor, no llame a la policía —traté de tranquilizarle mientras corrí tras él.

Cuando entré en una pequeña sala que aparentemente parecía de primeras curas, vi al sargento con una cara de felicidad que casi hasta consiguió tranquilizarme. Había abierto todos los cajones del mueble blanco, supongo que reventando la cerradura que cada uno de ellos tenía, y su contenido estaba vertido sobre el suelo. Había cientos de cajas de medicamentos de distintos colores y tamaños. Estaba sentado en el suelo, como un niño disfrutando de sus juguetes y leyendo el nombre de las cajitas.

—Morfina, Fentanilo ...ummm, Tramadol, este no es peligroso. Oxicodona. Tiene usted un arsenal nada desdeñable. Creo compañera que deberías dejarle que llame a la policía. Supongo que esto lo ha adquirido en el mercado negro. Una buena colección de opiáceos. Seguro que la pasma, como él los llama, estará muy interesada en saber cómo los ha conseguido. Me da que va a tener problemas.

El galeno me miró indeciso. Decidí ayudarle a tomar la decisión.

—Vaya, esto ha cambiado las cosas, ya no le vamos a pagar los desperfectos de la puerta. No le vamos a denunciar y con eso saldamos la deuda, esté tranquilo.

—Llévense lo que necesiten —acertó a decir con voz entrecortada.

—Vaya, qué generoso se ha vuelto de repente —ironicé.

—¡Todas! Si quieren todas, se las pueden llevar —lo intentó de nuevo.

—¿Tenemos pinta de querer meternos esa porquería? —bramó el sargento.

—¿Algo más fuerte? ¿Desean un chute? Se lo puedo conseguir, necesitaría hacer una llamada y en menos de media hora lo tendrían aquí —nos ofreció el doctor. Estaba hecho todo un profesional.

—¡Que no!, que no deseamos chutarnos —le expliqué—. Siéntese que vamos a hablar. Quiero saber todo, y digo todo, sobre su paciente Leocadio Huidobro. La relación que mantenía con él, la enfermedad que le diagnosticó, el tratamiento que le dio, si sospecha que pudo acudir a otro médico. Quiero que me diga si leyó el informe de la autopsia que le hicieron, dígame todo lo que se le pueda ocurrir sobre él y que me ayude en este maldito caso. Y también dígame si conoce al forense Wenceslao Pascual y si es así quiero saber todo lo que me pueda decir de él. ¿Le abrume

con tanta pregunta?

—Necesito un tranquilizante. ¿Me permiten?

—Está en su casa, creo que algo podrá encontrar entre todo este arsenal que tiene por aquí revuelto —bromeé. Me pareció normal que alguien que trapicheaba con ese tipo de sustancias se hubiera enganchado a ellas. Y también me pareció normal que en una situación de estrés como en la que estaba, necesitara meterse algo. Pero estaba equivocada. Cometí un error fatal.

El doctor se levantó y abrió el único cajón que no tenía cerradura, uno muy pequeño. Quizá por eso, por carecer de cancela, el sargento lo había despreciado. El doctor metió la mano en su interior y en lugar de extraer el tranquilizante que nos había dicho que necesitaba, sacó una Glock diminuta pero que podría ser efectiva y letal en caso de ser usada.

—¡Váyanse o les disparo! —nos gritó.

Tocaba dejar hacer a Melitón por dos razones: una porque estaba más cerca del galeno y dos porque seguro que sabría resolver esa situación mejor que yo.

—Escuche, tiene en casa opiáceos como para que le caiga una buena. En cualquier caso no volverá a ejercer si esto se llegase a conocer. La pistola, que presumo tiene sin permiso, en nada ayuda a su situación. Guarde el arma, cuéntenos lo que necesitamos saber y nos iremos y nos olvidaremos de su cara. Creo que es un buen trato —le propuso el sargento. Tampoco es que lo estuviera haciendo muy bien, pensé.

Miré al doctor. Estaba muy nervioso y un hombre en ese estado es capaz de disparar un arma contra una persona, aunque sea por primera vez. Sus ojos estaban enrojecidos, probablemente por la ira, el miedo y no era descartable que por culpa de alguna sustancia que llevase dentro.

—¿Por qué vienen aquí, a mi casa, con esas tonterías? Ya le dije a la detective que Leocadio murió de un infarto. Largo de aquí o disparo.

Sostenía la pistola con la mano derecha solamente. Se me antojaba que ese hombre no era un experto en el manejo de las armas y me consolaba pensar que en caso de disparar no iba a acertar ni una. Pero lo cierto es que yo tampoco era muy experta en evaluar a las personas que manejaban armas. Seguí confiando en el buen hacer de Melitón.

—Creo que debería tranquilizarse porque está a punto de meterse en un buen lío. Baje la pistola y charlemos. Le prometo que en unos minutos nos habremos ido y todo volverá a ser igual que antes —siguió mi compañero con su técnica.

—¡Y una mierda! Váyanse.

—Escuche, soy policía —al final confesó Melitón poniendo en riesgo su empleo en el caso de que el hombre que teníamos enfrente llegase a poner una denuncia—. Se lo digo por última vez, baje el arma. Está apuntando a un agente de la policía.

—¡Me cago en la leche! Se tenía que haber identificado antes. Esto huele raro, ¿qué hace aquí? Un policía que no se identifica viene a mi casa con una detective. Usted no está de servicio. ¿A qué ha venido?

—Se lo hemos dicho —tercié yo. Tenía que atraer la atención del médico para favorecer alguna acción a modo de respuesta del sargento al que le suponía preparado para ese tipo de situaciones—, queremos información sobre Leocadio. Nada más. No nos interesa todo lo que tiene aquí guardado.

Los nervios iban a más y el cañón del arma se agitaba sin apuntar a ningún sitio. Desde luego que si nos acertaba iba a ser de pura chiripa, pero no era cuestión de comprobarlo. Ese hombre estaba al borde de un colapso lo que le estaba convirtiendo en una bomba de relojería. Desconocía si el sargento portaba su pistola escondida en algún lugar de su anatomía. Y también

dudaba de, aun siendo así, si llegaría a querer sacarla. La verdad que le había metido en un buen lío que seguramente tardaría en perdonarme. Eso si salíamos de esta.

Avancé despacio hacia el doctor con la mano extendida.

—Por favor, deme el arma.

Al verme como me aproximaba a él, su sangre pareció agitarse y los temblores se intensificaron. Agarró la pistola con las dos manos. Parecía dispuesto a dispararme. Melitón así lo debió entender también y se tiró a él empujando la pistola con objeto de desviar el tiro en caso de que se produjese. Pero no hubo disparo. Tan solo una Glock en el suelo y un médico inmovilizado por el policía que le tenía agarrado de espaldas por el cuello.

—¿Se va a tranquilizar? Siéntese y hablemos —le dijo en tono conciliador.

Sin tocar el arma la empujó con el pie al otro extremo de la habitación y le pidió a Bartolomé que se sentase.

—Todo tuyo —me dijo a la vez que me echaba una mirada que parecía avisarme de la que se me vendría encima en cuanto saliésemos de ese piso.

—Leocadio, quiero saber todo de él —le grité corriendo innecesariamente el riesgo de que algún vecino escuchase ruidos y alertase a la policía. Aunque no creía probable que en esa manzana los vecinos se preocupasen de llamar cada vez que tuvieran sospechas de algo irregular.

Comenzó a llorar. Después de la tensión a la que se había visto sometido, las lágrimas sustituyeron a los nervios.

—No sé nada más de lo que ya le dije. No se hacía nunca revisiones a pesar de que su edad lo recomendaba. Vino con síntomas de fatiga y una exploración preliminar me permitió diagnosticarle insuficiencia cardiaca. Pero era necesario realizarle pruebas. No quiso. Esto fue poco antes de que aparecieran las mujeres nigerianas en uno de sus camiones. Después vino un par de veces, pero era terco como una mula y no conseguí que accediese a realizarse pruebas. No le receté nada porque hubiera sido una osadía por mi parte hacerlo sin un estudio que lo respaldase. Yo no le di ningún fármaco. Se lo dije la anterior vez que me lo preguntó y se lo digo ahora. No sé qué más quieren.

—La última vez que lo vio, ¿Cuándo fue? —pregunté.

—Poco antes de su muerte. No sé, una semana antes más o menos.

—¿Notó algún cambio? ¿Algo que le preocupase? —insistí.

—Estaba tranquilo. Nada me hizo pensar que se encontrase peor. De hecho, me atrevería a decir que le veía más tranquilo que de costumbre.

—¿Leyó la autopsia?

Titubeó.

—Sí, la leí.

—¿Y qué piensa de ella? —continué interrogando.

Volvió a titubear.

—No entendí por qué el forense, después de evidenciar la presencia de un glucósido cardiaco extraído probablemente del baladre...

—¿Baladre? —interrumpió el sargento.

—Más conocida como adelfa. Tiene más nombres. En mi tierra se la llama eriotz-orri, que significa hoja de muerte, es por su toxicidad. Se puede ingerir de muchas maneras. La forma más sencilla es cociendo agua con la propia planta. Sus efectos en grandes cantidades son mortales. En pequeñas cantidades pueden provocar hipercalemia. Por decirlo en otras palabras, un exceso de potasio sérico como consecuencia de la desactivación de la bomba de sodio-potasio-ATPasa.

Supongo que les aburro. Para que lo entiendan, un exceso de potasio normalmente acarrea arritmias que en el caso de que se vean agravadas por otro tipo de problemas cardiacos, pueden resultar fatales.

—¿Y eso cómo llegó al cuerpo de Leocadio? —preguntó Melitón mostrando que las palabras del galeno habían conseguido atrapar su atención.

—No lo sé, ya se lo he dicho. Se puede obtener simplemente cociendo las hojas o el propio tallo de la planta con agua.

—Comenzó diciéndonos que no entendía lo que había escrito el forense en la autopsia —le recordé.

—No es exactamente así. Lo que no acabé de entender es el motivo por el que dejó constancia en su informe de la presencia del glucósido y, conociendo como seguro que conoce sus efectos y más en un paciente con antecedentes de insuficiencia, acaba constatando que la muerte fue natural. Considero que falta información en el informe de la autopsia. Si el forense ha estudiado más el caso y ha concluido que fue muerte natural, falta que explique en qué ha basado esos estudios. O, en caso contrario, no ha investigado lo suficiente, lo cual me preocupa más ya que supone una dejadez inaceptable en un facultativo.

—No creo que usted esté en condiciones de dar lecciones de ética —le recriminó el sargento.

—¿Cabe la posibilidad de que efectivamente quisiera que se supiera que había oleandrina para dejar entrever a los investigadores que se había tratado de un asesinato, pero no hubiera querido mojarse más por algún motivo que desconocemos? —le apremié.

—De ser así de poco le ha servido. Los investigadores han concluido que se trató de muerte natural —increpó el médico—. ¿No es así señor policía?

—¿Has acabado? —me preguntó el sargento dando muestras de querer irse de allí lo antes posible.

Ahí ya no hacíamos más por lo que asentí.

—Ahora vamos a hacer un trato —le escuché decir al sargento—, nosotros nos vamos a ir. De hecho, no hemos estado aquí. El hecho de no haber estado aquí tiene sus ventajas. No hemos visto el acopio de fármacos ilegales que guarda en su casa y no sabemos que tiene una pistola. Y, por supuesto, no será necesario poner vigilancia para ver si se dedica a la venta ilegal de esos fármacos que acumula en su consulta. Porque supongo que no los tiene de adorno. Y, a cambio, como no hemos estado aquí, usted no nos ha visto. Ganamos todos ¿está de acuerdo?

Asintió sin demasiado convencimiento. No sabría decir si porque consideraba su orgullo herido o porque estaba aún en situación de shock. El caso en que nos largamos de allí sin más.

—¿Qué piensas de todo esto? —dije ya dentro del coche, más por romper el hielo que se había formado en el ambiente entre Melitón y yo que por interés en su contestación.

—¿Sabes lo que pienso? Que me has metido en un embrollo que nos puede costar caro. Sobre todo, a mí. A veces creo que eres muy egoísta y solo piensas en ti.

Tocaba silencio. Nada de lo que dijera iba a mejorar la situación así que cerré la boca. Cuando llegamos recordé que la botella de bourbon seguía vacía. Pero Melitón no se iba a ver defraudado ya que no hizo intención alguna de entrar en casa. Se despidió con un beso en la mejilla y me dejó en casa, sola y sin bourbon en el que mojar mis penas.

Capítulo 17

Wenceslao Pascual, de 57 años, estudió medicina en la universidad Autónoma de Madrid y se especializó en medicina legal y forense en la misma facultad. Vivía en Madrid y trabajaba en el Instituto Anatómico Forense. Eso fue la única confesión que pude arrancar de su cicatero perfil en Likedin. A través de Melitón ya sabía que no estaba en su domicilio y que no lo habían conseguido localizar. ¿Qué lleva a un hombre plenamente integrado en la sociedad y con un trabajo notable a esfumarse como el humo de la noche a la mañana? Lo intenté con el resto de las redes sociales y solo encontré rastro de él en Facebook, pero tampoco encontré nada de valor que me arrojase un poco de luz sobre el motivo de su desaparición. Más que para asuntos profesionales, parece que utilizaba las redes para relacionarse con mujeres que no superaban los treinta años, muchas de las cuales tenían publicaciones relacionadas con el mundo de la medicina forense, por lo que deduje que eran o compañeras o alumnas. Si daba por hecho que lo que había escrito en su muro era cierto, estaba divorciado y tenía una hija, aunque no tuviera publicadas fotos de ambos juntos, lo que me indujo a pensar que su relación paterno-filial no pasaba por su mejor momento.

Hice un rastreo de todo el historial de fotos, eventos y publicaciones y no me resultó difícil dar con el perfil de su hija también en la misma red. María se llamaba y contaba con dieciocho años. Fue un padre tardío de esos que tanto abundan en la actualidad. Supongo que cada vez a los jóvenes les da más miedo tener hijos, pero a mí no, a mí me da pánico.

Decidí probar suerte con su hija. A través de su perfil en la red le envié un mensaje corto en el que me identificaba siendo escrupulosa con la verdad y la explicaba el motivo de la intromisión en su espacio telemático:

“Hola, mi nombre es Yaiza y soy detective privado. Investigo una muerte que pudo ser asesinato. Tu padre realizó la autopsia y ya tuve una charla con él en la que me puso al día de cuestiones demasiado técnicas para mí. Para aclararlas he tratado de conectar con él de nuevo, pero me dicen en el Instituto donde trabaja que ha pedido una excedencia voluntaria. Es extremadamente importante que le vea. ¿Me podrías ayudar?”

No tenía demasiadas expectativas de recibir una respuesta. De hecho, si yo fuera la adolescente y me encontrara con ese mensaje en mi ordenador procedente de una detective interesada por mi padre, tampoco lo hubiera hecho. Así que dediqué los primeros minutos de esa mañana a tareas domésticas, léase tratar de poner orden en el desastre que era mi casa y a perder el tiempo en el nebuloso mundo cibernético. Huelga decir que a lo primero le dediqué tan solo unos minutos y a lo otro bastante más. Abrí el chat en el que unos días antes había encontrado al sumiso con el que me había entretenido un poco y vi que me había dejado un mensaje entrañable. En él me decía que nadie le había azotado con el cariño con el que yo se lo había hecho y que cada vez que se miraba al espejo y se miraba las marcas, una corriente eléctrica le recorría el cuerpo. Prometo que le dejé el culo rojo y si llegó a continuar dándole se lo dejó desollado. Le devolví el saludo de forma cortés y cuando iba a enviarle otro mensaje menos cortés para ponerle en situación y dejarle a mi merced, escuché el sonido de que me había entrado un mensaje. Era la tal María, la hija de Wenceslao.

“No sé dónde está, no me importa y créeme que, si está en un lío y tú le estás buscando para darle una paliza, te ayudo en lo que pueda.”

Efectivamente no me había equivocado en cuanto a lo de la maltrecha relación entre padre e

hija. Aprovechando que en la foto de su perfil tenía el botón verde que indicaba que estaba conectada, me tomé la licencia de probar de nuevo suerte.

“Puede que esté en un lío como tú dices, aún no lo sé. Una de las personas relacionadas con esa misma investigación ha sido asesinada. Ayúdame por favor si sabes algo”.

Instantáneamente recibí la contestación:

“Olvídese de mí. Bloqueada.”

Abandoné esa vía. No parecía que la hija estuviera muy unida a su padre y resultaba poco probable que este, de haberse largado voluntariamente, hubiera dedicado el más mínimo esfuerzo para despedirse de un retoño que no parecía rezumar amor y cariño hacia él.

Bajé un poco más en la página del forense y me entretuve mirando las fotos que había subido a su muro. Encontré una que me obligó a detener la rueda del ratón. Era él levantando una jarra de cerveza en compañía de otros dos sujetos que yo no conocía de nada en un bar. Pero había un cuarto brindando con ellos al que sí conocía y bien. Bueno, por lo menos en fotos: Leocadio Huidobro.

O sea que esos dos se conocían. Acababa de elevar al forense a la categoría de sospechoso principal por la muerte del empresario. Me había mentido descaradamente cuando le pregunté por la autopsia y fingió no recordar los detalles. Y ahora había desaparecido. ¿Pudo tener algo que ver con su muerte? Según el doctor Lopetegui no le convencía la actitud de su colega en cuanto al contenido de la autopsia. Y ahora se había ido, del trabajo y de casa, dejándolo todo. Tenía un buen hilo del que tirar para ver si de una vez empezaba a desmadejar ese ovillo en el que se había convertido el caso.

Era domingo y no tenía nada previsto que hacer. Así que decidí buscarme un entretenimiento. Pero no un entretenimiento cualquiera, sino uno divertido. Busqué la dirección del autor de la autopsia y me vestí como me suelo vestir los domingos que es un poco más atrevida que lo que lo suelo hacer los sábados. Y así me dirigí en el Cercanías de la Renfe hasta Pirámides y de ahí al Paseo de los Olmos por el que tuve que andar unos doscientos metros bajo el sol de la calurosa mañana. Una vez en el portal de la vivienda del forense, me topé con un portero que no sabía que los domingos se habían hecho para descansar y le dejé un poco de tiempo para que me mirase y crease un charco de baba en el suelo. Después de recorrer mis piernas, empezando por las sandalias de tacón hasta el comienzo de la minifalda que simulaba el uniforme de una colegiala, se atrevió a mirarme a los ojos no sin antes hacer escala en mi pecho. Si bien no me preguntó nada, fui yo la que voluntariamente me decidí:

—Vengo a ver al doctor Pascual, soy una alumna residente y he quedado con él para un repaso que me tiene que hacer. Me refiero a la asignatura de anatomía.

—Creo que no está, no le he visto desde hace unos días. Es agosto, se habrá ido de vacaciones, pero no me ha dicho nada. Así que vas a tener que buscar otro profesor para que repase tu anatomía.

—Me acaba de llamar hará escasamente una hora y me ha dicho que me esperaba en su casa, dispuesto para echarme una mano en lo que necesitara, así que creo que se equivoca señor.

—Pero si llevo días sin verlo —siguió machaconamente el empleado.

—Pues que quiere que le diga, en la facultad ha dicho que está con una gripe de verano y que por eso no podía acudir a los cursos estivales. Supongo que habrá estado en la cama sin salir. Pero a mí me acaba de decir por teléfono que me va a atender —y reí exageradamente ingenua, tanto que pensé que no iba a colar.

Pero ese portero estaba hecho del mismo material del que están hechos todos los hombres.

Hinchó el pecho hasta tal punto que casi se le sale de la americana azul del uniforme y me hizo una reverencia indicándome el camino hasta la casa del forense. Noté su mirada clavada un poco más abajo de mi espalda mientras caminaba hasta el ascensor.

Llamé y como era de esperar no me abrió nadie.

Me gustaría poder decir que entre los múltiples trucos que he aprendido en mi poca dilatada vida como detective figuraba el de abrir puertas a la primera. Pero no era así como estaba a punto de demostrar. Saqué de mi bolso el pequeño estuche con 25 ganzúas y recordé las enseñanzas recibidas de Javier Holmes. Tomé dos de ellas, una con forma de gancho y otra que era la de tensión. En mi mente tenía la enseñanza recibida: el objetivo era alinear los cinco pistones de la cerradura para permitir el giro del cilindro y por tanto la apertura de esta. O sea que la teoría me la sabía, por tanto ¡manos a la obra! Metí primero la de tensión *Wrench*, que así se llama, en el lado contrario donde estaban los muelles de los pistones y con la de gancho intenté ir levantando uno a uno todos ellos. Después de dos intentos me di por vencida y probé con otra ganzúa que se llama de serpiente y que debería permitir levantar más de un pistón a la vez aplicando lo que se llama la técnica del rastrillo.

Veinte minutos después, cuatro ganzúas destrozadas, un dolor en mis manos que se me hacía insoportable y con todo el maquillaje echado a perder por el sudor, conseguí por fin que el bombín cediera. Prometí que el próximo juego de ganzúas lo compraría en una tienda especializada y no a través de internet en una tienda con nombre chino. Y lo más importante de todo, ¡que dentro de la caja incluyese el manual de instrucciones! Y en español y no en el idioma de Fu Manchú como era el caso.

No había visto indicativo de que hubiese alarma en la vivienda, aun así, me mantuve alerta los primeros segundos después de la intromisión para correr en el caso de que sonase algo. No sonó y me quedé un poco más tranquila, aunque sabía que había alarmas que no tenían avisador acústico, pero sí cámaras conectadas con una empresa de seguridad e, incluso, con la propia policía. El caso es que ya que estaba allí no me pensaba amilanar por asuntos menores. Demasiado esfuerzo me había costado entrar como para achantarme una vez dentro.

La casa era de esas que quitan el hipo, sobre todo para las que vivimos en chamizos que no admiten comparación con la que tenía ante mí. Rápidamente me llamó la atención que estaban todos los muebles en perfecta armonía, pero no abundaban los efectos personales. Fui al dormitorio y abrí el armario. Efectivamente estaba casi vacío. No había ordenador portátil, ni relojes en ningún cajón. El individuo había volado premeditadamente y no se había ido de vacío. Seguí buscando algún efecto personal que delatase el destino que había tomado el forense, pero nada de nada. Miré el teléfono y comprobé que no tenía activado contestador automático. Pulsé el botón de rellamada y nada, o el teléfono no tenía esa función o alguien había borrado el buzón de llamadas enviadas. Entré en el baño, estaba seco sin señal de que hubiera sido usado en el último día. Todo hacía indicar que el sujeto se había ido voluntariamente ya que todo estaba en perfecto orden. Y todo apuntaba a que se había ido para estar fuera mucho tiempo.

Bajé de nuevo y el portero con toda su guasa me preguntó por el repaso.

—¡Ha sido rápido guapa!, me refiero al repaso.

Me senté en la mesa de escaso metro de longitud que tenía en el pequeño office de cristalera que daba al portal y crucé las piernas con picardía.

—Creo que aprobaré. La verdad es que el doctor es muy bueno en lo suyo. Un poco rapidillo, pero bueno.

—Debe serlo guapa, veo que has sudado y llevas la blusa descolocada. ¿Era difícil la

asignatura? —se mostró observador. En lo que había errado es en el motivo del sudor y, por supuesto, no tenía pensado contarle el verdadero motivo de mi esfuerzo ya que eso me hubiera obligado a hablarle de la mala calidad de las ganzúas que había utilizado por no decir de mi falta de pericia.

—¿Y cómo es que no ha visto al doctor en unos días estando como está en casa? Vaya un portero que no sabe si están los vecinos —le piqué con voz frívola.

—Oye nena, que yo también sé hacer bien mi trabajo, no solo el doctor ese te puede enseñar cosas —entró a mi juego—. No sé qué hará en casa, pero lleva unos días sin salir.

—Y tú creías que se había ido de vacaciones. Mira que si te llevo a hacer caso y no subo, hubiera suspendido.

—Mujer, que no es para tanto. Lo cierto es que creí que se había ido porque una de las vecinas dijo que la otra noche le había visto bajar tres o cuatro veces con maletas y cajas. Le extrañó la hora, que no era la adecuada para mudanzas y se pensó que se iba a un viaje de esos de larga duración.

—¡Ah! ¿Y bajó el solo las cajas y maletas o le ayudó alguien? —seguí con mi labor de aparente cotilleo banal.

—Mucho interés tienes por el profesor guapa —el portero pareció extrañarse de mi exceso de curiosidad. Así que tuve que cambiar de tema.

—Por cierto, la casa es preciosa. Quizá la única pega que le pongo es que la cama es algo dura. ¿Es del doctor?

—Está de alquiler niña.

Ya tenía lo que quería y además le vi que se estaba acercando peligrosamente con claras intenciones de pulpo. Le di un cariñoso cachete en el culo y me largué de allí. Salí al Paseo de los Olmos que contaba con un plácido jardín al otro lado de la calle y me decidí a cruzarlo en dirección a una terraza en la que pensaba dar cuenta de un aperitivo. Pero no pude. Un Seat León con la pintura azul descascarillada avanzó desde la posición en la que se encontraba, en la misma calle, y se paró junto a mí. De él salió un senegalés al que conocía bien y me invitó a subir. Lo hizo sin violencia y casi me dio la impresión de que me lo pedía por favor.

—Kumé quiere verte —me dijo. Miré y vi al volante al otro senegalés.

—No voy a subir te pongas como te pongas, aprecio mucho mi vida, majo. Si das un paso más grito.

—Kumé ha dicho que ven, no te vas a arrepentir. Hay cosas que contar y él lo va a hacer. Sube.

Me hallaba en una encrucijada. Enviar a tomar viento fresco al senegalés y quedarme con las ganas de saber si ciertamente me iban a contar algo interesante allá donde me fueran a llevar, o subir y arriesgarme a ir a un descampado donde mi cadáver sería más tarde escondido en un agujero para permanecer allí toda la eternidad.

Metí mi mano en el bolso y atrapé el espray de pimienta comprado en otra tienda de chinos, pero esta distinta a la de las ganzúas. Pero no lo utilicé, solo me aseguré de que estaba donde debía estar. He hecho muchas tonterías en mi vida y estaba segura de que la de subir a un coche desvencijado con dos hombres de color, uno de los cuales ya había exhibido una navaja ante mí, era de las peores. Pero aun así lo hice. El coche olía tanto a porquería que no había quién lo aguantase y, además, apestaba a porro y de no abrir las ventanillas en breve comenzaría a notar los efectos.

—¿A dónde vamos? —quise saber.

—No preguntar ahora. Luego preguntas a Kumé.

Vi que pasábamos por la avenida de Entrevías en dirección a la M40. Para los que no lo sepan, esa zona era una de las zonas más conflictivas de Madrid, con lo que resulta fácil deducir que no me encontraba cómoda en compañía de esos dos. La elección ya estaba tomada y poco más podía hacer, pero a medida que veía como avanzábamos por entre las casitas bajas y sencillas de esa barriada tan problemática, me arrepentí de no haber vaciado el spray en los ojos de Toto y haberme largado hasta mi casa de nuevo en el Cercanías de la Renfe.

En la glorieta próxima a la circunvalación, el conductor tomó dirección al Camino del Pozo del Tío Raimundo y se detuvo en un pequeño edificio anejo a una de las naves de la calle. Bajé del coche y los acompañé con la misma sensación que debe tener una oveja que camina en dirección al matadero, pero sin balar.

Merodeando por los alrededores observe un par de sujetos sentados en un coche que no nos quitaban ojo. Bueno, sobre todo a mí.

—Son amigos, no preocuparte —me dijo Toto con su castellano peculiar.

Pero yo estaba preocupada. Entramos en el bajo del pequeño edificio que me dio la impresión de haber sido la sede de un taller mecánico pero que ahora estaba desmantelado y allí vi al que había dado instrucciones a sus muchachos de que me llevaran ante él. Sentado en un sillón que debió ser de piel pero que ahora parecía despellejado, estaba Kumé que me saludó con una sonrisa. Era el único mueble visible que había en el local, así que permanecí de pie.

—El bolso —me pidió el senegalés que me había acompañado.

—¡Y una mierda te voy a dar yo a ti el bolso! —exclamé.

—El bolso —insistió el africano.

—¡Que no! —también insistí yo.

—Por favor, es solo para garantizar que no grabas nada de lo que hablemos. Te lo devolveremos intacto —me pidió Kumé.

—¡Que no te lo doy! —le grité. No me preocupaba lo de la grabación que ni se me había ocurrido, sencillamente no me gustaba estar alejada del aerosol de pimienta y de los puños de hierro.

—O bolso o no hablar —sentenció el senegalés cogiéndomelo sin más.

Accedí no muy convencida.

—Siéntate detective —se levantó y me cedió su sitio—. Quería hablar contigo antes de irme. Me he quemado aquí, en Madrid, y mis jefes me llevan a otra ciudad.

Preferí permanecer de pie, a su misma altura. Bueno, casi a su misma altura.

—¿Y no era más sencillo usar el teléfono? Me llamas, me lo cuentas y no me haces pasar el mal rato de subir a un coche desconocido con dos individuos que ya han intentado una vez rebanarme el pescuezo.

Rio y, a un gesto de él, sus dos secuaces salieron y nos dejaron solos. Se levantó y extrajo una botella de una pequeña nevera que había en una esquina y que me había pasado desapercibida. Sirvió dos vasos de un extraño líquido de color morado que despedía un aroma que no supe asociar a nada conocido.

—¿Me vas a drogar? —le pregunté.

—Es bissap, está hecha de hibisco, azúcar y agua. Una bebida muy común en mi tierra. Pruébala.

—Siendo así se agradece el traerme obligada. Haber empezado por ahí, o sea que se trata de una cata de bebidas típicas de tu tierra. Ahora estoy más tranquila —ironicé.

—No quería irme sin pedirte perdón por el comportamiento de Toto y Solomon. Se vienen conmigo. Son buenos chicos, pero demasiado impulsivos y en nuestro negocio eso no es bueno.

—¿Y cuál es ese negocio del que me hablas? —quise saber.

—Ya te lo imaginas. Creamos una tapadera que nos permitía estar cerca de nuestra gente. De hecho, y aunque no lo creas, hemos ayudado a bastantes chicos que estaban a punto de ser expulsados del CIE. Pero, como ya sabes porque estás muy cerca de la verdad, se trataba solo de una tapadera.

—Y supongo que a alguna chica también le habéis buscado ocupación. Sois unos seres despreciables. Eso es lo que pienso de vosotros. Ahora es cuando me vas a confesar que eras tú el que estabas detrás del transporte de mujeres desde tu país para venderlas como carnaza. ¿Es así como ayudas a tus compatriotas? Eres un...

—Para Yaiza. Probablemente lleves razón en muchas cosas. Pero yo solo soy un peón más. Contactamos hace tiempo con el empresario fallecido. La petición fue sencilla, nos presentamos como una ONG que deseaba traer a Madrid unas chicas que estaban retenidas en Algeciras por cuestiones burocráticas. Le pagamos muy bien, cien mil euros por el transporte. Leocadio fue reticente cuando le pedimos el segundo transporte, así que subimos un poco el precio y le garantizamos regularidad. Al cabo de un año nos movía todas las chicas entre el sur y Madrid, entre Madrid y ciudades costeras y en ocasiones especiales nos movía no solo mujeres sino también otras sustancias.

—¿También se dedicaba al tráfico de drogas? —pregunté sorprendida.

—Solo de forma ocasional armas, estupefacientes u otras sustancias químicas. Incluso hasta que fue interceptado el cargamento, dentro del almacén teníamos un zulo donde guardábamos a las mujeres hasta ser distribuidas.

—Perdona, ¿el cargamento? ¿Te estás refiriendo a esas mujeres como el cargamento? Eres un hijo de puta —le grité. No pude contenerme y avancé unos centímetros hacia él amenazante.

—No te calientes y déjame continuar. Seguramente va a ser la última vez que me veas y lo que te quiero contar probablemente te vaya a interesar. Ahora la tapadera se ha desmoronado, pero durante un tiempo ha funcionado bien. El ruso y mis dos amigos se ocupaban de organizar el transporte, siempre con los mismos camioneros, no todos estaban al corriente en la empresa, de hecho, solo unos pocos eran los elegidos. Calculo que Leocadio se ha llevado en los últimos años muchos millones de euros. ¡Mucho dinero detective!

Quería decir muchas cosas, pero no podía. Se mezclaba la impotencia de tener ante mí a un ser deleznable con la rabia de saber que al final el padre de mi cliente era culpable hasta la médula. Algo, por cierto, sobre lo que llevaba tiempo rumiando.

—No tienes escrúpulos. Sois unos monstruos —expelí mis palabras con furia.

—Hay muchos tipos de monstruos, algunos llevan cartera gracias a vuestros votos. ¿O es que te piensas que yo soy el jefe de esto? No detective. Como te decía antes, yo soy el peón. Mi trabajo era organizar los transportes, pero no sé cómo llegaban las chicas desde África ni me he ocupado de lo que les hacen una vez que las entrego. Solo del transporte. Hay mucha gente implicada en esta red, gente muy poderosa. Leocadio ha ganado mucho dinero, pero hay quién gana mucho más: drogas, prostitución, control del juego, contrabando. La mafia sigue funcionando, la diferencia con otros países es que los poderosos tienen tan bien controlado el negocio que apenas trasciende a los ciudadanos que viven tranquilamente pensando que en su país no hay apenas corrupción. Surge algún reportaje en televisión de vez en cuando, pero cuando se apaga la tele, todo se olvida. En España vivís bien y por eso no os importan los problemas de otros. No me

culpes a mí solo, hay muchos culpables y la red es más extensa de lo que te podrías imaginar.

—¿Tienes algo más fuerte? Esta bebida que me has echado es una mariconada y lo que me estás contando me está revolviendo el estómago.

Sonrió, abrió de nuevo la nevera mimetizada con las paredes del rincón y me sirvió un whisky como dios manda, doble y sin hielo. Y continuó.

—El éxito del negocio radica en la garantía para poder operar. En otros países a la policía es necesario untarla durante un control para evadir la multa. Pasa mucho en Sudamérica. Aquí, en España y en Europa, no es así. La policía está lo suficientemente bien pagada como para que eso no funcione, no aceptarían sobornos. Pero los políticos no están tan bien pagados. O son más ambiciosos que los policías porque saben que su trabajo es temporal, solo estarán un tiempo en el puesto. El caso es que resulta fácil evitar los controles si quienes los organizan son amigos. Así hemos funcionado con la empresa que tú investigas durante más de cuatro años. Todo perfecto. Nunca nos pillaron, nunca un descuido. Hasta que llegó el fatídico día en que todo explotó. Curiosamente el camionero que murió no estaba con nosotros. No sabía nada de lo que llevaba.

—Murió un inocente entonces —observé sorprendida.

—Teníamos más de media docena de camioneros en nómina que colaboraban sabiendo bien lo que hacían. Ese día, por una u otra razón, ninguno estaba disponible y Erik asignó el tráfico a uno que no sabía nada del negocio. Allí, en Algeciras, le distrajeron mientras se cargaba la mercancía, la oficial y la otra, llevándoselo a desayunar. Su destino era Palencia donde debía descargar la mercancía, eso era lo que él sabía. Pero lo que él no sabía antes de morir es que le íbamos a hacer parar un poco antes, en una nave próxima a la A62, para recoger un encargo y mientras le invitábamos a comer en un restaurante de carretera descargaríamos lo que nos interesaba. Ese día, el guardia civil nigeriano mató a un inocente como bien has dicho. Aunque eso nunca se sabrá ya que la conclusión de la policía es que el camionero actuó de forma aislada. ¿Qué paradojas nos ofrece el destino verdad detective?

—¿Por qué me cuentas todo esto? Sabes que lo voy a utilizar en cuanto salga de aquí. Voy a ir a por vosotros —le amenacé, aunque acto seguido me arrepentí. Me asaltó un terrible pensamiento: si ese me estaba descubriendo todo, es porque me iba a despachar.

—No te va a servir. Este negocio en concreto ya no existe. Es solo historia. Hay otros, muchos más. Pero este ya no existe. Y te prometo que nada de lo que cuentes a la policía les va a sorprender. Es más, según suba la información en la jerarquía, llegará a alguno al que no le sorprenderá nada. No creo que sea una buena idea que lo cuentes, te podría perjudicar más que ayudar.

—¿Me darías nombres? —pregunté.

—Qué ingenua eres detective. Nada de nombres. No te cuento esto para que metas tus narices de sabueso en nuestro negocio. Sería muy perjudicial para tu salud. Te lo cuento porque hay algo que quiero que sepas. Nosotros no hemos matado a Leocadio. Sé que la policía cree que murió de forma natural y sé que la autopsia así lo corrobora. También sé que los hijos te han contratado para esclarecer su muerte porque no se creen lo del infarto. Hacen bien, yo tampoco me lo creo. Pero métetelo en tu mollera, nosotros no tenemos nada que ver con esa muerte.

—¿Tú le conocías bien?

—Bastante bien. Conocía sus debilidades, que eran muchas. Le gustaban las mujeres jóvenes, cuanto más jóvenes, mejor. Asistía a orgías y consumía regularmente metanfetamina además de MDMA también conocida como éxtasis. No descarto que la dolencia cardíaca que le diagnosticaron fuera consecuencia de los abusos además de la edad. Pero tengo serias dudas de

que eso fuera lo que le matase.

—Y del dinero de la empresa que ha desaparecido, ¿tú o tu gente tampoco sabe nada? Me pregunto si a raíz de que la policía encontrase el camión y el negocio hubo de cerrarse, la relación entre Leocadio y vosotros se deteriorase lo suficiente como para que le mataseis y os llevarais el dinero que le habíais dado durante los cuatro años de colaboración.

—Nosotros no somos así. Ganamos dinero de otra forma, no matamos a los que nos han ayudado. No nos interesaba ni Leocadio ni su dinero. Escucha detective, no te haces una idea de lo que es esto, hay dinero para todos. Pero ese negocio se había acabado y había que desmantelarlo. De hecho, se llevaba ya trabajando en su sustituto antes de que eso pasase. Normalmente no duran más de tres o cuatro años los negocios. Luego conviene cambiar ya que se quemán fácilmente. Leocadio tenía suficiente dinero para pasar el resto de su vida como un rey. No hubo desavenencias.

—¿Y qué crees que pasó? ¿Pudo suicidarse? —apelé al conocimiento que Kumé tenía de Leocadio según había confesado.

—Alguien le ha vaciado la saca, eso es seguro. No sabemos quién, pero lo sospechamos. No obstante, esa no es nuestra guerra.

—¿Chantaje? Alguien que conocía su implicación ha podido extorsionarle —reflexioné.

—Es posible. Pero sospecho que, si eso hubiera sido así, me hubiera pedido ayuda. Tenía confianza para hacerlo. Nosotros le hubiéramos solucionado el problema. Cuando nos lo proponemos somos muy eficientes.

—No lo dudo. ¿Y por qué crees que no os dijo nada? Se me ocurre que quién le extorsionaba le tenía bien cogido por los huevos y no solo por la amenaza de destapar sus actividades pasadas —expuse—. ¿Pudo haber algo más?

—Eso lo tienes que descubrir tú. Ya no vamos a hablar más. Quería decirte que nosotros no hemos tenido nada que ver con la muerte de Leocadio y aunque no sé muy bien el motivo, me caes bien. No quiero que te metas en problemas. Investiga lo que quieras sobre el dinero que ha desaparecido y sobre la muerte del empresario. Pero a nosotros nos dejás en paz. Es mejor así, créeme.

—Si te entiendo bien, me pides que cierre los ojos, que vais a seguir engañando a mujeres para explotarlas como si fueran mercancía. ¡No los voy a cerrar! —le grité encarándome a él.

—No vas a cambiar el mundo, mientras haya hombres que paguen por estar con esas mujeres, también habrá hombres que se arriesguen para traerlas y también habrá otros que se hagan ricos explotándolas. Todos son igual de culpables. Es un círculo en el que no hay nadie más culpable que otro. Todos son igual de responsables del destino de esas chicas: los que las capturan o engañan para traerlas, los que las extorsionan para que trabajen, los cargos públicos que no actúan con la diligencia debida, los hombres que pagan una miseria por mancillar a chicas que podrían ser sus hijas y la sociedad opulenta vuestra que cierra los ojos ante aquello que no quiere ver. Todos, ¿lo entiendes? Todos sois igual de culpables, así que no me señales a mí —vociferó y gesticuló como un poseso. Me dio la impresión de que con su perorata pretendía desinfectar su putrefacta conciencia. Para él quizá fuese así, aunque lo dudo. Por supuesto que ante mí, su conciencia, si es que ese individuo la tenía, olía a podrido.

Kumé se levantó y me miró ufano, quizá intuyendo que sus palabras habían calado en mi interior, abrió la puerta y ordenó que me devolvieran el bolso. Eché un vistazo y el contenido estaba intacto. El africano se rio y me ofreció la mano.

—Yo no doy la mano a maltratadores y asesinos.

—Recuerda, por tu bien Yaiza, olvídame y vivirás más años que si no lo haces.

Había sido la primera vez en dirigirse a mí por mi nombre, y lo había hecho para lanzarme una amenaza implícita.

—¿Me estás amenazando hijo de puta?

Me miró fijamente y me preparé para una reacción suya, pero esta no llegó.

—¿Y cómo coño llego yo hasta el transporte público más cercano?

—Fácil, sigue la calle, cruza la M40 y llegarás a la parada de Cercanías de El Pozo —me contestó jocoso el africano—. Somos maltratadores y asesinos como acabas de llamarnos, no taxistas.

—Gracias, generoso —le espeté y me volví altiva caminando en dirección a la calle del Pozo del Tío Raimundo vestida con mis tacones y mi falda de colegiala. Si bien esa zona, que fue un poblado chabolista donde abundaba el trapicheo, había mejorado notablemente, seguía sin ser adecuada para darse un paseo en minifalda.

Se me había pasado algo por alto y después de unos metros me di la vuelta.

—Espera Kumé, ¿por qué adoptó Leocadio a tu hermano?

—Ya te lo dije detective, me enteré de que quería ayudar a una de las chicas que trajimos y le ofrecí un cambio. No hubo nada más. Escucha, el negocio se había acabado, pero Leocadio se había enganchado a la buena vida y nosotros se la estábamos proporcionando. Seguía habiendo buena relación y posiblemente nos hubiese seguido siendo útil, pero murió. A mi hermano le ayudó y yo se lo agradezco. Pero ese acto de generosidad o de arrepentimiento, lo que sea, no obedecía a una extorsión por mi parte. Créeme.

Necesitaba una siesta para digerir todo el empacho de información que me había llegado durante la mañana. Una vez digerida, la primera tarea sería decidir si lo que me había contado el africano era veraz o no. También tenía que considerar la posibilidad de contárselo todo a Melitón y que él decidiese si se lo pasaba a sus compañeros del grupo de Trata de Seres Humanos. Aunque algo me decía en mi interior que eso me quedaba demasiado grande. Además, cabía pensar que si Kumé se había decidido a contarme todo eso era porque no habían dejado ningún cabo suelto del que tirar. Borrón y cuenta nueva.

Mientras caminaba hasta la estación me dediqué a programar las siguientes tareas a realizar y a ordenar dentro de mi cabeza la lista de sospechosos:

1. Tendría que hablar con el expolicía contratado por Eustaquio Villapalos, el dueño de LESA. Descartados los africanos, el empresario se situaba en el primer lugar de los sospechosos. Su empresa era la que había colaborado en vaciar las cuentas de LoLeHuSA a cambio de un buen mordisco. Era mucho el dinero que estaba en juego y me resultaba creíble que tanto al empresario como a su socia y amante, Leonora Valencia, la comisión que les pagaba Leocadio por emitir facturas debidamente infladas les pareciese poco y desearan más. Eso le pudo costar la vida.
2. Un puesto más abajo en la lista de sospechosos, se situaban los hermanos Huidobro. Ellos, sobre todo el mayor, podrían estar al corriente de que su padre estaba tomando decisiones nefastas para la empresa y por tanto para su futuro. Roberto bien pudo tomar el control de la compañía para frenar su caída y con ello se enfrentó a su propio padre, el cual le estorbaba para sus planes de erigirse en el que tomaba las decisiones.

3. Siguiendo en la lista estaba el forense que se había esfumado y del que hasta su propio colega y médico personal de Leocadio dudó cuando leyó su informe de autopsia.
4. La antigua amante del empresario y su hija tenían un móvil muy claro: la herencia. Una vez que habían conseguido que este reconociera a Belén y la incluyera en el testamento, no les había venido mal su muerte antes de que alguno de los hijos se enterase e influyera para que su padre cambiase de opinión.
5. El abogado Almendro por otro lado no podía ser ajeno a todo lo que se estaba cociendo dentro de la empresa. Además ¿Por qué le deja el fallecido de albacea del hermano de Kumé? Eso por no mencionar el diez por ciento del legado.
6. Las hermanas gemelas y esposas de los hijos de Leocadio se iban a hacer en breve con el control de la empresa. No tenía muy claro cuál es el interés que podían tener en ese negocio, pero era algo que habría que investigar. No parecían haber mostrado interés alguno por LoLeHuSA hasta el momento, ¿por qué ahora sí?
7. Y eso suponiendo que el africano no me hubiera mentido. Porque si me retorció la mente un poco más de lo que ya la tenía, podría llegar a pensar que el empresario se había entregado a la vida lujuriosa que le facilitaba el dinero y sus contactos mafiosos y, cuando estos decidieron cerrar el negocio, Leocadio quiso más y empezó a ser una amenaza. Una vez muerto, los protagonistas visibles de la trama se van a otro lugar para continuar sus fechorías y previamente a su fuga le cuentan a la detective ingenua que ellos son malos, muy malos, pero no responsables del asesinato del dueño de LoLeHuSA. Y la detective, que tiene contactos en la policía, habla con ellos e inocentemente deriva sus sospechas hacia otro culpable.
8. En el farolillo rojo de la lista tenía que recoger forzosamente como responsable de la muerte de Leocadio Huidobro, al mismo Leocadio Huidobro. Pudo suicidarse y poner fin al chantaje del que era objeto preservando parte del patrimonio de la empresa para sus hijos antes de que quién le extorsionaba se hiciera con todo. O también pudo automedicarse para evitar las pruebas médicas y se le fue la mano.

No era casualidad haber puesto a este sospechoso el último, era la posibilidad que menos me convencía. Después de su muerte eran muchas las cosas que habían ocurrido como para considerar todo un desgraciado accidente. Pero no podía descartarlo.

Si esta última opción, la del suicidio, no resultase ser cierta, entre el elenco de culpables que había creado en mi mente estaba el responsable de la muerte del empresario. Mentalmente rompí la lista con la prelación de sospechosos, situándolos a todos en el mismo puesto dentro del ranking, justo en el momento en que llegué a mi destino.

Capítulo 18

Llegué a la estación de tren sin incidentes y cuando iba a acceder por el torno de acceso consideré que era más cómodo disponer de chófer que ir en el transporte urbano. Además, necesitaba poner mis ideas en claro y compartirlas suele ser un método que da resultados. Así que llamé a Miguel Agúndez. Y como para pescar un buen pez, nada mejor que un buen cebo, le prometí al expolicía ponerle al corriente de mis últimas averiguaciones, que no eran pocas.

Así que picó y en menos de veinte minutos le tenía frente a la estación.

—No sabía que aún fueses al colegio. Te queda bien el uniforme, detective —fue su saludo.

—En cambio tú vistes como lo que eres, un policía jubilado que apesta a eso, a policía. No valdrías para detective privado. Se te nota en la cara lo que has sido —le espeté. No tenía el cuerpo para florituras.

—Vaya, no es que esperase que me dieras las gracias por venirme a buscar, pero un poco de amabilidad no me vendría mal. Además, tengo noticias frescas para ti. ¿Recuerdas que te dije que investigaría al chico que acogió en su familia como hijo Leocadio? Pues lo he hecho y resulta que es el hermano del que dirige la organización humanitaria Refugiados de Madrid.

—Estupendo, estás hecho un lince —le repliqué jocosa—. Pero eso ya poco importa. Kumé, junto a sus secuaces, se está largando ahora mismo a otro lugar que desconozco para seguir haciendo lo mismo que estaban haciendo aquí: organizar el traslado de cientos de mujeres que son secuestradas en sus países de origen y obligadas a prostituirse en aquellos lugares donde el cuerpo de una mujer no vale nada, como ocurre en España.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó interesado.

—Digamos que me han organizado una fiesta de despedida a pocos metros de aquí. Han desmantelado el tinglado que tenían montado y se van con la música a otra parte. Y de su negocio aquí, supongo que se ocuparán otros. Me han jurado que ellos no mataron a Leocadio y que no saben nada de la pasta que ha desaparecido —le expliqué.

—¿Les crees?

—No vas a encontrar a una mujer más descreída que yo, en todo. Solo creo en mi intuición y esta no me está ayudando mucho en este momento.

—Yo pensé que la intuición de un detective era su herramienta principal, y en tu caso siendo intuición femenina... —bromeó. Preferí no decirle lo que pensaba de su gracia.

—Vale. Si tuviera que señalar con mi dedo acusador, lo haría en dirección a la persona que nos ha contratado a ambos —confesé—. Escucha esta posibilidad: Leocadio decide largarse y no se fía de sus hijos para que continúen el negocio. Además, sabe que está siendo investigado y no las tiene todas consigo. Finge el acuerdo con LESA y, a través de las facturas desorbitadas que le llegan durante unos meses y el préstamo hipotecario que pide sobre la nave, consigue hacer líquido una buena parte de su patrimonio. Eustaquio y su socia se dan cuenta de lo que este pretende y la comisión que reciben les parece poco. Saben dónde está el dinero, planean hacerse con él y suministran al dueño de LoLeHuSA, poco a poco, durante sus encuentros, la sustancia que le acabará matando de un infarto.

—Ese mismo planteamiento valdría para su hijo Roberto. Ve como el viejo está dilapidando el negocio y decide intervenir y salvar lo que queda de la empresa. No tienes nada detective, solo conjeturas.

—Pues hablando de conjeturas, te voy a poner en bandeja de plata otra cuestión para la

sospecha: me he encontrado a la esposa de Crispulo, el hermano menor de los Huidobro. Parece ser que ella y su hermana gemela pretenden comprar la compañía, o lo que queda de ella —le puse al día con mis avances.

—Eso lo sabía —me sorprendió el expolicía—. Pero no es lo único que pretenden comprar. Ayer le llamaron a Eustaquio y le ofrecieron comprar una parte de su negocio para crear un holding logístico en Madrid sin competencia. Esas van a por todas. Parece que les ha dado por los negocios.

—Mucho interés están demostrando por la logística y el transporte de mercancías. Muy curioso —reflexioné.

Iba a arrancar el coche Miguel Agúndez cuando oí el sonido alertándome de que me había entrado un mensaje. Era Melitón para que le llamase.

—¿Es que no puedes vivir sin mí? —le espeté como saludo.

—No, pero no te llamo para decirte eso. Escucha —me pareció ansioso por soltar lo que tenía dentro—, ya tenemos a Wenceslao Pascual, el forense.

—Perfecto, me gustaría estar presente en los interrogatorios. ¿Crees que Luis me dejará? —le pedí.

—Lo dudo mucho. No que te lo autorice, sino que se le interrogue, salvo que sea con una güija. Lo han encontrado en el aeropuerto Humberto Delgado, en Lisboa. Estaba en el baño. Parece que murió mientras se encontraba sentado haciendo deposiciones. La hipótesis preliminar que ha establecido la forense que ha reconocido el cadáver es que le han envenenado. Probablemente con una dosis de arsénico, no lo suficientemente grande para morir en el acto, pero sí para provocarle molestias gastrointestinales al principio y la muerte después. Está pendiente de confirmar. De momento y a falta de autopsia solo tenemos hipótesis.

—Como dijo Paracelso: todo es veneno y nada es veneno, depende de la dosis —me las di de pedante—. ¿Qué haría en Lisboa?

—Han encontrado en su poder un billete, solo ida, a Sao Paulo. Parece que ese iba a ser su destino por más tiempo que el que duran unas vacaciones. Tenía facturadas cuatro maletas y seis cajas embaladas. Todo un ajuar.

—Estaría bien saber dónde pensaba establecerse y quién le esperaba allí. Con tanto equipaje, seguro que ha contratado alguna empresa de portes que le fuera a buscar. Podríaís investigarlo.

—Yaiza, Sao Paulo es una ciudad de más de doce millones de habitantes, ingobernable. No creo que sea una buena idea. Además, no tenía por qué estarle esperando nadie allí para hacer el porte y podría tener previsto contratarlo al llegar. Lo mismo es el responsable de la muerte de Leocadio y se hizo con el dinero de la empresa. Brasil no es un mal sitio donde gastar una fortuna. Y alguien se ha enterado y se lo ha cargado.

—¿Sabéis la hora a la que llegaría de seguir vivo?, es probable que en el aeropuerto se encuentre al conductor de una furgoneta con el nombre de nuestro forense escrito en un papel haciéndose visible —apunté—. Deberías ponerte en contacto con las autoridades de allí.

—Eso si ha dado su nombre, porque si yo hubiera estado en su pellejo, al del transporte le hubiera dicho que me llamaba John Smith —se mostró escéptico el policía.

—Pues diles a tus colegas que busquen a alguien en el aeropuerto con un cartel de John Smith. ¡No haces más que llevarme la contraria Melitón! —me mostré contrariada. Estaba nerviosa.

—Me convence más pedir a la policía portuguesa que localicen con quién ha estado en el aeropuerto. Me temo que haya sido con el responsable, no solo de su muerte, sino también de la del contable.

—Responsable no sé, pero cómplice es casi seguro —añadí—. Melitón, pide a tus colegas de Lisboa que miren cámaras para ver con quién había quedado el forense. En todos los aeropuertos hay cámaras que deberían cubrir todos los rincones, llevará tiempo seguir su rastro desde que entró en él, pero pídeles que lo intenten. Es posible que conozcamos a quién le vertió el veneno. Que revisen especialmente las cámaras que dan a las cafeterías del aeropuerto.

—Ya sé hacer mi trabajo Yaiza. Veré lo que puedo conseguir. Pero no te prometo nada —me dijo y colgó.

—Tenemos un sospechoso menos —reconocí ante el expolicía.

—Lo he escuchado. ¿Crees que huía porque tenía miedo o porque se había hecho con la pasta de la empresa y se disponía a fundírsela en Brasil?

—Si tenía miedo es porque había hecho algo mal. Y, cuando menos, lo que es seguro que hizo fue falsear el informe de la autopsia concluyendo que la muerte de Leocadio fue natural cuando todo pinta que se trató de un asesinato o de un suicidio —afirmé—. ¿De qué o de quién huía? Eso no lo sé —me cuestioné.

—Probablemente huyese de alguien que se le adelantó esperándole en Portugal. Alguien a quien el forense molestaba porque sabía algo comprometedor para él.

—O alguien que buscaba vengarse, o su socio en este tinglado. No tenemos nada —apostillé.

Pedí a mi chófer particular que me dejara a unos metros de mi casa, frente a un supermercado de barrio. Cargué con un par de botellas de Four Roses, unos paquetes de embutido y pan de molde. Las cervezas las dejé para el momento de pagar en la caja ya que allí había un compartimento donde las guardaban a la temperatura que a mí me gustan en verano. Antes de pagar, cogí una docena, suficientes para la noche.

Salí con las dos bolsas y vi el coche del expolicía en el mismo sitio donde me había dejado.

—¿Necesitas ayuda? —se refirió a mí burlón.

—Si necesitas ayuda no dudes que a ti sería al último hombre de la tierra al que se la pediría. Así que ahora lárgate al hogar del policía jubilado o donde leches os agrupéis por las noches para emborracharos los de vuestra ralea.

—Escucha, necesito un favor.

—Olvidalo —le atajé.

—Pero si no sabes lo que te voy a pedir.

—Pues pídelo de una vez y luego te contestaré lo mismo, ¡olvidalo!

—Leonora me ha pedido que la vayas a ver. Antes de irte a buscar la llamé para contarle lo que iba a hacer y me dijo que te quería ver. A fin de cuentas, te ha pagado bien y aún no tiene nada. Hazlo por mí, ve a verla. Por cierto ¿Qué favor creías que te iba a pedir?

—Creí que habías olido el alcohol que llevo en las bolsas como un perro de presa y pretendías que lo compartiese contigo.

—No seas tan presuntuosa. Sospechabas que era otra cosa lo que estaba olfateando —graznó a la vez que aceleraba y la silueta de su vehículo se alejaba de mi vista.

No tenía ninguna intención de malgastar lo que quedaba de tarde del domingo trabajando o sea que la visita a Leonora tendría que esperar. Además, ya tenía el néctar de Kentucky en mi poder y eso había que celebrarlo. Me serví uno sin miramientos, abrí una cerveza para alternar entre trago y trago rompiendo así la monotonía y recordé el cheque que esa mujer me había dado y la promesa de darme otro más grande si aportaba algo de luz sobre la muerte de Leocadio. Así que la llamé por teléfono.

—Detective, nos tienes abandonados. ¿Tratas así siempre a tus clientes? —me espetó en

sustitución del saludo tradicional.

—No hay mucho que decir. Bueno, a decir verdad, tengo bastante información, pero hasta que no se ordene... —me excusé.

—¿Y se puede saber qué información es esa que tienes que ordenar?

No sabía ni por dónde empezar y tampoco estaba dispuesta a soltar todo lo que sabía. Esa mujer era mi cliente, pero no olvidaba que también estaba en mi ranking de sospechosos.

—En este punto de la investigación, me atrevería a asegurar que la conclusión que el forense escribió en el informe de la autopsia es errónea y Leocadio no murió por causas naturales —avancé.

—¿Nada más? Y qué dice el forense ¿has hablado con él?

—Pues no mucho la verdad. Lo han envenenado en tierras lisboetas hoy mismo. También al contable de la empresa lo han matado cuando sacaba dinero de un cajero. Creo que al iniciar esta investigación hemos destapado algo sucio y la mierda me está llegando hasta el cuello.

—No estaría de más que tuvieras cuidado —me aconsejó olvidando que eso mismo podría serle de aplicación a ella misma.

—Hasta que metí la nariz en este asunto, la autopsia establecía que la muerte del empresario fue por causas naturales y la policía estaba a punto de cerrar el asunto apoyándose en esa misma conclusión. ¡Para qué molestarse! En cuanto a la interceptación de las mujeres subsaharianas dentro del camión de la empresa, la policía ya había considerado que el único culpable fue el camionero. Y entonces entro yo en escena y pongo todo patas arriba y eso a alguien le está poniendo nervioso. Pero aún me falta saber quién es esa persona. Estoy cerca, lo intuyo. Aunque lo confieso: no tengo ni idea de quién o quienes pueden ser los culpables de todo esto.

—¿Apuntas en alguna dirección guapa? —preguntó curiosa.

—En varias. La suerte que tengo es que el asesino se está encargando de cargarse a los sospechosos y cada vez me quedan menos. Deberías guardarte las espaldas Leonora —provoqué.

—¿Estás insinuando que soy sospechosa?

—No más que el financiero de LoLeHuSA y él está muerto. Tomar precauciones no estaría de más, el círculo de sospechosos se está cerrando —aclaré.

No pareció gustarle mi último comentario a juzgar por el silencio incómodo que se produjo.

—¿Siguen en pie los noventa mil euros si doy con el asesino de Leocadio? —rompí el mutismo.

—Solo si resulta que no soy yo la asesina. En caso contrario no.

—Entonces te dejo, que tengo trabajo.

Dejé el teléfono móvil sobre la mesa, eché un par de tragos, uno del bourbon y otro de la cerveza y miré las otras once latas. Se me había olvidado meterlas en la nevera.

Me esperaba una noche muy dura.

Capítulo 19

Salí de la agencia de alquiler verdaderamente contenta por haber recuperado el Audi blanco de ciento cuarenta caballos que había dejado abandonado a su suerte unos días atrás. La noche anterior, al poco tiempo de haber hablado con Leonora y cuando estaba abriendo la quinta lata de cerveza, me llamó Crispulo Huidobro para pedirme que acudiera a la reunión familiar que iban a celebrar al día siguiente en la finca próxima a Peñaranda de Bracamonte en Salamanca. Así que no me lo pensé demasiado, la importancia del caso hacía necesario no reparar en gastos y tenía que conseguir el mismo coche. Pensé que sería bonito cuando cobrase el cheque que me faltaba hasta los cien mil euros comprarme uno igual. O quizá ese mismo. Sí, le haría una oferta al dueño de la agencia de alquiler de vehículos.

No sabía cuál era el objeto de la reunión familiar, pero eran mis clientes y allí iba a estar. Supuse que pretendían que les informase de mis progresos al igual que el día anterior me había solicitado mi otra cliente Leonora. No estaba nada mal eso de cobrar dos veces por realizar el mismo trabajo, al final le iba a coger gusto a lo de ser detective. Y eso sin contar con la promesa de recibir un porcentaje del dinero que se reintegrase de nuevo a LoLeHuSA, lo cual podría erigirme a la categoría de “forrada para siempre”.

Cuando llegué, después de recorrer el kilómetro de camino recto y polvoriento hasta la casa de color blanco propiedad de los Huidobro, y de paso ensuciar la carrocería también blanca de mi coche, me encontré con la misma situación que la primera vez que acudí allí. Escoltando la entrada, a pie de las escaleras que salvaban el desnivel entre la puerta y el jardín apestado de adelfas, se encontraban las dos gemelas. Eso sí, su sonrisa ya no me parecía tan infantil, quizá fuera porque estaban a punto de convertirse en empresarias y abandonar así su vida hedonista y desinteresada. Me daba la impresión de que esas dos mujeres no eran tan inocentes y simplonas como me habían hecho creer y dentro de esa máscara deliberada se escondían dos personas inteligentes, manipuladoras y de carácter. Y quién sabe si dos mujeres capaces de acabar con la vida de un hombre. O de tres.

Activé la grabadora de mi teléfono móvil, lo metí en mi bolso dejando este abierto y procuré dejar el micrófono del teléfono orientado hacia la abertura del bolso para que pudiera captar con todo detalle lo que se iba a hablar durante la mañana.

—¿Sabéis que a estas plantas tan floridas que están a punto de invadir la hacienda también se las conoce como baladres? —las saludé.

—Por supuesto, y también laurel romano. Una planta muy socorrida —me respondió una de las dos, Dorotea o Martina.

—¿Socorrida para qué? —pregunté maliciosa.

—Mujer, para cuestiones ornamentales. Míralas que bonitas: rojas, blancas, rosas... —puntualizó una de ellas.

Que infierno era no distinguirlas. Seguían vistiendo de manera idéntica y yo seguía sin apreciar ningún rasgo o matiz que las diferenciase.

—Veo que las conocéis bien. Si estoy en lo cierto, está prohibida su comercialización por su toxicidad —añadí.

—No estarás pensando en denunciarnos —observó la otra hermana en tono burlón.

—A tanto no llego, pero yo despediría al jardinero. Es poco original —continué la banal conversación. No dejaba ser una coincidencia la pasión de esa familia por esa planta y la muerte

del patriarca, probablemente a causa de la misma planta.

—Es bonita, a mí me gusta —apuntó la otra hermana sin ganas de dejar el tema — ¿Sabes que en Japón fue la primera planta en florecer después de la explosión de la bomba sobre Hiroshima? La naturaleza quiso compensar el desastre con una nota de color y eligió esta flor.

—Es un buen motivo para justificar el derroche floral que hay aquí —apostillé—. Me preguntaba si es posible que alguna de las hojas de estas plantas que hay en esta finca haya podido ser la que prestó su sabia letal a la persona que mató a vuestro suegro.

—O sea que ya tienes certeza de que no murió de un infarto —dijo curiosa una de las hermanas—. ¡Qué interesante!

Me ayudó a evitar la respuesta el abogado Rodolfo Almendro que llegaba con su coche y lo aparcó haciendo un frenazo brusco que le hizo derrapar junto a mi Audi, lo que contribuyó a aumentar la película de polvo que este ya tenía. ¡Lo hubiera matado en ese momento! Con gesto adusto y desabrido, muy diferente al que yo recordaba de momentos más entrañables, me indicó que pasase con él después de haber saludado a las Chamorro.

Por segunda vez me senté en torno a la misma mesa en el salón de la hacienda de los Huidobro. Esta vez éramos menos los contertulios: las dos gemelas a las que nadie había cuestionado su acceso a diferencia de la anterior cita en la que se leyó el testamento, mis dos clientes y el abogado. A la reunión familiar no habían sido invitados los dos nuevos hermanos.

—¿Y bien? —me preguntó el mayor.

—Y bien qué —decliné dar una respuesta hasta que no tuviera una pregunta más concreta.

—Qué si nos piensa contar en algún momento cuales son los avances en la investigación —continuó Roberto enfundado en un impecable traje azul de buen corte y una camisa rosa con el logo en la pechera de una marca que debía ser importante pero que yo no asemejé a ninguna firma de ropa conocida.

—¿Sabe ya algo de lo que mató a nuestro padre, o de quién lo mató? —terció el menor—. Han asesinado a Marcial y no nos creemos que haya sido un atraco fortuito a pesar de que la policía no nos quiere decir nada. Han hallado muerto al forense que practicó la autopsia y la policía también da la callada por respuesta. Algo nos podrá contar. O por lo menos tranquilícenos. ¿Corremos peligro?

—Hombre, tanto como peligro —ciertamente no había reparado en que quizá la lista de fiambres aún no estaba cerrada y el asesino o asesina acechaba a una nueva e incómoda presa.

—Pues díganos —me requirió el mayor.

—La verdad es que no me he traído nada preparado, pensé que venía a una reunión familiar. Así me lo dijo usted ayer por teléfono —le contesté al hermano mayor con una inocente evasiva para ganar tiempo y decidir que debía contar—. Pero ya me he dado cuenta de que no es así al no ver sentados a Belén y Dominic.

Seguía estrujándome el cerebro con la marca de esa camisa. Ese dibujo me resultaba familiar.

—¡No nos joda con chorradas detective! —exclamó Roberto.

—Créame que no he venido hasta aquí para joderle a usted, no es mi tipo —me defendí.

En ese momento me di cuenta de que el logo que lucía en la pechera de su camisa no era de una marca ni conocida ni desconocida, era una R de Roberto y un H de Huidobro. Era de los que se hacía grabar sus iniciales en la camisa y yo preocupada por reconocer la marca. Menos mal que no se había enterado nadie de mi torpeza.

Una de las gemelas, creo que Martina pues era la que estaba sentada al lado del hermano mayor, rio con ganas. Su hermana la siguió.

—Roberto nos ha dicho que te ha ofrecido un uno por cierto del dinero de la empresa que aparezca. Es mucho Yaiza. Podrías ser rica en un abrir y cerrar de ojos. Esa oferta la mantenemos nosotras —acaró Martina.

—¿Ya han comprado la empresa? —preguté.

—Sí, hemos puesto once millones y nos hemos hecho con el cincuenta y cinco por ciento de la empresa. Creemos que hemos sido generosas porque, aunque en libros efectivamente los fondos propios son veinte millones, nuestro asesor nos recomendó bajar el precio. Hemos comprado la parte de Dominic, de Belén y del abogado. Y hemos hecho una oferta a LESA para entrar en su accionariado y generar sinergia entre las dos compañías. Ya ves que giros da la vida —explicó Dorotea—. Rodolfo tiene ya los acuerdos de compromiso firmados y en breve la compra será firme. Lo anunciaremos a bombo y platillo: holding logístico Hermanas Chamorro.

Eché un rápido cálculo mental y Belén y Dominic habrían recibido cuatro millones y medio cada uno por su participación en la empresa y el abogado dos. No estaba nada mal. Pensé que después de pagar el impuesto de sucesiones aún les quedaría suficiente para llevar una vida más que aceptable. Eso sin tener en cuenta que solo habían recibido la parte de la empresa que les correspondía, y les faltaba por asignar el resto de la herencia como por ejemplo la parte de la finca en la que estábamos celebrando la reunión.

—Supongo que usted Roberto se ha quedado sin su flamante despacho de presidente —ironicé.

—Eso no le importa detective. ¿Nos va a poner al día de una puñetera vez? —me espetó agrio.

Consideré que era mi turno, no podía dilatar más mi intervención. Me correspondía hablar, aunque solo fuera para tratar de justificar el sueldo que cobraba por la investigación, eso sí, sin dar demasiados detalles. Entre los presentes podría estar el responsable de la muerte del empresario. Me preguntaba por el cambio que habían dado las dos gemelas. Daba la impresión de que la compra de la empresa y la posible fusión con la de la competencia respondía a un plan perfectamente orquestado y gestado desde hacía tiempo. Incluso en colaboración con el empresario Eustaquio Villapalos.

Tenía que intervenir y recordaba que, desde que comencé a agitar el avispero, habían salido unas cuantas avisvas con ganas de picar. De hecho, dos hombres más habían muerto. Dos muertes que, si yo no hubiera sido invitada a esta fiesta, probablemente no se hubieran producido y todos dormirían tranquilos pensando que el conductor del camión fue el único responsable de traer a las mujeres nigerianas y que Leocadio murió solito, sin ayuda de nadie.

Así que iba a agitar otro poco el avispero, para ver si salían más bichos con ganas de picar y cazaba a alguno.

—¿Conocen el método socrático para resolver cuestiones relevantes? No les voy a proponer el diálogo socrático pues somos más de dos, pero les prometo que vamos a llegar a conclusiones a partir de la aportación de todos. ¿Jugamos?

—¿Pero se ha vuelto loca? —me recriminó el hermano mayor.

Debo confesar que no tenía yo muy claro donde iba a llegar con lo que había iniciado. Pero no se me había ocurrido otra cosa.

Afortunadamente una de las dos gemelas le reprendió y le instó a que me dejara continuar. Parecía divertida con el juego. Ya veríamos si después, una vez hubiera finalizado, seguía igual de divertida.

—Empiezo yo planteando la tesis inicial. Presten atención —todos me miraron expectantes, les había desconcertado. A ver como salía de esa—. Leocadio Huidobro lleva varios años implicado en el negocio de trata de blancas. Hablo de personas que mafias locales secuestraban de sus

países de origen y otras mafias locales, estas de aquí, las distribuían para ser esclavizadas. Sí, lo oyen bien, esclavizadas vendiendo su cuerpo en contra de su voluntad.

—Eso que dice es absurdo, mi padre no estaba metido en eso —terció el mayor. Los demás se habían quedado mudos con el inicio de mi exposición.

—A su debido tiempo aportaré las pruebas. Y ahora viene la primera reflexión a debatir: ¿creen posible que durante cuatro años la empresa se haya dedicado a tales menesteres y ni el abogado ni el responsable comercial se hayan dado cuenta? —disparé mi salva mirando tanto a Roberto como a Rodolfo.

—No me doy por aludido. He estado apartado del negocio y me he dedicado a los toros de lidia. Lo que escucho me deja sorprendido y, francamente, me cuesta aceptarlo —se apresuró en responder el menor de los hermanos, aunque yo no le había mencionado.

—Yo no sabía nada, ya te lo dije Yaiza —intervino el abogado.

—Pero cobrabas excesivamente bien por un trabajo demasiado cómodo. No me creo que hayas sido ajeno a los tejemanejes que los dos senegaleses, Toto y Solomon, junto al ruso, hacían dentro del almacén. Y añadido, lo has debido hacer lo suficientemente bien como para que el que era tu jefe te haya recompensado con un buen pellizco de la herencia.

—No creo que acusarnos sin pruebas vaya a llevarnos a ningún sitio detective. No la he traído aquí para eso, sino para que nos diga que le pasó a mi padre y que nos diga cómo es posible que haya salido tanto dinero de la empresa y dónde ha ido a parar—volvió a la carga Roberto.

—Pero no me ha contestado señor Huidobro. Díganos, ¿nunca sospechó nada? Según mis contactos, dentro del almacén, con total impunidad ha llegado a haber un zulo donde las chicas que llegaban eran encerradas a la espera de ser distribuidas. Eso no lo han podido organizar en solitario los tres fichajes a los que antes me he referido. Alguno de ustedes, o todos, han mirado para otro lado.

—Nunca sospeché nada. Detective, soy su cliente y me parece que por este camino lo único que va a conseguir es quedarse sin trabajo —atacó de nuevo el mayor.

—Venga, me olvido de si fueron concededores o no de esa actividad —continué—. Voy a plantear otra tesis. Ustedes, los dos hermanos, observan como en los últimos meses su padre comienza a hacer cosas extrañas. Ven como firma un acuerdo con la empresa de la competencia y esta comienza a emitir facturas que en poco tiempo descapitalizan el negocio. Pongamos además que un día se enteran de que su padre ha hipotecado la nave que sirve de soporte para las actividades de logística y que ese dinero no está registrado en las cuentas, lo que huele a fraude...

—¡Eso es una locura! Ya le dije que no sabía nada de la hipoteca. Me he enterado cuando he empezado a trabajar con los libros contables —me interrumpió Roberto.

—Intentan entrar en razones con su padre y no lo consiguen —continué ajena a las interrupciones—. ¿Qué serían capaces de hacer para frenar esa sangría? Otra pregunta que lanzo al ruedo para ver si alguna mente iluminada es capaz de dar una respuesta.

—Esto es intolerable. Creo que hay que poner fin a este desbarajuste —exclamó el mayor mirando al resto para ver si recababa apoyos suficientes.

—¡Déjala hablar Roberto! —pidió Martina—. Como aquí todos podemos contribuir, creo Yaiza que antes de lo que acabas de plantear habría otro razonamiento que es anterior. ¿Por qué Leocadio llegó a ese acuerdo con LESA en contra de los intereses de LoLeHuSA? La empresa hace unos meses valía cuatro veces más.

—Esa me la sé —aportó Dorotea. La cosa se estaba animando—. Pongamos por caso que mi suegro está metido en actividades delictivas como apunta Yaiza. La guardia civil pilla uno de los

transportes ilegales y sabe que está marcado y le van a investigar. Consigue echar tierra sobre el asunto a través de sus contactos, pero decide cambiar de vida y como para eso hace falta dinero, diseña un plan para el que necesita un colaborador necesario: su competidor, Eustaquio Villapalos, que es con el que traza un plan para dotarse de recursos que le permitan pegarse una buena vida a partir de ese momento.

Decididamente esas dos gemelas no eran tan simplonas como me habían querido hacer creer.

—¿Y por qué le mataron bella esposa? —intervino Crispulo dirigiéndose a Dorotea.

—Quizá se acostó con su enemigo y eso, de todos es sabido, trae malas consecuencias. Cuando este vio la magnitud de lo que había allí quiso más tajada. Ya sabemos que la avaricia no tiene límite —volvió a mostrarse lúcida la esposa del hermano menor.

—¿Insinuáis que Eustaquio está detrás de la muerte de nuestro padre? —preguntó Roberto menos dotado que su cuñada para la actividad deductiva.

—Estoy de acuerdo con lo que ha dicho Doro —apoyó la hermana—. Y eso explica que Leo quisiera redimir su conciencia antes de dejarnos y por eso lo de Belén y Dominic. Se iba a largar, pero antes quiso dejar unas migajas para irse con la conciencia más tranquila.

Entre todos estaban haciendo mi trabajo y no parecían hacerlo nada mal.

—¿Y Marcial? ¿Por qué murió el responsable financiero? —planteó el abogado que parecía sumarse al inocente juego que había planteado.

Yo tenía una buena respuesta a esa pregunta, pero prefería que saliese de otra boca. Buscaba la participación de todos para llegar a conclusiones y para ver si alguien hablaba más de la cuenta.

—¡Esa me la sé yo! —gritó Martina animada levantando la mano como una colegial—. El responsable financiero tuvo que ser el colaborador necesario para que las facturas que giraba LESA fueran pagadas sin hacer preguntas. De no haber sido así, el olfato del contable hubiera destapado todo el plan. Pero cuando Leo muere, al propietario de LESA le estorba. Eso suponiendo que no tuviera la buena idea Marcial de hacer chantaje a Eustaquio, lo que fácilmente podría haber sido determinante en su muerte.

¡Me iban a quitar el puesto! Todo estaba resultando mucho mejor de lo esperado.

—¿Y el forense que pinta en todo este tinglado? —planteé aprovechando que el grupo se iba animando. Pero nadie tomó el testigo. A esa pregunta no tenían respuesta.

Se escuchó un puñetazo sobre la mesa y el nuevo patriarca, Roberto, se levantó y exclamó gritando:

—¡Ya basta! No hemos venido aquí a jugar. Si tiene algo que decirnos, hágalo. Y en caso contrario váyase a trabajar y déjese de juegucitos.

—El dinero aparecerá, no lo dude. Y el asesino de su padre también. Pero no será hoy —confesé visiblemente enojada por las palabras altisonantes de mi cliente.

Yo también me levanté. Era hora de subirme al Audi y regresar al lugar de donde lo había sacado horas antes para devolverlo.

—Una pregunta para satisfacer mi curiosidad —formulé antes de salir—. ¿Van a mantener a Trinidad de responsable financiera ahora que su hija va a dejar de ser propietaria?

—No creo que le interese a ella. Ya han conseguido lo que deseaban. Supongo que cogerán su tajada y dejaremos de verlas a las dos, a la madre y a la hija —aclaró Dorotea.

—¿Y tú Rodolfo le administrarás su pequeña fortuna a Dominic?

—Por poco tiempo. Tengo un burofax de su hermano Kumé, al que ya conoces, para notificarme que él es su tutor legal y tengo que hacerle partícipe de cada una de las decisiones que tome. Supongo que en cuanto tenga dieciocho años tampoco le volveré a ver —respondió el

abogado.

—No van a salir mal parados los dos gracias a la generosidad de mi padre ¿no le parece detective? —observó mordaz el hermano menor.

Regresé a Madrid y me recreé conduciendo mientras escuchaba los acordes de John Kay, vocalista y guitarra de los Steppenwolf cantando el *Born to be wild*:

Get your motor running/
Head out on the highway/
Looking for adventure/
and whatever comes our way.

Pon el motor en marcha, toma la autopista buscando aventuras y lo que se te ponga en el camino.

* * *

Escuché por segunda vez la grabación y debo reconocer que me encontraba en el mismo lugar en el que estaba antes de ir a Salamanca. Tampoco ayudaban demasiado las tres cervezas que me había despachado. Quedaron cuatro de la docena de la noche anterior. No pude con todas, lo confieso. La primera que me tomé fue de un trago para apaciguar el ansia, la segunda deprisa para matar la sed y la tercera despacito para tranquilizar el espíritu. Rematada esta me surgió una pregunta que debiera haber sido la primera en formularme cuando empecé a investigar: ¿Por qué me había contratado Roberto Huidobro? O mejor dicho ¿Por qué le había contratado a Holmes?

Creo que lo que le había pasado a su padre le daba igual. Le estorbaba y para él estaba bien muerto. Le consideraba además el responsable de la quiebra de la empresa. Pero no creo que le matase. De haberlo hecho no hubiera sido tan metódico, tan premeditado. Su padre estaba vaciando la empresa y eso tuvo que provocar un enfrentamiento más que probable, quizá sí para una discusión acalorada donde ambos se dijese lo que pensaban. Me hubiera resultado plausible que, en el fragor de la discusión, le hubiera estampado un objeto contundente y le hubiera matado. Pero no me encajaba que le fuese envenenando poco a poco con intención de provocarle un infarto.

Dice la literatura negra que las muertes por envenenamiento son más propias de la mente de una mujer que de la de un hombre. No es un dogma de fe, pero sí otra cuestión más para tener en cuenta.

Creo que Roberto me había contratado porque necesitaba el dinero. Por tanto, no sabía dónde estaba y dudo mucho que matase a su padre, poco a poco, sin saber el destino de la fortuna familiar que tendría que estar ahora formando parte de la herencia.

Abrí la cuarta cerveza, esta no sé para qué, quizá por ser la última de la docena y llamé a Leonora. Me faltaban bastantes fichas para completar el puzle y necesitaba una de ella

—¿Tenemos *fumata bianca* detective? —bromeó.

—Aún no, pero casi.

—¿Podrías ser más explícita cariño? —me provocó.

—Es mejor no aventurar hasta no tener algo más sólido, pero el elenco de sospechosos que podrían tener algún interés en la muerte de Leocadio es bastante nutrido. Por poner un ejemplo, uno es tu jefe o socio que no solo estaba al corriente del entramado preparado para descapitalizar la empresa, sino que participó en él, y quién sabe si no lo diseñó. ¿Y si le pudo la ambición y quiso más? Es probablemente el único de los sospechosos que podía conocer el destino del dinero sacado de LoLeHuSA. Él y tú, por supuesto, ya que creo que no solo compartís balances y cuentas

de resultados.

—No me digas que estás empleando tu tiempo y nuestro dinero en investigarnos. Desde luego que tienes valor para espetármelo así, sin más —se mostró dolida.

—¿Es verdad que las hermanas Chamorro, nuevas propietarias de LoLeHuSA, han ofrecido comprar parte de LESA? —dije para salir del fregado en el que me había metido probablemente como consecuencia del exceso de lúpulo fermentado que ya estaba llegando a mi sangre.

—Sí, lo estamos pensando. Pero es probable que nos interese. Conceptualmente parece un planteamiento atractivo, pero hay que pulir muchos detalles. ¿Tiene eso interés para el caso que nos ocupa?

—Podría ser. ¿Qué opinas de ellas? —busqué más información.

—No me gustaría tenerlas como enemigas. Oye, ¿sospechas de las gemelas?

—Mi oficio es sospechar —aclaré.

—Hemos tenido dos reuniones a las que han asistido ellas solas, sin asesoramiento legal. Me da que saben de lo que hablan. No me gustaría estar en el pellejo de los dos hermanos Huidobro. Supongo que en breve se van a quedar sin esposas y sin dinero.

—No lo creo, no parece que las falte tanto el dinero como para fijarse en el de sus esposos —opiné.

—Les gusta jugar y cuando una mujer sale juguetona, ya se sabe. Tú también me lo pareces.

—¿Qué te parezco? —pregunté sorprendida.

—Juguetona.

Capítulo 20

Con mi nevera abastecida, por lo menos con viandas suficientes para afrontar la cena, encendí la televisión y me dispuse a dar cuenta de mi sándwich de jamón y queso. Supongo que existen maneras tan efectivas o más de desperdiciar el tiempo que la televisión, pero no se me ocurrió ninguna otra. Puse los pies descalzos sobre la mesita, al lado del plato con mi paupérrima cena y encontré en la caja tonta la cara de Humphrey Bogart ejerciendo el papel del detective Sam Spade que tan brillantemente dibujó Hammett en el Halcón Maltés.

Pero no todo iba ser tan fácil, apenas finalizados los títulos de crédito y con un Sam todavía mirando los edificios de San Francisco desde su despacho, sin saber que en breve sería interrumpido por la señorita Ruth Wonderly para que le ayudase a encontrar a su hermana, llamaron a la puerta.

Maldije mi suerte. No estaba muy segura de que fuera posible grabar el filme para no perderme ni un ápice de los ingeniosos diálogos del detective. Había leído todo de Dashiell Hammett, uno de mis autores favoritos de novela negra y aunque el personaje que tenía frente a mí luciendo su característico sombrero negro era inolvidable, no dudaba en calificar como mi predilecto al agente de la Continental en Cosecha Roja, la primera novela del autor y la más sangrienta.

Era el abogado Almendro que venía con el mismo atuendo con el que le había dejado en Salamanca por lo que deduje que no había pasado por su casa.

—¿Vienes a comunicarme que estoy despedida?

—No, vengo a disculparme —confesó humildemente.

—No creo que haya motivo. ¿O si lo hay?

—¿Puedo pasar? —me pidió.

—Supongo que si no traes la carta de despido sí.

—No la traigo, tranquila. Sigues en el caso —aclaró.

Me avergoncé de que viese el lado pobre de la glamurosa detective. Sobre el plato, junto a un montón de migas, aún quedaba un trozo de sándwich. Me había perdido el encargo que le había hecho Mary Astor a Bogart. En ese momento entraba ufano al despacho el socio de Sam, Miles Archer. ¡Pobre hombre! Poco sabía de su fatal e inminente desenlace. Y es que la vida puede ser así, ora disfrutando de los placeres que la vida nos ofrece, ora con dos tiros en el pecho.

—Buena elección para pasar una tarde —dijo mirando a la pantalla del televisor—. ¿Me invitas a una cerveza?

—No quedan, se las ha bebido el gato.

—¡Pero si tú no tienes gato! —me pilló la mentirijilla.

—No tengo gato, pero sí tengo bourbon. Sirve dos —le pedí—. ¿Por qué crees que me debes una disculpa?

—He estado demasiado apático contigo durante la reunión. Y creo que no tengo motivos para ello.

—¿Durante la reunión familiar dices? —bromeé.

—Escucha. Sé qué hacías tu trabajo cuando mostraste tus sospechas hacia mí...

—O sea que crees que tengo motivos para sospechar de ti —le provoqué incisiva interrumpiendo lo que me quería decir.

—Supongo que sí los tienes. Pero yo no he tenido nada que ver con ese negocio tan sucio. Eso solo lo sé yo, tú no tienes por qué saberlo, por eso quiero disculparme.

—Mírame a los ojos y dime que no estabas al corriente de los trapicheos de Leocadio y te creeré.

—No estaba al corriente. Ya te dije que cobraba bien por hacer lo que me pedían. No tenía puesto ejecutivo en la compañía. Hacía los contratos que me encargaban, seguía las reclamaciones y realizaba los trámites legales necesarios para la actividad de la empresa. Pero no tenía ningún poder ejecutivo. Como ya te dije, me pagaban de forma generosa por mi trabajo y en ningún caso Leocadio me solicitó hacer nada que trasgrediera lo legal. En algún momento percibí que algo olía mal y, cuando la guardia civil interceptó el camión con las chicas subsaharianas, me di cuenta de que efectivamente algo olía muy mal. Pero no era el momento de renunciar

—¡Qué buen chico!, me estás enterneciendo el corazón. A eso se le llama lealtad inquebrantable. Te estabas bañando en una cloaca y tú tan feliz, no te llegaba el olor, no veías a las ratas a tu alrededor y seguías metiéndote tu *sueldazo* creyendo que era por tu cara bonita —ironicé.

—No te burles.

—No me burlo. Pero te voy a pedir una cosa. Esta noche cuando te acuestes, cuando reposes esa cabezota de idiota que tienes sobre tu almohada de doscientos euros, acuérdate de todas las chicas que a esa misma hora están en un polígono a las afueras de una ciudad ejerciendo de esclavas sexuales para que un montón de tipos como tú vivan de puta madre. ¿Lo harás? —me había dejado llevar.

—Yo no me he enriquecido con eso. Te he dicho que no he hecho nada ilícito.

—Pero te ha ido bien. Te has llevado unos cuantos millones que pagarán las gemelas por tu participación en la empresa. Eso sin contar que yo encuentre el dinero que ha desaparecido en cuyo caso de él te tocaría la parte alícuota ya que incrementará la masa patrimonial a repartir. La muerte de tu jefe te ha solucionado la vida. ¿De dónde crees que ha salido todo ese dinero? A ver, ¡dímelo genio!

—No empieces otra vez, no tengo nada que ver con su muerte —se mostró molesto o avergonzado, no sabría decir.

Esperaba que el abogado estuviera en lo cierto y que no fuera él quien hubiera asesinado a Leocadio Huidobro y por ende al contable y al forense, porque de ser así en ese momento me encontraba en serio peligro: compartiendo copa y sofá con un asesino.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento añadió:

—Tú sabes que yo no tengo nada que ver. Lo intuyes. En caso contrario no me hubieras abierto la puerta y estarías tan tranquila sentada compartiendo un bourbon conmigo.

—Ahora que lo dices no estoy tan tranquila —lo miré, sentado a escasos centímetros de mí, y me sentí insegura.

Un acto instintivo me hizo levantarme y acercar mi bolso para tener cerca mis juguetitos en caso de que la cosa se pusiera fea. No lo había pensado hasta ese momento, pero lo cierto es que no había sido muy precavida dejándole entrar. Había un asesino suelto al que aún no había puesto rostro y eso debería ser motivo suficiente para que fuera más precavida de lo que lo estaba siendo.

Nuevamente me leyó el pensamiento.

—No me digas que vas a sacar un spray antivioladores para defenderte de mí. ¿Te asusto? —me preguntó en un tono que me estaba resultando molesto.

—No pienso sacarlo, de momento.

—Pero te asusto —volvió con la misma.

—Mira, si quieres saco el puto espray, te lo vacío en la jeta y así te quedas a gusto. ¿Mejor así? —le tenía que cortar.

El abogado metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de su impecable traje. Mis ojos seguían sus movimientos. Definitivamente había sido demasiado confiada. En ese momento se me vino a la cabeza al leguleyo cociendo los tallos de la maldita planta y ofreciéndole el mortífero néctar al empresario sabedor de que con ello ganaba el diez por ciento de todos los bienes de Leocadio. ¿Quién sabía del reparto de la herencia? Por supuesto que el abogado. Él sabía mejor que nadie que era legatario de una parte de los bienes del empresario y que eso le solucionaría su futuro. Mejor matarle y así adelanto el cobro de la herencia, pudo pensar.

—Sigues sin confiar en mí, me duele —se quejó.

La mano seguía en el bolsillo interior de su americana. A todas luces estaba tratando de localizar algo, quizá un arma de pequeñas dimensiones. Recordé una lectura en un dominical unos días atrás: una compañía americana, la Trailblazer Firearms, había comercializado la LifeCard, una pistola que cuando se dobla tiene el mismo tamaño que una tarjeta de crédito. De menos de doscientos gramos de peso, pero con un mortal calibre de 5,6 ¿Podría ser el arma que estaba tratando de extraer el abogado?

Me miraba y, quizá fueran imaginaciones mías, pero apreciaba en él una sonrisa maliciosa. ¿Tuvo esa misma expresión cuando suministró al que era su jefe la mortal sustancia? Sentí un deseo irrefrenable de abrir mi bolso y vaciar el bote de pimienta en el rostro del leguleyo.

Pero no lo hice. Quizá me arrepintiese.

—¿A qué has venido? —insistí.

—Ya te lo he dicho, a disculparme.

—Disculpas aceptadas.

—¿Quieres que me vaya? —sus palabras recuperaron de nuevo el tono humilde con el que había llegado.

Miré de nuevo el bolso. Serían unos segundos, pero el movimiento tendría que ser muy rápido.

—Puedes ver la película. Aunque me has estropeado la cena frugal en compañía de Sam.

—Te puedo compensar.

—No, no puedes. Si has venido a lo que creo, ya te puedes ir olvidando. Yo no estoy a disposición tuya ni de nadie. ¡Si tienes un calentón te vas al baño joder! —le reprendí enojada.

—No me refería a ese tipo de compensación.

Sacó la mano del bolsillo interior de su americana. Instintivamente eché mi mano al bolso, pero afortunadamente no fui tan rápida como él. Eso me evitó el ridículo. En su mano no había arma alguna. Del bolsillo extrajo unos papeles doblados.

—Mira —me los ofreció. Había metido la pata con mis desconfiados pensamientos.

—Lo siento —me excusé a pesar de ser una palabra que no figuraba en mi diccionario particular.

—¿Por qué lo sientes? ¿Qué pensabas que tenía dentro? —por su sonrisa supe que había jugado conmigo. Había visto el miedo en mi cara y había jugado.

—Como instantes antes te había visto fijarte en los restos de mi miserable cena, pensé que ibas a extraer el teléfono móvil para llamar a un restaurante chino para que nos trajeran un par de rollitos y un bol de cerdo agridulce. Solo eso —mentí.

Ojeé los papeles. Se trataba de una declaración firmada de su puño y letra por Leocadio. Aunque lo había entendido perfectamente le pedí al abogado que me lo explicase.

—Es una declaración de voluntades que complementa el testamento, aunque no forma parte de

él. Una copia estaba custodiada en la caja fuerte de la empresa, otra la tenía yo y otra la tienen las hermanas Chamorro. Yo conocía su contenido. Como habrás visto es un documento que otorga el derecho a la compra de LoLeHuSA por treinta millones de euros. Y quienes ostentan ese derecho son las esposas de los dos hijos. Han negociado para comprar solo el cincuenta y cinco por ciento por once millones, pero se podían haber quedado con todo si así hubieran querido. Este papel que tienes en tus manos les daba derecho a ello.

—Un momento, si el acuerdo es para la venta del total por treinta millones, como es que tú has accedido a que te paguen tu diez por ciento por dos millones en vez de los tres que te corresponderían de haberse comprado por el valor que fija el acuerdo.

—Eres ágil con los números. Me conformo con dos millones en mano mejor que el diez por ciento de una empresa cuyo destino no está en mis manos. Las Chamorro dijeron que no pagarían más. Consulté con Belén, sin darle demasiados detalles y también le pareció bien vender. Sabes eso que dice: más vale pájaro en mano que...

—Esas dos no dejan de sorprenderme ¿Ese documento lo conocían Roberto y Crispulo? — quise saber.

—No. Los pilló de sorpresa cuando se lo dije. Fue en privado a ellos dos solos después de la lectura del testamento.

—¿Por qué crees que tu jefe firmaría ese documento? Deduzco que se lo prepararías tú.

—Se lo preparé yo. Fue poco después de hacer el testamento. Unas semanas antes de su muerte. Preparé el testamento junto a la carta que se leyó el día que iniciamos la testamentaría en Salamanca a cuyo acto asististe. Y unos días después de hacer el testamento me encargó la redacción de este documento.

—¿Y no te llamó la atención que te encargara esto? —dije señalando los papeles arrugados que me acababa de mostrar.

—Mucho. De hecho, le pregunté por el poco valor en el que fijaba el precio de la compañía. Yo no estaba al corriente del proceso de descapitalización que había sufrido la firma en los últimos meses, por eso me extrañó el precio. De haberlo sabido, incluso el precio de treinta millones me hubiera parecido un acto de generosidad por parte de quién lo adquiriese. Pero no me dio explicaciones y me hizo guardar silencio. Preparé el documento, guardé una copia en la caja fuerte y entregué otra copia a ambas hermanas las cuales me firmaron el recibí. No hicieron preguntas o sea que deduje que ya estaban al tanto del derecho que les otorgaba su suegro.

—Me sorprende. ¿Por qué lo haría? —pregunté.

—No lo sé a ciencia cierta. Sospecho que Leocadio sabía que en breve moriría y no quería que la empresa cayera en manos de sus dos hijos en cuya capacidad para dirigir la empresa no confiaba.

—Sirve otras dos copas —le pedí—. No entiendo que pintan esas dos en mi caso. No lo entiendo.

Rodolfo rio. La confesión le había relajado.

—Espero haberte ayudado. ¿Ves como sí era capaz de compensarte?

—Oye, una pregunta. ¿Ese documento es legal?

—Mientras nadie lo impugne sí —me informó.

—¿Y si alguien lo impugnase? —volví.

—Pues como todo. Depende de lo que diga un juez. A priori, y te estoy dando mi opinión, cuando un legatario recibe una herencia, lo hace con todos los derechos y obligaciones. Puede renunciar a ella, pero si no lo hace, insisto, asume todos los derechos y obligaciones del testador.

En este caso, el papelito que te acabo de enseñar forma parte del legado y mientras nadie declare su nulidad, a mí me vale.

—Supongo que lo conocen los otros dos hermanos.

—Sí, bueno, a medias. Lo hablé con ellos después de comunicárselo a los dos mayores y de concretar con las Chamorro la compra.

—¿Cómo se lo tomaron los hermanos pequeños, los nuevos? —pregunté.

—Belén encantada. La empresa le da igual. A ella y a su madre. Se han encontrado con una pequeña fortuna que les ha solucionado el futuro. A esto hay que sumar la parte de la finca con la ganadería de la que sigue siendo propietaria en la parte que le toca.

—Nunca he creído en la suerte, ¡maldita sea!, pero a partir de este caso prometo replanteármelo —exclamé.

—La parte de Dominic se la va a administrar su hermano Kumé. O sea que otro que está encantado. El hermano menor de los dos hijos, Crispulo, es más conformista que Rodolfo. No descartes que negocie con su hermano su parte de la empresa a cambio de la finca de Salamanca más un tanto por la diferencia de valor. Ve su futuro como criador de toros. Y el que falta..., bueno el que falta se lo tomó como lo que es, un gesto de desconfianza de su padre hacia él. Lo superará. Me imagino que siga dirigiendo la empresa, eso sí, bajo el control de su mujer y su cuñada. Un control que puede ser más férreo del que él desearía. Ha tenido suerte de que tres de los herederos hayamos accedido a vender nuestra parte, de esta forma se ha podido ejecutar el derecho de las Chamorro sin que Roberto haya visto disminuida su participación.

—Falta un heredero por comentar. ¿Cómo se ha tomado ese heredero lo del derecho de comprar LoLeHuSA? —insistí.

—¿Te refieres a mí?

—¿Hay acaso otro heredero más? —le piqué.

—Me lo he tomado bien. Con mi parte creo que abriré un bufete —aclaró.

—Qué bien se ha portado Leocadio contigo. Con el contable, y eso que le tuvo que ayudar con sus chanchullos, no se portó tan bien —seguí picándole.

—No empieces otra vez por favor. Supongo que quiso que dirigiera el proceso de adjudicación después de su muerte y por eso me favoreció. Pero nunca lo sabremos —se quejó.

—En lo que sí deberíamos estar de acuerdo es en que tu jefe estaba seguro de que moriría en poco tiempo. Lo preparó todo con sumo cuidado —reflexioné.

—¿Estás pensando en suicidio o en una enfermedad terminal? —quiso saber el picapleitos.

—Si estuviera enfermo su médico lo sabría. No creo que nos lo haya ocultado —aclaré. Dudaba que hubiera sido capaz de mentirme después del último encontronazo que tuvimos con él Melitón y yo.

—Puede haberte mentido. No solo los abogados somos mentirosos.

—Quizá —concluí. Dos especímenes, abogados y médicos, que por diferentes motivos procuraba no visitar.

—¿Crees que las hermanas Chamorro han tenido algo que ver con la muerte de su suegro?

—No lo sé, creo que esas dos serían capaces de cualquier cosa con tal de salir de la rutina. Y si con ello consiguen chingar a sus esposos, mejor —expuse—. Me has dicho que cuando les llevaste una copia del acuerdo, no mostraron sorpresa, o sea que lo tenían negociado previamente. Bueno, ¿algo más abogado?

Se levantó, cogió uno de mis pies descalzos que tenía sobre la mesa, le dio un beso y comenzó a acariciarlo. Me miró y me dijo:

—Una cosa más que se me olvidaba. En el último consejo de accionistas celebrado, las hermanas, durante el proceso de negociación para la compra en la que aceptaron adquirir solo una parte y no toda la empresa como tenían derecho, pusieron como condición el intento de fusión con LESA.

—Una condición innecesaria pues tendrán mayoría. Un cincuenta y cinco es más que un cincuenta por ciento.

Me adelanté a la intención que tenía el leguleyo de darme otro beso en mi otro pie y le solté una patada en la mejilla apartándole de inmediato.

—¡Aparta rábula! Te dije antes que si estabas caliente que te fueras al baño. Esto es solo profesional.

Antes de que Rodolfo pudiera quejarse, bien por la patada recibida o bien por la herida en su orgullo, sonó el timbre de la puerta. ¡Menuda tarde! Humphrey Bogart miraba la estatuilla con forma de halcón y decía tratando de explicar el motivo de que esta hubiera despertado tanto interés: "...está hecha con el material con el que se forjan los sueños."

Qué frase la de Sam: el material con el que se forjan los sueños. ¿De qué estarían hechos los sueños de Belén Esteban? Por una concesión del azar había pasado de una vida de estudio y trabajo, hasta ese momento para ella el único medio para poder continuar avanzando, a una vida de opulencia. Y todo por un capricho del azar, ¿o no había sido el azar el responsable de su suerte?

Y los sueños de su madre, ¿de qué estaban hechos? Cuando conoció a Leocadio ejercía el oficio más antiguo y me atrevería a aventurar que ni en el mejor de sus sueños se vería como la amante de un empresario rico que, enamorado de ella, le daría una hija que más tarde heredaría parte de su patrimonio.

Y poco más que decir de Dominic. Estaba a punto de ser repatriado, lo cual suponía abandonar el centro de internamiento para ser metido en un avión con destino a... cualquier destino que le pueda esperar en su país, y ahora era el hijo huérfano y heredero de un empresario acaudalado con todo un futuro que yo, sinceramente, esperaba que lo supiera aprovechar.

¿Y los sueños del leguleyo?

—¿De qué material están hechos tus sueños? —le pregunté.

—Y tu corazón Yaiza, ¿de qué material está hecho? —me respondió visiblemente ofendido.

Me levanté para abrir, era el expolicía. Mi casa estaba esa tarde hecha una romería.

—¿Qué quieres? —pregunté un tanto hostil.

Roberto pasó detrás de mí y salió despidiéndose con un gruñido que me pareció entender como un adiós. Efectivamente le había herido en su orgullo.

—¿Un amante despechado? —se pasó de listo el recién llegado.

—Ya había acabado —le dije sin especificar qué es lo que había acabado con el abogado.

—¿Era el letrado que tenía contratado el de LoLeHuSA verdad?

—Te he preguntado al abrir la puerta sobre qué es lo que quieres y aún no me has contestado.

—¿No me invitas a pasar?

—Salvo que tengas algo que ofrecerme no. Escucha, me acabo de perder el final de una de mis películas favoritas y estoy de muy mala leche. Dime que desees y déjame en paz. No estoy de humor.

—Vale, vale—. Me entregó un cheque por valor de diez mil euros junto a una notificación por la que Leonora me retiraba el encargo. Se trataba de la liquidación que ponía fin a mi relación

profesional con ella y su socio. Parece que no le había gustado saber que era, entre otros, el objeto de mis pesquisas.

—Pero si he hablado con ella hace menos de dos horas y no me ha dicho nada —repliqué.

—Pues algo le habrás dicho, porque me ha llamado para que te entregara esto urgentemente. ¿Algo nuevo que quieras compartir conmigo antes de que dejes el caso? —me tentó el expolicía.

—No dejo el caso listillo, tengo otro cliente o es que se te ha olvidado.

—¿Sabes? No me gustaría que nuestros caminos se encontraran de nuevo. Ya no somos compañeros y no dudaré en seguir las instrucciones de los que me pagan. Así que un consejo, gratis, deja esta investigación y vete a gastar el dinero de este cheque —me amenazó el expolicía.

—Entiendo que no quieras que nuestros caminos se crucen. Será mejor para ti que eso no se produzca, porque yo no dudaré en seguir mis propias instrucciones y creo que ya sabes cómo las gasto.

Cogí el talón, firmé el recibí de la notificación y le di con la puerta en las narices a Miguel Agúndez. Había sido poco avispada. Por mi ineptitud había perdido la ocasión de cobrar noventa mil euros por un trabajo que igualmente tenía que hacer porque me lo había encargado otro cliente. No sé en qué estaría pensando cuando le dije a Leonora que ellos también eran blanco de mis investigaciones. Me recosté en el sofá y apagué la televisión. Con cinco minutos de película ya había tenido suficiente. Miré la botella, comprada recientemente, que ya estaba dando los últimos estertores y me sentí mal, así que me entretuve un rato mirando el cheque. Le di un beso y lo guardé a buen recaudo. Al día siguiente iría al banco a cobrarlo. No recordaba haber recibido nunca tanto dinero por tan poco.

Me serví el bourbon que quedaba en la botella y me volví a recostar en el sofá. Quería olvidar al abogado, pero no podía, sentía que le había herido y eso no me gustaba. Cerré los ojos. Probablemente por el efecto del alcohol me descubrí con mi mano acariciando la parte baja del pubis y percibí una sensación agradable acompañada de cierta aceleración del ritmo cardíaco.

Llamé a Melitón. Quería tentarle. No me apetecía continuar sola lo que había empezado. Pero no me atendió la llamada y transcurridos unos segundos me llegó un SMS de su número de teléfono: “Estoy trabajando, te llamo mañana”. Por supuesto que no me lo creí y deduje que aún le duraba el enfado por el lío en el que le había metido pidiéndole que me acompañase al domicilio del médico.

¿Qué les hacía a los hombres para que se mostraran tan enfadados conmigo?

Me descubrí de nuevo con la mano en el mismo lugar en que estaba antes de llamar a mi sargento preferido. El ritmo cardíaco seguía acelerado y a medida que mi mano experta en esas lides se iba moviendo, más se aceleraba. Aparté la braguita para dejar trabajar al dedo índice que se mostraba goloso, lo metí en la boca y nuevamente abajo lo dejé hacer. Lo moví lentamente haciendo círculos grandes alrededor del botoncillo maravilloso que la naturaleza me regaló al nacer e instintivamente abrí un poco más las piernas y levanté el pubis. Seguí moviendo el dedo con círculos cada vez más pequeños y aumentando la velocidad de giro. Elevé un poco más la cintura poniendo el vientre duro y cuando vi que el desenlace era inminente, dejé de mover el dedo de manera circular e introduje el índice y el anular dentro de la vagina masajeando la parte superior de la vulva con el pulgar. El estallido fue espectacular acompañado de un pequeño espasmo y de un gemido que traté de contener para no dar un espectáculo indeseado a cualquier vecina o vecino que estuviera al otro lado de la pared.

Intenté relajarme y acabé el bourbon que había en el vaso. O eso pretendí, porque no lo conseguí y no hablo de acabar el bourbon que eso fue fácil. Lo que no conseguí fue relajarme.

Algo ahí abajo se había despertado y se negaba a dormirse a pesar del aperitivo que le había dado.

Conservaba el teléfono del chico sumiso con el que tan buena experiencia había tenido unos días atrás. Le envié un mensaje preguntándole si estaba libre. Eran las once de la noche. Pocos segundos después recibí la respuesta: “siempre”.

Me dijo que conocía un lugar que había descubierto hacía poco tiempo. Se trataba de un local muy grande en la carretera de Toledo, en la misma vía de servicio, que había sido una fábrica de piezas metálicas y que habían alquilado una pareja de jóvenes para hacer de ella un lugar especializado en el BDSM. Quedamos en la puerta y entramos juntos.

Lucio tenía treinta años y estaba a punto de casarse. De sus gustos por el lado más oscuro del sexo su novia no sabía nada y me dijo que no entraba en sus planes a corto plazo que esa situación cambiase. Mi opinión era que mal iba a empezar un matrimonio en el que no existía confianza para abrir el espíritu y contar algo tan básico como los gustos por los juegos de alcoba. Aunque desde luego ese no era un asunto de mi incumbencia. Era guapo, alto y todo un caballero. Pero no era tan alto, tan guapo ni tan caballero como Melitón. Aun así, esa noche tenía que evitar la dualidad de pensamiento que, cuando estaba a punto de hacer lo que iba a hacer, siempre me asaltaba.

Yo me había vestido como visto siempre que salgo a la calle, con atuendo provocador. Él vestía unos vaqueros y una camisa de algodón azul sin sus iniciales grabadas. Nada especial para la ocasión. Pagó la entrada de veinte euros que le cobraban a él solo ya que las féminas no pagábamos en ese local y se fue directamente al baño que hacía las funciones de vestuario. Le esperé en una diminuta barra de bar y me despaché un refresco dejando el último bourbon de la noche para cuando esta llegara a su fin. Apenas había tres o cuatro personas más, eso sí, todos empeñados en dar rienda suelta a sus instintos más básicos.

Cuando Lucio se acercó a mí parecía otro. Se había descubierto el torso y llevaba un pantalón corto de cuero con una abertura en la parte trasera dejando a su libre albedrío las nalgas. Me senté con mi vaso en una especie de trono y contemplé el decorado a pesar de que la luz era prácticamente inexistente. Mi mascota se arrodilló y me pidió permiso para retirarme las botas. Se lo di. También para darme un masaje en los pies, se lo di también. Y más tarde, cuando había empleado más de quince minutos en el masaje, me pidió permiso para besarlos y adorarlos. Se lo di.

Cuando me cansé de tenerle en esa posición y viendo a otra pareja en la que la mujer ataviada de cuero negro esperaba para ocupar su trono, me levanté y le llevé hacia unas tablas en forma de X fijadas a la pared. Le sujeté las manos con unas argollas y tomé de un panel un pequeño látigo que creo que se llama *flogger*. Con él me despaché a gusto sobre el culo desnudo de mi acompañante hasta que se lo puse rojo y comenzaron a aflorar capilares de color escarlata. No se quejó y aguantó noblemente, como corresponde a una mascota entregada. Lo que no quería ni imaginarme era como iba a explicar ese desastre a su novia si es que esta le miraba sus partes traseras. Debo reconocer que con cada chasquido se repetía el hormigueo que había experimentado en casa mientras me tocaba antes de salir. Me excitaba tener el cuerpo atractivo de un hombre a mi disposición.

Dejé el látigo en su sitio y tomé en su lugar un collar de perro con clavos alrededor y su correspondiente correa. Le ordené que se pusiera a cuatro patas y se lo puse. Así lo paseé hasta otro de los juguetes que había visto mientras había oteado el lugar desde mi elevado trono. Se trataba de una especie de sillón que me permitía una cómoda posición reclinada con unos retenes para mantener las piernas abiertas y hueco suficiente para que el sumiso se colocase donde debía

estar. Y así hice yo y así hizo mi acompañante sujeto por el collar y la correa. Fue extremadamente placentero, no solo por el excelente manejo que este mostró con su boca y su lengua, sino también por la sensación de poder que me confería el tener sujeto a mi mascota con una correa y entregado a mi placer como si no hubiera otra cosa en el mundo en ese momento.

Su novia probablemente nunca sabría de lo que era capaz su marido cuando este lo fuera. Cuando me llegó el tercer orgasmo en esa misma posición empujé desde la nuca la cabeza de Lucio para que llegara más adentro. Lo quería dentro de mí y todo me parecía poco. Me estaba comportado como una hembra de amantis religiosa que, en plena copulación, era capaz de engullir al macho comenzado con la cabeza y dejando intactos sus órganos reproductores hasta el final del acto en un gesto de generosidad infinita hacia ella misma.

—Tráeme otro refresco, que necesito reponer líquido.

—Será un placer.

Me lo entregó, solícito, y me lo tomé sin prisa mientras él permanecía abrazado a mis piernas. La pareja cuya mujer había ocupado el sillón real después de dejarlo yo, también había ocupado la cruz de San Andrés que es como se llama en el argot a las dos tablas cruzadas. Ella le estaba despellejando literalmente tanto los glúteos con el látigo pequeño como la espalda cuando cambiaba a uno más grande. Y así iba alternando para equilibrar el dolor de su acompañante entre todas las partes de su cuerpo. La miré la cara y aprecié un rictus de placer con cada uno de los chasquidos en la piel de su sumiso. No descartaba que fuera capaz de alcanzar el clímax sin más ayuda que el instrumento que tenía entre las manos. Y de lo que no tenía duda es que su mascota acababa de alcanzar el clímax sin necesidad de más que lo que su ama dominadora le estaba haciendo. Evidentemente se trataba de un juego consentido y placentero para ambos. Dos personas adultas entregadas a inocentes juegos de adultos en los que nadie resultaba dañado, por lo menos en espíritu.

Miré al mío y comprobé que la situación le estaba llevando al límite de excitación, cosa que no suele ser muy habitual en hombres sumisos. Al tratarse de una prenda elástica la que llevaba, el bulto de su miembro excitado sobresalía de forma espectacular. Así que cogí la correa y me lo llevé a un reservado con un colchón. No iba a desaprovechar las oportunidades que la naturaleza nos envía.

Sería propio de una desagradecida.

Capítulo 21 – febrero de 2018. Madrid

La lluvia había cesado. Zeus, Dios de dioses y Dios de la lluvia, del trueno y el rayo, había concedido una tregua. Era necesaria.

En cuestión de minutos, después del tiro que había acabado con la vida del chófer del camión, el lugar se llenó de ambulancias, coches de policía y coches de todo tipo como consecuencia del monumental atasco que se había formado en la autopista. Una veintena de mujeres permanecían sentadas sobre unas esterillas improvisadas en la vía de servicio de la A6 y estaban tapadas con mantas térmicas que parecían hechas con tejido real dado su color dorado.

Hauwa lloraba. Todas lo hacían. No dejaba de recordar el momento en que había quedado con Paul y en el que había tomado la determinación de entregarle su cuerpo, cosa que no había hecho con ningún hombre antes. Parecía tan cercano, pero entre medias habían ocurrido muchas cosas, tantas que la cabeza no conseguía asimilarlas. No sabía que estaba haciendo allí ni tampoco sabía lo que iba a pasar a partir de ese momento. Por eso tenía miedo. A veces la incertidumbre es peor que el mal en sí mismo.

Unos hombres vestidos con monos de color amarillo y rojo fosforescentes, levantaron el cuerpo de un hombre que, al igual que las chicas, estaba tapado con una manta de color oro al lado del camión. Le metieron en la ambulancia. Otro hombre, vestido de policía y con su mismo color de piel era introducido en un coche con luces azules, en el asiento de atrás, escoltado por otros dos hombres con el mismo uniforme. El hombre de su mismo color de piel estaba llorando. Reconoció esos ojos, eran los mismos que la miraron cuando aún estaba escondida dentro del camión. A Hauwa le habían gustado esos ojos que le habían transmitido tranquilidad. Es como si hubieran dicho con voz sedosa pero firme: tranquila, no temas que yo te protegeré.

Hauwa miró impactada las decenas de luces naranjas y azules que giraban a su alrededor. También miró el charco de sangre, casi disuelta por el agua, sobre el asfalto en el mismo sitio donde segundos antes estaba el cuerpo del hombre que habían subido a la ambulancia, con todo el cuerpo tapado incluida su cara.

Una mujer, también con mono amarillo y naranja, se dirigió a ella en inglés:

—¿Cómo te llamas?

—Hauwa Samuel —dijo la chica entre gemidos.

—Qué nombre tan bonito. Yo soy Isa.

—También es bonito.

—¿Tienes sed? Toma bebe —y le entregó una botella de agua.

—Gracias.

—¿Te duele algo? —preguntó la sanitaria.

—No sé —contestó la joven.

—¿No lo sabes?

—No puedo pensar en si me duele algo.

—¿Sabes dónde estás?

La chica negó con la cabeza.

—Estás en España y no tienes nada de lo que preocuparte. Todo va a ir bien.

Hauwa vio como sus compañeras iban subiendo de cuatro en cuatro en las ambulancias de luces de color naranja pintadas con colores llamativos.

Cuando le tocó el turno a ella dijo:

—¿Me llevan a mi pueblo? Quiero ver a Paul, me ha engañado.

—¿Quién es Paul?

—Es el culpable de esto.

—Todo eso se lo vas a tener que contar a la policía. Pero ahora no te preocupes. Vas a ir a un hospital.

—No quiero médicos. No me gustan.

—No te harán daño, te lo prometo. Te tienen que reconocer para ver si necesitas cuidados. Debes creerme, la pesadilla ha terminado.

Y la creyó.

Junto a otras tres compañeras fue colocada en el interior de la ambulancia, iban sentadas en los bordes laterales. Cuando la puerta se cerró, la última imagen del lugar se le quedó a la joven impresa en la retina: luces girando, gritos, gente que corría de un lado a otro, policías uniformados, charcos de agua en los que se reflejaban las luces naranjas y azules que giraban. Y cientos de coches detenidos en la carretera paralela cuyos pasajeros habían salido y contemplaban haciendo corro la escena. Un buen tema de conversación con el que llenar su anodino día de domingo.

—No quiero viajar más —le dijo al médico con bata blanca que las acompañaba dentro de la ambulancia—. Quiero ir a casa.

El hombre le cogió la mano y la sonrió. La joven le miró y vio que estaba a punto de llorar. Y le sonrió también apretándole la mano. También le gustaba su mirada.

El hospital Puerta de Hierro en Majadahonda tenía capacidad más que de sobra para atender a todas las chicas. Se trataba de un centro bastante moderno, de esos que llaman de gestión privada, ubicado a cinco kilómetros del lugar donde se produjo el casual hallazgo de la guardia civil. La puerta de urgencias se llenó de ambulancias y decenas de sanitarios y celadores, avisados previamente, salieron para hacerse cargo de las mujeres. Una vez que entraron en el hospital fueron repartidas individualmente en boxes para ser reconocidas de acuerdo con el procedimiento establecido.

Hauwa entró en el número cinco, en el cual estuvo más de dos horas hasta que una doctora auxiliada por un enfermero concluyó que tan solo presentaba signos de deshidratación, aunque de carácter leve, por lo que no era necesario aplicar una vía con suero. Por lo demás parecía sana, sin evidencias de que hubiera sido agredida sexualmente y sin ninguna otra cosa grave que reseñar.

Pasó la noche en observación y la mañana comenzó con un desayuno a base de leche y galletas seguido de la visita de una psicóloga de la Comunidad de Madrid que cumplió lo establecido en el protocolo para estos casos rellenando el cuestionario de rigor. Más tarde recibió otras visitas, la de una asociación pro-derechos humanos, otra visita médica, la comida, dos hombres que se presentaron como de la policía especializada en la trata de seres humanos y hasta un periodista que nadie sabe cómo burló los controles pero que fue expulsado de inmediato en cuanto los muchachos de seguridad le cazaron.

Pero la visita más llamativa fue la del director del hospital. Personalmente estaba visitando a las mujeres y entregándoles un osito de peluche marrón con un lazo rojo con lunares. Mientras se lo entregaba a cada chica, un fotógrafo del hospital le sacaba una instantánea a la vez que él sonreía al objetivo exhibiendo su blanca dentadura de la misma forma que hubiera hecho en caso de estar posando para un anuncio de pasta dentífrica. Los últimos en llegar

fueron unos funcionarios que lo hicieron cuando las chicas estaban ya vestidas con la ropa facilitada por los servicios de la Comunidad de Madrid.

A la pareja de policías Hauwa les contó todo lo que recordaba, que no era demasiado. De hecho, no pudo contar nada que fuera relevante para la investigación abierta. Ella solo sabía lo que ocurrió hasta que Paul avisó a sus dos compinches y la metieron en un coche. A partir de ahí no pudo aportar nada sobre cuál fue el itinerario seguido por sus captores hasta que se encontró en España.

Los dos últimos hombres en llegar, los funcionarios, agarraron a Hauwa con delicadeza del hombro y le dijeron:

—Te vamos a trasladar a un centro, estarás bien atendida allí. No sabemos lo que pasará después, depende de lo que dictamine un juez. Probablemente te traslademos de nuevo a tu país de origen. ¿Te gustaría?

—No lo sé —contestó.

—¿Por qué no lo sabes? —insistieron los funcionarios.

—¿Si me quedo aquí podré estudiar?

—¿Qué te gustaría estudiar?

—Médico, quiero ser médico. Antes quería ser profesora. Pero quiero ser médico y ayudar a las chicas que vengan aquí en camiones como yo. ¿Me pueden ayudar?

* * *

Hauwa llevaba dos meses en el CIE de Aluche. No quería relacionarse con nadie. Dormía en la litera de arriba en un cuarto que compartía con tres nigerianas más. Pero no quería hablar con ellas. Solo hacían que llorar durante la noche y durante el día también. Además, decían cosas que no le gustaba escuchar. Cosas como que las iban a tener allí dentro, encerradas, durante mucho tiempo y que luego las llevarían a la frontera de España con Marruecos y las dejarían allí, solas, para que volvieran a su país cada una con sus propios medios.

Raro era el día que no aparecía alguna persona que se identificaba como voluntario de tal o cual asociación humanitaria para interesarse por su estado o para hacerle preguntas que decían que serviría para evitar la deportación. A la joven le habían explicado ya lo que era una deportación y ella a todos les decía lo mismo: “No quiero ser deportada. Quiero estudiar en España, pero no quiero estar en la cárcel. No he hecho nada malo, me han traído sin yo quererlo, por eso no entiendo el motivo de que me hayan encerrado aquí”.

Una mañana, nada más desayunar, la llamaron para decirle que tenía una visita. Hauwa pensó que se trataría de otro activista de los derechos humanos que le prometería ayuda. Habían sido muchos los que en los días que llevaba recluida le habían prometido que evitarían su deportación. Tantos que ya había aprendido a no creerlos. Pero ese día la visita no era de un voluntario de ninguna asociación. Era un hombre mayor que se presentó como Leocadio Huidobro. Era gordo y calvo, con exceso de grasa que le colgaba bajo la barbilla, sus ojos eran grises y tenía una sonrisa ácida, de esas que te indican que no debes fiarte del tipo que tienes delante. Se quitó las gafas y se dirigió a Hauwa:

—Hola, soy Leocadio Huidobro. No me conoces, pero soy el propietario del camión que te trajo a España.

La chica al escuchar eso dio un paso para atrás tratando de alejarse de aquel individuo que probablemente junto a Paul fuese el responsable de su desgracia.

—Por favor, déjame que te hable —le insistió el hombre.

—¿Viene para llevarme a mi país?

—No, por supuesto. Vengo para pedirte perdón.

—¿Por sacarme de mi pueblo y traerme?

—No, yo no soy responsable de eso. Solo soy culpable de recogerte cuando te dejaron en el barco y de haberte traído hasta aquí —explicó Leocadio.

—¿Y por qué lo ha hecho?

Leocadio pareció pensárselo unos minutos y añadió:

—Supongo que, para tener más dinero, para ser rico. Me arrepiento muchacha, no me siento orgulloso de lo que he hecho.

—¿Quieres mi perdón?

—¿Harías eso por mí?

—Te perdono —le dijo con voz dulce la joven.

—Es importante para mí. Gracias.

Ambos se sentaron en una de las mesas con bancos cuya estructura estaba pintada de azul chillón y el hombre sacó dos refrescos de la máquina.

—No quiero, ya he desayunado —dijo la joven.

—¿Te tratan bien aquí?

—¿Por qué quieres saber eso? Ya te he perdonado, puedes irte. No me conoces, no te intereso.

—Sí me interesas. Escucha lo que quiero decirte. He cometido muchos errores en mi vida. Me gusta vivir bien y para eso hace falta dinero. Aquí todo funciona así. Bueno, aquí y en todos los lugares.

—¿Por qué me lo cuentas? —preguntó Hauwa.

—Porque esos errores de los que te hablo pasan factura. Mi vida está a punto de cambiar y quiero hacer algo por las personas a las que he hecho daño. Yo tengo dos hijos y tengo una hija a la que no conozco. También pretendo arreglar eso.

—Sigo sin entender por qué me lo cuentas. No me interesa. Me das miedo.

—Quiero sacarte de aquí —manifestó Leocadio Huidobro.

—Ya me han dicho muchas personas eso desde que estoy aquí.

—Pero yo puedo sacarte de aquí.

—¿Y llevarme a vivir con usted?

—No, desgraciadamente yo no estaré a tu lado para ayudarte. Pero me encargaré de que tengas dinero para estudiar. ¿Aceptas?

—Si puedo estudiar, sí acepto. Pero tengo que estudiar medicina.

—¿Y en qué te quieres especializar?

—Quiero curar el SIDA en mi país. Mató a mi madre.

—Es muy noble por tu parte.

—También quiero curar a las mujeres de Nigeria que son llevadas a otros lugares. ¿Me ayudarás a ser médico?

Leocadio agarró la mano de la chica y no pudo evitar que sus ojos grises derramaran unas lágrimas.

—Te prometo que volveré.

Hauwa sonrió según se iba, llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Algo en su interior le decía que ese hombre no la iba a engañar. No le gustaba su mirada, pero le creía.

Pasaron semanas y el hombre no volvió. Los primeros días se levantaba con la esperanza de

que ese sería el último día en ese sitio, que el hombre gordo, calvo y mayor, vendría para sacarla. Pero poco a poco se fue dando cuenta de que no iba a ser así. Uno más que la había engañado.

Y pasaron más días y semanas y la llamaron porque tenía otra visita. Acabó de desayunar y fue a la sala donde se recibían las visitas y esperó sentada en el banco de estructura metálica pintada de azul. Vio entrar a dos personas a las que no conocía. Uno era un hombre de edad avanzada que aparentaba cansancio. La otra era una mujer morena vestida con una falda muy corta y que caminaba sobre unos tacones que se le antojaron fascinantes. Quería unos como esos. Nunca había andado con unos zapatos así, en su pueblo además no hubiera sido posible pero probablemente sí podría hacerlo en esa ciudad en la que estaba, eso si algún día conseguía salir de ese maldito lugar en el que la tenían encerrada. La mujer de la falda sonreía según se acercaba, el otro, el que la acompañaba y caminaba arrastrando las piernas como si andar le supusiese un tremendo esfuerzo, no. En cambio la de los tacones se acercaba como si volase, pero no era así. Cada paso sonaba como el golpeteo de un tambor, seduciendo a quien lo escuchase, por eso sabía que no volaba. Eran magníficos esos zapatos. Lo primero que haría cuando saliese de allí sería intentar conseguir unos iguales.

A Hauwa le gustaba la mirada de esa chica, pero ya no volvería nunca a concebir falsas esperanzas.

Capítulo 22 – agosto de 2018. Madrid

Era ya una insana costumbre en mí levantarme con resaca. Tendría que hacer algo. Millones de alfileres agujoneaban mi cerebro y había algo que lo agujoneaba más y era mi conciencia. Mi madre no se cansaba de repetírmelo cuando era más pequeña y ahora también: “Yaizaaaa, no tienes remedio”. Afortunadamente ahora ella anda en tierras canarias viviendo con un policía jubilado en una comuna o como quiera que se llamen esos lugares donde todo es de todos y nada es de nadie. Y en los que, por la noche, también todo es de todos. Durante mi primer caso tuve la ocasión de verla ya que se casaba o como se denomine a esa pantomima que hicieron. La vi feliz y eso es lo más importante. Ella allí, yo aquí y las dos muy felices.

Preparé una cafetera bien cargada y encendí el ordenador portátil. Había pasado la noche bastante mal y los sueños, vívidos e intensos, hicieron cola para irme torturando de uno en uno. El que fue más recurrente era en el que Lucio me suplicaba que parase y yo, como si fuera una sádica despiadada, desatendía su petición e intensificaba gradualmente mis latigazos hasta caer exhausta. Él, cuando me veía sin fuerzas y desfallecida, se reía y me decía que no valía, que era muy floja y entregaba el *flogger* a otra de las mujeres que hacían cola esperando para despellejarle vivo.

Las dos gemelas tampoco quisieron perderse el sarao y se presentaron un par de veces. En mi sueño dirigían la empresa de logística y dentro del almacén custodiaban miles de cuerpos de muchachas de color las cuales se apagaban día a día hasta consumirse. Yo las veía, en el zulo donde las escondían, y corría hacia ellas para liberarlas de su cautiverio. Pero cuanto más corría, mayor era la distancia que me separaba de ellas. Gritaban desesperadamente pidiendo auxilio y yo les decía que no se preocuparan que ya estaba llegando, pero no llegaba. Casi toda la noche me la debí pasar así, corriendo, ellas pidiendo auxilio y yo, con cada paso que daba en su dirección, más me alejaba de ellas. Creo que con ese sueño fue con el que me desperté sudorosa y con palpitaciones.

Y hubo otro que también se repitió insistentemente. Como si una parte de mi cerebro, la que se ocupa de la actividad durante la noche, se hubiera empeñado en alertar a la parte consciente de que algo se me estaba escapando. Eso fue lo que me empujó a entrar en las redes sociales en busca de algo que vi, en su momento no le presté la atención debida, y quería volver a ver. Eché un chorro de leche fría en el café recién salido de la cafetera, sin azúcar ni edulcorantes y me senté frente a la pantalla del portátil. Encontré sin dificultad la foto que el forense tenía colgada en su muro y la contemplé más de cerca. Creí conocer a uno de los que brindaba con cerveza en un bar con Leocadio y Wenceslao Pascual. La primera vez que le vi su cara en la instantánea que el forense había colgado en su muro, no me resultó conocida. Pero los efluvios del alcohol en mi cabeza durante la larga jornada nocturna, repleta de pesadillas, paradójicamente me habían despejado la memoria. Estaba casi segura de que se trataba de uno de los colegas del médico que se mofó de mí la vez que fui al Instituto Anatómico mientras tomaban café en la salita en la que les abordé. El problema es que no sabía su nombre ni tan siquiera si era un colega también forense, o un médico o científico de otra especialidad. Aunque supongo que casi todos los que dentro de ese lugar vistan bata blanca deberían ser del gremio. Decidí acabar el café e ir a la morgue para ver si daba con él y me explicaba algo que me resultara interesante sobre la relación que mantenía con el empresario muerto.

Aspiré el aroma a café recién hecho que había embriagado el ambiente de mi salón y me sentí con energía suficiente para abordar la jornada que tenía por delante. Tenía que encontrar el

nombre del colega de Wenceslao así que me puse manos a la obra. Pegué un repaso a todos los amigos que tenía en su perfil el médico y tardé poco en dar con él. Fue más fácil de lo que pensaba ya que casi todos los contactos eran fémimas y este destacaba junto a otra media docena de excepciones. Doctor Gutiérrez, se llamaba. La foto de su perfil era más nítida que en la que estaba en el bar con sus amigotes y en esta le reconocí perfectamente. Así que tocaba la ardua tarea del acicalamiento. Miré por la ventana y comprobé que la mañana prometía ser calurosa así que opté por un mono ajustado de color azul, con tirantes sobre los hombros y un escote escandaloso. Como esa mañana me sentía generosa a pesar de que el dolor de cabeza aún no me había abandonado, coloqué unas pequeñas almohadillas a modo de relleno en mi sujetador, no porque me hicieran falta, pero seguro que me ayudarían en mi propósito: sentirme una diva. Me maquillé y me miré en el espejo dando rienda suelta a mi vena narcisista. No estaba nada mal. Completé la faena con unas sandalias de tacón alto cerradas por delante.

Podría decir en mi defensa que el día anterior se me había olvidado devolver el Audi, pero estaría mintiendo como una bellaca si lo hiciera. No había querido devolverlo lo que probablemente acarree una sanción. Así que llamé y pedí renovarlo un día más. Afortunadamente el empleado que me atendió no puso problemas y me encaminé derrochando felicidad hasta mi destino con mi automóvil alquilado.

Era una hora temprana por lo que pensé que el colega de Wenceslao estaría atendiendo a uno de sus pacientes abriéndole el pecho en forma de cruz según nos muestran en los filmes donde aparecen cadáveres en la camilla de la morgue, o quizá me lo encontrase con una sierra circular trepanándole el cerebro para pesarlo y extraer una muestra. Aunque por otro lado pensé que el negocio de forense no tiene horas porque la gente se acostumbra a morir sin mirar el reloj previamente, así que a lo mejor me lo encontraba descansando.

Lo primero que hice fue ir a la salita habilitada para tomar café. Podría ser un adicto a la cafeína y estar donde le vi la primera vez. No fue así, por lo que fisgué en los distintos despachos hasta que vi su nombre en un rótulo. Entré sin llamar.

—¿Qué es lo que desea señorita? Podría haber llamado antes de entrar. Ummm, creo que te conozco. Sí claro, tú eres aquella a la que supuestamente había dejado embarazada Wenceslao — una vez que me había conocido cambió el semblante y comenzó a tutearme—. ¿Qué haces aquí?

—Pues nada, que se me ha escapado y me ha dejado colgada con lo que llevo aquí dentro — dije señalándome a la barriga.

—Mira niña, ya me habló de que eso fue una milonga para llegar hasta él y preguntarle por su opinión profesional sobre una autopsia. Así que a otro con ese cuento. Dime a que has venido.

Una vez desmontada la mentira, tocaba cambiar de estrategia.

—Soy detective y quiero saber qué le pasó a tu colega. Evidentemente no estoy esperando un hijo de él como ya has intuido. Ni uno ni dos.

—Le han matado —dijo lacónico.

—Eso ya lo sé. Verás, cuando vine la primera vez investigaba la muerte de otro hombre. Resulta que Wenceslao tiene una foto donde están ustedes tres bebiendo cerveza junto a otra persona. Quiero saber qué relación les unía. Es importante —le pedí.

El médico se me quedó mirando pensativo. Intuí que se estaba debatiendo entre llamar a seguridad para que me sacasen de allí a patadas o atender mi petición. Lamentablemente optó por la primera opción y descolgó el teléfono.

—Espera, me voy sola, no me hace falta ayuda. Pero por favor, dime la relación que existía entre vosotros. Es importante, no te molestaré más.

—No existía ninguna relación detective, simplemente un día, no hará más de cuatro meses, Wenceslao nos presentó a un amigo que había venido a verme. No me pregunte para qué vino porque no lo sé. Muchos días salimos a tomar unas cañas cuando finaliza la jornada. Ese día fuimos los cuatro. No he vuelto a ver a ese individuo.

—Ese hombre murió asesinado, igual que tu colega —le espeté.

La cara de asombro que puso evidenció que o era un actor de la talla de Brad Pitt o no sabía nada de la muerte de Leocadio.

—No tenía ni idea —confesó—. ¿Crees que guarda relación?

—Eso es lo que trataba de averiguar antes de que llamasen a los de seguridad.

—No puedo decirte más que parecían buenos amigos. Nos dijo que tenía un negocio y no recuerdo que diera más detalles de sí mismo. Hablamos de mujeres y..., no sé, poco más.

En ese momento la puerta se abrió y entraron dos uniformados con cara de pocos amigos. Uno más alto que el otro. Uno con pinta de lelo y cuerpo macilento. El otro, el más bajo, proyectaba una imagen que bien podría confundirse con la de Clint Eastwood interpretando a Harry Callahan en versión de un metro sesenta. Este último fue el que me agarró del brazo, sin advertirme previamente, y me empujó hacia la salida como si estuviera tratando a una delincuente. Miré al forense, no solo no decía nada, sino que ni miraba impasible. Estaba absorto y mucho me temía que no iba a frenar la acción de ese ser abyecto que me tenía agarrada. Me revolví soltándome de su tenaza y le sacudí un pisotón con mi sandalia. Pero fue un gesto inútil, el guarda de seguridad llevaba unas botas de cuero tan duro que mi gesto solo sirvió para estropear el zapato. Me quedé mirando con pena el tacón desprendido y sin apenas darme cuenta, el otro uniformado, el lelo, me había hecho una llave que me había dejado inmovilizada.

Me sacaron del despacho del forense y me arrinconaron contra la pared. Dos empleados pasaban por allí y al ver la escena se apresuraron a salir de allí por miedo a que se escapase alguna torta. Puesto que para arrinconarme me habían soltado, con un gesto ágil saqué mi espray y le rocié la cara al que parecía más idiota de los dos. Me equivoqué, tenía que haber empezado por el otro, el pequeñito con cara de mala ostia. Este, más ladino que su compañero, se anticipó cuando dirigía el chorro hacia él y me sacudió un puñetazo que me tumbó en cuestión de segundos.

Cuando me recuperé estaba sentada en una sala con tres guardas de la misma empresa y dos policías nacionales.

—Ya despierta —dijo el más espabilado poniendo cara de sabihondo ante los policías, quizá buscando un enchufe para mejorar el trabajo—. ¿Sabes que mi compañero está recibiendo una cura en los ojos?

—Por favor, llamen al sargento Melitón, del cuerpo superior de Policía. Estoy trabajando, soy detective. Él les podrá decir quién soy —balbuceé.

—A mí como si eres la reina del mambo. Te vamos a denunciar y tienes suerte de que hayan llegado estos agentes porque en caso contrario te hubieras ido calentita a casa —siguió gritando.

Uno de los policías carraspeó y se interpuso entre ese energúmeno y yo lo cual evitó que me levantase y le diese un merecido sopapo a ese idiota.

* * *

Una hora después salía del Instituto escoltada por Melitón. Su cara lo decía todo. No sé si me daba más miedo el bocazas que había dejado dentro y que se había librado por los pelos de una ración de pimienta o Melitón. Había tenido que romper el tacón del otro zapato para no andar desequilibrada. En esa guisa el sargento parecía un gigante a mi lado o yo una liliputiense al suyo.

—Estoy por llevarte a comisaría y dejarte encerrada hasta mañana. La próxima vez que te metas en líos a mí no me llames —estaba terriblemente enfadado.

—¿Sirve de algo que te pida perdón?

—Creo que lo nuestro, si es que ha habido alguna vez algo nuestro, está acabado. Solo te acuerdas de mí cuando lo necesitas.

Escucharle decir eso me hundió.

—Nos lo pasamos bien. Tenemos gustos comunes, somos las dos caras de una misma moneda. No digas eso —le pedí.

—¿Hacia dónde vamos? —me requirió.

—Bueno, pues no sé. Llévame a casa, o para en alguna terraza y nos tomamos algo y hablamos. Lo que quieras.

—No Yaiza, te pregunto que hacia dónde vamos nosotros, nuestra relación —seguía mostrándose enfadado.

Evidentemente había interpretado mal la pregunta.

Seguimos en silencio hasta que detuvo el coche en la plaza de Chamberí. Sacó de la guantera del coche un cartelito donde ponía policía y salimos de él dejándolo estacionado en una zona reservada para minusválidos. Nos sentamos en una terraza y pedimos dos cervezas.

—¿Amigos? —probé suerte.

—Estoy jodido Yaiza. Me gusta cuando jugamos, nunca he sentido tanto como a tu lado. Pero eso se me queda corto.

—¡Leches! No me irás a pedir matrimonio —bromeé con la intención de quitar hierro al asunto.

Me miró y percibí que estaba luchando para no soltarme el improperio que a buen seguro tenía en la punta de la lengua listo para ser escupido.

—Ayer te llamé y rehusaste mi invitación —le recliné.

—No estaba de humor. Tengo un trabajo y me debo a él. Me colocaste en la casa del médico en una situación difícil. Tu comportamiento frívolo es incompatible con mi profesión.

—¿Y si damos un paso más? —propuse sin tener lo suficientemente claro lo que estaba proponiendo.

Melitón se calló, pero a pesar de su silencio sabía que mis palabras no habían caído en saco roto.

—Cuéntame cómo vas con tu investigación —me solicitó eludiendo deliberadamente contestar a mi ofrecimiento.

Tardé tres rondas de cerveza en ponerle al día de mis progresos incluido el motivo de la visita que había hecho al doctor Gutiérrez. El alcohol suele producir ese efecto en mí, me vuelve locuaz.

—¿Crees que Leocadio se suicidó? Parece, según me acabas de contar, que lo había dejado todo muy atado. Parece casi seguro que preveía su muerte —observó el policía cuando hube acabado la exposición.

—¿Y para eso tanto esfuerzo en descapitalizar la empresa? No, creo que el final de su plan no era ese. Pero algo debió salir mal —apunté.

—Puede que le extorsionaran y el dinero era para pagar el silencio de alguien. No lo pudo soportar y se suicidó —apostilló Melitón.

—Puede. Y está lo de Wenceslao, que además era amigo del empresario. Dime sargento, ¿qué puede impulsar a un forense, con un trabajo que debe estar muy bien remunerado, a desaparecer dejando todo atrás?

—El miedo —contestó lacónico.

—Miedo, ¿a qué? —insistí.

—Miedo a lo que más tarde le ocurrió. Le mataron. A eso tenía miedo.

—¿Y por qué temía que alguien le matara? —le insistí a mi sargento para que pusiera sus ideas en alto.

—Porque hizo algo contrario a la ley y le entró el pánico cuando te vio acercarte —apuntó.

—¿Te refieres a mentir sobre las conclusiones de su muerte? No, con eso me tendría miedo a mí o la policía. Y dudo que eso sea por sí solo suficiente como para dejar toda una vida atrás y largarse. Ese hombre temía por su vida —le aclaré al sargento.

—Quizá no fue solo mentir sobre la autopsia lo que hizo. Pongamos que alguien, el asesino de Leocadio, le pidió al forense que mintiera sobre el informe. Este más tarde chantajea al asesino, y el extorsionador le intenta eliminar, el forense huye, pero al final le da caza en Lisboa y se lo carga. ¿Por qué se lo carga? Porque es un asesino y el otro es un chantajista que sabe más de lo que le conviene. ¿Qué te parece?

—Todo es posible. ¡Maldito caso!

—Lo vas a solucionar, ya verás —me dijo mientras me tomaba la mano. Su calor me dio alas para continuar.

—El forense y el empresario tenían amistad, sería bueno saber en qué se fundamentaba esa relación. No lo acabo de entender, ¿Por qué decir en la autopsia que ha muerto por causas naturales cuando eso no se lo traga nadie? —reflexioné.

—Te equivocas. Eso se lo tragan mis compañeros que han estado a punto de cerrar la investigación al creerse que murió por un infarto. Por tanto, hizo bien su trabajo, el de mentir me refiero —aclaró Melitón—. Pero no ha huido solo por miedo a que le cacen por mentir en el informe de la autopsia como bien has apuntado tú. No, de eso se hubiera podido defender aun en el improbable caso de que se le hubiera acusado desde la policía o el colegio. No, hay algo más gordo para que deje todo y se vaya.

Pedimos la quinta y algo de picar ya que mucho me temía que no sería capaz de levantarme de esa terraza con el buche vacío.

—¿Y si el forense ha certificado la muerte de un muerto que no está muerto? —espetó el sargento provocando que el trago que en ese momento estaba circulando por mi esófago se desviase de su rumbo y me hiciera toser.

—¿Qué has querido decir? —pregunté incrédula.

—Nada, cosas mías —evadió la respuesta.

Me quedé pensativa rumiando la observación del policía.

—¿Por qué has dicho lo que has dicho? —le insistí.

—Eso explicaría algunas cosas —dijo dejando que las palabras resbalasen por su boca, sin demasiada convicción.

Al cabo de unos segundos, con objeto de romper el silencio, le pregunté por el expolicía.

—¿Conoces a Miguel Agúndez?

—Sí, ha estado toda la vida en el cuerpo —no dio demasiados detalles.

—¿Es apreciado? —insistí.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé qué pinta en todo esto. Encuentro razonable que el dueño de LESA contrate un expolicía para sus asuntillos, pero no acabo de ver cuál es el interés en la muerte del empresario, salvo que tenga algo que ocultar. Si Eustaquio Villapalos está detrás de la muerte de Leocadio, el

expolicía bien podría haber sido su brazo ejecutor.

—Se retiró hace más de un año. A los seis meses se divorció de su mujer. Bueno, mejor dicho, su mujer se divorció de él. Conozco varios casos en los que el matrimonio ha funcionado medianamente bien mientras que uno o los dos trabajan, pero que cuando se deja de compartir tan solo un pequeño espacio y se comienza a compartir todo el espacio, la cosa falla. Cuando estás ocupado llegas de la oficina y tienes cosas que contar, pero si estás todo el día junto a tu pareja, ¿qué vas a contar?

—¿Y no crees que esa máxima la puedes aplicar a nosotros? —me arriesgué.

—Es que nosotros apenas compartimos nada. Además, no quiero volver a hablar de eso —sentenció.

—Algo sí que hemos compartido —le traté de calmar.

—Dejemos el tema para otro momento —concluyó.

A duras penas nos levantamos. El sol en la cabeza, mezclado con el exceso de cerveza, resultó ser una combinación explosiva.

—¿Puedes conducir? —le pregunté.

—Poder puedo, deber no debo, pero lo voy a hacer.

Dentro del coche me preguntó:

—¿Hacia dónde vamos?

—¿Te refieres a nuestra relación o hacia donde nos dirigimos? —bromeé aludiendo a la anterior confusión que había generado la misma pregunta.

—Lo segundo —aclaró.

—A casa. Tengo ganas de que mi mascota me de placer —le tenté arriesgándome a una negativa.

Afortunadamente esta no llegó y enfiló el coche al lugar donde le había pedido.

—Melitón —interrumpí sus pensamientos mientras conducía.

—Qué.

—Estoy pensando en la observación que has hecho antes. ¿Crees que un juez autorizaría la exhumación del cadáver de Leocadio Huidobro?

—¡Estás loca! —exclamó.

Capítulo 23

Si levantarse por la mañana con resaca es una maldición, repetir la misma sensación con la siesta es más que una doble maldición. Melitón estaba abrazado a mí, sudando como un pollo en el asadero y con el calzoncillo puesto, lo cual era señal inequívoca de que lo único que habíamos hecho era dormir la mona además de sudar. Me di una ducha con agua fría y desperté al intruso con forma de bella durmiente que ocupaba mi cama.

—Espero que Luis, tu jefe, no te fusile al amanecer por desaparecer del trabajo, beber en horas de servicio, conducir con una tasa superior a la permitida y ..., bueno, nada más porque me parece que en el estado en que nos hemos acostado no hemos hecho nada

—Tranquila, cuando te fui a rescatar de las garras de esos *seguratas* ya me encargué de pedirle el día.

Nos entró un mensaje a ambos a la vez. Era Javier Holmes que había regresado de Tailandia y nos invitaba a cenar.

Me resulta difícil definir como es mi amigo el detective. Sé que no soy objetiva y temo ensalzar su figura demasiado, tanto como para generar frustración si quién me oiga se forja una imagen demasiado idealizada de él antes de conocerlo. No en vano de todos es conocido que la principal causa de insatisfacción es el desajuste que existe entre las expectativas y la realidad, y sobre la segunda es muy difícil actuar, por eso conviene ser comedido con la primera.

A pesar de todo lo voy a describir. Es moreno, aunque las canas reclaman cada día que pasa con más insistencia su espacio de cabellera. Ni guapo ni feo, pero con un puntito de malvado que le salva, ni alto ni bajo y con unos brazos musculados a base de horas de gimnasio que hacen que dé el pego. Al igual que hice yo, dejó su carrera como economista para dedicarse al poco lucrativo negocio de la investigación privada. Solo que en su caso fue voluntario. En el mío me vi forzada para defender mi inocencia. Es duro cuando la ocasión lo requiere, lo cual le ha valido más de un guantazo, y es simpático alguna vez, aunque pocas. Generalmente la simpatía siempre le aflora cuando está delante de un buen plato de comida o cuando se enfrenta a sus habituales churros matinales, nunca más de tres, en eso es inflexible.

Se abandonó un poco cuando su musa, a la que conoció por ser la sospechosa de su primer gran caso, le dejó. Bueno, ella se fue del despacho de detectives de Javier Holmes, ubicado en la cuarta planta de un edificio donde el arquitecto olvidó proyectar el ascensor. Pero eso fue como consecuencia de que había sido él el que la había dejado plantada un día antes de la boda. O sea que se lo tenía bien merecido. Es mi amigo, pero es un capullo.

Cuando llegamos Melitón y yo, estaba sentado con su amigo Luis Bárcenas, el inspector de policía y jefe de Melitón. Me tiré a él sin poder evitar un grito de alegría y le abracé. Le había sentado bien el viaje, estaba moreno, había perdido algo de peso y hasta tenía el pelo más negro, sospechosamente con un ligero tono cobalto. De esto último me daba en la nariz que había sido su amada Marisol la responsable.

—¿Dónde has dejado a tu socia?

—Ha preferido sufrir el *jet lag* en la cama. Yo no me he podido resistir a veros. ¿Te trata bien este hombretón? —dijo refiriéndose al sargento.

—Seguro que no, hay veces que acude al trabajo tan destrozado que da pena —bromeó el orondo inspector.

Le miré igual que hubiera mirado al cazador que mató a la madre de Bambi si le hubiera tenido

frente a mí.

—No me atrevería a tratarla mal porque sé que te tendría enfrente Javier —continuó con la chanza Melitón al que no parecía haberle afectado la broma de su superior.

—No lo dudes sargento.

Pedimos unos entrantes que eligió el detective y mientras llegaban me preguntó por la investigación que me ocupaba. Así que no me quedó otro remedio que liarme con los detalles del caso y sus avances. Eso me supuso apenas probar los calamares y los chopitos.

—Ese caso no hay por dónde cogerlo Holmes —dije a modo de conclusión después de haberme desgañado a hablar durante más de media hora—. A estas alturas de la investigación ya tenemos claro que Leocadio no murió de un infarto y que llevaba implicado en el miserable negocio de la trata de blancas más de cuatro años. También sabemos con certeza que preparó durante los meses anteriores todo para asegurarse una buena vida lejos de la empresa. Tal es así que saqueó las arcas del negocio y en un intento de congraciarse con el mundo, adoptó a una hija a la que no había querido reconocer en los años desde que nació y a un joven de color. Bueno, su intención primigenia fue adoptar a una de las chicas que llegaron en el camión interceptado. Pero más tarde, probablemente presionado por uno de los mafiosos con los que colaboraba, adoptó al hermano de este solucionándoles la vida a ambos.

Paré de hablar y engullí el primer calamar rebozado de la tarde que coincidía con ser el último del plato. Y continué:

—También tenemos certeza de que el forense ha tratado de desviar deliberadamente la atención diciendo que se trató de una muerte natural. Pero a la vez cita en el informe de la autopsia la presencia de una sustancia tóxica en el cuerpo del empresario asesinado, con lo que siembra la semilla de la duda. Y esta es la paradoja que no hace más que rondarme en la cabeza: si el forense lo que quiere es desviar la atención de lo que ha sido un asesinato, ¿por qué consigna en el informe de la autopsia que ha encontrado la oleandrina en el cuerpo del finado?

—Buen olfato Yaiza —me premió mi amigo el detective con el borde de la boca manchado por los churretones que le habían dejado los calamares y los chopitos que yo apenas había probado.

—Por cierto —seguí—. El forense y Leocadio eran amigos y este le visitó al Instituto Anatómico Forense por lo menos en una ocasión. Y hasta ahí las certezas. De las hipótesis, mejor no hablar porque no probaría bocado. Por cierto, veo que a pesar de ser hombres sabéis hacer bien dos cosas a la vez: escuchar y comer. ¡Joder, me habéis dejado sin aperitivo!

Llegaron los segundos platos y concedimos a la conversación una tregua, mi estómago así me lo recomendó. Esta no se rompió hasta los cafés.

—Lo estás haciendo muy bien Yaiza —me volvió a regalar los oídos Holmes.

—Tú dale coba, ¿no ves que se crece? —terció el inspector Bárcenas.

—No lo creo Javier —contesté a Holmes obviando el comentario del inspector—. No me importa reconocer que estoy bastante perdida. No hay más que actores que no sé qué pintan en esta obra y todos ellos pugnan por ser el protagonista principal: la empresa con la que hizo el acuerdo el empresario para justificar la salida del dinero y que está dirigida por dos sujetos de los que no me fío. Tienen en nómina a un expolicía que no deja de meter sus asquerosas narices en el caso y por si eso les pareciera poco, despilfarran el dinero para contratarme a mí también ¿Tantas ganas tienen de saber lo que le ocurrió a Leocadio? O lo que pretenden es saber si me acerco a la verdad y, creo que eso es lo que más les interesa, al dinero que se retiró de LoLeHuSA. El hijo mayor que tenía motivos más que suficientes para sentirse desplazado del negocio familiar y no descartaría que haya estado acumulando rencor hacia su padre durante años. Odio y ambición, una

buena pareja de motivos para el asesinato. Las dos nueras con las que el empresario llegó a un acuerdo a pocas semanas de morir este para que pudieran quedarse con la empresa a un precio razonable. ¿No es más lógico que un padre desee que el negocio familiar lo continúen sus vástagos?

Paré para tomar un respiro. Ninguno intervino lo que me animó a continuar

—El empresario tenía en nómina a un abogado al que en sus últimos momentos le legó el diez por ciento de sus bienes y le dejó de albacea del chaval que había adoptado, un joven que, por cierto, es el hermano de uno de los mafiosos que controlaban las actividades ilegales dentro del almacén de la empresa. El picapleitos niega tener algo que ver con la muerte del empresario y con las actividades que este realizaba, aunque no niega conocerlas. ¿No os parece una excesiva recompensa para alguien que dice ser ajeno a los tejemanejes de su jefe? El contable está muerto probablemente porque sabía lo bastante como para molestar a alguien y, por último, un forense, también muerto, que parece que manipuló el informe para desviar las sospechas sobre el asesinato. Ah, se me olvidaba Trinidad: la examante que a pesar de que no fue abandonada totalmente por el padre de su hija, ha tenido que sacarla adelante en solitario. Me dijo una frase curiosa la primera vez que la vi sobre cómo fue la relación a partir de que esta se enfrió: *“Algunas veces me echaba un polvo y me hacía sentir igual de puta que antes de conocerle. Y así hasta ahora”*. En cambio, en los días previos a la muerte del empresario, ve recompensada su espera. ¡Menudo galimatías!

—Se te ha olvidado el hermano pequeño, o no crees que pugne por ser protagonista en tu obra —me recordó Melitón.

—¿Y cuál sería su móvil? —pregunté interesada por la observación del sargento.

—El mismo que el de Roberto Huidobro. El que no lo manifieste no significa que no guarde hacia su padre el mismo rencor que su hermano. Quizás el negocio de los toros bravos no es el sueño de su vida.

—Pues le añadimos al plantel ¿Y si te contrato para que me eches una mano Holmes? —le tenté bromeando.

—No te hace falta Yaiza, créeme que tal y como vas, en breve llegarás al final del camino —me echó un capote el sargento.

—O eso o te asesinan al resto de sospechosos que te quedan, porque ya llevas unos cuantos —terció el inspector que nunca desaprovechaba la ocasión para la bafa.

—Melitón lleva razón, vas a llegar al final del camino, otra cosa es lo que haya allí, quizá un precipicio. Estoy de acuerdo con tu idea de que el empresario preparó todo para asegurarse una buena jubilación. También probablemente para alejarse de las mafias de las que por las buenas a veces es difícil salir —planteó Holmes.

—Salvo que estés muerto —añadí.

—Has dado en el clavo Yaiza. Salvo que estés muerto. Sí, efectivamente es una buena forma de dejar las malas compañías y que no te busquen después para ajustar cuentas —sentenció el detective.

Se produjo un silencio en el que los cuatro parecíamos estar dándole vueltas a lo que acabábamos de escuchar.

—Oye ¿no estaréis pensando lo que creo que estáis pensando? —berreó el inspector Bárcenas dirigiéndose a su amigo Holmes

—De hecho, esta mañana lo dejó caer Melitón. Que Leocadio hubiera fingido su muerte. Pero resulta difícil de creer. Además, la familia tuvo que reconocer el cadáver. No sé quién fue de los

hijos, o quizá los dos, quién lo hizo. ¿Creéis posible que ellos estén implicados en la *no muerte* de Leocadio? —pregunté al grupo.

—No sabes que ellos reconocieran el cadáver, reconocieron el cuerpo de su padre, que no es lo mismo —puntualizó Javier Holmes—. Digo esto porque no necesariamente tienen que estar al tanto, de ser falsa la muerte de su padre. Pudieron reconocer el cuerpo de Leocadio y creer que era solo eso, su cuerpo sin vida.

—¡Joder! Estáis como cabras —exclamó Luis.

—El problema es que va a ser difícil demostrarlo. Deberíamos tener algo muy sólido para que nos autorizase el juez la exhumación del cadáver —aportó el sargento.

—¡Eh, parad que empezáis a desvariar! —exclamó el inspector dando signos evidentes de preocupación por lo que se le podía venir encima si la idea que flotaba en el aire maduraba—. Os prohíbo terminantemente beber más alcohol.

—Y pedir la colaboración de los hijos para ayudar a convencer al juez va a ser difícil —reflexioné—. Tienen repartida la herencia, o lo que queda de ella, y no creo que quieran más complicaciones. Supongo que a ninguno de los herederos le agrada que le sugiramos que queremos pedir la exhumación del cadáver de su padre ante una sospecha vaga de que puede no estar muerto. Sospecho que su padre les da lo mismo, ya tienen casi todo lo que deseaban.

—Y si no hay muerto, adiós a la herencia —observó el sargento.

—¿Entonces por qué te han contratado sabihonda? —me increpó el orondo inspector. Ya me estaba tocando los ovarios con tanta mofa.

—Precisamente porque tienen casi todo lo que deseaban, pero no todo. Si utilizaras lo que tienes ahí dentro lo sabrías Luis —le espeté señalándole con el dedo a lo que tenía sobre los hombros—. El dinero, ¿qué otra cosa si no? El dinero que ha volado, eso es lo único que les interesa a todos. La muerte de su padre les importa un pimiento.

Todos se echaron a reír, hasta el aludido.

Javier y Luis se pidieron sendos combinados de ron y Melitón y yo nos conformamos con un chupito de manzana sin alcohol lo que provocó la hilaridad de los otros dos.

—¿Y tú que planes tienes con respecto a Marisol? —interpeló el inspector a Javier haciendo gala de su gusto por meter el dedo en la llaga.

—Ha ido todo bien durante el viaje. Hemos recordado las aventuras que hemos recorrido juntos para dar respuesta a los cuatro grandes casos de hemos resuelto. Y los dos coincidimos que formamos una buena pareja, profesional y personal. Hemos decidido iniciar juntos un nuevo camino. No sabemos cuál será la fórmula, pero eso es lo de menos. Lo importante es que caminemos uno al lado del otro —se sinceró Holmes.

—¿Entonces tendremos más casos de los detectives Javier Holmes y Marisol Romerales? —me interesé.

El detective por respuesta encogió los hombros. Probablemente ni Luis ni Melitón entendieron la contestación que había dado. Yo la interpreté a la perfección: “Lo que diga Marisol”.

Melitón me agarró la mano y así estuvo unos segundos hasta que reaccioné sacudiéndola y fingiendo un aspaviento.

—Holmes. ¿Me acompañas mañana a la sede de LoLeHuSA para que conozcas más de cerca a los personajes de este caso del que te supiste librar a tiempo? —ofrecí.

—Es tu caso Yaiza —quiso evadirse Javier. Pero no le iba a dejar.

—Me has metido en esto y ahora no me vas a dejar sola con él. A fin de cuentas, es a ti a quién te contrató Roberto Huidobro —le apreté.

—Creo Yaiza que lo que este viejo detective teme es la ira de su Marisol cuando se entere de que se ha buscado una socia más joven —bromeó el inspector de nuevo metiendo el dedo en el ojo del detective.

—Vale, acepto. ¿A qué hora nos vemos para desayunar? —recogió el guante el detective.

—Temprano. Supongo que en un lugar en el que sirvan churros —apostillé.

Capítulo 24

Javier y yo llegamos al polígono de Villaverde en el que se ubicaba la sede de la empresa. Antes, por supuesto, tuvimos que parar a medio camino para que pudiera dar cuenta de sus inevitables churros. Era incorregible y mucho me temía que la edad no le iba a hacer mejor. Raras veces hace eso la vida con las personas.

Como ya me conocía el camino optamos por no avisar de nuestra llegada. Se veía poca actividad en la planta. Si las hermanas Chamorro pretendían refloatar la compañía, iban a necesitar mucho esfuerzo. Nos dirigimos al despacho del presidente sin encontrarnos a nadie por el camino. El despacho estaba vacío. La mesa donde otrora se sentó Trinidad en calidad de responsable de las cuentas también estaba vacía. Nos dio la impresión de estar en una planta abandonada más digna de una película de Mad Max que de la realidad. Lo intentamos en el despacho del abogado y tampoco hallamos rastro de actividad. Javier se entretuvo físgando las carpetas amontonadas en la estantería de madera. También se entretuvo con las teclas del teléfono jugando como un niño. Le miré y me dio la impresión de que sus meses de inactividad le habían oxidado las bisagras.

Bajamos al almacén principal y por fin salimos de nuestra ensoñación y vimos movimiento. Una de las dos hermanas, junto al abogado Rodolfo, enseñaba las instalaciones a cuatro jóvenes.

Al vernos se acercó a nosotros.

—Holmes, que sorpresa —a mí no me causó sorpresa que se conocieran ya que sabía que el detective había trabajado para ellas. Lo que no me había llegado a contar fue el resultado de la investigación. Probablemente no tuviera ninguna imbricación con el caso la supuesta infidelidad de los Huidobro, pero me picaba la curiosidad. Me apunté en mi lista de tareas pendientes volver a insistirle a Holmes cuando se presentase la ocasión.

—Martina, me alegra verte de nuevo —me sorprendió la sagacidad del detective al distinguir quién era de las dos.

—¿Trabajas con la detective?

—No, la acompaño solamente. Ella es un ave solitaria de esas a las que les gusta volar alto y cazar en solitario como los halcones —respondió Holmes.

Presenté al abogado a Javier y dedicamos unos minutos, bastantes me pareció, a que el detective les hablase de su reciente viaje a Tailandia. Con ánimo de interrumpir el soporífero discurso de mi colega, pregunté a la gemela por el motivo de que estuviera rodeada de chavales.

—Hemos contratado a unos chicos para sustituir a los dos senegaleses y a Erik. Están recién salidos de la escuela de empresariales, pero aprenderán. Uno de los encargados de LESA vendrá a formarlos. Ya somos socios. Ahora tenemos como reto crear una identidad corporativa común para ambas empresas.

—Martina, sabemos que la compra de la empresa se ha hecho en base a un derecho previamente otorgado por Leocadio. Creo que nos lo deberías explicar porque desde fuera parece un tanto anómalo —solicité.

—No hay mucho que explicar. Un día nos llamó mi suegro y nos lo ofreció. Dijo que no confiaba en sus hijos y que la empresa estaría en mejores manos si la comprábamos nosotras. En aquel momento no nos lo tomamos muy en serio, nada nos hacía presagiar que todo fuera a ser tan rápido.

—¿Y por qué no me lo has contado antes? —pregunté.

—Por dos razones querida niña: una porque no creo que eso tenga ninguna importancia para tu

investigación, y dos porque hasta que no se lo comunicó el abogado a los herederos y acordamos la forma de hacer efectivo el acuerdo, no nos pareció ético que tú lo supieras.

De la segunda parte no tenía nada que decir, de la primera bastante. Pero no lo iba a hacer, ya habría tiempo.

—¿No sospechasteis un desenlace rápido después de tantos desvaríos de vuestro suegro? Primero toma decisiones ruinosas para el negocio, cosa que nunca había hecho, le da por adoptar a dos hijos y por último os otorga el derecho de comprar la compañía para cuando él muera. Raro a mí sí me lo parece.

Martina no pareció compartir mi idea y se quedó pensativa sin decir palabra. Con cada paso que daba y avanzaba en la investigación, más sospechaba de las dos hermanas.

—¿Alguna pista de dónde puede estar Leocadio? —preguntó Holmes dejando caer la pregunta como si hubiera preguntado por la hora o por el tiempo que hacía.

Me le quedé mirando perpleja y caló en mí aún más la idea de que al detective, lo de haber estado varado en el dique seco tanto tiempo, no le había sentado nada bien.

—¿Cómo dices Holmes? Mi suegro está muerto —se sorprendió Martina por la observación del detective.

El abogado miró para los lados sin comprender el sentido de la pregunta de Javier.

Sorprendentemente él, ajeno al caos que había ocasionado, volvió a hablar de su viaje a Tailandia, sin abundar más en la cuestión.

—¿Conocen Bangkok? Es una ciudad muy peculiar, bastante caótica, pero recomendable.

Me dije a mí misma que en lo sucesivo cualquier ayuda que pudiera necesitar se la pediría al mismísimo diablo antes que a mi amigo. ¿A qué venía volver otra vez con lo de su viaje? Desde que habíamos llegado al almacén se estaba comportando de manera extraña, primero le había visto despistado en el despacho del abogado toqueteando el teléfono como un niño con un juguete que le llama la atención, y luego estaba su insistente manía por hablarnos de su puñetero viaje.

Ambos negaron conocer ni la capital ni el país. Y ambos parecieron, al igual que yo, extrañados por el giro que el detective había dado a la charla.

—Creo que es una tierra de oportunidades, deberían tener con ellos negocios. Es gente muy seria. ¿No tienen ningún trato por allí? He hecho alguna amistad, quizá yo les pudiera ayudar —siguió Holmes pecando de pesado hablando de su viaje.

—Pero si eso está al otro lado del mundo, nuestros camiones tardarían una eternidad en llegar allí —le replicó Martina divertida. Probablemente a ella, al igual que a mí, también le estaba dando la impresión de que ese detective andaba un poco desnortado. ¡Cuán equivocadas estábamos ambas!

Rodolfo parecía nervioso.

—Creo que os voy a dejar. Roberto y Trini no tardarán en llegar y debo tenerles una propuesta de contrato hecha.

—Yo debería seguir con la bienvenida de este grupillo. Si queréis esperar a Roberto lo podéis hacer en su despacho —nos ofreció Martina.

—¿Sigue siendo el presidente? —pregunté.

—A falta de algo mejor, sí. Pero ya veremos —respondió la propietaria entre risas.

Y así hicimos, subimos a la primera planta, pero Holmes insistió en esperar mejor en el despacho del abogado que seguía vacío. Javier rebuscó entre los armarios, extrajo de uno de ellos una botella de brandy y sirvió dos copas. Se sentó con una de ellas en la silla del escritorio y yo con la otra en una mesa de reuniones que tenía el despacho. El detective puso los pies sobre la

mesa, como si estuviera en su propia casa, puso las manos sobre su nuca durante un par de minutos y se dejó mecer por sus pensamientos, ajeno al mundo y a mí. Unos minutos después cogió el teléfono que había sobre la mesa. Marcó una sola tecla y apretó el botón de manos libres haciéndome un gesto con el dedo sobre sus labios para que no hablase. Al quinto tono se escuchó una voz al otro lado.

—Rodolfo.

Ambos callamos.

—Rodolfo ¿Eres tú?

Seguimos callados.

Quién estuviese al otro lado colgó.

—¿Qué te parece nuestro amigo, el letrado Almendro? —preguntó divertido el detective.

—Era, era... ¿Quién yo creo?

El detective asintió.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté.

—No tiene importancia, para un detective es fundamental la sagacidad, la capacidad de observación, el método y muchas cosas más. Pero la suerte, ¡ah!, cuando esta se pone de tu lado todo es sencillo.

—¡Déjate de leches y dime cómo lo has sabido! —le espeté impaciente.

—Simplemente repasé las llamadas enviadas desde el teléfono de su despacho cuando entramos hace unos minutos, la primera vez. Había cuatro llamadas en los últimos días a un número con el prefijo 66. Me ha sorprendido porque es el mismo que usan en Tailandia y por eso me ha llamado la atención. De haber sido otro prefijo me hubiera probablemente pasado desapercibido. Cuatro llamadas a Tailandia tendrían una lógica explicación si tuvieran contactos comerciales con aquel país. Pero...

—Ese era el motivo de tanta preguntita sobre ese dichoso país.

—Claro, necesitaba saber si tenían algún tipo de negocio con alguien de ese lugar que justificase las llamadas tan recientes. Y ya le has oído al picapleitos ese, nada de nada. Cuando le he preguntado si tenían relaciones comerciales con el país asiático, ¿no le has notado ligeramente azarado? —observó Holmes.

Le pegué el trago definitivo a mi copa de balón, me levanté y le estampé un beso a Javier en toda la mejilla. Cuando le vi sobre su cara la huella del rojo de mis labios, no pude por menos que atacarle.

—Cuando te vea la estirada esa la marca que te he dejado en la cara te va a dar una buena, yo de ti me la retiraría antes de que me viese.

Javier se levantó como movido por un resorte, busco entre sus bolsillos algo con lo que limpiarse y como no lo encontró, cogió el primer papel que vio sobre la mesa del escritorio del abogado y se limpió lo mejor que pudo. No pude evitar una sonora carcajada.

—¿Y si es un contrato importantísimo? —señalé al papel teñido de carmín.

Esperamos un poco más y no tardó en aparecer el abogado y un gesto de mi amigo bastó para saber que me dejaba a mí hacer.

—¿Dónde está? —le grité. Miré a Holmes y observé que este se tapaba la cara con una mano supongo que impresionado por mi discreción. ¡Bah!, pensé, no es momento de andarse con florituras.

—No sé a qué te refieres.

—A qué, no, a quién me refiero —le volví a gritar.

—No sé qué te pasa, no te entiendo.

—¡Que dónde está! —le grité de nuevo. Confieso que no estaba siendo muy sutil, pero estaba un poco cansada de que me hicieran perder el tiempo.

—Estás loca. Eres una loca en la cama y eres una loca fuera de la cama. Déjame en paz.

Holmes me miró sorprendido. Aguantó mi mirada unos segundos y después la desvió fingiendo estar distraído.

Ese leguleyo me había mentido y además me había dejado en evidencia delante de mi colega y amigo. Eso me encendió. Metí la mano en el bolso y agarré el puño de hierro. Con él en los nudillos le pegué un puñetazo al abogado lo más fuerte que pude. Me dolió la muñeca, pero a juzgar por la marca que le había dejado en el mentón, más le había dolido a él. Se lo merecía.

—A una dama no se le dice lo que me acabas de decir —le espeté.

Javier ni se inmutó. Seguía con la mirada distraída como diciendo: “esto no va conmigo”.

—No veo ninguna dama. ¡Putá loca! —cometió de nuevo el error de insultarme.

Le fui a dar otro puñetazo con el juguete que tenía en los nudillos, pero esta vez se adelantó, me atrapó el brazo y comenzó a retorcermelo.

Javier tampoco se inmutó al verle en acción.

Con el brazo libre le solté un codazo en el vientre que no tuvo la fuerza suficiente como para que me soltase.

—¿Me ayudas? —grité a mi compañero tratando de que mi cara no evidenciase el dolor.

Nada, seguía con la mirada perdida. Los mismo se estaba pensando que se trataba de una pelea entre dos tortolitos desavenidos.

—¡Que si me ayudas, leches! —le insistí.

—No será necesario, te va a soltar y nos vamos a ir. La policía no tardará en venir ya que les he llamado y a poco que se esfuercen van a descubrir que este hombre es un encubridor. Y con eso ya podremos pedir una autorización para sacar el cadáver de Leocadio, o de quién coño esté metido en el agujero. Porque él no va a ser.

Rodolfo le clavó la mirada a Holmes. Más tarde la desvió hacia el techo como si la tuviera perdida en el infinito. La presión cedió y sentí más dolor en el hombro que cuando me lo retorcía. Holmes, viendo la relajación de mi rival, extrajo como por arte de magia una porra extensible y le propinó unas cuantas sacudidas al abogado en ambos muslos, de forma alternativa, que le hicieron caer al suelo.

—Llama a tu policía, que manden a alguien. Y tú no te levantes. No voy a permitir que destruyas pruebas —resolvió el detective.

—¿Pero no has dicho que los habías llamado tú? —le pregunté.

—Lo he hecho para que aflojase la presión y así me diera tiempo a actuar. ¿No habrás creído que te iba a dejar colgada?

—Esto que has hecho no se lo has visto hacer a Marlowe, tu mentor onírico, a mí no me engañas. ¿De quién lo has aprendido? —le requerí señalando con mi mirada el artilugio que empuñaba.

—Simplemente es una porra extensible de carbono que he comprado por correspondencia. Venía con manual de uso y por lo visto sí funciona. La he estrenado hoy —rió.

—La incorporaré a mi ajuar.

La espera no fue muy larga. Me quedaba una cosa por hacer. Una cosa importante.

—Javier, de lo que has oído por boca de este patán no digas ni una palabra. Con Melitón tengo que hablar y no le ocultaré nada. Pero déjame a mí por favor.

Instantes después el abogado salía esposado de su despacho y yo salía al lado de Melitón.

—Tenemos que hablar, le pedí.

—¿Ahora? —se sorprendió.

—Sí ahora, no mañana ni pasado, ahora. ¿Es mucho pedir? —le grité con los ojos a punto de estallar.

Vi como Holmes se escabullía silenciosamente y desaparecía de mi vista.

—Dime.

—Aquí no, vamos al despacho de al lado —le pedí.

Entramos en el lugar donde Roberto ejercía de presidente y le pedí al sargento que se sentase. Traté de no titubear, pero no lo conseguí. Le hablé de mis escauceos sin ocultarle más detalles que los puramente necesarios para no profundizar más en la herida. Le hablé del abogado y le hablé de mi encuentro con Lucio después de haberle llamado a él y que me negase su compañía aludiendo al trabajo. En este caso no tuve piedad, porque de esta forma no la tendría él tampoco conmigo.

Cuando acabé, lloré derrotada.

—Entenderé que no quieras volver a verme. He traicionado tu confianza. Supongo que decir que lo siento no es decir mucho, pero es así, lo siento —me excusé.

—No me has traicionado. No me has contado nada que no supiera —me confesó—. Soy policía, ¿recuerdas?

—¿Y por qué te has callado? —le recrimine sin poder ocultar sorpresa por su reconocimiento.

—Porque te quiero. Sé cómo eres, lo sabía cuándo nos conocimos y no he tratado de cambiarte porque si lo intentase y lo consiguiera, dejarías de ser tú. Y es de ti de quien estoy enamorado. No has tenido elección; es tu naturaleza, como dijo el escorpión que mató a la rana poniendo con ello fin a su vida también —y desarmada como me había dejado con esa frase, me abrazó y lloré sobre su hombro.

Poco después me separé unos centímetros de él y le di oxígeno para preguntarme:

—Y tú, ¿por qué me lo has contado?

—Porque también te quiero —le respondí olvidando decirle que me había visto forzada a hacerlo por el bocazas del picapleitos que había hablado de más delante de Holmes.

La escena tan tierna fue rota bruscamente por el dueño del despacho, Roberto, que irrumpió bruscamente y gritó:

—¿Qué está pasando aquí?

Había mucho que contarle.

Capítulo 25

Se cursó una orden de búsqueda y captura a nombre de Leocadio Huidobro. La interpol operaba en Tailandia, pero todos éramos conscientes de que echar el guante al empresario iba a resultar un tanto difícil en un país de setenta millones de almas. La peculiaridad cultural del país, su extensión y su orografía en nada facilitarían la búsqueda. A falta de concretar más, el único delito por el que era requerido era puramente económico con lo que no le iba a resultar muy difícil eludir la cárcel y eso hacía presagiar que el interés por atraparle no iba a ser grande.

Los resultados de las pruebas realizadas al cuerpo que se había extraído de la tumba de Leocadio dieron como resultado que se trataba del cadáver de un varón de complexión similar y que tenía que haber sido incinerado el mismo día de la muerte de Leocadio. O sea que, en la ceremonia en el crematorio, la familia o amigos del muerto, un tal Rigoberto Mendieta, lo único que habían visto arder fue un ataúd de madera vacío sin sospechar que su pariente estaba en otra tumba con otro nombre, el de un tal Leocadio Huidobro. Parece ser que era de nacionalidad colombiana y que ningún familiar había reclamado el cadáver. Llevaba días a la espera en una cámara, hasta que se presentó un hombre que se acreditó como tío suyo y entregó un cheque a un funcionario de la morgue para que se organizase la incineración. Un tanto extraño, la verdad.

Habíamos dado un paso de gigante en la resolución del caso, pero aún no sabíamos dónde estaba el empresario, dónde estaba el dinero de la empresa, quién había matado al contable y quién al forense. Y, sobre todo, desconocíamos los motivos por los que el asesino o asesina estaba tan interesado en hacer desaparecer a tantas personas.

El interrogatorio que la policía había practicado al abogado no había arrojado ni un ápice de luz en el pozo de oscuridad que nos tenía atrapados. Él era un leguleyo y por tanto un profesional de la mentira y conocía que los delitos que se le podían imputar no le valdrían ni un día en prisión, por lo menos por la parte correspondiente a la colaboración con su jefe para evadir el dinero de la empresa fingiendo su muerte. Así que, si algo sabía, no tenía ninguna motivación para contárnoslo. Otra cosa sería si se le consiguiese relacionar con el negocio que tenían allí montado. Esa vía habría que explorarla detenidamente, pero de momento no existían pruebas suficientes para investigarle por el delito que suponía la pertenencia a la banda encargada de capturar a las chicas en sus países de origen, trasladarlas a la fuerza y explotarlas sexualmente.

El inspector Luis Bárcenas era siempre muy escrupuloso con su trabajo y escasas veces le conseguía convencer para que me dejara asistir a algún interrogatorio. Pero esta vez, teniendo en cuenta que yo investigaba el asunto y algún granito de arena había puesto para la detención del picapleitos, pidió el favor a los compañeros de delitos económicos que custodiaban al detenido para que me dejaran hablar con él. Tuve además suerte y me autorizaron a charlar a solas sin la presencia directa de agentes. No se trataría de un interrogatorio, sino de una charla voluntaria por lo que resultaba imprescindible la aceptación previa por parte del abogado Rodolfo.

—¿Qué tal con tu sargento? ¿Has hablado con él? —me provocó nada más entrar yo en la sala.

—Todo bien, ya sabes que los jóvenes somos muy liberales en asuntos del sexo. Bueno, de eso tienes que saber tú también porque bien que lo disfrutaste cuando te arrastraste a mis pies. ¿A qué te gustaría repetirlo?

—No me vas a molestar con esos comentarios. Quieres algo que yo tengo y no te lo voy a dar —siguió desafiante.

—No vengo a pedirte nada. Vengo a cerrar un trato contigo que sea ventajoso para los dos. No

sé si luego me lo van a permitir, pero yo te lo voy a plantear.

—No creo que tengas nada que me pueda interesar.

—Sí lo tengo. Algo que vale mucho para ti.

—¿Ah sí? Pues ya me dirás, estoy impaciente —me retó jocoso.

—Tu vida —le espeté.

—¿No será una amenaza verdad? Porque o mucho me equivoco o esta conversación estará siendo grabada y pediré a mi abogado que os solicite la cinta para que el juez conozca como tratan a los arrestados en los calabozos de la policía.

—Yo de ti no me lo tomaría a broma, así que menos humos. Lo que sabes a cambio de tu vida, así de fácil —le insistí, esta vez con cara de despreocupación, como si me diera lo mismo cual fuera a ser su decisión.

El abogado rio a carcajada limpia por lo que debió considerar la ocurrencia de una niña listilla.

—¿No te lo crees? Bien, te lo voy a explicar, el trato es el siguiente: me cuentas todo lo que sabes, porque sé que tú estás al corriente de bastante más de lo que has largado y yo trataré de que salgas sin cargos. Y no quiero que me cuentes como colaborasteis entre unos cuantos con Leocadio para hacerse con los fondos de su propio negocio. Eso me da igual, a fin de cuentas, se trataba de su dinero. Hablo del delito de colaboración necesaria en la trata de seres humanos. Mira fantoche, Kumé, antes de irse con sus dos secuaces, me llevó a un chamizo que tenían en la calle del Pozo del Tío Raimundo. Me contó muchas cosas, me habló de cómo convencieron a Leocadio con su primer transporte desde Algeciras a Madrid, de lo que le pagaban por cada trabajo y de las personas que colaboraban con él. Ahora no están en Madrid, han iniciado un nuevo negocio en otra ciudad, pero están localizables, por lo menos para mí.

El picapleitos había borrado la sonrisa de su cara lo cual era síntoma de que iba por buen camino.

—Ahora estás pensando que se trata de un farol. Te voy a dar una prueba de que me han contado todo lo que quería saber, o casi todo. Por ejemplo, el camionero que fue abatido por el guardia civil era inocente. No era un conductor habitual y ese día hizo el trabajo sustituyendo al que sí debía hacerlo, pero sin saber lo que transportaba. ¿Quieres más pruebas? Eres letrado y sabes lo que supone el delito de colaboración en un asunto tan feo como este. No solo se te echará encima la justicia, también lo hará la opinión pública sea cual sea el veredicto. No ejercerás más en tu puñetera vida. ¿Es eso lo que deseas? Dime.

—Podré con ello —presumió aparentando seguridad.

—¿Estás seguro? Te hablaré de la llamada pena de banquillo. ¿Sabes lo que es eso? Claro, eres abogado. Entonces sabrás que, aunque seas absuelto, la opinión pública ya te habrá hecho un juicio paralelo. Serás condenado por los ciudadanos sin necesidad de serlo por un juez. ¿Cuántos clientes esperas conseguir para tu bufete después de eso? Recuerdo que me hablaste de abrir tu propio despacho con el dinero de la herencia, pues piensa quien narices va a acudir a un abogado salpicado por un asunto de trata de blancas. Ah, se me olvidaba, ya no habrá herencia que repartir cuando encontremos al empresario y probablemente ya para ti no haya nada, ni despacho, ni libertad ni probablemente pelotas, porque te las rebanarán en cuanto sepan que eres tú el que has largado. Escucha, yo de ti soltaba todo lo que tienes dentro porque en este momento es lo único que puedes hacer —le espeté esto último señalándole amenazante con el dedo.

—Vale, no es un farol, me has convencido, pero qué tiene esto que ver con negociar a cambio de mi vida —preguntó ingenuo.

—Mira rábula de mierda, voy a salir de aquí y antes de que te hayan soltado a la espera de juicio, todos los contactos que yo tengo sabrán que has cantado como un mirlo todo lo que sabes con relación al trabajo que ha estado haciendo tu jefe Leocadio. Y como resulta que yo sí que tengo muchos detalles de lo que se ha hecho y como se ha hecho, no me costará nada hacer creer a Kumé y a todos sus superiores en la jerarquía de su organización, que eres un bocazas y que has destapado el modus operandi del grupo que operó en Madrid. Te cortarán la lengua en cuanto pises el trullo, bueno, la lengua u otra cosa. Con un poco de suerte te darán a elegir.

El letrado de forma casi instantánea se echó las manos a las piernas.

—No te creo, eso que estás haciendo es ilegal —miró hacia el techo buscando las posibles cámaras de grabación y gritó—. ¿Hay alguien? ¡Que saquen a esta puta loca de aquí!, esto atenta contra mis derechos como detenido.

Pasaron unos segundos y al ver que sus lamentos no habían tenido eco pareció sosegar.

—¿Qué ofreces?

—Quiero saber todo lo que sepas. A cambio saldrás libre por la puerta o, por lo menos, haré todo lo posible para que así sea. Eso siempre que no arrastres delitos de sangre, que me da que no es así. Si soy yo la que salgo por esta puerta con las manos vacías, se te acusará y más adelante me encargaré de filtrar a Kumé que has cantado como un pajarillo. Tengo mucha información y no me costará convencerlos de que has sido tú el que se la ha dado a la policía. Te auguro una mala estancia en la cárcel.

—No sé dónde está Leocadio. Solo sé el número de teléfono al que le tenía que llamar para comunicarme con él. Nada más —se mostró conciliador.

—Lo sé. Se trata de un número de móvil de esos que se corresponde a una tarjeta SIM de las que se puede adquirir allí, en Tailandia, en un Seven Eleven o en un supermercado cualquiera. Pero fue suficiente para que te delatase. Si estuvieras más ducho en las artes delictivas, sabrías que un delincuente nunca debe usar un teléfono fijo para nada que le pueda relacionar con el crimen que está cometiendo. Pero tú eres un simple aficionado que ha permitido recibir las llamadas de tu jefe a través de un teléfono fijo, el de tu despacho.

El abogado colocó su cabeza entre las manos, apoyando los codos en las piernas, y sollozó como un niño.

Salí triunfante y me encontré a Melitón sonriente. No se había perdido detalle del interrogatorio. A su lado, su superior Luis Bárcenas también me dedicó una sonrisa.

—Hay que tomarle declaración. ¿Veis factible llegar a un acuerdo con la fiscalía? —les requerí.

—Lo intentaremos —ofreció el inspector—. Por cierto, ni rastro del empresario en control de fronteras. Con su pasaporte no ha salido de España. Tendremos que sondear entre los falsificadores que tenemos fichados.

Al día siguiente, con el acuerdo por parte de la fiscalía y con las garantías legales suficientes, comenzó la declaración de Rodolfo Almendro. El inspector que llevaba el caso, por deferencia a que fui yo la que posibilitó el trato y porque el detenido me conocía, me permitió conducir el interrogatorio a pesar de la irregularidad que eso suponía:

Capítulo 26 – Transcripción de la declaración de Rodolfo Almendro, abogado de LoLeHuSA

Entré a trabajar en la empresa en 2012, o sea hace ocho años. Era un abogado no demasiado prometedor, de esos a los que la carrera les ha costado el doble de años que a los que sí son prometedores. Mi primer trabajo, y único hasta ahora, fue con Leocadio Huidobro. Fue sencillo, eché el currículum y al día siguiente me llamó. No sé lo que vio en mí ya que carecía de la experiencia y de la fuerza que, considero, debe de tener un abogado que se deberá enfrentar a clientes y proveedores. Los primeros dos años en la compañía me sirvieron para aprender el oficio. Ciertamente es que no cobraba mucho, quizá menos de lo que hubiera podido conseguir con otro empleo, pero me permitía mucho tiempo libre que aproveché para mantener mis deslices con el género opuesto con la misma intensidad que cuando estaba estudiando en la universidad. Vamos, que trabajaba y me daba la vida padre.

Debo decir que Leocadio en aquel momento me parecía un hombre cabal dirigiendo su negocio e íntegro haciéndolo todo bajo un código ético intachable. En esos primeros años con él, nunca le vi el menor intento de estrujar a un proveedor o de engañar a un cliente. Contaban de él por ahí que tenía una hija fuera del matrimonio fruto de una relación que mantuvo con una prostituta. Unos decían que ya no la veía, otros que sí. Nunca tuve conocimiento ni de lo uno ni de lo otro. Tampoco era de mi interés bucear en la vida privada del que me había dado el empleo.

La relación mía con los dos hijos del jefe era cordial y distante con uno y prácticamente inexistente con el otro. Al mayor, su padre le había asignado funciones de búsqueda de clientes y mercados potenciales, pero los acuerdos siempre los firmaba el padre. Era tal la desconfianza del padre hacia el hijo que este no tenía poder ni para firmar un cheque de cinco euros contra las cuentas del negocio. A mí el chico no me parecía una lumbrera, pero creo que se merecía algo más. Ahí estaba yo, que tampoco era otra lumbrera y creo que gozaba de la confianza del empresario, mucho más de la que tenía en su vástago. Fueron numerosas las ocasiones en las que tuve que presenciar reprimendas que rozaban la humillación del hijo mayor por cosas tan nimias que no merecería la pena ni gastar un gramo de saliva en relatarlas. El hijo pequeño era otro tema. A ese lo apartó directamente y lo confinó en una finca que tiene el padre en un pueblo de Salamanca y para su entretenimiento le soltó unos toros, supuestamente de lidia, que pocas veces llegarán a lucirse en plazas de pueblos menores, no digo ya en las otras. O mucho me equivoco, ya que le conozco menos que al mayor, o es feliz con su juguete.

Los dos hermanos se habían casado con dos gemelas extremadamente peculiares. Era público y notorio que hacían lucir a sus consortes una preciosa cornamenta. Metían sus narices con bastante frecuencia en los negocios de la empresa y eso, a Leocadio, lejos de molestarle, parecía divertirle. Incluso a menudo les consultaba asuntos importantes sin recabar previamente la opinión de su hijo mayor. Las dos habían heredado más dinero del que se puede gastar en una vida y, lo más importante, la mayor parte de la herencia fue en fondos y acciones, lo cual les permitía llevar una vida despreocupada y sospecho que desenfrenada. Muchas veces me pregunté por la excesiva confianza que mantenía el suegro con las dos nueras y a pesar de que vi algunos detalles que me indujeron a pensar que él se las beneficiaba, o ellas a él, no quise profundizar en la cuestión por lo delicado del tema. Yo las he tratado poco a ambas, pero mi instinto me dice que detrás de esa fachada de mujeres ingenuas y simples, se esconde otra cosa mucho más siniestra. Incluso peligrosa me atrevería a decir.

El consejo de dirección de la empresa lo cerraba un director financiero muy dado a las chapuzas contables y nada pulcro en el respeto a las normas de contabilidad. Mi relación con él llegó a ser buena y basada en el respeto de cada uno por el trabajo del otro. Sin más. Pero me consta que Leocadio lo utilizaba para hacer todos los enjuagues legales y de los otros para pagar menos impuestos. Eso en aquel momento, luego le utilizaría para otras cosas más importantes.

Y esa vida plácida y feliz se vio un día trastocada cuando Leocadio entró en mi despacho. Hace de eso algo más de cuatro años.

—Rodolfo, ¿puedo confiar en ti? —me abordó.

—Esa pregunta sobra jefe. Pues claro —le contesté.

—Escucha —titubeó —es delicado.

—Para eso estoy, nadie dijo que el trabajo de un abogado fuera a ser fácil —le dejé clara mi predisposición.

—Verás, me ha llegado un hombre de color que trabaja en una ONG de estas que defienden a los emigrantes y lo primero que hacen es contarles sus derechos nada más llegar a España. Me ha dicho que si con uno de nuestros camiones podemos traer a un grupo de mujeres desde el sur hasta Madrid. Dice que son refugiadas y que todo es legal, que simplemente las tienen allí hasta que se solucione un tema de papeles. Me ha debido tomar por tonto porque esa excusa no se la traga nadie.

—Entonces no hay nada que pensar —añadí ingenuo.

—Si accedo me da cien mil euros.

—Es mucho dinero —dije sorprendido.

—Tenemos transportes regulares desde ese mismo lugar hasta Madrid, por tanto, la tapadera ya está creada. Yo creo que el riesgo es mínimo y todo es ganancia —explicó Leocadio.

—Creo que eres consciente de que nadie paga esa cantidad por traer a unas mujeres cuya situación es legal. Para eso les hubiera comprado un billete de autobús que es más barato.

—Ya lo sé. ¿Estás conmigo? —me ofreció.

El poder que ejerce el dinero sobre las personas es incontrolable. Y como era previsible, Leocadio organizó el transporte.

Pasados tres días entró de nuevo en el despacho. Le habían ofrecido otro encargo. Y me dijo que lo había rehusado en un principio porque no se tragaba eso de que fueran chicas en situación legal. Pero fue una burda excusa para ganar más. Le ofrecieron el doble y se preparó un nuevo transporte. Ese fue el comienzo. Yo le pedí quedarme fuera de ese negocio. Soy dado a la buena vida y me gusta el dinero, pero me pudo el miedo y es probable que también los escrúpulos. Espero que no piensen que miento cuando digo que me quedé al margen. He obtenido inmunidad a cambiar de contar lo que sé, por tanto, podría decir otra cosa si esa fuera la verdad. Pero lo cierto es que decliné participar directamente en ese negocio.

Una semana después entraron a trabajar dos nuevos camioneros de nacionalidad senegalesa. Ellos se ocuparían de los tráficos importantes. También entró un ruso que coordinaría desde Madrid los movimientos de los camiones. No tengo certeza, pero creo que se trató de las lógicas imposiciones de las organizaciones con las que empezó a trabajar mi jefe. Por un lado, las mafias africanas encargadas de captar a las chicas en origen y meterlas en nuestro país, y por otro lado la mafia que las distribuía y explotaba en los lugares de destino cuando este estaba fuera de España, sobre todo en el norte de Europa donde las africanas son

muy codiciadas. Leocadio evitó implicarme directamente ya que ese había sido mi deseo, pero aun así me subió el sueldo de manera significativa. Me pidió que le asesorara en aquello que él me consultase y me insistió en que respetaba que no quisiese participar directamente en el negocio nuevo que acababa de surgir. Tan solo me exigió confidencialidad y siempre la he mantenido. Hasta ahora. Me duele que ya no pueda seguir diciendo lo mismo.

La idea era buena. Cobrábamos por la mercancía real que traíamos ya que nunca nos habían faltado los transportes desde el puerto de Algeciras hasta Madrid o Palencia. Y, a la vez, facturábamos a otra empresa por el mismo transporte, esta segunda factura mucha más abultada. La empresa a la que facturábamos cambiaba con frecuencia, de esta forma el dinero que entraba estaba limpio. Por supuesto que Marcial como responsable financiero era el encargado de los manejos contables con los libros para dar entrada legal al dinero. Él, a diferencia de mí, no se quedó al margen.

A partir de ese momento ya no puedo dar más detalles de cómo transcurrió todo. Procuraba alejar mi nariz de lo que olía a la nueva división de negocio que se había creado. Sé que todas las semanas se hacían envíos y sé que en algunas ocasiones no solo se trató de subsaharianas, sino que el negocio se diversificó aprovechando para mover estupefacientes. No les puedo dar más detalles porque sinceramente los desconozco. Dicen que cuando uno está al lado de la mierda es cuestión de tiempo que hasta el olor pase desapercibido. No fue mi caso y el olor cada vez era peor y me revolvió más el estómago. Intenté irme, pero hubo dos razones que me impulsaron a no hacerlo. Una el miedo a represalias; sabía demasiado y si bien me fiaba de Leocadio, no de los dos senegaleses y del ruso. Y dos, vivía bien ganando bastante y trabajando poco.

Con el tiempo los camioneros nuevos dejaron de conducir y junto a Erik, el ruso, se hicieron los amos del almacén. Me consta que, amparados por una supuesta impunidad, llegaron a usar las instalaciones de la empresa para custodiar a las mujeres que traían hasta poderlas distribuir. Yo, ante eso, también cerré los ojos por las dos razones que ya he expuesto. Como en el acuerdo que he suscrito figura decir todo lo que sé, debo añadir que ocasionalmente no solo se movieron sustancias químicas para la elaboración de drogas, también se movieron armas que venían del norte de Europa y que los camiones de LoLeHuSA cogían en Port-Bou para llevarlas a Algeciras y embarcarlas. Como ven, la ambición del ser humano resulta inagotable.

No lo sé con certeza, pero es fácil suponer que la trama solo ha podido funcionar con la concupiscencia de mandos policiales e incluso políticos. Durante cuatro años el número de problemas fue cero y eso no es casual. Hasta que un día, paradojas de la vida, los camioneros regulares que estaban implicados en el transporte ilegal, por unas razones u otras, no estaban disponibles y se asignó un tráfico urgente a un chófer que estaba fuera del negocio. Era un día lluvioso y creo que no hace falta que incluya en mi declaración lo que ocurrió porque de todos es sabido.

Ese día todo cambió. El castillo de naipes se desmoronó y donde antes había amigos solo hubo desconfianza. Perdimos clientes, la policía nos invadía las instalaciones frecuentemente, algunos trabajadores se despidieron, otros desaparecieron. En fin, un caos. Comenzamos en el mundillo en el que nos movíamos a ser unos apestados de los que todos querían rehuir. Era evidente que el negocio estaba en caída libre con pocas posibilidades de levantarlo. La empresa estaba estigmatizada y las grandes cadenas que trabajaban con nosotros no quisieron verse envueltos en ningún escándalo. Porque en ese momento nadie dudaba de la implicación de la empresa en el negocio por mucho que la policía, dirigida por algún mando sibilinamente

implicado en el trapicheo, dijera que el único responsable fue el conductor. En la policía o en el propio Ministerio del Interior, no sé dónde estaba el ángel benefactor, pero gente poderosa ha tenido necesariamente que estar untada.

Y así pasaron unas semanas.

De esto que les voy a contar a continuación hará aproximadamente cuatro meses. Sí, habrían transcurrido dos desde el suceso con la guardia civil. Leocadio me llamó a su despacho, también estaba Marcial.

—Estoy jodido Rodolfo. Necesito tu ayuda. Nos estamos quedando sin clientes y a este — siempre se dirigía a él con el pronombre dando un matiz ciertamente peyorativo, lo que daba a entender el poco respeto que le profesaba — se le ha ocurrido una idea. A ver qué te parece. Firmamos un acuerdo con los de LESA. Ya sabes que no nos llevamos tan mal como parece, es todo fachada. El acuerdo va a consistir en poner nuestros camiones bajo el paraguas de su firma. Muchos de nuestros clientes se han ido hacia ellos y me ha confesado Eustaquio que le faltan recursos. A cambio le pagamos lo que acordemos y nosotros aguantamos el chaparrón hasta que esto se pase. Y luego, vuelta a empezar. Lógicamente el pellizco que nos va a pegar va a ser gordo, pero yo lo veo bien. ¿Cómo lo ves tú?

Porque a pesar de lo mal que iba el negocio, todo barruntaba que la tormenta se iba a pasar. La policía, la misma que había estado pringada ya que de otra forma el tinglado no se hubiera podido sostener, al final había concluido que el único culpable había sido el camionero que había actuado de forma aislada. Cruel ironía tratándose de un inocente que pagó con la vida su ignorancia y el nerviosismo del guardia civil. Si bien en un principio todos los que hasta el momento habían estado participando del festín se alejaron para que nadie les pudiera relacionar, a medida que las aguas volvían a su cauce y de eso ya se estaban encargando algunos, todo parecía aventurar que el daño no sería irresoluble.

Una semana más tarde, Leocadio me citó de nuevo, pero esta vez no fue en el despacho sino en una cafetería en la calle Goya y a mí solo, sin el contable. No voy a negar que me sorprendió que lo hiciera fuera de las instalaciones de la empresa. Algo olía mal y estaba a punto de saberlo. Nada más llegar me soltó una carpeta que llevaba en la mano. Era un contrato mercantil.

—Ya tenemos el acuerdo con LESA. Como verás lo va a firmar como apoderada la fulana que tiene Eustaquio contratada. Dice que es su socia. ¡Valiente crápula! Aun así, figura como apoderada, ya lo he comprobado. Creo que con esto podríamos salvar la empresa. Pero eso no es lo que quiero Rodolfo.

—¿Cómo dices? —temí no haber entendido bien.

—Mira chaval, has crecido conmigo y creo que no te he tratado mal. Pero ya tienes edad suficiente como para saber que, si alguien te ayuda, tú le debes ayudar cuando él te lo pida. ¿Me sigues?

Moví la cabeza asintiendo, pero sin tener demasiado claro lo que asumía con ese gesto.

—Pues ahora te pido que me apoyes. Te necesito. No me fio del contable. Es legal, pero es un chapucero. De ti sí me fio, pareces un tío cabal, hasta ahora lo has demostrado. Sí señor, cabal y con poca ambición, la justa.

—Pero dime ¿qué es lo que necesitas?, aún no sé qué es lo que quieres de mí —pregunté temiéndome lo peor.

—¡Que la empresa me importa tres pepinos! Mira, tengo suficiente para vivir a cuerpo de rey. Me quiero largar. Marcial no sabe nada de esto que te voy a contar, le creo lo

suficientemente ambicioso como para desconfiar de él. Más de una vez le he visto acercando la nariz donde no debía extralimitándose en sus funciones. Por eso, de esto se queda fuera; he llegado a este acuerdo con LESA que tienes en tus manos. Pero también he llegado a otro acuerdo con Eustaquio, a un acuerdo de esos que los que somos caballeros cerramos con un apretón de manos sin necesidad de papeles. Ahí plasmado solo vas a ver lo que nos van a facturar en concepto de servicios prestados. Pero van a llegar más facturas. Voy a sacar el dinero de la empresa. Me voy. Me largo. Estoy enfermo, mi médico me ha dicho que tengo un problema con el puto corazón y que me tengo que hacer pruebas. Pero no me las voy a hacer aquí en España. No me encuentro con fuerzas para reflotar el negocio para que, dentro de unos años, cuando yo la palme, esos dos inútiles que he criado se lo carguen en unos días. He luchado mucho y quiero disfrutar de la vida. Eso es lo que quiero, vivir.

—No estoy seguro de saber lo que quieres hacer.

—¡Joder! ¡Quiero vivir! Escucha, tú aún eres joven, pero yo ya percibo que el reloj de arena corre muy deprisa y la vida es demasiado bonita como para desperdiciarla. Con los años aprendes a valorar cada instante como si fuera a ser el último, porque puede ser así, este instante puede ser el último. ¿Lo has pensado alguna vez?

—Pero si no pones al corriente a Marcial ... —mostré mis dudas.

—Ese anotará en los libros lo que yo le diga. ¡Y punto! —concluyó taxativo. No cabían más réplicas. Él era así, bueno perdón, es así.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté un tanto asustado por lo que estaba escuchando. No entendía lo que me estaba contando y no sabía a dónde quería llegar.

—No quiero que sepas todos los detalles. No sabrás el lugar que he elegido, aunque ya te anticipo que está muy lejos, en Asia. Un buen lugar para vivir y disfrutar de los placeres que otorga el dinero. Me vas a preparar un testamento junto a una carta que te voy a redactar. Y también vas a preparar un documento que otorga el derecho de compra de la empresa a mis dos nueras. Si alguien puede levantar la empresa, o lo que quede de ella, son Martina y Dorotea. No sé qué han visto en los dos pardillos que tengo por hijos. Algo las he insinuado sin decirles que mi fin está próximo y no parece que les haya caído mal la insinuación. La empresa estará en buenas manos.

—¿Qué tu fin está próximo? ¿Tan grave es la dolencia que tienes? —pregunté alarmado.

—Moriré, o eso es lo que todos van a pensar. Lo tengo atado todo.

—¿Tienes atado que vas a morir? —seguía sin entender nada.

—Morir moriré igual que vamos a morir todos. Pero no ahora. Lo que tengo atado es que no voy a morir —respondió enigmático.

—¿Y qué quieres de mí? —seguía sin entender nada.

—¿Sabes lo que es un médium? —me sorprendió la pregunta de mi jefe.

—Pues sí —titubeé sin saber qué contestar—. Creo que es una persona capaz de poner en contacto a los muertos con sus seres queridos.

—¡Exacto!, ¿ves cómo eres un tío cabal? Lo has clavado.

—Pero sigo sin entender —me mostré confuso.

—Vas a ser el punto de encuentro entre mi otra vida y esta. Necesito que organices el reparto de la herencia, que cuides de que mis dos nueras compren lo que quede de la empresa y traten de sostenerla, la tengo cariño y no me gustaría que entrara en quiebra, y necesito que me ayudes a redimir parte de mis pecados.

En ese momento me habló de una hija que tenía y de su deseo de incluir en el reparto de la

herencia a una de las chicas que habían sido encontradas en su camión. Yo le dije que no era posible incluir en la herencia a un tercero salvo en la parte que superase el límite legal o legítima. Le hablé de que los hijos, sus hijos, tenían garantizado un buen porcentaje de la herencia que resultaba intocable.

—Salvo que la adoptes y sea hija tuya —le ofrecí como solución.

—¡Pues hágase! Prepara todo. Y otra cosa, dentro de ese límite legal que dices para incluir un tercero en la herencia, ¿podría dejarte a ti el diez por ciento de mis bienes?

Ese fue mi precio.

Unas semanas después de que todo lo que me hubiera encargado estuviera redactado y firmado, Leocadio fue encontrado muerto. In extremis había cambiado de idea en cuanto a adoptar a la chica inicialmente elegida escogiendo al hermano de Kumé, el que dirigía el cotarro. Supongo que le presionó para ello. No estoy al tanto de cómo fingió su muerte y su posterior entierro. Lo juro. Pero sí sé que no murió. Unos días después de su supuesta muerte me llamó desde un teléfono con prefijo de Tailandia. Me dijo que anotase el número desde el que me llamaba para tenerle al corriente de lo que ocurría aquí en cuanto a su familia y el devenir de su negocio. Me dijo que cambiaría con frecuencia de número, pero que me lo notificaría cada vez que lo hiciese. Ya saben el prefijo del número desde el que me llama y por tanto saben en qué país está, aunque no el lugar exacto donde se encuentra. Yo tampoco lo sé, lo juro. Y creo que no puedo añadir más. Supongo que el dinero lo tendrá en alguna cuenta opaca en algún banco de un país que actúe como paraíso fiscal que no necesariamente tiene que ser Tailandia. En este momento llevará una vida opípara rodeado de todo tipo de lujos mientras yo estoy aquí, traicionándole a cambio de inmunidad.

Espero que me perdone cuando se entere de mi traición.

Capítulo 27

Salí de la sala de interrogatorios sumida en un mar de confusiones. Holmes me había acompañado y estuvo escuchando la declaración afuera, junto al inspector a cargo del caso.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté a solas.

—El inspector está contento. Ha dicho que es cuestión de tiempo que encuentren a Leocadio en Tailandia.

—No te he preguntado eso. ¿Tú estás satisfecho? —insistí.

No hicieron falta más que unos segundos de reflexión. Rápidamente contestó.

—No participo de su optimismo, hay muchas lagunas en esta declaración.

—Ya, no sabemos quién mató al contable. Tampoco sabemos el papel exacto que ha tenido en todo esto el forense y por qué lo han matado. Pero tenemos parte del camino andado. Hay que encontrar al empresario, aunque mucho me temo que no va a ser tarea fácil —observé no muy entusiasta.

—Hay algo que no acabo de entender y en la declaración del abogado no ha quedado solucionado. Tú lo apuntaste muy acertadamente cuando me hablaste del avance de tus investigaciones. El forense concluyó en la autopsia que se trató de una muerte natural, o sea de un infarto. Pero en el mismo informe se reveló la presencia de oleandrina, una sustancia que bien le pudo haber matado. ¿Por qué si está colaborando en una muerte fingida escribe lo de la sustancia esa en su informe? No tiene sentido. Si quiere aparentar que es una muerte natural se tendría que haber callado lo de la oleandrina —expuso el detective—. Total, si va a mentir, que mienta en condiciones y no a medias. No lo entiendo.

—¡Joder Holmes! Como me lías, yo tampoco lo entiendo. Esto parece que nunca va a tener fin —exclamé dando muestras de cansancio.

—Me contaste que habías ido a ver a un colega del forense. ¿Vamos a hacerle una visita? Creo que no deberíamos perder demasiado tiempo. Me da en la nariz que sea lo que sea lo que aquí se esté cociendo, todo se puede precipitar de un momento a otro.

—¡Eh, para! La última vez salí de allí a palos. No quiero repetir —me quejé.

El detective se palpó el bulto que se notaba en su chaqueta e intuí que se estaba asegurando de llevar la porra extensible que ya nos había sacado de un apuro.

—Vamos y me cuentas por el camino con detalle lo que te dijo ese hombre.

La suerte nos sonreía. El doctor Gutiérrez estaba tomando un café en la sala donde le conocí la primera vez. No había nadie más allí. Cuando me vio llegar tiró el café en un cubo y me reprendió con ademanes chulescos.

—Otra vez tú. Esta vez los de seguridad te van a meter la porra por el culo para que aprendas. Aunque a lo mejor te hacen un favor —berreó.

—No tan deprisa monín. Aquí mi colega piensa que no nos has dicho la verdad —atajé poniendo el brazo para cerrarle la salida.

Se revolvió contra mí. No solo le habían bloqueado el paso de forma amenazante, sino que era una mujer quien lo había hecho; eso probablemente le escoció más. Se acercó unos centímetros y le costó caro. Levanté la rodilla en un movimiento seco, brusco y potente. El grito que dio ese payaso me hizo pensar que mi golpe le había dolido.

—¿Te atreves a repetir lo de la porra? —me mostré victoriosa viéndole en cuclillas tratando de mitigar la sensación que debía tener de estar partido en dos.

Javier sacó su cartera con parsimonia y exhibió una placa de policía tan auténtica como la palabra de un abogado. Se la puso en los hocicos durante un instante, lo justo para que el interfecto no apreciase que, aunque fuera de plastilina, sería igual de verdadera y guardó de nuevo la cartera. Eso sirvió para apaciguar a nuestro interlocutor. Aunque creo que el tratamiento que le había aplicado yo segundos antes ya le había apaciguado lo suficiente.

—Hablamos aquí o en la Jefatura. Usted decide —dijo el detective con aplomo. Si no fuera porque le conocía sobradamente, hasta yo misma le hubiera creído.

—Aquí, prefiero aquí —contestó solícito el forense evidenciando que el golpe también había afectado a sus cuerdas vocales.

—Sabemos que Wenceslao y Leocadio habían urdido un plan para fingir la muerte de este último —explicó Holmes—. Parece lógico pensar que en estos casos tenga que ser necesaria la colaboración del forense que realiza la autopsia ya que de lo contrario la muerte no hubiera sido considerada como tal y se hubiera descubierto el pastel. Se ha exhumado el cadáver del empresario y se ha demostrado que no es él. Por tanto, la comedia fue un éxito, pero ahora se ha destapado. Aun así hay cosas que no entendemos. Una es que le pasó a su colega por la cabeza para huir de esa manera y luego aparecer asesinado en el aeropuerto lisboeta. Y dos, si el plan era elaborar un informe falso que dijera que había muerto de un infarto para evitar posteriores investigaciones, por qué escribió que había una sustancia letal en la sangre analizada. ¿No le parece que lo más sensato hubiera sido no escribirlo?, ¿por qué lo hizo? No fue casual, estoy seguro, y usted nos va a ayudar a conocer el motivo.

—No quiero continuar, no sé nada de lo que me están hablando. Escuche, me da igual que sea policía, o se van o llamo a los de seguridad. Y si me quiere interrogar, se viene con una orden y solo hablaré debidamente asistido —intentó evadirse el doctor—. Y ahora por favor agente, aparte a esta mujer de mí, es peligrosa.

—No hace falta orden judicial, es sospechoso de colaborar en un asesinato y se viene conmigo. Lo del abogado ya lo solucionaremos en comisaría —le atajó el detective.

Javier sacó unas esposas que llevaba colgadas en la parte trasera de su cinturón y le ordenó al médico que se diera la vuelta para esposarle. El efecto fue inmediato.

—Escuche, yo no he colaborado en nada ilegal, tan solo he escuchado, nada más. Solo sé lo que Wenceslao me contó, pero no he colaborado con ellos. Deben creerme. Me expulsarán del colegio si esto se llega a saber. Por favor —suplicó nervioso.

—Si no ha hecho nada ilegal, ¿por qué teme que le echen del colegio? Además yo de usted no me preocuparía por eso, creo que debería ser la menor de sus preocupaciones —le apretó el detective.

—Habla y nos vamos —le eché un capote a Holmes para que no hiciera él todo el trabajo.

—El plan era ese —comenzó después de un rato de meditación—. Tomando unas cervezas en el bar más cercano al Instituto, Leocadio sufriría un infarto ante por lo menos una decena de testigos. No resulta difícil bajar el ritmo cardíaco lo suficiente como para crear los mismos síntomas que una parada cardiorrespiratoria. Bueno, en el caso de ese hombre planteaba un pequeño riesgo dado sus antecedentes puesto que padecía una patología cardíaca, pero se trataba de algo asumible. Wenceslao le traería aquí y ante sus ayudantes le practicarían electroshock y lo que fuera necesario para reanimarle. Pero todo sería inútil. Y mi colega constataría la muerte de su amigo y firmaría un acta de defunción. En el ataúd de Leocadio se metería un cadáver que llevaba días en la nevera sin reclamarse y que estaba a punto de entregarse a los chicos de la facultad para que jugasen con él, el de un colombiano creo. Y por el contrario en el crematorio se

quemaría un ataúd vacío. No tenía mala pinta la idea. Creo que Leocadio había preparado un plan para que se presentase un familiar del fiambre solicitando la cremación coincidiendo en el tiempo con su supuesta muerte.

—Vaya, estaban en todo. Me descubro —exclamé perpleja.

—Escuchen, no había nada malo en lo que se planeó. A fin de cuentas fingir la propia muerte para irse con el dinero de uno mismo a otro lugar no es el peor delito del mundo.

El forense bajó la cabeza. Aún no había confesado todo. Sospechaba que lo mejor estaba a punto de llegar.

—¿Eso se lo contó Wenceslao mientras tomaban cervezas en el bar los cuatro de la foto que he visto en el muro del Facebook? —quise saber.

—No, por supuesto que no. Eso me lo contó a mí antes de que ocurriera todo lo que sucedió poco después. Creo que a Wenceslao le reconcomía la conciencia cada día que se acercaba el momento de la verdad.

—¿Y qué fue lo que ocurrió después? —apunté preocupada ya que aventuraba que algo se torció en esos planes puesto que Leocadio no sufrió el infarto en el bar sino en su despacho.

El forense parecía no encontrar las palabras adecuadas para continuar. Miró al suelo y se tomó un par de minutos. Le dejé que rumiase lo que estaba a punto de soltar intuyendo que iba a ser decisivo para la resolución del caso que me encontraba investigando.

Y así fue.

—No, no hizo falta que fingiera su muerte. Le asesinaron de verdad.

—¿Esta vez sí? —pregunté impresionada por la noticia. Me esperaba algo sorprendente, pero no tanto.

—El empresario está muerto. Nada salió como debía —confesó el compañero del forense asesinado.

—¡Pues esta es buena! —exclamé.

—Alguien le mató suministrándole el glucósido de la adelfa. Nada salió según lo esperado. Wenceslao, horas después, recibió una llamada de un desconocido. Dijo que tenía pruebas del plan que habían pertrechado y que o seguía adelante con lo planeado o en breve dejaría de ejercer la medicina. La autopsia tenía que revelar muerte por infarto y el cadáver tenía que ser cambiado por uno que se fuera a incinerar para no dejar rastro de la oleandrina. Y así se hizo, tal y como estaba establecido inicialmente, solo que esta vez con el cadáver real del empresario. Pero yo no participé, me enteré dos días después. Wenceslao estaba abatido. Los forenses, a pesar de bromear con la muerte como mecanismo de autoprotección, también tenemos conciencia. Y la de mi colega estaba hecha polvo. La mía ahora también lo está.

—Pero hay algo que no entiendo, si al final Leocadio sí murió, ¿por qué se enterró en su lugar otro cadáver? —hice notar—. Se podían haber ahorrado el cambio. Ya tenían dos ataúdes y dos muertos, uno para enterrar y otro para entregar a las llamas.

—No me dio todos los detalles, pero creo que como el plan inicial era que había que meter en el ataúd un cadáver que llevaba tiempo esperando sin éxito ser identificado por sus familiares, Wenceslao había cambiado en los ordenadores el número de identificación. Por eso los funcionarios cuando fueron a sacar el cuerpo de Leocadio para su entierro, el que sacaron fue el de otro hombre. Ese mismo día se produjo la incineración del otro cuerpo, sin testigos pues no había familia que hubiera reclamado el cadáver. En ese ataúd estaban los restos del empresario. En cualquier caso, se trató de la petición expresa de la persona que había llamado amparándose en el anonimato y que insistió en que el cadáver de Leocadio debía ser incinerado. Un chantajista

cuyo nombre desconozco.

—Sigo sin ver el motivo de que solo falsease el informe de la autopsia a medias —insistió Holmes.

—Tenía miedo y optó por hacer una estupidez que le costaría la vida, firmó que Leocadio había muerto por infarto tal y como le habían ordenado, pero quiso también decir la verdad sobre la oleandrina. Dense cuenta de que las muestras de sangre y órganos del cadáver se analizan en un laboratorio y se escapan al control del médico forense. Wenceslao envió a analizar muestras del cuerpo de su amigo y fue al recibir el informe del laboratorio cuando comprendió cómo había muerto el empresario. Consideró necesario mencionarlo en el informe ya que de no hacerlo así hubiera quedado en evidencia. Así que la solución por la que optó fue dejar constancia de la sustancia que mencionaba el informe del laboratorio y a la vez constatar que la muerte fue natural. Con ello siguió las instrucciones que había recibido de la persona que le había llamado amenazándole y a la vez consiguió que de esta manera el informe levantase menos sospechas.

—Efectivamente fue una estupidez, con eso firmó su sentencia de muerte. Tendría que haber acudido en ese momento a la policía —añadí.

—¿Sabe por qué huyó? —preguntó el detective.

—Recibió una llamada de la misma persona que se había comunicado con él en el momento de la muerte de Leocadio. Le preguntó que por qué había hecho esa tontería y había aireado lo de la presencia del glucósido. Y colgó sin esperar respuesta. Esa misma tarde, al anochecer, a Wenceslao casi le atropella un coche. Me dijo cuando se despidió de mí, al día siguiente, que estaba seguro de que fue intencionado. Solo recordaba que un todoterreno negro aceleró a escasos metros de él cuando iba a cruzar la calle de su casa. Ese día tomó la decisión, sacó un billete por internet para Brasil haciendo escala en Lisboa y preparó todas sus pertenencias durante la noche para irse a Sao Paulo. El dinero que su amigo le había pagado por fingir la farsa le permitiría instalarse allí y salir adelante durante un tiempo. Tenía miedo, pero le escuché un tono de voz optimista cuando me lo contó por teléfono, la misma mañana que salía hacia el aeropuerto. Fue la última vez que hablé con él.

El caso había dado un vuelco sorprendente, tanto que nos había dejado sin palabras.

—¿Me puedo ir? —preguntó el doctor Gutiérrez.

—Sí, pero recuerde que tiene que estar a disposición de la justicia y no puede salir del país hasta que se lo autoricemos. Y no hable con nadie de esto —respondió Holmes.

—¿Y esa tontería? —le dije a solas, cuando el forense había abandonado la salita a grandes zancadas.

—¿A que ha quedado bien? ¿Un café? —dijo sacando unas monedas del bolsillo de su americana e introduciéndolas en la ranura de la máquina.

—Estamos en la casilla de salida y tú me propones tomar un café. ¡No te aguanto! —le increpé sonriendo—. ¡Anda! Marca en la máquina el botón de los churros si das con él.

—Si el abogado ha mantenido contacto con Leocadio, y según el doctor Gutiérrez el empresario está realmente muerto, ¿quién es la persona con la que habla ese leguleyo? —se cuestionó el detective.

—Pues alguien que estaba al corriente de todo el chanchullo y que además tiene interés en que el abogado piense que aún sigue vivo Leocadio —apunté.

—¿Un socio del empresario? Pudo tener un socio que más tarde le traicionó.

—¿Estás pensando en el de LESA? —planteé.

—Esa es una posibilidad, pero hay otra: ¿y si el abogado nos está mintiendo? —anotó Holmes.

—Sabemos que mantenía llamadas con Tailandia, de eso tenemos certeza porque tú viste el registro de las llamadas enviadas desde su teléfono. Además, nosotros mismos escuchamos a Leocadio o eso pensamos, que era él a pesar de desconocer el tono de su voz —reflexioné.

—Ese fue nuestro error, dar por hecho que esa voz que oímos pertenecía al empresario. Nos dejamos llevar por el entusiasmo —asumió el detective.

— Pero entonces ¿quién es esa persona con la que habla?

—Probablemente alguien que está compinchado con tu amigo —me provocó Javier.

—No es mi amigo. Solo hay una forma de saberlo. ¿Vamos?

Nos costó tiempo y un montón de explicaciones convencer al inspector a cargo de la investigación de que nos permitiese de nuevo hablar con Rodolfo Almendro. Sabía de nuestra amistad con Luis Bárcenas y eso nos allanó el camino. Aun así, le tuvimos que contar más de lo que hubiéramos deseado refiriéndole nuestras sospechas de que efectivamente Leocadio estuviera muerto, no de forma fingida, sino real.

Javier se quedó afuera contemplando lo que hablaba a través de un cristal de esos visibles en un solo sentido y yo entré con un policía que me asignaron, no sé si para protegerme a mí del detenido o a él de mí.

—Me has cogido cariño Yaiza —me dijo al verme entrar.

—No has sido el mejor amante que he tenido, pero te doy el aprobado, aunque justito —continué la chanza.

—¿Has venido a sacarme y a llevarme a tu vera?

—Deja de decir gilipolleces y vamos al grano. Puede que seas un mentiroso de los buenos. Pero no te creo tan inteligente, así que voy a pensar que no me has mentido y crees que realmente Leocadio está vivo. Háblame de las conversaciones que has tenido con él desde su muerte.

—¿A qué viene esto? Quedamos en que yo contaba lo que sabía y salía sin cargos. Y sigo retenido —se quejó el picapleitos.

—Pues finaliza la declaración y saldrás. ¿Reconociste la voz de Leocadio la primera vez que te llamó desde Tailandia?

—Supongo que sí, no sé, que pregunta tan extraña. Pues claro que debía ser él. ¿Quién sino? —contestó.

—¿Reconociste a Leocadio en esa voz? Piensa antes de contestar —volví a la carga.

—Espera. ¿Estás sospechando que él está muerto y que quién me ha llamado haya sido otra persona? —especuló.

—Si en el fondo no vas a ser tan idiota —le solté.

El abogado pareció meditar durante un tiempo y al final contestó:

—Creo que era él. Su voz era parecida. Hablaba utilizando las mismas palabras y su misma dicción. Pero me estás haciendo dudar —después de un momento de concentración se atrevió a concluir—: Sí era Leocadio, no podía ser otro.

—Como todo esto haya sido una farsa te juro que te... —le cogí de la cabellera con una mano y levanté la otra con la palma abierta. Pero algo me retuvo, miré primero al espejo, luego al agente que estaba dentro y que de momento ni se había inmutado y me contuve.

—No he mentido Yaiza. Quiero que esto acabe, coger el dinero y largarme. Esto es una pesadilla—. No sé por qué, pero me pareció sincero.

—Háblame de esas conversaciones. ¿De qué hablasteis? ¿Te pidió algo?

—La primera vez que me llamó era solo para preguntarme como había ido todo. Le hablé de su funeral y se rio con su característico sentido del humor. La segunda llamada fue al día siguiente.

Me pidió que buscara en los cajones de su despacho ya que temía que se hubiera dejado las claves de operaciones de las cuentas bancarias donde había transferido el dinero de la empresa y que alguien las pudiera encontrar. Yo busqué y no hallé nada. Me instó a que buscara también en su casa.

—¿Y no sospechaste nada lince? ¿Tanto interés por temor a haberse dejado las claves anotadas en algún sitio y que alguien las viese? Le hubiera sido más sencillo cambiarlas en el banco acreditándose debidamente —le piqué.

—No sospeché, ¡maldita sea! Es mi jefe y me ha dejado una pequeña fortuna en forma de herencia y le estoy agradecido. No tenía motivos para dudar de él —se defendió.

Observé que al decir que le estaba agradecido hablaba en tiempo presente. Probablemente estuviera convencido de que el empresario estaba vivo y que era con quien había charlado telefónicamente.

—¿Encontraste lo que te pidió? —seguí apretándole.

—No, después me dijo que le enviara el ordenador portátil que tenía en la oficina y el que tenía en su casa. Ahora que lo dices, sí que me extrañó que tratándose de una muerte fingida no se hubiera llevado los ordenadores. Pero pensé que lo había hecho para no levantar sospechas. Me dijo que los quería para sentirse más seguro de que nadie espía sus cosas.

—¿A qué dirección se los enviaste? —pregunté emocionada. Podía tratarse de una pista que seguir.

—A un buzón postal de esos que han puesto por ahí los de Correos. Este creo que estaba en la estación de trenes de Atocha. Dijo que alguien lo cogería y se lo haría llegar. Añadió que por mi bien era mejor que no conociese donde se encontraba.

Todo mi gozo en un pozo; era poco menos que imposible rastrear esa pista.

—Te has cubierto de gloria abogado. En tu declaración inicial te has definido como que no eras una lumbrera. Pues te voy a decir una cosa: ¡llevabas razón! Eres un imbécil.

Holmes se despidió de mí, su Marisol le reclamaba. Había reservado mesa en un restaurante y le llevaba esperando unos minutos. Le vi correr de forma precipitada y sonreí.

Yo también tenía que engañar al estómago y como estaba harta de maltratarle y él de que lo hiciera, tomé la decisión de darle un pequeño homenaje. Me senté en las ramblas de Recoletos, en la terraza del legendario Café Gijón, e hice algo inusual en mí: pedí la comida sin prestar atención a la columna de la derecha de la carta.

Decliné tomar postre y lo sustituí por un bourbon. El alcohol en mí provoca el curioso efecto de despejar mi mente y aclarar las ideas. Era lo que necesitaba en ese momento. Me habían entrado algunos mensajes y uno de ellos me pareció interesante. Era un vídeo que Melitón me había enviado de la cámara del aeropuerto que enfocaba a la cafetería más cercana al lugar donde murió el forense. Lo visioné una vez e identifiqué fácilmente a Wenceslao. Pero no vi acercarse a él a ningún hombre. Lo visioné otra vez y algo se me encendió dentro de la cabeza en los segundos que duró un pequeño tumulto que se formó en torno al médico. Tan solo se trataba de unas personas que coincidieron en la caja para pagar y parece que una joven se quería saltar la cola. La tercera vez que visioné el vídeo la reconocí. Volví a verlo y no tuve dudas. Era ella. Ya tenía una de las patas del caso resuelta, pero solo una, la corta.

Apuré el Four Roses y escribí a Melitón: “Por favor, envíame lo que tengáis en vuestros archivos sobre Wenceslao Pascual. Todo, multas de tráfico, denuncias de la comunidad de vecinos, multas por cacas de perros...todo.”

Si alguien había pretendido suplantar a Leocadio, ese alguien sabía todo lo que había planeado

para fugarse. Y es probable que el verdadero fin fuera hacerse con el dinero de la empresa. Mi cabeza trabajaba como una olla a presión. Me toqué las sienes y, como si de la propia olla se tratase, estaban ardiendo. Y ahora venía una cuestión clave: quien quiera que fuese el que deseaba el dinero de la empresa, necesitaba a alguien que estuviera al corriente de las cuentas de Leocadio. Y ese alguien no podía ser más que el contable. Pero el contable estaba muerto. Por tanto, ese alguien le había matado.

Volví a coger el teléfono móvil y escribí otro mensaje: “Voy para allá. Entérate de si recogieron el teléfono de Marcial Ruipérez. Es importante saber con quién habló los días antes de que fuera asesinado.”

Apuré el contenido del vaso, pagué y volví a la Jefatura. Melitón estaba en su cubículo.

—Me has arruinado la comida. ¿Por qué tanta prisa? Ahí tienes lo que me has pedido del forense. Sobre lo de las llamadas de Marcial, lo voy a solicitar ahora, a ver si tenemos suerte.

Mientras el sargento hacía la llamada, ojeé las hojas impresas que me acababa de facilitar. Ya tenía un cabo suelto menos, pero ese no me iba a ayudar a saber quién asesinó al empresario ni tampoco a localizar el dinero de la empresa cuyo uno por ciento me pertenecía.

—Me acaban de enviar el listado de llamadas enviadas y recibidas del teléfono del contable. Espera que lo abro.

Melitón giró la pantalla y se desplegó un archivo en formato legible con el programa Acrobat. Los dos nos quedamos boquiabiertos. Había tres llamadas entrantes de un teléfono cuyo prefijo era 66. El número era el mismo que el teléfono que servía para comunicarse con el abogado. Quien quiera que fuese el que atendía las llamadas desde teléfono con prefijo de Tailandia, que ya sabíamos que no era el empresario, no solo había contactado con el abogado para tratar de obtener las claves que le permitieran operar con los bancos, sino que también lo había intentado con el contable. Y probablemente fuera el responsable de su muerte.

—¿Y ahora qué? —preguntó Melitón.

—No lo sé sargento. Déjame que piense—. La olla en que se había convertido mi cabeza no es que despidiese calor, es que por la nariz me empezaba a salir ya el vapor a presión.

—¿Cómo es posible que el contable se comunique con alguien que está tan lejos y esa persona sea la que está orquestando todo lo que ocurre a miles de kilómetros de distancia? —se preguntó Melitón.

—No hay más que una respuesta a eso —apunté—. Esa persona no está lejos, está aquí, delante de nuestras narices. Recuerda además que los dos ordenadores portátiles del empresario muerto se han enviado a un buzón postal en Madrid. Recuerdo que durante el interrogatorio recriminé la estupidez del abogado Rodolfo Almendro cuando le dije que un criminal nunca usa su teléfono fijo porque deja rastro. Pero un móvil no. Nos enfrentamos a alguien más inteligente que el señor Almendro. Pero no más que nosotros.

—¿Quieres decir que nuestro asesino no está en Tailandia? —al final lo pilló Melitón.

—Tira de contactos y que alguien de tus compañeros especializados en comunicaciones te diga quién es el operador de ese número. Y luego entérate de cómo se puede adquirir en Madrid una tarjeta SIM de ese operador.

El policía ni se lo pensó ni un segundo y se puso manos a la obra. Luis Bárcenas había llegado y se había colocado detrás de mí silenciosamente por lo que había escuchado como mínimo mis últimas palabras. Pensé que me iba a caer una sonora bronca por inmiscuirse en su negociado y repartir órdenes a su subalterno, pero no fue así. Dijo a Melitón que cuando tuviera algo que se lo dijera a él el primero y se metió en su despacho cerrando con un tremendo portazo.

Aproveché el tiempo que tardó el sargento en la gestión para completar la lectura del informe que me había dado del forense. La verdad es que era extremadamente interesante y explicaba el motivo de su muerte. Había estado equivocada desde el inicio con ese asesinato, los juicios preconcebidos son fatales en el trabajo de un investigador.

Melitón tardaba en su gestión y aproveché para tomarme un café en la máquina del pasillo aun a riesgo de que lo siguiente que tuviera que hacer fuera ir corriendo al baño. Esos brebajes que vertían despiadadamente las máquinas podían llegar a ser tan letales como las adelfas. Tuve suerte y mi organismo estuvo a la altura y resistió el envite del líquido amargo.

Melitón salió del despacho de su jefe. No le había visto entrar previamente.

—La compañía propietaria de la tarjeta se llama TRUE. Aquí, en Madrid, es muy difícil conseguirla, pero Luis ha movilizado todos los recursos disponibles para que se visiten las tiendas donde se haya podido vender. Se han distribuido a los policías fotos de los hermanos Huidobro y del abogado Almendro para que se las muestren a los empleados de las tiendas —me aclaró el sargento.

—Incluye fotos de las gemelas, la de Belén Esteban y la de su madre. Quién llama fingiendo estar en el país asiático es un hombre, pero la tarjeta la ha podido comprar una mujer. Por probar no se pierde nada —añadí.

La espera fue larga. Toda la tarde me la pasé aburrida merodeando por las instalaciones de la Jefatura. Estaba segura de que íbamos por el buen camino y no quería desviarme centrándome en otra derivada de la investigación así que me mantuve cerca expectante. Hasta que la espera se vio recompensada. Eran las ocho de la tarde y Luis Bárcenas salió de su despacho balanceando toda la grasa de su tripa y emitió algo que bien podría haber sido considerado como un híbrido entre graznido y rebuzno.

—¡Ya lo tenemos chicos! La empleada de una tienda ha identificado una de las fotos. Todos a Salamanca cagando leches. ¡Vamos!

Seguí a mi sargento como alma que lleva el diablo, no me perdería la detención por nada del mundo.

Capítulo 28

Acompañé a Melitón en su coche hasta la hacienda de los Huidobro en Peñaranda de Bracamonte. Era un vehículo sin identificativo de policía, pero de esos que llevan las luces estroboscópicas en el frontal, insertadas en la rejilla de ventilación delantera. Lo conducía él y yo, desde el asiento del copiloto, miraba con autoritario descaro a todos los automovilistas que se apartaban en los cruces para dejarnos pasar. Una vez en la autopista cerré los ojos y no los abrí hasta unos kilómetros antes de nuestro destino.

Cuando tomamos el camino recto y polvoriento ya pudimos aventurar que no éramos los primeros en llegar. Aparcamos y vimos salir de la casa a Crispulo Huidobro esposado. Una, que es aficionada a las series americanas donde un grupo de científicos o policías se dedican a buscar y encontrar huellas con aparatos que emiten luces ultravioletas, se esperaba lo mismo en esa escena. Pero nada más lejos de la realidad. No había cordón policial, no había nadie custodiando el acceso a la casa y los únicos curiosos de los que debíamos protegernos era de un grupúsculo de famélicos toros de lidia que nos miraban incrédulos encerrados en su cerca. No ando muy versada en el arte taurino, pero se me antojaba que esos pobres bichos no aguantarían ni media banderilla. Los miré con pena, allí encerrados y sin otro pasatiempo que contemplar como su dueño se había consumido por el rencor hacia un padre que no debió ejercer como tal.

Lo más parecido a uno de la científica que encontré fue un policía uniformado que dio novedades a Melitón al que reconoció como su superior a pesar de pertenecer a otro departamento.

—¿Qué debemos buscar sargento?

—Su teléfono móvil para comprobar sus últimas llamadas, otros teléfonos móviles y tarjetas SIM. Y luego, lo que caiga —contesté sin dar opción a Melitón.

—¿Me podrías dejar a mí? —se quejó una vez que se alejó el subordinado.

—Dirás que lo he hecho mal.

Entramos en la casona. Dentro había media docena de policías uniformados abriendo cajones.

—Estos están destrozando la escena del crimen —me quejé a Melitón.

—Aquí no hay escena que valga, no te líes que no estás en el sofá de tu casa viendo una serie de detectives —me situó en la cruda realidad mi sargento.

No tenía mucha fe en que esa manada de incompetentes fuera a encontrar nada de valor. Pero transcurridos unos segundos me tuve que arrepentir de mi percepción anterior. El mismo policía que había informado a Melitón apareció de nuevo.

—Mira sargento, en esta caja hay unas cuantas tarjetas SIM. Podría ser lo que buscamos.

Seguimos dando vueltas y unos minutos más tarde volvió a importunarnos el mismo policía evidenciando ansia por congraciarse con la jerarquía. Solo le faltaba menear la colita.

—Sargento, hemos encontrado un móvil. Lo hemos abierto y tiene una tarjeta del mismo color que las que te acabo de entregar. Es de un operador que se llama TRUE o algo así.

—¿Se llama TRUE o se llama ALGO ASÍ? —le increpé cansada de su servilismo casi militar.

La mirada que recibí de Melitón no pudo ser más explícita. Cerré la boca.

Convenía irnos de allí. Ya teníamos lo que necesitábamos y cualquier otra cosa que hubiera de interés en esa casa, la manada de ineptos que pululaban a su antojo por ella la invalidarían como prueba.

Seguimos al coche que custodiaba a Crispulo y lancé una sugerencia de esas que una casi está

segura de que no va a prosperar, pero que aun así lo intenta.

—¿Y si entramos a la vez que esos chicos que llevan a Crispulo y antes de que lo encierren le preguntamos un par de cosas?

—Ni de coña —no pudo ser más explícito Melitón.

—Llama al inspector que lleva este caso, o llama a Luis, pero déjame intentarlo. En caliente podremos sacar más que si le damos tiempo a preparar una estrategia o incluso hablar con su abogado —insistí.

—Esas cosas pueden poner en riesgo una acusación. Olvídalo —volvió a ser tajante el sargento.

—¡Que llames al inspector! —berreé.

—No y deja de jugar a ser policía. ¡No lo eres!

—Pues llamo yo a Luis —amenacé.

Sin cumplir mi amenaza seguimos al coche en el que era custodiado el hermano menor de los Huidobro y dentro de la Jefatura un agente me prohibió acceder a los calabozos donde llevaban al detenido. Se me escapaba el poder interrogar en caliente al sospechoso. Melitón al menos sí entró.

—Te espero aquí. Cuando acabes sales y me cuentas —le pedí.

Transcurrieron más de tres horas en las que dudé si irme o esperar. Cuando había transcurrido la primera de las tres, había llamado a Holmes para decirle que necesitaba su compañía. Por eso a partir de la segunda hora le tuve a mi lado y en el trascurso de la segunda a la tercera hora le puse al corriente de los últimos acontecimientos. En resumen, que tres horas más tarde Melitón se dejó ver. Estaba sonriente.

—Os invito a una caña.

—Déjate de cañas y larga —le atajé.

Y largó:

—Cuando se trata con criminales no profesionales todo es coser y cantar. Una vez detenido le hemos informado que habíamos encontrado un móvil con un número con prefijo 66 y más tarjetas SIM en un cajón de la habitación donde duerme. Todas del mismo operador y con el mismo prefijo. Le he explicado que desde el número de su teléfono se ha mantenido comunicación telefónica con el abogado de la empresa y que él ha declarado que creía estar hablando con Leocadio. Le he informado que tenía conocimiento del plan para fingir la muerte de su padre, trazado por él mismo y también le hablé de que tenía conocimiento de su posterior muerte real, no como la anterior que era fingida. Me he cuidado mucho de aparentar que sabía más de lo que realmente sabía y al final se ha desmoronado y sin requerir la presencia de un letrado ha cantado como un pajarito. Lo que decía, es fácil tratar con no profesionales.

—¿Y si dejas de intentar impresionarnos y nos das más detalles? —le recriminó Holmes.

—Fue él el que llegó a un acuerdo con el contable...

—¡Empieza por el principio! —le increpé.

—Está todo grabado, como siempre en los interrogatorios. Esperad a ver si consigo que me dejen mostraros la grabación.

Poco después volvió y nos condujo a una pequeña sala en la que había un ordenador portátil y un monitor.

—Os lo pongo.

Melitón llevaba razón al decir que el detenido no se había mostrado reticente a hablar. Me dio la impresión de que una vez detenido, sus castillos de arena se desmoronaron y no fue capaz de aguantar el tipo.

Su declaración resultó reveladora:

—Discutí con mi padre. Estaba harto de ser el hermano menor al que había dado un caramelo para que no molestase. Estaba harto de los putos toros que no había forma de colocar en las plazas. Él me dijo que yo no valía para los negocios y yo le contesté que para lo que no valía era para comerciar con la carne humana.

Sí, lo sabía. Sabía desde hacía tiempo que mi padre traficaba con personas que luego eran vendidas. Le dije que había entregado su alma al diablo y él me llamó incapaz. Le agarré de la solapa y le dije que le mataría. Pero no le maté. Por lo menos en ese momento. Llevaba años contemplando como mi padre nos ninguneaba a Roberto y a mí. Pero más a mí que a Roberto. Me sentía un ser inferior y no me parecía justo. Éramos sus hijos y nos merecíamos que nos tratara como tal.

Creo que mi padre ese día había tomado algo. Estaba eufórico. Nos dijimos muchas cosas más y quizá producto de su estado me confesó que tenía todo planeado para desaparecer. Como si me clavase un puñal en el corazón me dolió escucharle que estaba harto de tener a dos chupasangre siempre adheridos a sus pelotas, cito textualmente, y que en breve tendríamos que valernos por nosotros mismos. Dijo que se nos había acabado el chollo. Y desveló su plan, algo que quizá si no hubiera estado colocado no hubiera hecho.

No escatimó en detalles, probablemente para humillarme más. Me habló del ardid planeado con LESA para sacar los fondos de la empresa y de su pacto con su amigo el forense para fingir su muerte y dejar este país. No supe hasta ese momento de su dolencia cardíaca.

Así seguimos más tiempo diciéndonos todo lo que nunca habíamos tenido el valor de decirnos. Hasta que ya cansados nos abrazamos. Éramos padre e hijo. Se metió una raya y me dijo que tenía sed. Le ofrecí un té de frutos rojos. Me levanté y el resto es fácil de imaginar. Conocía las propiedades de las plantas que decoran la finca. Martina me había hablado de ellas. Lo relacioné con su dolencia y sin tener muy claro cuales podían ser las consecuencias cocí unos tallos en una cazuela. No sé cuántos eché, pero creo que fueron bastantes. Con el agua resultante le preparé un té de frutos rojos que sabía que era su preferido y le añadí una bolsa adicional de infusión para atenuar el posible sabor del agua envenenada. Cuando llegué con la taza estaba metiéndose otra raya, yo me metí una también o quizá fueran más, no estoy seguro. Se tomó el té y me pidió repetir. Se lo preparé y puse a hervir más agua con tallos y hojas de las plantas. Le serví otro té, pero este en un vaso de tubo con más cantidad. Le tuvo que saber extraño ya que no me quedé nada corto añadiendo hojas y tallos en la cazuela, pero creo que estaba en un punto en que no se enteraba de nada. Yo tampoco estaba muy cuerdo. No quería matarle, pero sí quería castigarle por todo el daño que me llevaba haciendo durante años y que había culminado con el tremendo daño que me acababa de infligir esa mañana.

Me fui a comer y le dejé. Unas horas más tarde fue encontrado muerto en su despacho. Me avisó la policía y no me dio detalles de cómo fue encontrado ni la causa de su muerte. Aunque no me hizo falta mucho más para relacionarlo con lo que había sucedido horas antes.

Como dice el refrán, ya de perdidos al río. Había matado a mi padre y eso no lo podía cambiar. Pero podía cambiar mi existencia y compensar toda una vida de desprecios. Si mi padre había planeado llevarse todo el dinero de la empresa para preparar una nueva vida lejos de España, eso solo lo podía haber hecho con la colaboración de su director financiero. Y eso también significaba que el dinero estaba en algún sitio esperando que yo lo cogiera. Contacté con él, le dije que mi padre había muerto, aunque él ya lo sabía puesto que fue quien lo encontró según me dijo. Le hablé de que podría llevarse una buena tajada si nos poníamos de

acuerdo. Creo que a él le pasaba lo que a mí. Se sentía despreciado por mi padre por lo que no resultó difícil fijar los porcentajes de reparto. Conocía los bancos y las cuentas a las que se había transferido el dinero. El problema es que desconocía las claves para operar. Me pasó casi toda la información que yo necesitaba y luego falleció a pie de un cajero. Sí, fui yo, no quería ni socios ni testigos incómodos.

Pero seguía sin tener las claves para operar y acceder al dinero. Solo había una persona que me podía ayudar. Por eso mantuve la farsa planeada por mi padre con la esperanza de que el abogado no sospechase nada. Él me tendría que ayudar a encontrar la forma de hacerme con esa fortuna. Llamé al forense con el que mi padre había trazado el plan y le amenacé por teléfono para que no se desviase de lo que estaba previsto salvo que quisiese dejar de ejercer la medicina. La policía no tenía que sospechar que la muerte de mi querido padre no había sido muerte natural y sí asesinato. Tenía que evitar una investigación que inevitablemente hubiera llevado a los investigadores hacia mí. Coló y me creí vencedor. La suerte siempre sonríe a los ignorantes, aunque luego se demuestre que esta es efímera. Con mi padre muerto y sintiéndome responsable, decidí mantener la mentira y ante el abogado fingí ser mi padre para lo cual compré unas tarjetas telefónicas de Tailandia, varias para poder cambiar de número cada poco tiempo y evitar dejar rastro. Mi padre me había dicho que ese era el destino que tenía planeado. Supongo que no me costó mucho fingir su voz, siempre me han dicho que tengo un tono parecido y utilizo los mismos giros gramaticales. La dicción también debe ser similar puesto que el abogado no sospechó nada.

Puede parecer estúpida mi pretensión, pero conseguí que el abogado me enviase los ordenadores portátiles de mi padre. Aun así, no conseguí las claves para operar. Todo el esfuerzo no ha servido de nada. Si el idiota de mi hermano no hubiera contratado a esa detective...

—Sabemos por qué mató al financiero, pero ¿por qué mató al forense? —se escuchó en la grabación preguntar al policía.

—Yo no le maté —replicó el detenido.

—¿Por qué decidió mantener la mentira que su padre había ideado? —preguntó de nuevo el policía.

—Por qué necesitaba las claves para hacerme con el dinero, ya se lo he dicho. Había matado a mi padre y de ello me arrepentía. Pero no podía retrotraerme al momento en que le di el veneno. Lo que sí podía hacer era cambiar mi vida. Pero para ello necesitaba las claves para operar y el único que me podía ayudar era el abogado. Mi hermano no hubiera entendido que me presentara al despacho de nuestro padre y registrarlo o llevarme los ordenadores. Por mi padre sabía que el abogado era su colaborador necesario. El único que sabía, o que creía saber, que estaba vivo. Yo no podría haberme llevado el ordenador de la empresa, no acostumbro a pisar por allí. Hubieran sospechado.

—De nuevo, ¿por qué mató al forense? —volvió a la carga el policía.

—De nuevo, yo no le maté. Escuche. Acabo de confesar que he matado a mi padre, o por lo menos le he suministrado un veneno que dada su dolencia cardiaca le ha ayudado a morir. Les he confesado que maté al contable para evitar testigos. Pero no sé nada de la muerte del forense.

—¿Quiere añadir algo? —se escuchó la voz de Melitón.

La grabación finalizó sin que hubiera habido respuesta a la pregunta del sargento.

—O mucho me equivoco o ese no es el responsable de la muerte del autor de la autopsia — agregó Holmes.

—Si lo fuera lo habría dicho. Bastante tiene ya, una más no le hubiera importado. A ese hombre el crimen le queda grande y no vale para mentir —añadió Melitón.

—Mucho me temo que ese crimen puede quedar impune —observó el detective.

—Querido Holmes, tú, mejor que yo, deberías saber que nunca un crimen queda sin pena. Puede que la justicia no sea la que sentencie, pero hay una pena mucho mayor. La que sufre el culpable, que siempre va a ser más dolorosa que la que imponga el más estricto de los jueces — concluí mi retórica dejando a los dos boquiabiertos.

—Te ha salido la vena poética con la resolución del caso —bromeó el sargento—. Quizá podrías dedicarte a escribir.

—¿Crees que a alguien le podrían interesar mis aventuras? La detective Yaiza Cabrera, escrito por Yaiza Cabrera.

—No tienes nombre de escritora, si te llamas Javier Holmes sería otra cosa, pero con ese nombre mejor no, no te dediques a la escritura —participó en la chanza el detective.

Nuestras elucubraciones fueron interrumpidas por Luis Bárcenas. Había un policía que había avisado de que había visto a uno de los mafiosos implicados en el asunto de la trata de seres humanos en Alicante. Se estaba preparando una redada.

Al árbol caído, ¡leña! Los mismos gerifaltes que durante tiempo se habían enriquecido con el vil negocio, ahora rehuían de él y se ocupaban de eliminar a los que molestaban. No podía ser una casualidad, habían permanecido inmunes durante años y ahora, cuando todo el tinglado parecía estar desmoronándose, si no lo estaba ya del todo, alguien había tenido la suerte de identificarlos en Alicante. Qué casualidad. No apostararía ni un euro por Kumé y sus secuaces. A esos los iban a pillan, costase lo que costase.

Capítulo 29 – agosto de 2018. Ciudad de Alicante

Lo más duro del día para Doris era dejar a su pequeña. Todos los días, con la única excepción de aquellos durante el mes en los que tenía el período, a las cinco de la tarde debía entregar su bebé a la mammy. Todos la conocían por ese nombre y realmente era una madre para todas ellas. Severa, eso sí, pero también las escuchaba cuando lo necesitaban. Miró a la pequeña Hauwa y se acordó de su hermana de la cual había tomado el nombre para su hija. ¿Dónde estaría? Esperaba que le fuese mucho mejor de lo que le había ido a ella y esperaba que nunca tuviera que pasar por lo que ella había tenido que pasar.

Dentro del hotel en el que estaba, en el sótano, había una habitación dedicada a los bebés. Pero no había niños, solo bebés. Poco después de que estos comenzasen a andar eran devueltos al país de la madre y entregados a familiares cercanos. Eso era lo que le habían contado a Doris, aunque también había escuchado que eran vendidos a familias que no podían tener niños. Incluso, a una veterana le escuchó decir, poco antes de que fuera trasladada a un polígono de una ciudad del norte, que a las chicas que no cumplían las quitaban los bebés y los cocinaban para comérselos. No se lo llegó a creer, pero cada vez que recordaba esa conversación, se le hacía un nudo en la garganta. Ya había aprendido que el miedo era la principal herramienta para someter a las mujeres que, como ella, eran esclavas. Eso mismo, lo de que les podían quitar a los bebés para comérselos, lo había escuchado la primera vez que llegó a Madrid por boca del que era su dueño. Todavía quedaba tiempo para que la pequeña Hauwa comenzara a sostenerse sobre sus piernas y alguien se planteara separarla de su madre, tiempo suficiente para planear como hacer llegar la niña a su tía.

Eran las cinco en punto. Se llevaron a la niña y su madre, al igual que le ocurría todos los días cuando la veía alejarse, sintió que se apoderaba de ella una pena tremenda y le embargaba una sensación en el estómago que apenas le permitía respirar. Pero ese día era peor que los anteriores, su tristeza era superior a la de otros días. Sacó de un pequeño bolso que tenía en el armario el sobre que le había entregado la doctora el día anterior. Hacía dos semanas que un autobús de la Cruz Roja había recalado cerca del hotel para recoger donaciones de sangre. Doris había pedido permiso y acudió junto a las dos compañeras de habitación. Unos días después le había llamado una señorita para que acudiera a un hospital para realizarse pruebas. Con el permiso de la mammy acudió y el resultado de estas lo tenía dentro del sobre que había ya abierto el día anterior. Había contraído el VIH. Se sentó sobre el colchón de la cama y releyó el informe médico por si se había equivocado al leerlo y había interpretado mal su contenido. Desconocía las consecuencias de esa enfermedad en el país en el que estaba. Sabía que en Nigeria las personas se morían por el SIDA, de hecho, su madre murió de eso mismo, pero había oído que en España no. Volvería a pedir permiso y acudiría de nuevo al médico. E inevitablemente tendría que preguntarle si existía riesgo para su pequeña Hauwa. Cerró los ojos y pensó que el Dios en el que su madre le había enseñado a creer la había abandonado. No estaba segura de si ese maldito virus la iba a matar o no, pero se juró tener fuerzas para vivir hasta poner a salvo a su bebé. Recordó de nuevo la conversación con aquella mujer que le contó lo de que cocinaban a los bebés y tuvo que ir corriendo al baño para vomitar.

La fatídica hora de las cinco de la tarde ya había llegado y tenía los minutos justos para vestirse y maquillarse. Compartía habitación con otras dos chicas en el sótano, muy cerca de

donde su pequeña pasaba las tardes y noches a cargo de una anciana que, según contaban, fue la anterior mammy. La habitación era pequeña, del tamaño justo para que cupieran tres camas de sesenta centímetros y un armario que las debía servir a las tres inquilinas de la raquítica estancia. La ropa de trabajo la compartían ya que tenían tallas similares. Aunque tampoco hubiera sido importante de no ser así ya que esta consistía en un sujetador minúsculo que deliberadamente apenas les cubría el pecho y un tanga también microscópico. El atuendo lo completaban los incómodos zapatos, siempre de tacón y los pantys. Nada más.

Las primeras horas de la tarde solían ser tranquilas, las siguientes horas de la tarde y de la noche, frenéticas y las últimas de la noche, peligrosas. Salió de la habitación y se cruzó con una de sus compañeras de habitación. Llevaba trabajando toda la mañana, era su turno habitual, el negocio estaba abierto durante todo el día. El horario de Doris era siempre el mismo, de cinco de la tarde hasta que la clientela decaía lo suficiente como para que las chicas se fueran acostando, que pocas veces era antes de las cuatro de la mañana y las seis los fines de semana. No obstante, la sala con la barra estaba cubierta las veinticuatro horas para atender a cualquier cliente y siempre había alguna chica disponible, fuera la hora del día que fuera.

Como había vaticinado, apenas había trasiego de personas en el local. Media docena de mirones en la barra, una chica contoneándose en un pequeño escenario y otras tres chicas tratando de conseguir que alguno de los clientes se rascase el bolsillo y las invitase. Había algunas chicas, siempre eran españolas, que se llevaban dinero por cada una de las copas que conseguían que les pagasen los clientes y otro tanto si conseguían llevarlos a las habitaciones del hotel. Pero a ellas, a las africanas, esas comisiones solo servían para ir saldando la deuda contraída, por lo que a pesar de llevar meses trabajando, no sabía lo que era tener un solo euro en su poder.

Se acercó a un tipo de unos sesenta y se colocó ante él moviéndose como la habían enseñado a hacer. Él la miró, tenía pinta de estar borracho a pesar de lo temprano de la hora.

—No me gustan las putas negras, ¡largo!

Ya estaba acostumbrada a todo tipo de humillaciones. Aun así, dolían cuando llegaban. Tenían instrucciones claras de no responder a las afrentas y cuando algún cliente se extralimitaba debía esperar siempre que aparecieran los chicos que velaban por la seguridad. Dos matones corpulentos, siempre agazapados en alguna zona oscura para ser invisibles, pero que servían para intimidar tanto a borrachos sin dinero como a las chicas del local.

Se acercó a otro de los hombres que pululaban por allí y hubo conexión en la mirada, lo que dio pie para hablarle.

—¿Me invitas guapo?

Su español había mejorado notablemente en los dieciséis meses que llevaba en el hotel. Era la más veterana del lugar ya que las chicas rotaban entre los establecimientos con bastante frecuencia. Intuía que le quedaba poco tiempo de seguir allí y quizá ese fuera el momento de llevar a cabo lo que llevaba planeando desde hace tiempo dentro de su cabeza, coger a su pequeña y volver a su país. O quizá más que un plan solo fuera un sueño.

—¿Qué quieres tomar? —se decidió el hombre.

Aparentaba ser buen tipo. Los había buenos y malos, los que parecía que las respetaban y los que se creían que ellas eran solo carne humana a su servicio y no merecían otra cosa más que el desprecio.

—Él ya sabe —contestó Doris dirigiéndose al camarero.

Tenían prohibido beber alcohol. La bebida de ellas no era otra cosa que agua teñida de verde o granate dependiendo de licor que se añadiese. Unas gotas solo, lo justo para disfrazar el vaso de agua por el que los clientes pagaban diez euros. Pero no era solo agua lo que compraba un cliente cuando invitaba a una de las chicas, era su compañía, sus caricias y sus abrazos mientras durase la copa cuyo tiempo nunca excedía de los diez minutos. Era el tiempo necesario para convencer al cliente de que merecía la pena desembolsar cincuenta euros y subir a una de las habitaciones. O para invitar a otra copa de agua teñida a la chica a modo de prórroga. Hubo un tiempo, al principio de llegar al hotel, en el que sus clientes eran otros. No pisaba la barra y solo esperaba en su suite a distinguidos personajes que le llegaban sin que los buscara y que debían pagar por estar con ella un precio muy superior a los cincuenta euros que pagaban ahora. Pero cuando el embarazo fue notable las cosas empezaron a cambiar. Tuvo que seguir ejerciendo, hay clientes para todo le dijo una compañera, pero cuando tuvo a Hauwa su cuerpo ya no fue el mismo y fue relegada a ejercer en la barra. Otra chica nueva ocupó su lugar.

Doris se empleó a fondo, era el primer trabajo del día y aún estaba fresca y con fuerzas. Había días que cuando se acostaba, a veces incluso después de más de doce horas trabajando sobre unos tacones que ya habían conseguido deformar sus pies, se encontraba extenuada y dolorida.

—Eres muy guapo. No abundan los tíos guapos por aquí. Quiero que seas mío.

Tenía un catálogo de frases que decir para romper el hielo. Cuando una chica llegaba nueva aprendía de las veteranas que repartían consejos y trucos basados en su experiencia. Le puso la mano en el muslo y empezó a acariciarle.

Él se dejó hacer. No era la primera vez que venía a esa barra, aunque sí era su primer contacto con Doris. Sabía que con la copa había pagado un trocito de compañía.

—Tú sí que eres guapa. Las chicas como tú me vuelven loco.

Era importante aprender a adivinar cuál era la intención del cliente. Los había que querían hablar y tocar todo lo que les dejasen tocar pero que nunca gastaban más dinero que el de la copa, exprimían al máximo sus diez minutos de gloria y luego se largaban con viento fresco quizá a los brazos de su esposa. Los había que llevaban escrito que esa noche querían acostarse con una mujer. Esos eran los mejores. Y luego estaba el resto, los indecisos. Y a esos era a los que había que trabajar.

No tenían un cupo mínimo de copas o servicios a realizar durante la noche. Pero la mammy, cuando el rendimiento del día anterior había dejado que desear, se presentaba en la habitación y las leía la cartilla evocando algún ejemplo de una u otra que dejó de ser útil en el hotel y ahora estaba haciendo la calle en algún polígono. Siempre el miedo, es la mejor forma de someter al débil.

—Pues si te vuelvo loco, debes saber que soy tuya. ¿Me quieres?

Continuó acariciándole la pierna y subiendo poco a poco hasta comprobar que el hombre estaba excitado. No se iba a escapar.

** * **

Los clientes escaseaban a esa hora de la noche. Doris preguntó al camarero por la hora que era. Las cuatro de la mañana. Sabía que no se podía ir a acostar hasta que el encargado del local le hiciera un gesto autorizándole. No se podía apenas sostener del dolor en los pies. Se sentó sobre una de las sillas altas de la barra a la espera de que se pudiera acostar. Había sido

una jornada agitada, había subido las escaleras más de veinte veces. Ahora ya no, estaba acostumbrada, pero al principio el dolor era terrible y lo peor de todo es que no lo podía expresar. Fingir fue lo que más le costó. Contener las ganas de ir al baño y soltar todo lo que llevaba en el estómago cada vez que unas manos extrañas, siempre diferentes, frías y ásperas, tocaban su cuerpo sin necesidad de permiso para hacerlo. Esforzarse por no evidenciar las arcadas que venían al sentir un cuerpo anónimo sobre ella que jadeaba ajeno al sufrimiento que estaba causando. Al principio fue horrible. Ahora menos.

Intentó charlar con Luis, el camarero nuevo. Apenas llevaba detrás de la barra un mes y Doris simpatizaba con él. No es que hablase mucho puesto que lo tenían prohibido. Todo estaba prohibido en aquel sitio. Pero cuando llegaba esa hora a veces intercambiaban alguna frase suelta. Tenía una sonrisa muy bonita y la trataba con respeto.

—Mira Doris, ¿ves a ese de allí en la butaca? Pues ese y los dos que están sentados detrás de él son los nuevos jefes. Creo que se llama Kumé y ha venido desde Madrid. Creo que es un hombre de confianza del capo, así que cuidado con él.

Se perdía con el organigrama de los que mandaban. Para ella el jefe era el encargado del local, que era el que tan solo mediante un gesto le decía a qué cliente tenía que abordar, si ya se podía ir a acostar o que se mantuviese más viva que esa noche estaba dormida. Solo con un gesto era suficiente para que todas movieran el culo sin dudarle. El miedo. Y la mammy, esa era la jefa de todas ellas fuera de la barra. Más arriba en el escalafón, nunca había tratado con los que mandaban, salvo el día que llegó al hotel y la recibió el que probablemente fuese el antecesor del hombre al que se había referido Luis.

Había pasado mucho tiempo desde aquel primer día. El hombre al que tuvo que entretener, junto a la otra chica que también era nueva, resultó ser una bestia que las insultó, pegó e incluso se orinó encima de ellas. Le había visto alguna vez en la televisión. Con traje y corbata parecía un caballero, pero ese día, su primer día, fue un auténtico cerdo.

—Estoy cansada Luis.

—Pues tienes mala suerte. Mira los que llegan —dijo señalando con la cabeza hacia la puerta de entrada.

Volvió la cabeza y para su desgracia vio entrar a cuatro tipos. Se esfumaron las esperanzas de acostarse. Parecían bebidos y eran escandalosos. Doris no recordaba haberlos visto con anterioridad por allí. Porque había una clientela fiel, muchos eran casados que no escondían el anillo, no tenían por qué hacerlo. Otros eran ejecutivos que cerraban allí negocios agasajando a los clientes. También había visto empresarios que firmaban acuerdos con los representantes sindicales. Pero esos que acababan de entrar eran nuevos.

Miró al encargado y supo que ya no podía seguir sentada en la barra. A duras penas se puso de pie y se acercó despacito hasta ellos para saludarlos fingiendo que el dolor en los pies era soportable.

—Hola chicos. Bienvenidos al paraíso del amor. ¿Os puedo ayudar en algo?

Los cuatro rieron escandalosamente. Uno, el más alto, agarró a Doris de la cintura y la llevó a la barra. Tenía pinta de ser el jefe o el líder.

Siempre estaban estratégicamente colocados los dos “gorilas” que solo se dejaban ver cuando era necesario disuadir a algún cliente. Mientras tanto permanecían discretamente separados del negocio. A una indicación del encargado se dejaron ver. Los tipos que acababan de entrar eran potencialmente problemáticos y tenían que saber que en el local había personas que velaban por la seguridad.

—Te vas a tomar algo conmigo puta —graznó el individuo que había tomado a Doris por la cintura—. ¡Whisky para los dos!

Luis puso una copa al sujeto y a la chica lo de siempre. El camarero también tenía que fingir una sonrisa, aunque no le apeteciese.

—¡He dicho que whisky para los dos! —berreo de nuevo. Era un individuo de casi dos metros y una envergadura que competía con la de los chicos que velaban por la seguridad de la barra. Los otros tres que le acompañaban rieron demostrando ser fieles vasallos.

El encargado miró a Luis y este asintió, por lo que el camarero retiró el agua teñida de la chica y la sustituyó por una copa similar a la del cliente.

El aliento le apestaba a alcohol, aun así, Doris puso la mejor de sus sonrisas y comenzó el ritual. Había algo en ese cliente que le daba miedo.

—¿Qué haces por aquí? ¿Has venido con tus amigos a tomar la última copa? —preguntó con voz dulce. No sabía en ese momento lo acertada que podía ser su pregunta.

—Bébetelo que nos vamos arriba.

Por su acento parecía del este.

—¡Vamos!, ¡de un trago! —gritó a la mujer. No parecía ser de los que se perdían en preliminares.

Los tres amigos que le acompañaban rehusaron la compañía femenina y rieron cuando le vieron agarrar a la chica y subirla en volandas escaleras arriba.

—Quítame la ropa —gritó a solas en el cuarto con la mujer.

Cuando Doris le tuvo desnudo frente a ella, la fortaleza del hombre la hizo temblar. No obstante, esa fortaleza no estaba en la parte que más falta le hacía a él en ese momento.

—¡Chupa! —gritó.

Ella hizo lo que pudo, pero el esfuerzo resultó inútil.

El cliente la separó tirando del pelo y le dio un bofetón.

—Chupa bien. Mírala de cerca, mira lo que te dice, que no sabes chupar —volvió a gritar— ¿Es que no lo entiendes?

Doris había tenido algún episodio con algún cliente violento. Pero algo le decía que ese era muy peligroso. Volvió a esforzarse, aunque su experiencia le decía que no iba a conseguir nada.

El hombre la volvió a separar con otro tirón de pelo y esta vez le dio dos bofetones. Doris se tocó la cara y vio que por la comisura de ambos labios estaba sangrando. La acémila se tiró hacia ella y le arrancó el sujetador.

—No sabes el oficio. Te voy a enseñar. Si yo digo chupa, tú chupas. Yo pago y tú chupas. Es fácil.

Se sentó a horcajadas sobre la chica y comenzó a golpearla con fuerza, como si estuviera poseído. Hasta que a Doris no la quedó otro remedio que gritar. Después de recibir todos los puñetazos que su cara pudo encajar consiguió zafarse y salió corriendo y gritando.

El espectáculo resultó dantesco para los escasos clientes que había en el local: una mujer desnuda bajando por las escaleras sangrando por las cejas, por la nariz y por los labios. Doris tropezó cuando faltaban pocos escalones para llegar abajo y cayó.

Detrás de ella el hombre que parecía venir de un país del este de Europa gritaba sin control:

—¡Te voy a matar puta!

Los de seguridad se fueron hacia él, pero los amigos del cliente se levantaron y se enfrentaron a los de seguridad enfrascándose en una pelea. Los pocos clientes que quedaban en el local salieron corriendo y las chicas que quedaban hicieron lo mismo. Luis y el otro

camarero de la barra se agazaparon detrás de esta y la pelea continuó. Uno de los clientes que estaba enzarzado en la bronca sacó un arma y disparó al aire lo que provocó un silencio sepulcral.

Doris seguía en el suelo sin fuerzas para levantarse. Lloraba de dolor y por la humillación.

El cliente que había golpeado a la mujer bajó, quitó la pistola a su amigo y apuntó a la chica que yacía en el suelo con la cara sanguinolenta.

—¡Putas! Vas a morir.

Todos los que lo contemplaban y veían el odio que proyectaba su cara, sabían que el disparo que acabaría con la vida de la mujer era inminente.

Y sonó otro disparo que provocó otro silencio sepulcral al igual que el anterior. Todos se volvieron. Y se oyeron otros disparos. Kumé junto a Toto y Solomon estaban de pie blandiendo sus armas aún con el cañón caliente y sobre el suelo quedaron cuatro cadáveres. Cuatro cuerpos cuyo aspecto evidenciaba que sus propietarios debieron ser ciudadanos de un país del Este de Europa.

—Hay que limpiar esto, deprisa —gritó el jefe. Había tenido un estreno difícil, pero pensó que mejor así. Todos sabrían que era un jefe al que no le temblaba el pulso. Al que había que respetar y que quien no lo hiciese se tendría que atener a las consecuencias. En su negocio el miedo era importante—. Que alguna de las chicas atiende a esa, no quiero que le queden marcas.

Apenas habían comenzado los trabajos de limpieza y retirada de los cadáveres, se dejaron ver a través de la cortina que tapaba la puerta las luces estroboscópicas de un coche de policía.

—¿Cómo es posible que hayan llegado tan pronto? ¡Putas suerte! Coged a la chica y vámonos —gritó Kumé—. Está con la cara destrozada y no quiero que la vean así. Además, necesitamos un rehén por si las cosas se ponen feas.

Los dos secuaces cogieron a Doris y corrieron hasta una puerta lateral donde tenían aparcado el Mercedes coupé. El jefe se sentó de copiloto y Solomon tomó el volante. Toto se sentó atrás con Doris. El coche arrancó derrapando con la tierra del aparcamiento. Tenían que coger la autopista, pero antes tenían cinco kilómetros de vía de servicio y una rotonda que les complicaría la vida en caso de ser perseguidos.

Y efectivamente fue así, según tomaban la vía de servicio, otro coche de policía distinto al que había aparcado frente a la puerta del hotel los comenzó a seguir. Era un Land Rover Discovery de la Guardia civil. Solomon pisó a fondo apurando las marchas. El coche perseguidor mantenía la distancia. La situación se complicaba.

—¡Nos han tendido una trampa! Mucha casualidad que entren esos matones, monten la fiesta que han montado y afuera nos encontremos a dos coches de la Guardia Civil, como si nos estuvieran esperando. Nos la han jugado, ¡me cago en la puta! —exclamó Kumé.

Doris apenas era consciente de lo que estaba ocurriendo. Los golpes que había recibido apenas la permitían estar consciente. Lo justo para imaginarse al lado de su pequeña Hauwa y llevarle un cuenco de la leche de las cabras que dejó en su granja antes de que la sacaran a la fuerza de allí. Algún día volvería con ella y se la enseñaría a su hermana. “Se llama como tú, mírala, es igual de guapa que nosotras”. Y se abrazarían y ya nadie la volvería a sacar de allí.

La rotonda se divisaba en línea recta a menos de dos kilómetros, si entraban a esa velocidad se iban a salir de la calzada.

—¡Nos vamos a matar! —gritó Toto desde atrás.

Doris gemía porque no podía gritar. Los pómulos se le habían hinchado y un ojo no lo podía abrir. Aun así, sonrió imaginándose la cara de su hermana sosteniendo en los brazos a su pequeña. “¿Le has puesto mi nombre? Te quiero hermanita”.

—¡Reduce que nos matamos!—volvió a gritar Toto.

—Nos van a alcanzar—chilló el conductor.

La glorieta que les permitiría el acceso a la autopista estaba cerca y la velocidad que llevaban era de ciento sesenta kilómetros a la hora.

—¿Qué hago Kumé?—preguntó a voces Solomon.

—Abre la puerta y suelta a la chica—respondió este mirando a su compinche de atrás.

Doris dejó de sollozar. Lo había escuchado.

—¿Qué?—preguntó incrédulo Toto.

—Qué sueltas a la chica de una puta vez. Así dejarán de seguirnos—repitió el líder.

Tardó unos instantes en asimilar la orden el secuaz y cuando lo hizo se inclinó sobre Doris, abrió la puerta del lado de esta y la empujó hacia afuera. El coche zozobró como consecuencia de la resistencia del aire al abrir la puerta, pero recuperó la estabilidad rápidamente. El sonido del cuerpo al caer resultó demoledor para los tres, pero en especial para el que la había empujado. Toto cerró la puerta y miró hacia atrás. El cuerpo de la chica había quedado dentro de la calzada. El vehículo de la Guardia Civil estaba a unos doscientos metros. La vía de servicio no estaba iluminada y cuando el conductor del coche perseguidor se quiso dar cuenta de lo que pasaba ya fue tarde. Frenó, trató de girar bruscamente pero no pudo evitar pasar por encima del cuerpo que había en la carretera.

Cuando el coche se detuvo, el cadáver inerte de Doris yacía cincuenta metros atrás sobre una mancha tan oscura como la noche y el Mercedes coupé giraba por la rotonda y se enfilaba hacia la autopista a toda velocidad y libre de perseguidores.

Capítulo 30

Llamé al timbre. Estaba en el Paseo de la Florida casi a la altura del Hospital Universitario Moncloa, junto al puente de Los Franceses que enlaza con la M30. Me abrió una joven que ya sabía que tenía dieciocho años a punto de cumplir los diecinueve y estaba a punto de comenzar el segundo curso de Medicina.

—¿María Pascual? —pregunté, aunque sabía la respuesta ya que había visto la foto en su perfil en las redes sociales. Era monina, aparentaba menos años de los que realmente tenía y de sus gustos por la ropa no pude opinar pues me recibió con una bata de felpa gastada y unas zapatillas más gastadas aún. Me miró sorprendida con unos ojos que no podían ocultar que, a pesar de ser jóvenes, acumulaban una buena carga de tristeza.

—No, María Peláez. ¿Quién eres? —preguntó la joven.

—Peláez era el apellido de tu madre. Lo sé. No nos conocemos, mi nombre es Yaiza Cabrera y soy detective. Si haces memoria recordarás que hemos intercambiado un par de frases a través de Facebook. Te pregunté por tu padre, lo buscaba, ¿te acuerdas?

La chica no pudo evitar mostrarse asustada.

—No tengo nada que decirte. Espero que lo encuentres y le deses lo que se merece —me respondió y se dispuso a cerrar la puerta.

—O hablas conmigo o con la policía. Tú eliges. Pero si yo fuera tú, ni me lo pensaría —la atajé.

La puerta, que ya estaba a punto de ser cerrada, se abrió de nuevo.

—¿Y por qué tendría yo que hablar con la policía? —preguntó visiblemente azarada y dándoselas de ingenua.

—Pues para hablarles de tu viaje a Lisboa —mostré mis cartas.

—Yo no he estado nunca allí —se esforzó inútilmente. Pero al instante comenzaron a brotar de sus ojos un mar de lágrimas.

—¿Me puedo sentar? —solicité y, sin esperar respuesta, caminé hasta la cocina y planté mis posaderas en una silla blanca dándole a demostrar que de allí no me iba a mover sin haber obtenido lo que pretendía.

María asintió. Recordé una frase de Melitón después de interrogar a Críspulo: *¡qué fácil es tratar con no profesionales!* Esta no me había durado ni un asalto.

—Te he reconocido en un vídeo en la cafetería del aeropuerto de Lisboa. Te sentaba bien la peluca rubia y las gafas anchas de sol. Pero rápidamente supe que eras tú. La cinta la tiene la policía que investiga la muerte de tu padre. No te han reconocido y la pista apunta a otro caso en el que tú no tienes nada que ver. O sea que de momento estás teniendo suerte —expliqué—. Lo que esta te dure depende en exclusiva de ti.

—¿Te vas a chivar? Si quieres dinero debes saber que te has equivocado. Estoy tiesa.

—No quiero dinero. Solo quiero la verdad. Sé que tu padre maltrató a tu madre, he visto que lo denunció y más tarde retiró la denuncia, pero quiero que me lo cuentes. Quiero que me convenzas de que no tengo que salir de aquí y contar la verdad pregonando que tú mataste a tu padre. Porque eso es lo que ocurrió —le pedí.

María se levantó y cogió un portafotos que tenía sobre un aparador. En ella aparecía su foto junto a la de una mujer a la que se parecía. Acarició el marco y manchó el cristal que cubría la instantánea con una lágrima.

—¿Tu madre? —pregunté.

Asintió.

—Sé que hace casi dos años que murió —le dije para incitarla a hablar.

—Dieciséis meses y cinco días. Yo solo tengo recuerdos bonitos de ella. Y tristes. Mi padre solo vivía para el trabajo. Salía de casa por la mañana pronto y llegaba de noche. Muchas veces cuando yo estaba acostada, oía los gritos. Mi padre llegaba bebido casi siempre y mi madre, cuando yo era más pequeña, le recriminaba su actitud. Poco a poco su fortaleza fue cediendo hasta que ya no le decía nada. Lo sufría solo en su interior. En el último año de vida de mi madre, mi padre se marchaba fines de semana completos sin dar explicaciones. A veces venía y mi madre sacaba algo del arroyo que tuvo cuando fue más joven y le decía que olía a otra mujer, que se fuera. Pero eso lo único que provocaba eran las carcajadas de él y esa maldita frase que tanto repetía: ¿Y qué ibas a hacer tú sin mí?

Cogí su mano. Estaba tiritando.

—Una noche escuché gritos más fuertes de lo habitual, salí de mi habitación y me encontré a mi madre llorando con la mano sobre su mejilla. Le había dado un bofetón. Me tiré a mi padre y le llamé todo lo que se me ocurrió en ese momento. Se largó y estuvo dos días sin volver. Pedí a mi madre que presentara una denuncia, lo hizo, pero al día siguiente la retiró, todo fue inútil. No creo que le quisiese, ni tan siquiera que le tuviera miedo. Simplemente creo que no tenía fuerzas para continuar luchando. Mi padre, como una sanguijuela, le había chupado toda su energía.

—¿Tú no pudiste denunciarle?

—Mi madre me lo prohibió y no quería hacerla más daño. Ese mismo episodio se repitió más veces y todas con resultado parecido. Mi madre llorando y mi padre fuera de casa y sin denuncia. Mi madre cada vez estaba peor. Tomaba ansiolíticos y cada vez le hacían menos efecto. Hasta que un día me despertó mi padre por la mañana. Ella estaba en el baño muerta. Se había envenenado con pastillas de todo tipo. Supongo que le dio un arrebató de tristeza e ingirió decenas de pastillas que había encontrado en el botiquín. Una combinación que resultó letal. Mi padre se fue y me quedé sola en esta casa. Hace más de un año que no le veo.

—Eso no es del todo cierto —observé

—Llevaba planeando mi venganza desde hace bastante tiempo, pero no sabía cómo hacerlo. Compagino mis estudios de medicina con el trabajo los fines de semana en una hamburguesería y quizá tener la cabeza ocupada es lo que me ha hecho ser más paciente; el trabajo y los estudios me ocupan todo el día. Y hace poco la suerte me sonrió. Desde hace unos meses, me había propuesto culminar mi venganza, no quería esperar más. No podía vivir pensando en mi madre muerta y yo con el estómago revuelto cada vez que pensaba en que mi padre se iba a ir de rositas. Un amigo mío me dio una pequeña charla sobre cómo *hackear* ordenadores y coló un troyano en el de mi padre. A mi amigo le dije tan solo que quería espíarle, sin dar más explicaciones. No sabía aún como hacerle daño, pero estaba segura de que tendría ocasión.

Se levantó y volvió con un vaso de agua que liquidó de un trago

—Mantenia mi intención de vengarme del responsable de la muerte de mi madre, pero me faltaba valor. Hasta que una tarde, con dos cigarros de *maría* dentro, me llegó el arroyo que me había faltado. Alquilé un coche, un todoterreno grande, y le seguí desde la salida de su trabajo. Se paró a tomar unas copas y más tarde intenté atropellarle y darme a la fuga. Pero salió mal. Me traicionaron los nervios. Y ese fue el desencadenante de lo que sucedió después. Mi padre debió creer que ese incidente estaba relacionado con sus trapicheos y cogió miedo. En mi labor de espía, esa noche vi que compraba a través de su ordenador un billete a Sao Paulo haciendo una

escala de cinco horas en Lisboa. Solo billete de ida. Así que intuí que se largaba de casa. Estaba al corriente, también gracias a mi labor de espía, de que estaba implicado en la muerte del empresario ese que murió. Les cacé algún correo en el que se comentaban entre ellos como lo harían. De hecho se me pasó por la cabeza en algún momento la idea de denunciarle, pero sencillamente me parecía poco castigo para él, deseaba más. Pensé que fuera de Madrid sería más fácil y probablemente la mirada de los investigadores se fuera hacia los turbios asuntos de mi padre en lugar de hacia mí, así que me arremangué y me dije que de ese día no pasaba. Supongo que la adrenalina de lo que acababa de hacer o, mejor dicho, de lo que acababa de intentar hacer, seguía en mi sangre agitándola.

—Espero que esos correos los tengas todavía. Aunque creo que ya no serán necesarios —la interrumpí.

—Saqué un billete de avión a Lisboa y me fui sin apenas equipaje. Pensé que allí todo sería más fácil ya que nadie me relacionaría con su muerte si es que lo conseguía. En un frasco de colonia, de esos pequeños aptos para viaje en avión, metí arsénico y lo mezclé con un compuesto que mitiga su olor a ajo. Medí la dosis adecuada para que no muriese en el acto y viajé rezando para encontrar el momento oportuno. Le localicé en el aeropuerto y lo seguí hasta encontrar la ocasión de cumplir mi propósito. Conociendo la afición a la bebida de mi padre sabía que no tardaría en necesitar una copa y así fue, le vi acudir a la barra de una cafetería. Aprovechando una pequeña refriega entre unos clientes que pugnaban por mantener su puesto en la cola para pagar en la caja de la cafetería, volqué el contenido en su copa de cerveza. En ese momento anunciaron su vuelo y pensé que se iría pitando a embarcar dejando la bebida intacta sobre la barra del bar. Pero no fue así, de un trago se despachó todo lo que le quedaba de cerveza, arsénico incluido, y se relamió. Me senté y vi como al cabo de quince minutos abandonaba la cola de entrada al avión y se dirigía al baño. La puerta de embarque se cerró y mi padre no había salido de él. Lo llamaron por la megafonía, pero no dio señales. Más tarde un empleado de la limpieza salió del baño gritando.

—La solución nunca es esa. A tu madre no te la devuelve nadie. Y has puesto en riesgo tu vida y tu libertad por un hombre que no se lo merecía.

—Esté donde esté, ¡que le den! —fue su respuesta a mi perorata.

Me levanté.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

—Írme, ¿no lo ves? —respondí.

Continuaba acariciando el marco con la foto de ella y su madre cuando la dejé.

Me vino a la cabeza la frase que le dije a Holmes cuando apuntó que el crimen del forense probablemente quedase impune: *“Querido Holmes, tú mejor que yo, deberías saber que nunca un crimen queda sin pena. Puede que la justicia no sea la que sentencie, pero hay una pena mucho mayor. La que sufre el culpable, que siempre va a ser más dolorosa que la que imponga el más estricto de los jueces.”*

Pues me equivoqué. Este crimen iba a quedar impune y la culpable no parecía que fuera a tener por penitencia sufrimiento alguno, más bien lo contrario: una liberación. Esa chica había tenido suerte, si es que a eso se le podía llamar así. Su padre había recibido una llamada amenazándole por no haber cumplido el mandato de callar que el cuerpo del empresario tenía una sustancia letal en su sangre. Este se lo había así contado a su amigo y colega. Y esa misma noche había tenido la tentativa de atropello con un vehículo de gran envergadura. Ambos hechos habían sido realizados por personas diferentes y por motivos distintos, pero eso había creado una cortina de humo lo

suficientemente densa como para que los investigadores hubieran relacionado ambos hechos con el mismo asunto. Bueno, todos los investigadores no, pero eso me lo iba a callar.

Mi reto para las próximas horas iba a ser no preguntarme demasiado por el motivo por el que yo había tomado esa decisión de no denunciar a la chica. Ella tenía toda una vida por delante y su padre no estaba mal donde estaba ahora. Así que decidí sacármelo de la cabeza ayudándome con un buen bourbon. En la cafetería, la primera plana de un periódico manoseado y lleno de manchurroneos, recogía la foto del buque Open Arms con ciento veinticuatro personas a bordo que huían de la pobreza en la que vivían y soñaban con ir a un lugar donde fueran menos pobres. Italia se mostraba reticente a darles el asilo y España, que parecía más preocupada por la suerte de aquellos inmigrantes, había mandado a la isla de Lampedusa un buque de la Armada para ayudarlos.

Pedí otra copa de Four Roses. El mundo era una mierda, pero con el bourbon era menos mierda. Sí, el alcohol me ayudaba a aclarar mis ideas dentro de la cabeza. Y también me ayudaba a entender un mundo que sin la ayuda del bourbon no entendía.

Pasé distraídamente las páginas mientras apuraba mi néctar de Kentucky y encontré otra noticia que me llamó la atención. Un guardia civil, de origen nigeriano, había sido condenado por homicidio involuntario al asestar un tiro a un camionero desarmado. Hacía de ello unos meses. Año y medio de cárcel y la expulsión del Cuerpo le había caído al de la benemérita. Cerré el diario y pedí otra copa, la necesitaba porque en el mundo había demasiada mierda para tan poco bourbon.

Capítulo 31 – 8 de enero de 2019. Epílogo

Holmes y yo llegamos de los últimos a la fiesta de la presentación del Holding creado por las hermanas Chamorro. La nueva empresa había comenzado su andadura en enero con un nuevo nombre: Logística Chamorro. Habían improvisado un catering en el despacho del presidente de la compañía que, según vi en el rótulo, seguía siendo el mismo que antes de que la empresa cambiara de nombre. Todo un gesto hacia Roberto por parte de su esposa y de su cuñada. Le vi al fondo y a juzgar por su aspecto y por como sonreía a una jovencita que recordaba haber visto entre el grupo de chavales recién contratados, no parecía irle mal.

Holmes salió corriendo hacia la mesa con la comida en cuanto su olfato percibió el olor de las viandas y yo me acerqué a Trinidad.

—¿Dispuesta a afrontar una nueva etapa? —pregunté.

—Una nueva etapa para la empresa y una nueva etapa en mi vida. Me quedo aquí, esto me gusta. Las segundas oportunidades son como las moscas, o las atrapas o vuelan y se escapan. No tengo mucha experiencia en esto de los números más allá de lo que estudié, pero hemos contratado a cuatro jóvenes y para mí me he reservado uno recién licenciado con el que espero formar un buen tándem. Además, tiene unos ojos que se parecen a los tuyos. Te gustará cuando lo veas, anda por aquí.

—Creí que seguías con la puerta abierta esperando mi llegada —bromeé.

—En tu caso, bonita, la segunda oportunidad no se va a dar; perdiste tu ocasión —también bromeó.

—Según tengo entendido, Belén ha vendido su participación a las hermanas y aun así conservas tu puesto como directora financiera —indagué.

—Sí, así ha sido. Pero como ha aparecido el dinero que se llevó Leocadio y ahora habrá que hacer un nuevo reparto, de momento sigo vinculada y nada apunta a que vaya a dejar de estarlo. Si te soy sincera, me gusta esto de ponerme guapa todas las mañanas, venir a la oficina y sentirme útil.

Vi hablando con Holmes a Belén y pensé en el giro que había dado su vida.

—¿Sabes algo de Rodolfo? —pregunté a Trinidad.

—Ha cogido el dinero de su participación en la empresa y se ha largado a tierras canarias. Creo que ha abierto un bufete en el sur de Fuerteventura. Ha tenido suerte con eso del trato que consiguió o, mejor dicho, que le conseguiste. Se ha librado de una buena —apuntó—. Ha llegado a mis oídos que se ha llevado con él al chico ese que también ha heredado. Espero que su hermano se olvide de él y le deje vivir su vida.

Se sumaron a nosotras las dos gemelas.

—¿Sabes Yaiza que nos hemos divorciado? —dijo una de ellas, seguía sin poderlas distinguir.

—¿Ya no sois hermanas?

—Nos hemos divorciado de nuestros maridos, no entre nosotras, ¡qué tonta! —rieron mi gracia.

—Y Roberto ¿cómo se lo ha tomado? —quise saber.

—Pues creo que es como si le hubiesen quitado una espinita clavada en la planta del pie. Mira que feliz está —dijo señalando en su dirección— tiene lo que quería que es la empresa y nosotras tenemos lo que queremos.

—¿Qué es...? —pregunté curiosa.

—Pues vivir, ¡qué va a ser si no! —dijeron las dos a coro. Habían recuperado su fachada simplona, pero yo sabía que era solo eso, una fachada y que el presidente de la compañía solo tendría los poderes que le otorgasen las dos gemelas. Y pobre de él como no lo hiciese bien.

—¿Has ido a visitar a Crispulo, Dorotea? —curioseé mirando a ambas para no errar el tiro.

—Está en Soto del Real a la espera de juicio. Roberto ha iniciado las gestiones para retirarle su condición de heredero habida cuenta de que es el responsable de la muerte de su padre. Creo que prosperará la iniciativa —respondió la que supuse era su exmujer.

—Eso aumentará la parte del resto —observé mirando a la madre de Belén.

—La verdad es que tenemos un lío que ya veremos cómo se soluciona —explicó Martina—. Por un lado, está eso que apuntas; si Crispulo pierde su derecho a heredar, aumentará el porcentaje del resto por lo que la asignación a cada uno de los restantes será mayor. Pero por otro lado está el asunto de los casi cuarenta millones que estamos a punto de recibir de los distintos bancos suizos y holandeses donde estaba depositado el dinero que Leocadio se llevó de la empresa. Bueno, y también los seis que ha devuelto Eustaquio. Con ello ha conseguido evitar una denuncia que le hubiera colocado contra las cuerdas de haber prosperado. Eso aumentará el valor de la compañía y no nos parece justo que nosotras compráramos la participación del cincuenta y cinco por ciento por tan poco dinero.

—Lo decidiremos en un comité de dirección —apostilló Trinidad como si de una de las accionistas se tratara.

—¿Eustaquio sigue con vosotras? —me dirigí a las tres.

—Él sí, a su socia le hemos enviado a freír espárragos. Además, no era socia; no tenía ni un euro metido en la empresa —contestó Martina.

—Solo era su concubina —apostilló Dorotea.

La flamante directora financiera, Trinidad, la miró con cierto desdén por el comentario.

—Habéis tenido que ser muy convincentes para que haya accedido a venderos parte de la empresa y a devolveros la comisión que se llevó por colaborar con Leoncio —volví a sacar a pasear a mi curiosidad.

—Con la de chanchullos que tenía, al que se suma el que pertrechó con nuestro suegro, lo mejor que ha podido hacer es no enfrentarse a nosotras. Además, va a tener un puesto como vicepresidente del grupo. Pero no te engañes niña, ni él ni Roberto van a hacer nada sin nuestra autorización —apuntó jocosa Dorotea.

Esas mujeres eran de armas tomar. No dudaba que hubieran empleado el chantaje con el empresario para forzarle a vender y formar el holding Logística Chamorro.

Me acerqué a saludar a Roberto, a fin de cuentas, era mi cliente.

—Buen trabajo detective. Mi hermano estuvo a punto de salirse con la suya. Nunca lo hubiera imaginado, envenenar a mi padre con las mismas plantas que tenía en nuestra finca. Tengo entendido que estaba a punto de hacerse con las claves para poder operar con el dinero de los bancos. Parece ser que las tenía en uno de los dos ordenadores que el abogado le había enviado creyendo que se lo enviaba a mi padre. La suerte es que cuando fue detenido aún no las había encontrado.

—Sí, por los pelos —dije.

—Tuvo mucha sangre fría para simular que su padre estaba vivo ante Rodolfo para hacerse con sus ordenadores. La vida te sorprende, me he criado al lado de un asesino. Primero asesina a su propio padre y después a Marcial para no dejar testigos de su fechoría; nunca lo hubiera pensado. Y aunque probablemente nunca lo sepamos, ya que no ha querido confesarlo, también le creo

culpable de acabar con el forense que realizó la autopsia —reflexionó triste.

—Al forense, claro —titubeé—. Bueno, piense que cuando se crio a su lado, él no era un criminal. Asesinos solo somos cuando matamos y nadie sabe si no lleva uno dentro que aflore cuando la ocasión lo requiera. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Seguro que no tengo opción, así que dispare.

—¿Está tan seguro de que nunca sospechó de su hermano? Me da en la nariz que cuando acudió a Holmes para recabar sus servicios, usted sospechaba que el responsable de esto estaba cerca. ¿Me equivoco?

—De quién yo sospechaba no era de mi hermano, créame, aunque no anda muy desacertada con su apreciación —miró a su esposa y se dirigió a la mesa donde estaba el ágape.

A la fiesta se incorporaron Melitón y su jefe.

—Perdonad el retraso, teníamos trabajo —dijo el sargento después de darme un beso.

Luis, cortado por el mismo patrón que su amigo el detective Holmes, abandonó la conversación sin haberla iniciado para entregarse a los placeres culinarios.

—Sargento —se dirigió a él Dorotea —¿sabe algo de los africanos responsables de los secuestros de las chicas?

—Nada, se los ha tragado la tierra —aclaró Melitón—. Mataron a una de las jóvenes en el suceso de Alicante que resultó ser la hermana de Hauwa, a la que creo que conocen. Estarán fuera de la circulación un tiempo y luego volverán a hacer lo único que saben hacer en algún otro lugar. Espero que lo paguen algún día. Al menos la muerte de esa joven sirvió para dismantelar la red que explotaba a mujeres en varios hoteles y restaurantes de carretera en Alicante y fueran liberadas muchas de las chicas que allí trabajaban.

—Y hablando del rey de Roma —dijo Trinidad.

Por la puerta del despacho de Roberto entró Hauwa con una pequeña en brazos. Las dos gemelas y Trinidad corrieron a abrazarla y le arrebataron con brutalidad animal a la niña para dedicarse a hacerle carantoñas.

—Ha sido todo un gesto el de esas dos —observé—. Han ofrecido pagar los estudios a la chica y han creado una fundación con parte del dinero que se va a recuperar para ayudar a madres emigrantes. A través de esa fundación, han puesto a disposición un piso a Hauwa además de ayuda para que pueda llevar a una guardería a su sobrina mientras ella va al instituto. Dice que quiere ser profesora y enseñar en su país.

—Fue un drama lo de su hermana —dijo apesadumbrado Melitón.

—Desgraciadamente, detrás de cada una de esas mujeres que son traídas a la fuerza, o engañadas para ejercer la prostitución en España, se esconde un drama —concluí.

—Y hay más víctimas. La pareja de guardias que perseguían a los que la tiraron del coche están de baja laboral y recibiendo tratamiento psicológico. Uno de ellos, el que conducía, está tan destrozado que no descarto que solicite la baja en el servicio activo —aportó Melitón.

Se me vino a la cabeza el guardia civil que disparó contra el camionero y que seguramente habría eludido la presencia física en la cárcel por falta de antecedentes, pero que ha sido expulsado del Cuerpo. Otra víctima más junto al camionero que murió por la bala disparada por un ángel justiciero que no pudo contener la rabia al contemplar la injusticia. Pero ese ángel vengador no era otra cosa más que un policía que, impotente, se tomó la justicia de su mano matando con ello a un inocente.

La joven se acercó a nosotros, liberada de la carga de la pequeña que andaba de brazos en brazos, y me tomó de la mano.

—Gracias Yaiza. Te debo mucho. Sé que fuiste tú quién hablaste de mí a Dorotea y a Martina para que me acogieran. Si no fuera por vosotras aún estaría allí, en esa cárcel horrible. No sé todavía cómo voy a arreglar lo de la adopción de mi sobrina al no ser yo mayor de edad. Pero las dos hermanas me han dicho que no me preocupe.

—Pues si esas dos te han dicho que no te preocupes, no lo pienses, estate tranquila que estás en buenas manos —bromeó Melitón que ya se había dado cuenta de cómo eran ambas.

—Me alegro mucho por ti. Ojalá todas las chicas que han sufrido lo que tú tuvieron el mismo final. Pero no siempre es así —expresé a punto de llorar.

—Sí, mi hermana tuvo otro final. Cuidaré de su hija como si fuera mía.

Melitón me miró, también estaba con los ojos brillantes.

Me excusé y salí a recoger un paquete que había dejado afuera del despacho. Era para Hauwa. Recordé cuando la vi en el centro de internamiento cómo me miró los zapatos con admiración y envidia. Eran unos iguales, solo que un poco más altos. Esa chica tenía alma de diva y ya era hora de que se fuese entrenando.

—No lo abras todavía, hazlo cuando estés sola. No vienen con libro de instrucciones así que tendrás que aprender a utilizarlos por ti misma —dije mientras le entregaba el paquete.

—Entre las escasas pertenencias de mi hermana que encontraron durante la redada —dijo la joven nigeriana aguantándose las ganas de destrozar el envoltorio de la caja que le acababa de entregar —encontraron un informe médico. Ella había contraído la misma enfermedad que mató a nuestra madre. He llevado a su hija al médico y está bien. No tiene nada. Yo también me hice las pruebas, aunque solo he estado una vez con un hombre, tenía miedo. Estoy limpia.

Iba a decirle lo que me alegraba esa noticia, pero me despistó ver a Holmes abandonar la pitanza y salir corriendo hacia la puerta. Algo grave debía estar pasando, pensé, para que ese sabueso se despistase de la labor a la que le llevaba dedicando tanto esfuerzo desde que habíamos llegado. Y cuando volví la cabeza hallé la respuesta. Entraba la diva, la divina Marisol. Estaba más morena desde que la última vez que la vi, consecuencia probablemente de su viaje con el detective. Tenía un cuerpo envidiable y se deslizaba sobre sus tacones de doce centímetros con una maestría digna de una modelo. En sus piernas lucía el mismo moreno que en su cara que contrastaba con la melena rubia que ondulaba con cada movimiento. Y además estaba su sonrisa de estrella de Hollywood. No sé quién narices la había invitado a esa fiesta en la que la única protagonista debería ser yo. Bueno, y también Hauwa y su pequeña sobrina.

Me salvó de tener que ir a saludarla y fingir una sonrisa que no me salía, el sonido del replique de una cuchara sobre una copa. Era Roberto que se proponía a hacer un brindis.

—Levantemos la copa porque entre nosotros tenemos a una persona que con mucho esfuerzo ha conseguido que la verdad prevalezca sobre el engaño. Una detective peculiar, un poco brusca y bastante intratable, pero encantadora y eficaz. Por ti Yaiza.

¡Chúpate esa Marisol! Pensé.

Y Roberto siguió con su perorata.

—Y como lo prometido es deuda, hago en calidad de presidente de la nueva empresa Logística Chamorro, la entrega de este cheque por valor de medio millón de euros a la detective. Todo tuyo.

¡Medio millón! Por fin tendría despacho de detective. Y pondría una placa en la puerta más grande y reluciente que la que Holmes tenía en la puerta de su oficina, allí en una cuarta planta de un edificio donde el arquitecto olvidó proyectar el ascensor. ¡Medio millón! Ya podían ir temblando las tiendas de la calle Serrano.

Pero antes tenía que hacer algo mucho más urgente. Esperaba que todavía conservara la

agencia de alquiler de coches el Audi blanco del que estaba profundamente enamorada, porque iba a ser mío.

FIN

BIBLIOGRAFÍA

MI PRIMER GRAN CASO

(Primer caso del detective JAVIER HOLMES)



Cuatro son las plantas que Javier Holmes tiene que ascender todas las mañanas, a través de unas escaleras que crujen por la edad, hasta llegar a su despacho donde una deslucida placa de latón con su nombre le indica su profesión: «DETECTIVE PRIVADO».

Seis millones de euros han sido sustituidos por una cacerola vieja en la caja fuerte de una sucursal bancaria. Para encontrar el botín, una directiva de seguridad del propio banco contrata a Javier Holmes y, además, le orienta para que dirija sus pesquisas hacia la directora de la sucursal robada: Marisol Romerales.

A Javier Holmes, hombre divorciado y cuyo único vicio son los tres churros con los que acompaña su desayuno cada mañana, pronto la principal sospechosa le cautivará. ¿Será todo una engañifa de esta para enredarle en su tela de araña? En medio de la metamorfosis que le transformará en el detective inspirado en los héroes de las novelas con las que creció, Holmes se debatirá entre escuchar a su corazón o entregar las pruebas contra una Marisol amenazada a través de cartas anónimas.

En este, su primer caso, se forjará la personalidad de un investigador al que le aguardan muchas más aventuras.

POR UN PUÑADO DE VIDES

(Segundo caso del detective JAVIER HOLMES)



En su segunda aventura, el detective Javier Holmes, ya con Marisol como socia, deberá resolver el caso del supuesto suicidio de un rico hacendado que apareció ahorcado en su casa de Fuensaldaña, pueblo próximo a Valladolid. Las sospechas apuntan a la joven que le asistía, de origen peruano, y beneficiada por el testamento. Pero durante el transcurso de la investigación, se sumarán otros personajes con un móvil tan sólido como el de la principal sospechosa.

La aventura de los dos detectives se convierte en un canto a la avaricia, la cual se verá reencarnada en casi todos los personajes de una trama que los llevará desde tierras castellanas hasta Requena, donde una explotación vinícola es regentada por personas mezcladas en turbios asuntos.

Mientras tanto, Holmes deberá luchar contra el impulso que siente de estrechar en sus brazos a su socia y confesarle que aún la sigue amando.

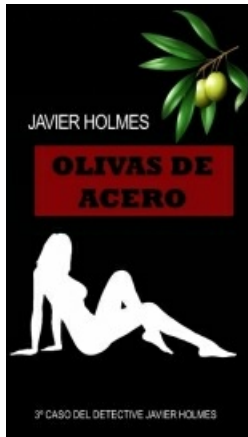
Al más puro estilo de las novelas de misterio en las cuales se inspira Holmes, y guiado por su héroe y mentor Philip Marlowe, se sumergirán los dos detectives en los procelosos lodazales de la codicia y la maldad, poniendo en peligro su propia vida.

Y emulando a otro de sus héroes favoritos, Hércules Poirot, la verdad será esclarecida en una reunión en la casona que vio morir al anciano hacendado, ante unos personajes que, todos ellos, parecen tener sólidos motivos para ser autores del asesinato.

Esta novela fue finalista del Premio Fernando de Lara 2016.

OLIVAS DE ACERO

(Tercer caso del detective JAVIER HOLMES)



Con la resolución de los dos grandes casos anteriores, la fama ha comenzado a llamar tímidamente a la puerta de la agencia de detectives sobre la que luce una nueva placa: «Marisol Romerales & Javier Holmes – Detectives».

Coincidiendo en el tiempo, llegan dos nuevos casos con cierta similitud: dos esposas solicitan que se investigue la desaparición de sus maridos. Uno apunta a ser un caso menor, sin embargo, el camino está sembrado de pistas falsas, un camino que se tornará peligroso y cada vez más confuso; el otro caso se presenta un tanto más complejo al tratarse de un ingeniero que estaba trabajando en un proyecto para la seguridad de los trenes.

Y así, Javier y Marisol se verán enredados en unos asuntos que, en el devenir del tiempo, se mostrarán dramáticos. Incluso para la propia socia de Holmes, que verá como su vida corre serio peligro.

Los detectives tendrán que navegar por las turbias aguas de la corrupción. Contratos amañados y subvenciones millonarias capaces de despertar la codicia de las almas débiles. Y cuando la avaricia invade el espíritu de una persona, ya no se detiene ante nada.

LA ARENA DEL TIEMPO

(Cuarto caso del detective JAVIER HOLMES)



Acción, misterio, suspense y romance se aúnan a la perfección para ofrecernos una nueva y trepidante aventura de la pareja de detectives Holmes y Marisol.

Elaine, nacida en el Sáhara Occidental, se presenta en el despacho de Holmes y su socia Marisol para solicitar que retomen la investigación de la desaparición de su hermano acontecida dos años antes. El motivo de esta petición es porque ha recibido un misterioso envío: un muñeco de trapo que reconoció como un juguete de su hermano cuando era niño. ¿Quién había tenido la macabra idea de reavivar su sufrimiento?

Las pesquisas llevarán a los dos detectives a relacionarse con activistas de los derechos humanos, se adentrarán en un centro de internamiento para extranjeros y lo más peligroso: acabarán en el desierto saharauí, en una jaima bajo la luz de la luna, donde empezarán a darse cuenta del riesgo que supone la investigación que se traen entre manos.

Un libro escrito en 2003, *La arena del tiempo*, quizá les pueda aportar la pista decisiva. Entre sus páginas encontrarán la vida, el miedo y las miserias de algunos combatientes del Frente Polisario... Uno de ellos era Adel, el padre de Elaine.

Una novela repleta de acción y misterio en la que también, sin abandonar el ámbito de la ficción, se rinde homenaje a un pueblo que aún no ha encontrado el espacio en nuestro recuerdo que se merece: el pueblo saharauí.

EL PRIMER GRAN CASO DE YAIZA CABRERA

(primer caso de la detective YAIZA CABRERA)



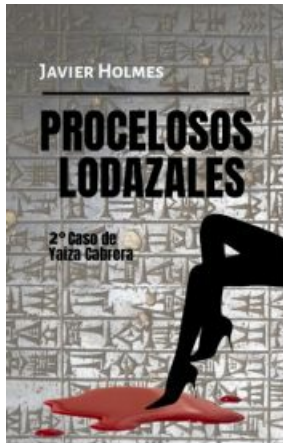
Cuando Yaiza Cabrera llega a su despacho en la firma de auditoría de cuentas para la que trabaja, escucha un sonido que le resulta familiar. Al abrir la puerta encuentra al que era su ayudante muerto, desnudo y boca abajo sobre un charco de sangre con un vibrador en su esfínter. Por eso le era conocido el runruneo que escuchaba, el *dildo* era de ella. En ese momento, comienza una frenética carrera para demostrar su inocencia, a pesar de que hay muchas pruebas, demasiadas, que apuntan en una única dirección.

Novela negra con tintes eróticos, violencia, sexo y una joven que, muy a su pesar, debe descubrir una nueva faceta suya, la detectivesca. Para ello, contará con la inestimable ayuda de un detective que probablemente muchos lectores ya conocerán: Javier Holmes, protagonista de cuatro arriesgadas aventuras publicadas por PENGUIN RANDOM HOUSE y de venta en las mejores plataformas de venta digital (incluida Amazon).

Si te gusta la novela negra, las aventuras detectivescas inspiradas en los clásicos. Si eres capaz de soportar emociones fuertes, de trasladarte a escenas de sexo basado en la dominación femenina no dejes de leer *El primer gran caso de Yaiza Cabrera*.

PROCELOSOS LODAZALES

(Segundo caso de la detective YAIZA CABRERA)



En 1903, siete hombres se reúnen en París en torno al padre dominico Jean-Vicent Scheil, traductor del Código de Hammurabi, el cual les comunica un hecho que cambiará sus vidas y la de sus descendientes.

En la actualidad, un hombre aparece asesinado con una daga clavada en la espalda mientras participaba en una fiesta. Se trataba de un evento clandestino donde se practicaba el sexo de forma libre.

Al día siguiente, Yaiza Cabrera visita a una amiga de la infancia en París. Ella trabaja como vigilante en el museo del Louvre. Durante su estancia se produce un asalto y sabotean la estela que contiene el código que mandó escribir el rey babilonio. ¿Qué tienen estos hechos en común? Existe, además, una coincidencia que a priori resulta inexplicable: aunque no llegó a acudir, la detective había recibido una invitación para asistir a la fiesta donde se cometió el crimen. ¿Se trata tan solo de una casualidad?

Yaiza Cabrera se ve inmersa en su segundo gran caso poniendo de nuevo en riesgo su vida, ayudada por un detective de lujo: Javier Holmes y en colaboración con el inspector Luis Bárcenas y el sargento Melitón. El objetivo será localizar a su amiga desaparecida a los pocos días del asalto al museo y de paso encontrar lo que podría ser un fabuloso secreto oculto desde los años 1700 a.C.

En su aventura no faltarán los dos ingredientes que siempre rodean a la intrépida y descarada detective: sexo y violencia.

SOBRE EL AUTOR

Javier Holmes es el escritor de esta novela y, a la vez, es el nombre del detective protagonista que ha creado su autor y que ha dado vida a cuatro aventuras detectivescas publicadas en su primera versión por Penguin Random House en digital. Se trata de un sabueso al que le gusta presumir de ser discípulo de un tal Philip Marlowe. Se ha visto envuelto en unos casos a los que no les falta la dosis justa de sexo, violencia y misterio. En fin, un clásico de los que ya casi no quedan.

Para su quinta novela y siguientes, el autor creó una nueva detective: Yaiza Cabrera. Una joven descarada, valiente y con muy malas pulgas. En sus aventuras tampoco falta la acción. Pero lo que menos faltan son escenas lo suficiente sensuales como para poder colgar a estas novelas la etiqueta de «para adultos». Para los nostálgicos de las primeras aventuras de Holmes, les diré que el detective en las entregas de Yaiza Cabrera, alguna incursión hará.

El autor se define mejor que nadie en su propia web:

«Después de cincuenta años hice lo que deseaba, escribir. Y para tan noble tarea, me ayudé de un personaje de ficción que en nada se parece a los héroes de las novelas negras con las que crecí. Pero él, Javier Holmes, no lo sabe. No sé cuánto de él hay en mí, ni sé cuánto de mí hay en él, porque una vez que tomé la pluma para darle voz, la línea que nos separa a ambos se ha difuminado».

«Nací en Valladolid, estudié Ciencias Económicas y después un MBA en la Universidad Politécnica de Madrid. He dedicado toda mi vida al mundo del ferrocarril y algún pequeño período intercalado a la también noble tarea de la enseñanza.

E hizo falta una increíble mujer, con la que contraje matrimonio hace no tanto, para que me inspirase y ayudase a escribir. Una mujer de la que tampoco sé cuánto hay en común con la protagonista de las aventuras de Holmes, pero algo habrá».

Javier Holmes fue finalista del premio FERNANDO DE LARA (grupo PLANETA) en 2016 con su obra POR UN PUÑADO DE VIDES



www.javierholmes.es